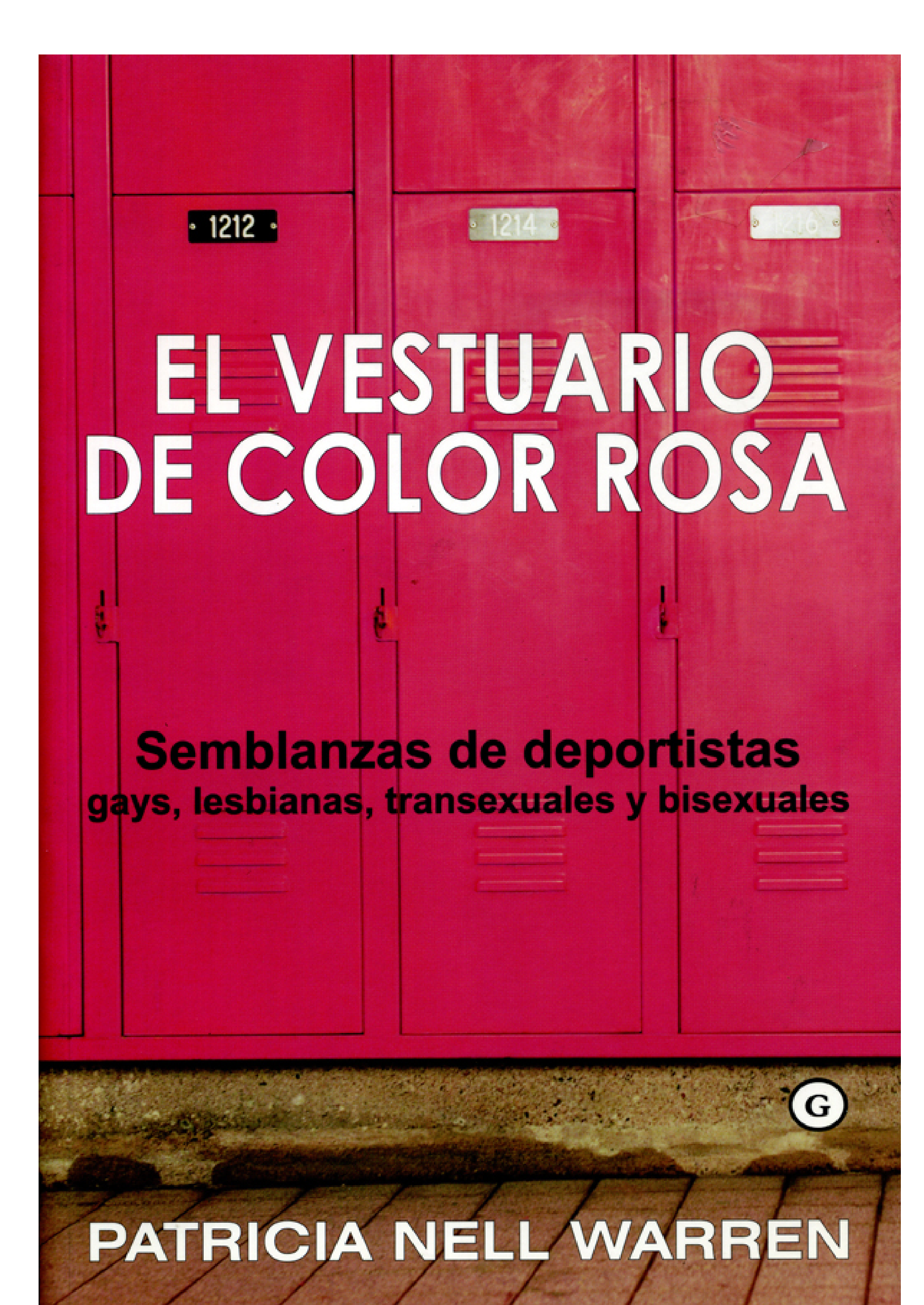

1212
1214
1216
EL VESTUARIO DE COLOR ROSA
Semblanzas de deportistas
gays, lesbianas, transexuales y bisexuales
G
PATRICIA NELL WARREN

A Heather

INTRODUCCIÓN DE LA AUTORA

Aunque la idea de que atletas de distinta orientación sexual pudieran ser partícipes de una larga y rica historia en el seno de la civilización occidental y de que sus historias merecieran contarse una y cien veces no se me ocurrió de la noche a la mañana, sí reconozco que estaba profundamente enraizada en mi pasado.

Durante mi niñez, transcurrida en un rancho de Montana en la década de los cuarenta, los logros deportivos (como todo lo demás en mi mundo) terminaban siempre convertidos en buenas historias de las que disfrutábamos durante la cena. A su manera, todos los miembros de la familia eran deportistas, de modo que fragmentos de la «historia del deporte» revoloteaban continuamente en mi mundo como revolotean las malas hierbas en el desierto a merced del viento.

En un lugar de incuestionable predominancia estaban las carreras de caballos. Mi bisabuelo, Conrad Kohrs, y John Bielenberg, su cuñado, sentían adoración por los caballos deportivos (fueron ellos quienes introdujeron algunos de los primeros Purasangres y Standardbreds en el noroeste del país hacia 1870, protagonizando una reñida rivalidad con Marcus Daly, el rey del cobre, y compitiendo con sus caballos contra Tammany, el campeón de Daly (siempre perdían). Cuando era niña, mi pueblo organizaba todavía una tradicional competición de carreras de caballos durante la cual mis amigas amantes de los caballos y yo conocimos a una mujer a la que idolatrábamos: Janet Thomson, una de las primeras entrenadoras de caballos de carreras de la historia de los Estados Unidos. Cuando la conocí, entrenaba los caballos de Tony Sneberger, dueño de los establos de Montana. Todavía puedo verla, de pie sobre los estribos, galopando a lomos del mejor caballo de Sneberger: Montana Count, hijo de Count Fleet, ganador de la Triple Corona.

Por sorprendente que pueda resultar, era la vela el deporte que despertaba en mi padre auténtica pasión. De joven había trabajado en veleros de la marina mercante durante un par de años antes de volver a casa a ocuparse del rancho. Su gran logro consistía en haber introducido el deporte de la vela en

los lagos de montaña al noroeste de las Rocosas. Estas aguas interiores, barridas a menudo por las tormentas de verano, hacían de la navegación una empresa peligrosa y de aguas turbulentas, de modo que mi padre importó un tipo de catamarán muy popular en las inquietas aguas de la costa este.

Mi madre, Nellie Flinn Warren, era una de esas mujeres modeladas a la sombra de Annie Oakley: mortal puntería la suya en el tiro con arco y en el tiro al plato. Sin embargo, en el instituto había brillado con luz propia en el baloncesto como base estrella del equipo femenino de Deer Lodge. Nuestra historia favorita de sobremesa sobre mamá giraba en torno a la noche de un partido jugado en casa en 1929. Las chicas a punto estuvieron de provocar un levantamiento entre los aficionados locales cuando hicieron su dramática entrada a la pista desde el vestuario. ¿Por qué? Pues porque no se habían puesto los sofocantes bombachos y las blusas de marinero, que eran el atuendo de rigor para las chicas. En vez de eso, vestían (exclamación de estupor) pantalones cortos y una camiseta. Mi madre fue la provocadora que había promulgado esa «modernización» en el uniforme.

En esa época, yo vivía con mi conciencia secreta de ser de algún modo «distinta» al resto de las chicas, inmersa como estaba en una relación con una compañera de octavo curso que mantuvimos durante los primeros años de instituto. Mi deporte favorito, que llegué a adorar incluso más que a los caballos, eran las carreras de atletismo, pero en aquella época las chicas tenían prohibida la práctica del atletismo en la mayoría de los institutos y universidades del país.

Más allá de eso, yo de mayor quería ser escritora. Mi vida versaría más sobre las historias que sobre la competición propiamente dicha.

Entre 1968 y 1974, cuando me acercaba ya a los 40 años y las carreras de fondo femeninas estaban en pleno desarrollo en los Estados Unidos, por fin me di la oportunidad de convertirme en corredora. Como parte del primer grupo de maratonianas que competían activamente, ayudé a obligar a la Amateur Athletic Union («Sindicato de Atletas Aficionados») a que ampliara el límite de la distancia máxima de carrera de las 2 millas y media a las 50, equiparándola así a la de los hombres. Fui una de las personas que logró hacer de este cambio una realidad en el frente político. Asumí las funciones de directora de publicidad nacional del Road Runners Club of America («Club de Corredores en Ruta de

Norteamérica»), como miembro del Metropolitan NY AAU Long Distance Committee («Comité de Atletismo de Fondo de la AUU de la Metrópolis de Nueva York») y como directora de relaciones públicas de las dos primeras maratones de la ciudad de Nueva York, que dieron comienzo como plataforma para las maratonianas. Por último, aunque no por ello menos importante, cubrí las carreras de fondo femeninas para la revista Runner's World… lo cual equivalía a decir que cubría las carreras desde «dentro». Participé en la maratón de Nueva York de 1971, en la que se registraron oficialmente los cronos de las mujeres por primera vez en la historia. Mi mejor registro personal en la distancia era de 4:20.

Así que no, no fui una corredora de categoría mundial. Aun así, seguía compitiendo en las carreras del área de Nueva York cuando salí del armario en 1974, tras la publicación de El corredor de fondo y una declaración a la prensa de Nueva York sobre mi orientación sexual. Corrí mi última maratón ese mismo año. Tuve que dejarlo por mis problemas en las rodillas.

La experiencia vivida en las carreras de fondo me proporcionó una humilde percepción de la enormidad de lo que los grandes nombres gays, lesbianas, bisexuales y transexuales de la historia habían tenido que soportar en su momento.

En 1975 conocí a Dave Kopay, el jugador de fútbol de la NFL, poco después de que publicara The David Kopay Story, su gran éxito de ventas. Dave y yo hemos seguido siendo amigos desde entonces. A medida que han pasado los años, he conocido o me he escrito con otras figuras que han salido del armario, entre las que se incluyen los medallistas olímpicos Mark Tewksbury y Greg Louganis; el yóquey canadiense John Damien; el boxeador alemán Wilhelm von Homburg; la nadadora de larga distancia Diana Nyad; la estrella de atletismo de UCLA, Bryan Fell; el árbitro de baloncesto Dave Pallone y el jinete Robert Dover. También conocí a varios entrenadores y entrenadoras LGBT. Por encima de todos: Tyler St. Mark, antiguo socorrista y entrenador de natación (entrenó a Louganis cuando éste era tan solo un niño en uno de los cursos de salto de Tyler), que más adelante se convirtió en mi socio en Wildcat Press. También Helen Carroll y Pat Griffin (en baloncesto), Eric Anderson (en carrera en pista y en cross), Dan Woog (en fútbol), Jim Atkinson y Greg Varney (boxeo), Mike Muska (en atletismo), Skip Mackall (en hockey y en patinaje artístico), así como otros individuos dedicados a

la producción de eventos deportivos gays, como Al Bell, el productor de rodeos.

Todos ellos, y también muchos otros, tenían a sus espaldas historias asombrosas. Sucesivamente, sus historias me inspiraron a volver la vista atrás en el tiempo y repasar la historia occidental, y cuál fue mi sorpresa ante los jugosos descubrimientos con los que me encontré. Muchos de los escritores deportivos convencionales con los que hablaba (hombres como Jim Bouton, antiguo pitcher de la World Series; Thomas Hauser, comentarista de boxeo; Kevin Baxter, del L.A. Times y más adelante del Miami Herald) eran perfectamente conscientes de la gran veta de logros de los y las LGBT en curso en el mundo del deporte.

Había llegado el momento de dar un paso más y traspasar la barrera de la típica «historia de declaración de orientación sexual» y contar estas épicas personales empleando para ello una profundidad y una amplitud de las que hasta entonces no se había echado mano.

En el 2003, cuando Jim Buzinski y Cyd Ziegler, dos empresarios dedicados al mundo del deporte gay, lanzaron su exitosa revista on-line, Outsports.com, acudí a ellos con una propuesta para escribir una serie de perfiles estructurados como ensayos sobre los pioneros y pioneras LGBT en el deporte. Jim y Cyd me expresaron su acuerdo de inmediato. Del 2002 al 2006, mientras trabajaba en la serie de perfiles, fui poco a poco desarrollando un nuevo enfoque que entretejió los hechos biográficos y la rica textura de los distintos momentos históricos: el deporte cambiante. Gracias a Jim y a Cyd por haberme dado esta oportunidad.

No he incluido aquí ninguna historia que date de fechas posteriores al año 1980 porque han sido ya intensamente cubiertas por los medios. Estoy más interesada en las figuras que fueron casi olvidadas, como las de Ana María Martínez Sagi y Ronnie Robertson, y en logros deportivos que no fueron entendidos en el seno de un contexto LGTB, como el caso de Juana de Arco y George Villiers. He reservado varias historias más de las que conforman la serie para la segunda parte de El vestuario de color lavanda.

Es importante reconocer y hacer merecida mención a la labor de mucha otra gente con la que estoy en deuda por haber sido parte de la creación de este libro, empezando por los que me concedieron entrevistas, mencionados en el texto, o los que me facilitaron citas de reseñas. También a los que me suministraron sugerencias, pistas o comentarios

constructivos, o contribuyeron de algún modo a la producción y a la promoción del libro o simplemente me animaron a seguir adelante con él.

Mi agradecimiento y mi reconocimiento a mi socio en Wildcat, Tyler St. Mark, así como a los miembros asociados de Wildcat Press: a la jefa de ventas, Annie Miles; al abogado Robert Harrison; al contable de la empresa, Eric Jensen; a James Stelzer, jefe de fotocomposición y encargado de la página web; a Harlan Godes, el gestor de viajes, y a John R. Selig, fotógrafo y buen amigo.

Heather Chamberlain, mi pareja desde hace ya tiempo y afincada en Toronto, ha mantenido conmigo un prolongado y constante diálogo sobre el deporte, y fue ella quien logró hacerme ver y apreciar la belleza del golf.

Por orden alfabético, y no necesariamente por orden de importancia, la lista se completa con una cantidad de gente no mencionada hasta el momento: Rodolfo Arredondo, Robert Arthur, Ann Bannon, Adam Bourque, los clubes de carreras de fondo del mundo entero, Diana Cutaia, Darryl Davis, Ron Donaghe, Robert Dover, Earth Thunder, Editorial Egales, Lawrie Fabian, Matthew Feitshans, Charles Flowers, John Graham, Joe Henderson, Greg Herren, Don Hunter, Barbara Iriarte, Michael Kearns, Lorrie Kim, Yuji Kitamaru, Gus Krucke, Jose Plata, Jerry Pritikin, Dale Reynolds, Larry Rhodes, Jonathan Roberts, Carol Rosenfeld, Carlos Sandino, Richard Schneider, Christine Soto, Tracey Stevens, Jesse Strutzel y su padre JC Strutzel, Dan Vojir, Michael Ward, Bryan Wildenthal, Paul Willis, Shirley Wisdom, Greg Zabilski y Greg Zanfardino.

A título póstumo: a Phil Adams, Buck Fisk, Morris Knight y Philip Labhart, un amigo muy querido, aguerrido jugador de squash y el motivo que me llevó a irme a vivir a Los Ángeles.

Ruego acepten mis disculpas todos aquellos a los que, por puro despiste, haya omitido u olvidado: incluiré vuestro nombre en la siguiente edición.

Patricia Nell Warren
Los Ángeles, 9 de julio del 2006

PRÓLOGO DE Outsports.com

Cuando Patricia vino a vernos en el 2002 con la idea de escribir una serie de ensayos para Outsports.com destacando las figuras de algunos pioneros gays en el mundo del atletismo, ni siquiera nosotros sabíamos cuántos eran, en cuántos deportes habían dejado su impronta y los años y años que gays y lesbianas llevan estampando su inconfundible sello en el deporte.

No nos sorprendió que Patricia estuviera dispuesta a invertir parte importante de su tiempo y de su esfuerzo en la tarea de sacar a la luz esas historias. Reconocida estudiante de la historia y maestra en el detalle, ha dedicado los últimos cuatro años de su vida a desenterrar muchos de los secretos ocultos tras estas increíbles historias ocurridas hace años, décadas e incluso siglos.

Patricia hace buena gala de una perspectiva inconfundible. Es una de las pocas personas que no sólo han narrado cronológicamente esa historia, a veces incluso a la vez que ésta se desarrolla, sino que ha sido también parte activa en la creación de esa historia. A ninguno de los lectores de estas páginas debería sorprenderle que El corredor de fondo, el gran éxito de ventas de Patricia, resultara ser la primera obra de literatura en mayúsculas sobre atletas gays. Lo que muchos ignoran es que también la propia Patricia fue en su día corredora de fondo. En la década de los sesenta resultó ser un elemento clave para la apertura de puertas de las carreras de larga distancia a las mujeres.

Las cualidades que hacen de la suya una escritura tan vívida brillan en esta serie de artículos. Tanto si se trata de la historia real de jugadores de fútbol, de nadadores, de leyendas del atletismo, boxeadores, golfistas, pilotos de globo aerostático, yoqueis, estrellas del baloncesto o pioneras de la aviación, lo que da vida a estas historias es la profunda y personal comprensión que de ellas tiene Patricia. Prácticamente no existe ningún esfuerzo físico en el que gays y lesbianas no hayan jugado un papel, y esta pionera serie de ensayos de Patricia captura el entusiasmo, los contratiempos y la importancia de sus logros.

Conoceremos a personalidades como Dave Kopay, antiguo

running back de la NFL (la National Football League), todavía ataviado con la capa de pionero en el mundo del deporte gay que tan pocos se han mostrado dispuestos a llevar. En Canadá, la batalla contra la homofobia en el ámbito de las carreras de caballos por parte de nuestro yóquey John Damien se convirtió en un punto de encuentro para la defensa de los derechos del colectivo gay.

Durante la Guerra Civil española, Ana María Martínez Sagi marcó la pauta como estrella de las pistas de atletismo, poeta y periodista. Los brasileños todavía ensalzan las proezas en el mundo de la aviación de Alberto Santos-Dumont, al tiempo que Babe Didrikson Zaharias marcó un estándar que todavía hoy las mujeres dedicadas al deporte intentan igualar. Bill Tilden, el más grande tenista de la primera mitad del siglo xx, era gay. La tenista más competente de la segunda mitad del siglo xx, Martina Navratilova, es lesbiana.

Ha sido recientemente cuando hemos empezado a explorar la auténtica historia del atleta gay. Si bien es cierto que «gay» no era un concepto existente en la antigüedad, el predominio de las relaciones homosexuales entre los mejores «atletas» de la época está perfectamente documentado. Los grandes atletas de la antigüedad eran los mejores guerreros de sus ejércitos, y muy pocos llegaron a ser tan famosos como Aquiles y Patroclo, los amantes griegos, junto con Alejandro Magno de Macedo-nia y Hefestión, el compañero que estuvo a su lado de por vida.

Mientras que atletas como Kopay han animado a toda una generación de deportistas gays a salir en defensa de sí mismos, otros han ido ampliando de forma más silenciosa las fronteras de la aceptación social. Sus historias se remontan a todo el siglo pasado y aún más atrás, y nos muestran dos caras del mundo del deporte: la dulce comprensión y la homofobia más flagrante.

Más de lo que sus compañeros podrían imaginar, estos grandes atletas batallaron no sólo contra sus contrincantes en el campo de juego, en la pista de atletismo, en el agua o en el cielo, sino que también tuvieron que vérselas con las presiones aparentemente imperecederas que la sociedad ejerció sobre ellos debido a su orientación sexual.

Al escribir la serie de ensayos para Outsports.com con su elegancia, ingenio y tremenda perspicacia, Patricia cumplió a la perfección con la misión del sitio web: ofrecer a la comunidad gay una mayor comprensión del deporte y al deporte una mayor comprensión de la comunidad gay.

Patricia sigue siendo la clase de pionera que se nos presenta en estas páginas. Si bien su novela El corredor de fondo abrió los ojos de muchos a la posibilidad de que los grandes héroes de nuestra cultura hayan sido gays, estas historias no hacen sino continuar con esa revelación. Y mientras que ese libro fue el primer mensaje tranquilizador para millones de gays y de lesbianas en el que se les recordaba que no estaban solos, las historias que se publican ahora en este, su nuevo libro, volviendo atrás en el devenir de los siglos, mantienen viva la esperanza de que el rol de los atletas gays no hará sino magnificarse en los años venideros.

En estas páginas el lector encontrará algunas historias increíbles de pionera ingenuidad, incondicional bravura y atléticas proezas. Y el tranquilizador mensaje de que ningún atleta gay está solo, sino que simplemente es un capítulo más de la larga historia del «vestuario de color lavanda».

LA ERA PREMODERNA

AQUILES Y PATROCLO

O cómo Hollywood despojó a una gran historia deportiva de su esencia intrínsecamente gay

La película Troya, basada en la Ilíada de Homero, puede verse actualmente en la televisión por cable un par de noches a la semana. Los admiradores gays de Brad Pitt se estremecen al ver la encarnación que hace del héroe griego Aquiles como de un sudoroso icono sexual embutido en una armadura de bronce. Homero consigue hacerse con uno de los dos títulos de crédito como autor de la obra, lo cual no deja de ser una buena noticia, sobre todo teniendo en cuenta que compuso la Ilíada quizá hace veintiocho siglos. Sin embargo, cada vez que veo la película me irrito más al confirmar el historial de cobardía en lo referente a los temas gays en las películas de gran presupuesto que ostenta la industria del cine. En Troya, Tinseltown despojó de su esencia gay a una de las más grandes parejas gays de todos los tiempos —Aquiles y Patroclo—, cuya relación está documentada en muchas fuentes de la antigüedad.

Por otro lado, Troya perdió de vista algo más: a saber, el chispeante festival deportivo de los juegos funerarios celebrados en honor de Patroclo. Sin duda no nos equivocamos al afirmar que la literatura deportiva occidental vivió sus comienzos con el fascinante informe sobre esos juegos.

¿Cómo se las ingenia Hollywood para hacer lo que le viene en gana en Troya? Muy fácil. Por la sencilla razón de que a la mayoría de los norteamericanos ya no les resulta familiar la historia de la guerra de Troya como quedó inmortalizada en la Ilíada. Afortunadamente, crecí en un momento en que los estudiantes todavía estábamos obligados a conocer las clásicos de la Antigüedad en la clase de historia. Tengo la Ilíada grabada a fuego en la memoria. A pesar de que en aquel entonces yo tenía 14 años, de que estábamos en plena década de los cuarenta y de que no existía la menor conciencia pública de ser «gay» o «bi», mi gaydar se disparaba en cuanto me esforzaba en el estudio de la épica griega.

En mi opinión, la reclamación del lugar que nos

corresponde en la historia del deporte incluye definitivamente la reclamación de la Ilíada.

Resulta un reto reclamar algo en el que mito e historia están tan enmarañados. Aun así, a juzgar por las numerosas fuentes que los mencionan, puede que Aquiles y Patroclo hayan sido dos personas de carne y hueso que vivieran hacia el año 1100 a.C.

La profecía de una madre

Aquiles era hijo de Peleo, rey de los mirmidones de Tesalia. Los mirmidones eran famosos guerreros y pertenecían a una disgregada confederación de pequeños estados griegos gobernados por reyes pendencieros. La madre de Aquiles era Tetis, la cariñosa y protectora ninfa marina. Según el mito, Tetis temía que a su pequeño le esperara un destino de guerrero e intentó hacerle invulnerable sumergiéndole en la laguna Estigia, pero olvidó mojarle el talón por el que lo sujetaba, de modo que el pequeño resultó vulnerable en ese punto.

Aquiles y Patroclo se conocieron siendo niños. Sus padres eran amigos y el padre de Patroclo lo dejó bajo la protección del rey. Peleo nombró a Patroclo protector y escolta. Quizá ambos fueran de la misma edad y se criaran juntos entre las constantes guerras que convulsionaban su mundo. Juntos, se dedicaban a la práctica de deportes propios de la Edad de Bronce: disciplinas ecuestres, el tiro con arco, el lanzamiento de jabalina, la lucha, etc. El deporte ponía en forma a los jóvenes y los entrenaba para la guerra, y cualquier griego físicamente capacitado para ello tenía la obligación de servir en el ejército de su estado.

Los dos hombres eran un matrimonio de contrarios. Aquiles era un niño salvaje, voluble y pasional, que podía pasar de mostrarse encantador a cruel en un abrir y cerrar de ojos. Sus arranques de rabia justificada eran tan legendarios como su valor y su habilidad en el combate. Nada sabemos de su apariencia, pero Homero le describe como un guapo hombretón dotado de un pecho peludo y cabellos castaños rojizos. Se le consideraba el más grande guerrero de toda Grecia. Patroclo era más callado, leal y sereno, aunque no por ello menos guapo y carismático, con unos ojos preciosos. Amante de los animales, se rodeaba de perros y de caballos.

En calidad de asistente de campo y auriga de Aquiles, no estaba a la altura de éste como combatiente, pero gozaba de un gran respeto por parte de los mirmidones.

Son muchos los relatos que sugieren que la sexualidad de los dos hombres encajaba con la norma de bisexualidad propia de los hombres de la época. De hecho, Aquiles se casó (aunque su esposa juega un papel ínfimo en la Ilíada). Sin embargo, los sentimientos más profundos y perdurables de ambos hombres eran sin duda mutuos y claramente correspondidos.

Hacia el año 1100 a.C. estalló la guerra entre la liga de estados griegos y el estado-ciudad de Troya, situado en la otra orilla del mar Egeo, en la costa de la actual Turquía. Llamada Ilion por los griegos, Troya era una rival rica y poderosa que controlaba el comercio a través del estrecho de los Dardanelos hasta el Mar Negro. Los griegos insistieron en que Aquiles se uniera a ellos (necesitaban a Aquiles y a sus mirmidones para ganar la guerra). Pero la madre de Aquiles, una poderosa vidente, le suplicó que no fuera. Una antigua profecía decía que, si Aquiles mataba a Héctor, el héroe troyano, moriría.

Aquiles hizo caso omiso de su madre. Su compañero y él tenían un vínculo de deber con el resto de los líderes griegos, de modo que los mirmidones cargaron los caballos que empleaban para tirar de sus carros de combate en un barco y se dirigieron por mar hacia Troya.

Más adelante, las tradiciones orales sobre los dos hombres y su papel en la guerra de Troya se desperdigaron por toda la vertiente este del Mediterráneo. Por fin, hacia el 800 a.C., un afamado poeta llamado Homero pudo haber reunido las tradiciones en un único y dramático relato: la Ilíada. En ese tiempo pasado, el «entretenimiento» se limitaba a la esporádica representación al aire libre en el curso de un festival y los episodios de narraciones en vivo por parte de los poetas. Eran cuentacuentos profesionales que gozaban de una enorme popularidad. En su formato original, quizá la Ilíada se redujera a la representación en vivo de un solo hombre.

Así las cosas, queridos/as lectores/as, imaginad una numerosa multitud congregada en el mercado de vuestra ciudad. Homero acaba de llegar a la ciudad para representar su Ilíada. Vuestros vecinos están ansiosos por saber de esa famosa guerra y de esos grandes héroes que datan de hace trescientos años. Los vendedores cierran sus puestos. Las madres hacen callar a sus pequeños. Mientras la gente se

acomoda, la potente voz de Homero llena el mercado con los primeros versos de su narración:

> Canta, diosa, la cólera de Aquiles, hijo de Peleo,
> esa cólera asesina que… arrojó las almas de muchos combatientes
> a las profundidades del Hades, dejando sus cuerpos muertos
> convertidos en comida para los perros y las aves.

Sería una de las mejores estrofas inaugurales jamás escritas. Homero centró la historia de la guerra de Troya en el genio de Aquiles y en su amor por Patroclo. El poeta mantuvo en vilo a la multitud con las vívidas escenas, sus encendidos discursos y sus chispeantes diálogos. Y no tuvo que explicar los sentimientos de ambos hombres: todos y cada uno de los miembros de su público veían con buenos ojos esa clase de relaciones. La cólera y el amor homosexual cambiarían el curso de la guerra, de la historia de Grecia. E, incidentalmente, afectarían a la historia del deporte de competición occidental.

ERRORES FATALES

Cuando la película Troya llegó a las salas en el 2004, releí la obra original de Homero por primera vez en muchos años y cuál fue mi asombro al percibir su absoluta modernidad: lo convincente que resulta en el plano psicológico. La Ilíada es una narración basada en la naturaleza de los personajes, una naturaleza que presenta en su mejor forma. En todo momento, las emociones y las reacciones de Aquiles son las que impulsan la acción. Aquiles es más grande que la vida misma, pero a la vez también es intensamente humano: honrado, todo corazón y fascinantemente simpático en su cólera y en todo el espectro de su humanidad.

La escena inaugural de la obra de Homero nos lleva sin más preámbulo hasta el ejército griego y sus mil naves ancladas en la playa de Troya. Las cosas no pintan bien. Los griegos están desunidos y en constante conflicto interno. Aquiles está protagonizando un burdo enfado con el rey Agamenón, provocado por una joven cautiva a la que ambos pretenden. Aquiles decide retirar a sus mirmidones del combate, arguyendo que nada tiene en contra de los troyanos (acudió a la lucha simplemente para ayudar a otros griegos, y está tan

harto de ellos que está presto a navegar de regreso a casa). Tras los altos muros de su ciudad, el rey Príamo y sus troyanos se ven en una situación de clara ventaja sobre el enemigo.

Es entonces cuando los troyanos atacan a los barcos, intentando quemarlos e incomunicar así a los griegos. A Patroclo se le ocurre la idea de desviar el ataque. Su intención es ponerse la famosa armadura de Aquiles y atraer sobre él la atención de los troyanos, alejándolos de los barcos. A regañadientes, Aquiles da su conformidad al temerario plan de Patroclo, pero su decisión resulta ser un error fatal. Patroclo es sorprendido y rodeado por un grupo de troyanos entre los que se incluye Héctor, que reconoce la armadura y que cree estar enfrentándose a Aquiles. Mata a Patroclo, le despoja de la armadura para llevársela como botín… y se da cuenta entonces de su error.

Los griegos combaten con dureza para recuperar el cuerpo desnudo. Temerosos de la reacción de Aquiles, le envían un mensajero.

Cuando Aquiles recibe la noticia, sufre una profunda conmoción. Rompe a llorar y se revuelca en el barro, presa del dolor. De pronto, e irónicamente, la guerra se ha convertido para él en un asunto personal.

Su madre se le aparece en una visión, recordándole su destino si mata a Héctor. Aquiles no la escucha y le responde así:

> A pesar del dolor que me embarga, reprimiré el corazón
> que encierra mi pecho, pues tal es mi deber. Iré ahora
> al encuentro de Héctor, asesino del hombre al que amaba.

En un arrebato de cólera, Aquiles reta a Héctor a una pelea cuerpo a cuerpo. Héctor lleva ahora puesta la armadura capturada de Aquiles, pero de poco le sirve. Aquiles le atraviesa el cuello con su lanza.

Mientras Héctor se desangra en el suelo, Aquiles, de pie junto a él, ruge:

> Muere aquí.
> En cuanto a mi propia muerte, la aceptaré
> en el instante en que Zeus y los dioses inmortales
> tengan a bien inflingírmela.

Sin embargo, queda todavía más venganza que saciar antes de que Aquiles pueda reunirse con su amado compañero en el

mundo de los espíritus que colman el Hades. Ata los pies de Héctor a la parte posterior de su carro de su cuadriga y arrastra el cuerpo hasta su campamento. Durante días lo deja pudrirse a la intemperie para que sirva de alimento a los perros. Sin duda, eso era una muestra de calculada crueldad (en esos tiempos, se creía que, si un cadáver no recibía sepultura, el espíritu del muerto no podía llegar al Hades sano y salvo). Mientras tanto, el cuerpo de Patroclo se mantiene expuesto en la tienda de Aquiles. El gran héroe sigue sumido en su espasmo de dolor, negándose a comer, a beber o a lavarse y custodiando el cuerpo de su amigo como un perro guardián. Como suele ser propio entre quienes han perdido a un ser querido y se refugian en una profunda negación de la realidad, Aquiles se niega a celebrar el funeral por su amigo. Una noche, en el curso de una escena conmovedora, el fantasma de Patroclo se aparece a Aquiles y le dice:

> Jamás recibí de ti en vida el menor descuido.
> Sin embargo, ahora estoy muerto.
> Entiérrame, pues, lo antes posible.

Patroclo dice además que quiere que ambos sean enterrados juntos. Aquiles consiente e intenta abrazar al fantasma, diciendo:

> Acércate más. Abracémonos durante un breve instante más.

No obstante, el fantasma se desvanece, dejando a Aquiles con el corazón destrozado y solo.

Así pues, se celebra el funeral (una cremación tradicional). Los griegos talan árboles y construyen una pira de treinta metros cuadrados que en nada se parece al raquítico montón de leña que aparece en la película. Aquiles se afeita la cabeza. Los sollozantes mirmidones hacen lo propio y todos cubren el cadáver de Patroclo con sus cabellos. Sin la menor clemencia, Aquiles degüella a diez prisioneros troyanos con su propia espada y arroja sus cuerpos a la pira. El inmenso fuego, avivado por los fuertes vientos y alimentado por la grasa de animales sacrificados, debió de resultar visible desde kilómetros de distancia: un oscuro penacho de humo rompiendo el horizonte.

Cuando por fin la pira se extingue, los griegos recogen los huesos de Patroclo de entre las cenizas. Sobre la pira enfriada levantan un gran promontorio de tierra. Allí, en una tumba

construida en el interior del montículo, Aquiles coloca una urna dorada con los restos de Patroclo. Será también su propia tumba.

Sin embargo, antes de que eso ocurra, Aquiles terminará de agotar su rabia destruyendo Troya.

En la película no se hace la menor referencia a este móvil fundamental. Doblegándose a la homofobia, Hollywood reescribió los personajes de ambos hombres convirtiéndolos en heterosexuales. Patroclo se ve reconvertido en el petulante y cabeza de chorlito primo de Aquiles. Es un novicio en el combate y por eso Aquiles le mantiene apartado de la acción, debido a su inexperiencia. Patroclo sufre una rabieta y decide combatir por cuenta propia sin dar aviso de sus intenciones y cae en el combate. En este marco heterosexual, la «cólera de Aquiles» carece por completo de sentido. ¿Qué gran héroe heterosexual perdería la compostura de ese modo y daría su vida por un primo idiota, bobalicón y heterosexual?

Aun así, la película resulta tan almibarada por obra y gracia del exceso de efectos especiales y de un costoso vestuario que son muy pocos los aficionados al cine que han sido conscientes de la falta de móvil que impregna la acción.

QUE DEN COMIENZO LOS JUEGOS

Tras la cremación, Aquiles anuncia el principio de los juegos funerarios.

Es posible que estas competiciones fueran tradicionales en la Edad de Bronce. Tras una importante batalla, sin duda habría cientos de cuerpos por recoger, cientos de cremaciones que hacer, ritos que llevar a cabo, un inmenso peso que cargar entre las pérdidas y la labor posterior al combate. Cuando concluía el trabajo, todo el mundo necesitaba desesperadamente recuperar los ánimos, de modo que no es mucho suponer que los juegos funerarios jugaban un papel vital en la gestión del dolor, como ocurre en la actualidad con las festividades para la población civil. Los soldados podían empezar a sanar de las heridas recibidas y recuperar poco a poco la «normalidad» para así poder seguir participando en el combate.

Cuando Homero creó el capítulo 23 de la Ilíada (el capítulo de los juegos), se convirtió en uno de los primeros autores de la historia occidental que celebraba el deporte. Homero sentía

auténtica fascinación por la competición. Según palabras de Ian Johnston, traductor de la Ilíada: «Homero, más que ningún otro escritor, estableció una tradición de excelencia a través de la competición individual en todas las facetas de la vida como la base para la virtud humana». El poeta era un gran aficionado y tenía un gran conocimiento de todos los deportes: sus estrategias, el tipo de entrenamiento y el esfuerzo que requerían.

Ese triste día en Troya, los juegos olímpicos todavía no existían. Este momento decisivo de la historia del deporte occidental no tuvo lugar hasta poco después, exactamente en el año 776 a.C., momento en que los griegos sorprendieron a propios y a extraños con una radical idea. Tras agotadores siglos de guerra constante, decidieron promover la idea del deporte en tiempos de paz como un fin en sí mismo. Todos los estados de la confederación griega proclamarían una tregua y se reunirían durante siete días de juegos que celebrarían la vida y no la muerte, además del logro humano a través del deporte. No era necesario ser soldado para competir: los juegos estaban abiertos a todos y los atletas vencedores fueron por primera vez honrados como si de dioses se tratara. Las primeras olimpiadas ofrecieron en su mayor parte los mismos eventos que Aquiles ofreció en Troya. Los vencedores no recibían ningún botín de guerra como premio, sino sólo una corona de olivo, símbolo de la paz.

De hecho, la instauración de los juegos olímpicos pudo ser en parte inspirada por la memoria de Aquiles y de sus juegos en honor de Patroclo.

Pero volvamos a Troya. Cuando dan comienzo los juegos, los hombres que el día anterior estaban bañados en lágrimas han cambiado por entero de tercio. Mientras compiten acaloradamente por los valiosos premios (caballos, mujeres hermosas y tesoros que forman parte de los botines de guerra) empiezan a reír y a alegrarse de nuevo. Hasta Aquiles parece animarse un poco.

Uno de los equipos renuncia a la carrera de cuadrigas: son los caballos de Patroclo. Vagaban como almas en pena, cabizbajos. Sin embargo, otros famosos equipos sí ocuparon sus posiciones en la línea de salida. Homero relató la carrera como si se tratara del mismísimo Derbi de Kentucky:

> Los caballos salieron lanzados a la carrera,
> galopando raudos desde los barcos.
> Bajo sus pechos

se levantaba el polvo, que quedaba suspendido en el aire
como nubes de tormenta en un torbellino.
En el fragor del aire, sus crines ondeaban hacia atrás. Los carros,
unas veces rozaban apenas el fértil suelo,
y otras daban saltos en el aire…
las yeguas de pies ligeros de Eumelo salieron en cabeza,
seguidas a escasa distancia por los caballos de Diomedes,
procedentes de los de Tros…

A continuación se celebró el combate de boxeo, con los dos hombres entrelazando sus puños como latigazos:

Levantaron los brazos… y se abalanzaron el uno contra el otro.
Las manos de ambos intercambiaron potentes puñetazos,
impactando con dolorosos crujidos en ambas mandíbulas.
De sus miembros corría el sudor
que se expandía por doquier. Entonces Euríalo se desvaneció,
pero el divino Epeo se movió hacia él y le golpeó la mejilla.
Euríalo no pudo ya mantenerse en pie mucho tiempo más.
Sus espléndidas piernas se derrumbaron en el acto…

Tras este K.O., el comentarista Homero pasa a relatar el combate de lucha:

Áyax intentó una carga,
pero Odiseo no había olvidado sus diversas estratagemas.
Pateó a Áyax detrás de la rodilla, doblándole la pierna.
Áyax cayó hacia delante y Odiseo se precipitó sobre su pecho.
Una oleada de entusiasmo recorrió a los espectadores.
El divino y robusto Odiseo levantó entonces un poco a Áyax,
aunque no logró sostenerlo en alto. Áyax le inmovilizó,
enroscándole la pierna a la rodilla, y los dos hombres
cayeron juntos al suelo, cubiertos de polvo.

Estos soldados son auténticos atletas. En su gran mayoría compiten en varios deportes. En la carrera a pie, Odiseo y Áyax vuelven a la carga, enfrentándose por la victoria. De pronto Áyax resbala y cae al suelo sobre una fresca boñiga de vaca y Odiseo gana la carrera. El estallido de carcajadas que saludan la caída de Áyax actuará como un hechizo de magia sanadora sobre todos los presentes, incluido Aquiles.

Pero hay más eventos en liza. El lanzamiento de disco. El concurso de tiro con arco. Un combate cuerpo a cuerpo con los contendientes completamente protegidos por sus armaduras y en el que los adversarios siguen luchando hasta que asoma el primer rastro de sangre.

Finalmente, con el lanzamiento de jabalina concluyen los

juegos. Los contendientes se retiran a regodearse con sus premios, a lavarse y a disfrutar de un gran banquete.

Al día siguiente, a Aquiles vuelve a aparecérsele su madre para decirle que los dioses están enfadados por el abuso al que ha sometido al cuerpo de Héctor. Asimismo, le apremia a que envíe un mensaje al rey Príamo en el que le comunique que ha decidido pedirle rescate por el cuerpo para que así los troyanos puedan enterrar a su héroe. Ablandado un poco tras la sanadora jornada del día anterior, Aquiles termina cediendo a la petición de su madre. A su debido tiempo, Príamo aparece en el campamento griego con un carro cargado con un tesoro con el que pagar el rescate. Aquiles se conmueve ante el dolor del anciano y lloran juntos las pérdidas de ambos. Entre dientes, Aquiles reza una breve plegaria por el espíritu de Patroclo:

> Oh, Patroclo,
> no te enojes conmigo si algún día llega a tus oídos,
> incluso en la casa del Hades, que devolví
> al divino Héctor a su querido padre.

UN CLÁSICO EN PELIGRO

La Ilíada concluye aquí, aunque conocemos el resto de la historia gracias a otras fuentes. El ejército griego, impulsado por la muerte de Patroclo y por la cólera de Aquiles, volvió a la batalla. Troya cayó… y Aquiles cayó con ella, después de encontrar la muerte cuando recibió una flecha en el talón (hasta hoy, esa parte vital y sensible del cuerpo se conoce como el «talón de Aquiles», y los atletas tienen que protegerlo).

Cumpliendo con las instrucciones del propio Aquiles, sus cenizas fueron enterradas junto a las de Patroclo.

Hacia el siglo iv a.C., cuando apareció en escena Alejandro Magno, el túmulo funerario situado en la costa de Troya seguía siendo una atracción para el viajero. Alejandro y su propio compañero Hefestión visitaron la tumba e hicieron allí sus ofrendas. A esas alturas la Ilíada ya era un documento escrito. Un buen número de preciosos ejemplares circulaban por el mundo mediterráneo, laboriosamente manuscritos en largos rollos de papiro, un tipo de papel manufacturado en Egipto. Alejandro era poseedor de una de esas Ilíadas y dormía con ella debajo de la almohada.

Sin embargo, cuando occidente se convirtió al cristianismo, la Ilíada, junto con otras obras literarias, históricas y científicas de la precristiandad, corría peligro. Los padres de la Iglesia más puritana habían empezado a lanzar sus primeras arengas contra la homosexualidad. En la Alejandría del siglo iv d.C., cuando las autoridades cristianas ordenaron la destrucción de los templos paganos de la región, había ejemplares de la Ilíada en la famosa biblioteca de Alejandría cuando ésta fue destruida.

Afortunadamente, hubo clérigos sin prejuicios que valoraban la Ilíada y otros clásicos de la Antigüedad. (Y ¿por qué no? Como bien sabemos, ¡algunos de ellos eran gays!) Discretamente, volvieron a copiar muchos de los frágiles rollos de viejos papiros en libros de pergamino a un coste enorme. El pergamino era un nuevo y perdurable material de escritura hecho con piel de animal. En el siglo x, una edición en pergamino de la Ilíada había logrado abrirse paso desde Constantinopla a Italia. Allí, hacia el año 1350, este ejemplar le fue entregado a Petrarca, el gran poeta italiano.

Los cultivados europeos se mostraban ávidos por redescubrir las ciencias, la filosofía y otras disciplinas de la Antigüedad y rebuscaban en las bibliotecas de los monasterios en un intento por encontrar esos viejos ejemplares. Petrarca, al que ya le habían llegado rumores que apuntaban a la existencia de la Ilíada, estaba que no cabía en sí de entusiasmo con el regalo. A pesar de que no leía bien el griego, con la ayuda de un tutor de la lengua, él y su amigo, el poeta Bocaccio, lograron traducir la Ilíada al latín y publicarla. La historia electrizó a todo aquel que la leyó. Eran muchas las figuras del Renacimiento que no se mostraban desconcertadas por el contenido homosexual de algunos de los clásicos griegos y romanos. Y es que entre la aristocracia italiana existía tal subcultura homosexual que la Inquisición intentó aniquilarla por todos los medios.

Hacia el año 1470, la Ilíada y un gran número de otros clásicos salían impresos en serie de la nueva prensa. En 1600, la Ilíada podía leerse en inglés.

Desde Inglaterra la historia se abrió camino a Norteamérica en los baúles de los colonos instruidos. El desgastado ejemplar de la Ilíada de Thomas Jefferson sigue todavía en la biblioteca de Monticello. La Guerra de Secesión recibió el nombre de «la Ilíada americana» y la lectura del poema épico pasó a ser un imperativo en las escuelas del país.

Sin embargo, a partir de entonces, a medida que el

moralismo protestante iba adueñándose del país durante la Guerra de Secesión, los norteamericanos conservadores no podían aceptar la obvia relación existente entre Aquiles y Patroclo. De ahí que se purgaran nuevas traducciones de la obra. Algunos historiadores empezaron incluso a insistir en que los dos jóvenes jamás habían sido amantes, sólo amigos. En cuanto la Ilíada fue discretamente desprovista de su clara esencia gay, pudo utilizarse como un símbolo idóneo del triunfo de la Unión en el campo de batalla.

A partir de ahí, despojar de su naturaleza gay a la exitosa película en el año 2004 no supuso un gran paso.

Sí, la auténtica Ilíada nos pertenece en su totalidad a nosotros, los gays, del mismo modo que las historias de los jugadores de baloncesto declaradamente homosexuales y que las divas declaradamente lesbianas del tenis. Mark Bingham, el jugador de rugby que murió como un héroe el 11 de septiembre, hunde las raíces de su valor en un suelo ancestral. Son tres mil años los que nos separan de la vida de Aquiles y de Patroclo, pero actualmente la guerra sigue siendo tan cruel como antaño. Norteamérica es víctima de una guerra cultural homofóbica que puede llegar a ser tan oscura y tan sangrienta como lo fue el destino de Troya.

Los deportes que amamos pueden fortalecernos y prepararnos para aquello que los dioses y las diosas puedan tenernos reservado.

JUANA DE ARCO

El arte de las justas, ahora y entonces

Cuando montó en su caballo y encajó los tres metros de lanza en su mano profusamente enguantada, la joven doncella de 17 años sabía que se enfrentaba a la mayor de sus hazañas.

Ni que decir tiene que con el tiempo se vería sometida a otros desafíos. Un interrogatorio formal por parte del clero para dilucidar si era o no una buena católica. Un reconocimiento médico en manos de las mujeres del rey a fin de verificar si realmente era la «doncella» que afirmaba ser. Aunque esta prueba tenía que preceder a cualquier otra. Si no la superaba, tendría que volver con la cabeza gacha a su aldea sumida en la vergüenza y su padre le daría un buen tirón de orejas.

La de Juana era una buena lanza... un rompedor modelo llamado «la lanza de la paz». Contaba con una punta roma que no representaba peligro mortal para sus adversarios. Su caballo... no era un gran animal. Apenas un jamelgo de carga de pelo tosco sobre el que la doncella había viajado... en absoluto adiestrado para aquel, el más grande de los deportes.

Fecha: 7 de marzo de 1429. Lugar: el castillo de Chinon, en el valle del Loira, en Francia. El delfín Carlos VII, aparente heredero de la corona francesa, se ocultaba allí de los ingleses, que reclamaban la corona francesa y que habían ocupado el país con firmeza. Carlos había sido expulsado de París, su capital. Sus fuerzas se recuperaban aún de una reciente derrota. Desanimado y roto, Carlos se preguntaba si debía optar por huir a Escocia, donde sus amistosos partidarios Estuardo le darían amparo.

El delfín de Francia, sentado sobre un estrado en el exterior del castillo, observaba a la advenediza campesina que se había presentado frente a la verja de su morada, acompañada de su precario séquito, exigiendo audiencia. El embriagador aroma de la primavera colmaba el aire, pero el delfín mostraba un semblante taciturno. Acababa de comer y sufría de una más que evidente indigestión a causa de las ansiedades políticas que poblaban su cabeza. Le acompañaban un ramillete de nobles damas y caballeros,

entre los que se incluía Juan, duque de Alençon, que a sus 22 años era ya el lugarteniente general de su esforzado ejército. También los nobles presentes mostraban taciturnos semblantes.

Ante ellos se extendía un campo fangoso e inclinado de unos cien metros de longitud. Los caballeros y los nobles jóvenes aprendices recorrían de un extremo al otro la extensión del terreno a lomos de sus bien cuidados caballos, ejercitándose con premura y practicando las artes de la guerra. En el centro estaba la quintena, un artilugio de adiestramiento. Su pesada vara giraba sobre un grueso poste. De un extremo colgaba un escudo abollado. Del otro, un saco de arena. Los caballeros cargaban contra la quintena a galope tendido e intentaban romper sus lanzas estampándolas contra el centro mismo del escudo. Tenían además que esquivar la bolsa de arena cuando ésta se abalanzaba sobre ellos; de lo contrario, les golpeaba de pleno.

Carlos había accedido a regañadientes a entrevistar a la joven porque había oído que sus parientes, Carlos II, el duque de Lorena, y René, el duque de Anjou, ya lo habían hecho. La formidable madre de René, Yolanda de Anjou —que además era la formidable suegra de Carlos—, también amadrinaba a la joven. El propio correo de Carlos había viajado con la expedición de Juana y había informado de que el ducado de Lorena al completo estaba entusiasmado con ella. Corría la voz de que había aparecido para cumplir la vieja profecía según la cual una doncella de Lorena salvaría a Francia. Juana rogaba que se le permitiera comandar sus ejércitos, prometiendo que Dios ayudaría al delfín en la victoria, tras la cual podría por fin ser coronado. Carlos ya había dedicado la mañana entera a hablar con ella y había quedado profundamente impresionado ante la poderosa personalidad de la joven. Estaba dispuesto a agarrarse a un clavo ardiendo.

Sin embargo… con la ayuda de Dios o sin ella, ¿no sería Juana una molestia en el campo de batalla? A buen seguro, sus curtidos capitanes tendrían la respuesta.

Desde la barrera, los ojos de aquellos grandes hombres de Francia reflejaban absoluta perplejidad ante la presencia de Juana. Lo cierto es que no era insólito el caso de una mujer armada en su mundo. Aun así, la que tenían ante sus ojos era demasiado… joven, de mejillas demasiado sonrosadas y de aspecto demasiado inocente. Se la veía fuerte, musculosa, de aproximadamente un metro y sesenta y cinco centímetros de estatura… y parecía sentirse tan a sus anchas en la silla de

alto respaldo propia de las justas como podría haberlo estado si hubiera aparecido a lomos de un manso palafrén de camino a un festival de mayo. Puesto que se trataba simplemente de una jornada de prácticas, Juana iba ligeramente protegida y todavía no se había colocado el yelmo. Llevaba el pelo oscuro cortado por encima de las orejas, en ronde, como un hombre. Bajo la coraza empleada en las justas, más pesada en el costado izquierdo, donde podía recibir el impacto de una lanza, llevaba una malla y un chaleco soldadesco, a lo que cabía sumar el relleno de hilo para la competición que el maestro de caballería del rey le había cedido en préstamo.

Juana agarró con firmeza la lanza y se puso el yelmo con la otra mano, tras lo cual bajó la visera que le protegía el rostro. Mientras su único palafrenero, Bernard de Poulegny, comprobaba sus estribos, su paje, Jean de Metz, dio un último repaso a los arneses del caballo. A continuación, Juana se dirigió a un extremo del campo de prácticas para iniciar la «carrera». El campo inclinado se vació mágicamente en cuanto el resto de los competidores se apartaron hacia las bandas para mirar. Se hizo el silencio.

Juana inspiró hondo para calmarse. Los nervios le revoloteaban en el estómago. ¿Cómo se comportaría su caballo?

Lanza en ristre, espoleó al animal, poniéndolo al trote. Por fin le gritó, apremiándole hasta que el caballo echó a galopar. Cuando cargaron contra la quintena, Juana rápidamente bajó la lanza, inclinándola sobre el cuello del caballo para dar con ella en el blanco situado a su izquierda... apuntando con ella lo mejor que pudo, entrecerrando los ojos tras la visera del yelmo, intentando mantener la concentración en su objetivo. Llevaba el mango de la lanza perfectamente encajado bajo el brazo para que el impacto inminente no le rompiera el hombro.

¡Crash! La punta de la lanza impactó contra el extremo del escudo y salió rebotada. Juana se vio lanzada contra el elevado respaldo de la silla. Al tiempo que el caballo, poco acostumbrado a tales lances, se asustaba con el impacto, sólo las fuertes piernas de Juana y sus firmes instintos la mantuvieron sobre la montura. Sin embargo, el saco de arena la golpeó con la fuerza de una almádena. Juana jadeó, intentando tomar aire, apenas logrando aferrarse a la lanza.

La concurrencia al completo estalló en carcajadas... todos con la única excepción del duque de Alençon. El duque la observaba pensativo.

Con las mejillas arreboladas, la joven hizo girar en redondo a su caballo y volvió a cargar contra la quintena por segunda vez, gritando y espoleando con feroz talante. Pero esta vez el caballo sabía muy bien lo que le esperaba... y se hizo a un lado, de modo que Juana galopó hacia sus hombres y les gritó desde el interior de la visera:

—¡Cortad un pedazo de capa! —ordenó con voz fuerte y clara—. Y tapadle los ojos con él. ¡Quizá obedezca si no puede ver la quintena!

Mientras sus hombres intentaban taparle los ojos al caballo, éste no hacía sino recular.

Los hombres del rey la veían debatirse contra el obcecado animal. Si aquella era «la Doncella de Lorena», el cielo no podía haberles enviado una joven que no sabía lo que tenía entre manos. A pesar de haber fallado en su primer intento, no podían negar la evidencia de que la chiquilla apuntaba buenas maneras. Además, no sólo había dado prueba de que no le faltaban recursos cuando la ocasión lo requería, sino que mostraba un claro espíritu de mando.

De pronto, el duque de Alençon bajó del estrado real y se acercó a la joven.

—Necesitas un caballo en condiciones —le dijo. Un murmullo de asombro recorrió a los allí reunidos.

Dos de los caballos de combate del duque fueron llevados al campo desde los establos. El duque montó uno e invitó a Juana a que hiciera lo propio con el otro, un negro semental flamenco de ojos vivos. Era más alto y más poderoso que su caballo de viaje y llevaba un elegante arnés de competición. Los ojos de la joven se abrieron como platos de puro asombro ante la magnificencia del animal. El semental cabrioleaba alborotadamente, pero Juana lo calmó con su voz y Juan de Metz la ayudó a montar. Los presentes fueron testigos de cómo dominaba a ese Purasangre de batalla con la misma presteza que mostraba con su jamelgo trotón.

Una vez más, sus criados le hicieron entrega de la lanza. De nuevo volvió a colocarse el yelmo. Esta vez, Juana contaba con un caballo que amaba su misión. Cuando gritó «¡Adelante!», el semental estalló hacia delante, dándole el ímpetu necesario. Esta vez la lanza impactó contra el mismísimo centro del escudo y estalló en una nube de astillas, tal y como supuestamente debía hacerlo en el curso de un torneo. Las afiladas astillas llovieron sobre su yelmo y sobre su armadura, que la protegieron adecuadamente. Cuando se echó atrás en la montura con el impacto, logró esquivar el

saco de arena que se había precipitado sobre ella.

Los presentes guardaron silencio, perplejos. En el silencio que envolvió la escena, la quintena siguió girando, movida por su propio impulso… seis, siete veces, entre los chirridos de su eje.

Carlos y sus hombres se miraron. Nunca habían visto a una mujer romper una lanza como habían visto hacerlo a Juana. El correo del rey ya había estado chismorreando con el caballero y el escudero de la doncella, que habían confirmado tales dotes. En cuanto al duque de Alençon, que observaba la escena desde su propio caballo, tenía la piel de gallina y sus ojos brillaban de pura admiración. Señaló a su propia coraza y a otra lanza.

—Puedes quedarte con el caballo —sonrió—. ¿Me harías el honor de turnarte conmigo?

La joven doncella levantó la visera de su yelmo con un chasquido. El triunfo le encendía ahora las mejillas y dedicó al duque una alegre sonrisa.

—Sí, gracias, mi noble duque —dijo.

La Superbowl del siglo XV

Aunque he novelado esta escena, lo cierto es que está basada en hechos reales… un momento clave en la historia europea. La joven: Juana de Arco. El momento histórico: Juana convenció al futuro rey de Francia y a sus oficiales de que contaba con los medios adecuados para dirigir su ejército. El deporte: las justas.

En cuestión de meses, otros endurecidos capitanes del ejército de Carlos mostrarían el mismo respeto por el poder de acción de Juana. Entre ellos el joven René, duque de Anjou, quien más adelante escribiría un famoso libro sobre el arte de la justa. Y John Dunois, conde de Longueville, también conocido como el «Bastardo de Orleans». Y el famoso mercenario La Hire. Pero, a partir de ese instante, Juan II, duque de Alençon, general en jefe y gran combatiente por méritos propios, fue no sólo devoto amigo de Juana, sino también su mayor admirador. Juana siempre le llamó mon beau duc, «mi noble duque».

La Edad Media deja constancia de un gran apego a una gran variedad de deportes populares entre los que los torneos y las justas eran los reyes. Para los contemporáneos de Juana,

eran lo que el fútbol americano es hoy en día para los estadounidenses… el Santo Grial del deporte, la expresión extrema de la fuerza, el valor, la gloria y el peligro. Los torneos reales rivalizaban con la Superbowl en color y en entusiasmo, con ricos premios que identificaban estos eventos como una competición realmente profesional.

Hasta el siglo xi, los torneos eran imperturbables juegos de guerra, con melées de cientos de caballeros combatiendo a la vez. Una melée constituía la maniobra más devastadora en la guerra medieval: cargas masivas por parte de una caballería protegida por pesadas armaduras y armada con largas lanzas terminadas en puntas de acero asesino. Una carga de esas características podía vencer una batalla, tratando sin la menor de las contemplaciones a los desventurados soldados de a pie. Los caballeros sólo hacían uso de sus espadas, mazas o hachas de combate, y se exponían a la lucha cuerpo a cuerpo cuando las lanzas se rompían o se extraviaban. Ni que decir tiene que las muertes durante esas melées eran más que comunes.

Así pues, en el siglo xi, y en respuesta a una actitud cada vez más crítica, los torneos empezaron a regularse más, tornándose así en una práctica más humana. En tiempos de Juana, los caballos, las cargas de la caballería y las justas eran cada vez menos importantes en el campo de batalla. La razón: la pólvora había llegado a Europa. Los cañones y los soldados de a pie armados con primitivas armas de fuego resultaban devastadores para la caballería pesada, cuyo uso remitía a marchas forzadas. Poco a poco iba aumentando el poder y el número de los soldados de a pie, hasta entonces despreciados. La propia Juana demostró su genialidad a la hora de desplegar estas terribles y nuevas armas explosivas. A medida que el valor de las justas en tiempos de guerra se diluía, se convirtió en una práctica cada vez más popular en tiempos de paz.

Según apunta René d’Anjou en El libro del torneo, la «justa de paz» había elaborado precauciones de seguridad. Las vidas de hombres experimentados y de caballos altamente adiestrados eran demasiado valiosas para desperdiciarlas en los campos de juego. Los caballos de guerra y los caballos empleados para las justas eran animales grandes, poderosos, atléticos y veloces… resultado de la mezcla de razas locales como los bretones y los Suffolk Punches con razas capturadas de Oriente Medio en un intento por obtener mayor fuego y refinamiento. Quizá Juana de Arco sintiera cierta predilección

por los caballos flamencos, una raza antigua en la que predomina el negro entre los colores del pelaje: la historia apunta a que a menudo montaba caballos negros.

Al inicio de una justa, los competidores echaban a suertes quién participaría en la primera ronda de enfrentamientos. Cada caballero cargaba contra el otro recorriendo los lados opuestos del tilt, una barrera de madera que servía para asegurar que los caballos corrieran sin desviar su trayectoria, prevenir colisiones frontales y minimizar el riesgo de heridas. Supuestamente los contendientes apuntaban al yelmo o al torso protegido por la armadura de su contrincante. Quedaba absolutamente penalizado golpear al otro por debajo del cinturón o herir a su caballo: en ese caso, los cuatro jueces penalizaban gravemente al contendiente.

Para ambos caballeros, el impacto era como si les hubieran golpeado con un martinete. Los aficionados estadounidenses, a los que tanto les gusta el sonido de los horripilantes golpes que tienen lugar en el fútbol americano, con dos cuerpos humanos de 110 kilos de peso colisionando a una velocidad de quince kilómetros por hora, disfrutarían con uno de los impactos característicos de las justas, en las que cada hombre con su armadura pesaba una tonelada y se movía a una velocidad de cuarenta y cinco kilómetros por hora para terminar encontrándose con un brutal impacto. El único modo de suavizar el golpe era dejar que las lanzas se astillaran.

Se concedían los puntos: la puntuación más alta se otorgaba a un sólido impacto que desequilibrara o tirara del caballo al oponente. El vencedor de cada encuentro recibía el pago del perdedor... ¡y además se quedaba con su caballo y con su armadura! A continuación los vencedores volvían a emparejarse hasta que los dos finalistas se encontraban para batallar por el campeonato. El campeón recibía una bolsa de oro del patrocinador del torneo, o una valiosa gema, además del resto del botín que había acumulando a lo largo de la competición. ¡Algunas celebridades de las justas se hicieron tan ricos como Tiger Woods con sus ganancias! Sin embargo, a pesar de las precauciones de seguridad, algunos competidores resultaban accidentalmente heridos o hallaban la muerte en estos encuentros.

La práctica de las justas no era exclusiva de la nobleza. Con el auge de la infantería, la jerarquía de la sociedad medieval se estaba resquebrajando, permitiendo con ello la entrada de una marea de plebeyos en cada uno de los ejércitos.

Ambiciosos y habilidosos soldados de a pie podían convertirse en suboficiales del ejército de un señor y quizá incluso acceder al rango de escudero o caballero. Las partes interesadas podían aprender de qué iba todo juntándose en el campo de justas del mismo modo que nosotros nos juntamos a jugar a la petanca. Si no había campo de justas a mano, un buen prado servía también. Naturalmente, estos advenedizos se dejaban ver en los torneos. El Libro del torneo de René establecía las condiciones bajo las cuales un plebeyo podía medirse con los individuos de sangre azul. La película Corazón de caballero puede haber sido inspirada por la historia del líder militar del siglo xiv Bertrand du Guesclin, humildemente nacido como Juan y que había iniciado sus pasos como campeón de justas.

A pesar de los edictos de la Iglesia contra la participación de las mujeres en los combates e impidiéndoles la utilización de equipos masculinos, las participantes femeninas también alcanzaron notoriedad en el deporte de las justas. Una crónica que data del siglo xiv arengaba sobre las mujeres de noble cuna que participaban en las justas: 40 ó 50 participantes femeninas podían registrarse en los torneos. Al otro lado del Canal, una mujer, Louise Labe, era una habitual de los torneos franceses.

En el siglo xvii, mientras las justas desaparecían poco a poco del escenario europeo, dejaban algunos términos y conceptos arraigados para siempre en la tradición deportiva occidental. Entre ellos se incluyen melée, free lance y «dar un golpe bajo», por no hablar de expresiones de cariz político como «romper una lanza» y «perseguir molinos de viento». El término original inglés tilt (que podría traducirse por «justa») encontró su sitio en la jerga del juego de las cartas, como bien lo demuestra el «Tilt» de la serie ESPN[1] (¡hay quien define el póquer como un deporte!). Hasta el término «campeón» procede de la palabra francesa champs, o campo, el lugar donde se celebraba un torneo. El formato de los torneos, en el que los ganadores de los enfrentamientos iban abriéndose camino hasta las finales, sigue utilizándose hoy en día en el tenis y en otros deportes.

Mientras tanto, en 1643, la práctica de las justas arraigó en Norteamérica. Cuando lord Baltimore fundó la Colonia Maryland, el deporte se ganó por derecho propio un lugar de honor entre sus jóvenes y aristócratas colonizadores. Sobreviría a la Revolución Americana para alimentar una reactivación de las «justas» en pleno siglo xx. Aunque me

extenderé sobre este punto más adelante.

Si Juana de Arco hizo gala de tamaña habilidad en la práctica de las justas como para asombrar al rey y a sus capitanes, a buen seguro debía de haber practicado este deporte.

EL NACIMIENTO DE UN ICONO

En la actualidad, muchos norteamericanos siguen entusiasmándose con la historia de Juana. Sin embargo, algunos de nosotros llevamos ese entusiasmo un poco más lejos. Sentimos instintivamente que Juana debía de tener buenas dotes atléticas a fin de lograr las hazañas extremas que marcaron su único año de incontestable gloria en el campo de batalla. Quizá eso explique por qué una joven que vivió hace seiscientos años haya emergido hoy como un icono deportivo. Cuando empecé a investigar para la escritura de esta serie deportiva, recibí la inspiración de escribir este artículo deportivo al caer en la cuenta de que su nombre aparecía muy a menudo.

A pesar de que los coetáneos de Juana la retrataban casi siempre portando una lanza, hoy se la suele representar con una espada en la mano, de modo que su sombra prevalece en la esgrima. Existen clubes de esgrima Juana de Arco. Muchas de las esgrimistas llevan una coraza de alto impacto llamada la «Juana de Arco» que les protege los pechos (ha sido modelada a partir de la coraza que, según se dice, cubrió el cuerpo de Juana. Muchos jóvenes, hombres y mujeres, dicen que la historia de Juana forma parte de los motivos que les inspiraron a la hora de elegir la práctica de la esgrima, entre ellos James Ransom, campeón nacional de esgrima de Canadá y ganador de la Copa del Mundo. Otra admiradora de Juana es Laura Young (www.geocities.com/epeegrrll), esgrimista y lesbiana declarada que está intentando incluir la esgrima en el programa de los Gay Games.

De hecho, el nombre de Juana aparece por doquier en el ámbito del deporte femenino. Los carteles de las películas de Juana de Arco se venden en los sitios de la red dedicados a la venta de productos deportivos femeninos. Existe un sujetador deportivo Juana de Arco y un saco de dormir Juana de Arco fabricado para senderistas por la marca Sierra Designs. Los institutos y universidades femeninas que han adoptado el

nombre de Juana normalmente ofrecen importantes programas deportivos.

La admiración que los deportistas sienten por Juana se ha visto claramente avivada por la industria cinematográfica, que la convirtió en la primera heroína de acción. A partir de 1898, Juana ha sido el blanco de más de una docena de largometrajes y de varias series de televisión, entre ellos, y el más reciente, Juana de Arco de Luc Besson. Cada cineasta le da un giro distinto a la historia, retratándola desde santa hasta hereje, de patriota a histérica. Sin embargo, todos la describen como una mujer fuerte y apasionada, amante de la acción. La inmensa galería de explosivas luchadoras (desde Wonder Woman a Lara Croft) deben su inspiración a Juana. Desde la gran pantalla Juana dio el salto a la pantalla del ordenador, donde se convirtió en una popular figura de los videojuegos.

Todo estudio que pretenda investigar la destreza de Juana en la práctica de las justas puede contar con una gran cantidad de material de consulta. Juana tuvo un efecto tan electrizante en sus contemporáneos que ha resultado ser la figura mejor documentada de toda la Edad Media. Han sobrevivido algunas de sus cartas. Durante su juicio por herejía (1430-31), quedó registrado el proceso al completo. Tras su ejecución, tuvo lugar el juicio de anulación (1455-56), celebrado por cuanto una avergonzada Iglesia católica se planteó dar marcha atrás a su condena por herejía. Cientos de amigos, de familiares y de testigos oculares testificaron para que quedara testimonio público y escrito del proceso. Tras su muerte, y durante todo un siglo, Juana figuró en crónicas en las que seguían apareciendo testimonios de testigos oculares de su proceso.

En la actualidad, muchos historiadores y guionistas de Hollywood evitan vérselas con este deporte marcial que a buen seguro Juana debe de haber practicado. Una investigadora norteamericana, Marcia Quinn Noren, afirma que Juana «se entrenó duramente para el papel que debería jugar en el futuro como guerrera ecuestre», aunque añade después que tal entrenamiento dio comienzo en abril de 1429, después de haberse unido a la corte de Carlos... lo cual no explica dónde aprendió la técnica y la destreza con las que asombró a todos en marzo de ese mismo año. La distinguida historiadora francesa Regine Pernoud menciona su participación en la práctica de las justas, pero pasa muy de puntillas sobre la cuestión sin comentario alguno. La

historiadora católica Virginia Frohlick sí llevó a cabo una profunda investigación sobre la vida anterior de Juana, aunque se declara convencida de que las dotes de Juana para la acción estaban «directamente inspiradas por Dios» y nada tenían que ver con el resultado del entrenamiento.

Los historiadores militares parecen mostrarse más abiertos al respecto. Stephen W. Richey afirma que Juana ya «practicaba el arte de las justas» cuando el duque de Alençon la conoció. Lo mismo afirma la Société de l'Oriflamme en su página web cuando trata la cuestión de la Guerra de los Cien Años.

UNA BREVE BIOGRAFÍA

Nacida hacia 1412, Juana se crió como una devota y trabajadora joven en la aldea de Domremy, situada junto a una frecuentada ruta que atravesaba el condado de Lorena. En francés se la conocía como Jehanne. Su familia, los d'Arc, eran prósperos granjeros que vivían en una casa de piedra de dos plantas que todavía hoy sigue en pie. Su padre era el jefe de policía del pueblo y su madre, comadrona. Juana se crió bajo la estricta autoridad de sus padres. Su temprana experiencia con los caballos probablemente quedara limitada a los quehaceres de la granja. También ayudaba a su madre con las labores de la casa, a cuidar de los enfermos y a dar a luz a las mujeres del pueblo.

Alrededor del pueblo, la Guerra de los Cien Años había destruido grandes zonas de campos y poblaciones. Inglaterra —con la ayuda de sus aliados franceses, los duques de Borgoña— se debatía contra Carlos, que no cejaba en su empeño por reclamar para sí el trono de Francia. El campesinado francés llamaba «godons» a los soldados ingleses porque goddam[2] era la palabra favorita del ejército invasor.

Cuando Juana apenas acababa de entrar en la adolescencia, empezó a oír voces que, según creía, pertenecían a sus santos preferidos: Catalina, Miguel y Margarita. Las voces le decían que debía liderar el ejército del delfín contra los ingleses. Al principio, Juana se resistió a ellas. Según su último testimonio, les dijo a sus santos: «No soy más que una pobre doncella que no sabe nada de montar a caballos de guerra ni de comandar ejércitos». Aun así, las voces persistieron. No se atrevió a hablar a sus padres de sus visiones.

Sin embargo, finalmente, en 1428, siempre según su testimonio, cedió a las voces y dio comienzo un audaz proceso que la llevó a dedicar un año entero a lograr llegar a la corte de Carlos sin el consentimiento paterno. El delfín la equipó para la misión que tenía ante sí: le otorgó el rango de capitana, personal propio, le regaló esa famosa armadura adaptada a su cuerpo y, naturalmente, le procuró buenos caballos. Juana contaba con su estandarte, o bandera de batalla, que portaba en lo alto de una lanza para que sus hombres pudieran verla siempre en el fragor de la batalla. Un nuevo ejército fue financiado por los insondables bolsillos de Yolanda, la suegra de Carlos.

Al principio Juana tuvo éxito en su empresa. El rey Carlos decidió negociar en vez de seguir luchando. Juana insistió en que los ingleses sólo abandonarían Francia respondiendo a la fuerza de las armas. Enojado con ella, Carlos prohibió al duque de Alençon que siguiera dándole su apoyo, de modo que Juana dejó la corte y siguió luchando con un pequeño ejército que ayudó a financiar personalmente. Sin embargo, el desastre se cernió sobre ella en noviembre de 1430. Fue capturada por los Borgoñones, que la vendieron a los ingleses. A su vez, los «godons» la entregaron a los vengativos clérigos franceses que eran leales a Inglaterra.

Carlos y su suegra se dieron cuenta, aunque ya demasiado tarde, de que Juana sería acusada de hereje para así desacreditar la causa de Carlos. Yolanda financió entonces uno o dos intentos de rescatar a la doncella, liderados por los antiguos camaradas de Juana, La Hire y Dunois. Pero los rescates fracasaron. El juicio de Juana se celebró en la ciudad de Ruán. Entre las sesiones del proceso, Juana vivía encerrada en una diminuta celda, encadenada de pies y manos, una cruel reclusión para una joven que había llevado una vida vigorosa y libre. Su fiel defensa de su misión facilitó sobremanera su condena.

El 30 de mayo de 1431 fue quemada en la hoguera.

El ultraje público provocado por su ejecución se mantuvo vivo durante décadas. Su padre bien pudo morir de pena. Por fin, la madre de Juana, cumplidos ya los 60 años, se dirigió al representante del Papa en Francia y le espetó: «exijo que se repare el buen nombre de mi hija». La Iglesia se vio obligada a actuar. En 1456 la condena de Juana quedó invalidada.

Una doncella provista de una lanza había cambiado el curso de la historia de Europa manteniendo al contingente inglés fuera del continente. En su día existiría un Imperio

Británico, pero los británicos deberían navegar hasta el continente americano y Asia para construirlo.

LAS VOCES DEL PASADO

Entrelazado en este dramático tapiz de seda de los acontecimientos, podemos vislumbrar el tosco hilo histórico del deporte.

La información clave procede del duque de Alençón y de su testimonio en las vistas de anulación. Ya anciano, el duque recordó aquel día de la primavera temprana de 1429 en Chinon. Dijo el duque: «Después de la cena, el rey fue a dar un paseo. Juana corrió ante él lanza en mano. En cuanto vi su destreza con la lanza, le di un caballo».

Más adelante, el duque añadió a su testimonio con cariñoso talante: «Para los menesteres de la guerra, portar la lanza, reunir un ejército, ordenar operaciones militares, dirigir una artillería... Juana estaba dotada de una habilidad especial. Todos se maravillaban al verla actuar con la misma sabiduría y previsión que cualquier capitán que llevara combatiendo veinte o treinta años». El duque estaba sufriendo su propio distanciamiento con el rey Carlos, y terminaría sus días muriendo en una prisión real.

Cuando llegó la hora de celebrar el segundo juicio, algunos testigos de importancia —entre los que se incluían René, Yolanda y La Hire— habían muerto o habían desaparecido de escena. Sin embargo, otros contaron historias parecidas sobre las dotes atléticas de Juana. Entre ellos:

Thibauld D'Armagnac, caballero, manifestó: «La vi en el asalto de las Fortalezas de Saint Loup, los Agustinos, Saint-Jean-le-Blanc y en el Puente. En todos esos asaltos Juana se mostró tan valerosa y se manejó de un modo que no habría resultado posible en ningún hombre, por muy versado que estuviera en la disciplina de la guerra; todos los capitanes estaban maravillados ante su valor, su actividad y su resistencia.

Margarita La Touroulde, esposa del canciller del rey, afirmó a su vez: «Montaba a caballo y manejaba la lanza como el mejor de los caballeros, y los soldados estaban maravillados al verla».

Otros testigos oculares nos proponen vívidas instantáneas de Juana en acción. Juana liderando una carga con su lanza

en ristre. Juana trepando a una escala de asedio portando su armadura al completo. Juana en combate cuerpo a cuerpo. Juana herida por una ballesta y aun así sin dejar el combate. Juana no disfrutaba matando a gente y más adelante insistiría en que se limitaba a luchar en defensa propia. Sin embargo, hacía cosas que un soldado moderno sólo puede hacer después de un período de adiestramiento intensivo en el campamento de reclutas. Tanto los capitanes como las tropas estaban electrizados ante su feroz valentía. Stephen W. Richey dice: «Se convirtió para siempre en su Doncella y ellos se convirtieron para siempre en sus soldados».

Mientras leía estos testimonios, no podía evitar volver a aquel día de primavera en que Juana «se lanzó a la carrera ante el rey». ¿Dónde aprendió Juana semejantes habilidades? ¿Quién pudo haberla adiestrado?

JUANA EN EL CAMPAMENTO DE ADIESTRAMIENTO

Durante las vistas de anulación, los testigos tuvieron mucho que decir sobre la bondad y la vida hogareña de Juana. Dos de los testigos llegaron a confesar haberla ayudado a cambiarse y a vestir ropa de hombre.

Aun así, ningún testigo mencionó su adiestramiento en la práctica del deporte marcial. ¡Había una buena razón para ello! En 1431, la acusación concluyente sobre Juana había incluido cargos específicos por portar armas, combatir y provocar un gran derramamiento de sangre. Veinticuatro años más tarde, cualquiera que osara admitir haberla ayudado a cometer esos «crímenes» corría un grave riesgo. De modo que nadie reconoció haberlo hecho. Nadie dio nombres de nadie que lo hubiera hecho. El largo brazo de la Inquisición tenía la costumbre de castigar a los cómplices de los herejes… podían alcanzar a los miembros de la familia del acusado, a sus vecinos e incluso a pueblos enteros.

Si Juana realmente tuvo acceso a un campamento de adiestramiento, lo hizo discretamente durante diez meses entre finales de la primavera de 1428 y principios de la de 1429.

Hacia el 1 de mayo de 1428, cuando Juana tenía 16 años, por fin, y por vez primera, confió su misión a otra persona. Se trataba de su tío, Durand Laxart. Durand había sido sargento del ejército del rey, un veterano de guerra contra los ingleses.

Él la tomó en serio y fue el primero entre sus apasionados seguidores.

Juana se marchó de casa en compañía de su tío, después de haberles dicho a sus padres que se dirigía a casa de los Laxart, situada en el pueblo cercano de Burey-en-Vaux, para cuidar de su tía embarazada. Allí, hacia el 13 de mayo, Laxart depositó a su sobrina a salvo con otros parientes, los Leroyer, que también estaban al corriente del secreto de la muchacha. Siguiente paso: concertar una entrevista con Robert de Baudricourt, señor local. Las voces de Juana le habían dicho que Robert podía ayudarla. La corte del rey estaba a 450 kilómetros de allí, en la otra parte del territorio donde se alineaban las tropas de los borgoñones. A fin de llegar sana y salva a Chinon, Juana necesitaría una escolta armada facilitada por el señor Robert.

Mientras intentaba conseguir un encuentro con Baudricourt, Juana también contactó con dos de los hombres de Baudricourt, a saber, el escudero Jean de Metz y el caballero Bertrand de Poulegny. Cuando los dos hombres se enteraron de cuál era la naturaleza de su misión, le prestaron su juramento formal, diciéndole que la ayudarían. Poulegny testificó que la veía a menudo. Según sus palabras, fue más o menos en esa época cuando Juana empezó a vestir ropa de hombre. Laxart diría después que Juana llegó incluso a apropiarse de parte de su propio armario.

En un momento dado, Laxart y los dos guerreros (quizá otros cuyos nombres nunca llegaron a quedar reflejados en el registro) deben de haberle dicho a Juana: «Oye, muchacha, no puedes pretender dirigir un ejército sin aprender algunas nociones básicas de combate».

Quizá los hombres se llevaran a Juana a algún lugar del campo, o incluso puede que al campo de justas, para impartirle un cursillo de inmersión. Vestida con ropa de hombre y bajo su armadura prestada, con un yelmo en la cabeza, podría haber disimulado fácilmente su sexo. Sin duda debía de tener un talento natural y aprender con rapidez. Podemos imaginar a su instructor en el arte de las justas gritándole como los entrenadores lo han hecho siempre con los novatos: «¡No cierres los ojos justo antes del impacto!».

«Mantén la lanza bien encajada bajo el sobaco. ¡Bajo el sobaco, boba! De lo contrario, el golpe te arrancará el hombro.»

Sin embargo, cuando Juana por fin logró entrevistarse con Baudricourt y le habló de su misión, éste respondió sin

contemplaciones a su tío que se la llevara a casa. En el mundo feudal eso era una orden, así que Laxart obedeció.

Ese verano, de nuevo en Domremy, la ansiedad de Juana no hizo sino ir en aumento. Las tropas de los borgoñones arrasaron su aldea, quemándola en su mayor parte. Los d'Arc y otras familias huyeron a las cercanías de Neufchâteau. Allí Juana consiguió un empleo en una posada de la localidad. La posada estaba abarrotada de soldados leales y Juana trabajaba como moza de cuadras, atendiendo a los caballos. Quizá allí dispuso de otra oportunidad para aprender... quizá algunas nociones básicas de equitación necesarias para el manejo de caballos de guerra. Cuando los d'Arc regresaron a su pueblo, tuvieron la fortuna de encontrar su casa en pie. Su padre debió de presentir que algo ocurría. Según un testimonio, había tenido un sueño en el que veía a Juana uniéndose al ejército. En octubre de 1428 la tensión general iba en aumento al tiempo que los ingleses lanzaban más ataques en la región.

Hacia enero de 1429 Juana no pudo soportarlo por más tiempo. A pesar de que era invierno, se marchó a hurtadillas de Domremy y logró viajar en el carro de algún vecino de regreso a casa de su tío, y de allí a Vaucouleurs. Eso volvió a ponerla en contacto con Jean de Metz y Bertrand de Poulegny. De pronto se vio con un caballo propio (dicen los testigos presenciales haberla visto dando vueltas por el pueblo a lomos de su caballo). Los rumores sobre su misión se extendían como la pólvora. Ahora se hacía llamar Juana la Pucelle, Juana la Doncella. Eso resultó ser una decisión de gran inteligencia política. A fin de ganarse la credibilidad, debía apartarse claramente de las prostitutas que viajaban acompañando a los ejércitos medievales.

En febrero, el viejo duque de Lorena oyó hablar de ella y mandó a buscarla. A esas alturas, la ciudad entera apoyaba a Juana. La gente pasaba el sombrero para comprarle un uniforme de soldado y un equipo básico de campaña. Su tío y Jean de Metz la acompañaron a Nancy, donde vivía el duque. El duque quedó lo bastante impresionado como para darle una palmadita en la cabeza, cuatro francos y un nuevo caballo. El 13 de febrero, Juana había vuelto a Vaucouleurs y de nuevo daba la lata a Baudricourt. En las proximidades de Rouvray tenía lugar una gran batalla y Juana predijo sin ambages a Baudricourt que los franceses serían derrotados.

Una semana más tarde, cuando las noticias de espantosas pérdidas francesas llegaron a oídos de Baudricourt, éste

quedó profundamente conmovido y empezó a tomarse a Juana en serio. ¡Sin duda las voces de la joven provenían del cielo! Sabía que su ciudad al completo la apoyaba. ¿Qué les había convencido? ¿Su mensaje patriótico? ¿Su extraordinaria personalidad? ¿Sus cada vez más avezadas habilidades con el caballo y la lanza? ¿O todo ello a la vez? Baudricourt le dio una espada y la escolta que la joven le había pedido.

El 22 o el 23 de febrero, la Doncella se marchó a Chinon. Iba acompañada de Jean de Metz, Bertrand de Poulegny y varios hombres de armas más. El resto ya es historia.

La orientación de Juana

Incluso en vida de Juana muchos fueron los que se plantearon su sexo y su sexualidad. Durante las vistas de anulación, su primer confesor, Jean Pasquerel, testificó: «He oído decir que Juana, cuando vino a ver al rey, fue examinada por mujeres para descubrir la verdad, si era un hombre o una mujer».

Juana tenía el don de difuminarse entre hombre y mujer. El historiador militar Don O'Reilly cita un comentario de gran percepción de un caballero llamado Perceval de Boulainvilliers. El caballero en cuestión escribió una carta en la que describía la camaleónica naturaleza de Juana: «Tiene un porte ciertamente viril, habla poco, muestra una admirable prudencia en todas sus palabras. Cuenta con una hermosa voz de mujer, come poco, bebe muy poco vino. Disfruta montando a caballo y de las buenas armas, le encanta la compañía de nobles hombres de guerra, detesta las asambleas y las reuniones multitudinarias, vierte fácilmente copiosas lágrimas y tiene un rostro alegre. Soporta el peso y la carga de una armadura increíblemente bien, hasta el punto de que ha llegado a permanecer completamente armada durante seis días con sus noches».

El imaginario actual tiende a apartarse del terreno de lo no convencional en lo que hace referencia a la historia y a la sexualidad de Juana. Los protestantes y católicos conservadores sienten simpatía por ella, pero insisten en retratarla como a una mosquetera con armadura, un modélico ejemplar para la «abstinencia» heterosexual posmilenio. La industria cinematográfica fue un paso más allá. Incluso a pesar de convertirla en una figura de acción, hizo de ella un

personaje admisible para las audiencias masivas, envolviéndola en diferentes estereotipos «femeninos»: retratándola como una joven tímida, aniñada, amable, llorona, histérica, etc.

Aunque Juana es un importante icono para los gays, las lesbianas, los/las bisexuales y los/las transexuales, a algunos/as de nosotros/as nos resulta harto difícil suponer su orientación.

Por ejemplo, hay quien afirma que Juana era lesbiana. La dramaturga Carolyn Gage insiste: «Juana… se acostaba con mujeres». Los expedientes del juicio mencionan que, cuando Juana no estaba en campaña, siempre dormía en la misma habitación o en la misma cama con otras mujeres. Pero es que las casas y los castillos medievales disponían de un pobre sistema de calefacción, de modo que las personas del mismo sexo a menudo dormían juntas para mantenerse en calor. La práctica suministraba además testimonios legales que pudieran aseverar que ninguno de los presentes protagonizaba prácticas sexuales ilícitas. Los inquisidores medievales aceptaron estas prácticas como prueba de la castidad de Juana.

Juana contaba con un buen número de leales amigas y admiradoras. Sin embargo, lo cierto es que nada de lo que ha quedado escrito en los expedientes indica que fuera lesbiana.

Entonces… ¿era bisexual o heterosexual? Tenía profundas amistades con hombres: el duque de Alençon, Bertrand de Poulegny y demás. Aun así, el expediente sugiere que Juana no estaba en absoluto interesada en el sexo. Se mostraba protectora de su virginidad, durmiendo sin quitarse la armadura mientras estaba en el campo de batalla con su ejército.

Pero existe otra posibilidad. A partir de ciertos descubrimientos sobre el ADN y el sexo, algunos historiadores sugieren que Juana era una persona transexual o intersexual. Durante las vistas de anulación de su condena, su ayudante Jean d'Aulon mencionó que Juana jamás menstruaba. Dijo que había oído decirlo a mujeres que la conocían bien. La falta de intimidad en la vida medieval facilitaba que las mujeres que compartían dependencias estuvieran al corriente de las realidades íntimas de las demás.

Si Juana no menstruaba, eso sugiere que había nacido con una mutación genética llamada Síndrome de Insensibilidad a los Andrógenos Completa. El SIAC es una condición hereditaria en la que los bebés con cromosomas masculinos se

desarrollan como niñas porque sus cuerpos no son capaces de responder a los andrógenos. Éstas son las hormonas masculinas encargadas del desarrollo físico y psicológico de la masculinidad. Durante la pubertad, la mujer XY desarrolla un cuerpo de mujer «de aspecto normal», incluidos los pechos. Sin embargo, dentro de ese cuerpo no hay ovarios ni útero… y por tanto no hay capacidad de menstruación. Una mutación variante, llamada el SIA incompleta tiene como resultado vestigios visibles de órganos sexuales masculinos.

De haber sido Juana un caso de SIAC —y personalmente creo que lo era—, dicha circunstancia no se habría observado durante las pruebas médicas que aparecen en los expedientes. La primera tuvo lugar en 1419, y se dejó en manos de Yolanda y de otras damas de la corte tras la insistencia de Carlos. La segunda se produjo durante su captura, cuando fue examinada por varias nobles damas inglesas antes de ser entregada a la Iglesia francesa. Las características anatómicas del SIAC habrían estado bien ocultas en el interior del cuerpo de Juana, de modo que las damas no pudieron notar nada inusual en su exhaustivo examen.

El hecho de ser XY quizá explique también por qué Juana se empeñaba como lo hacía en vestir ropa de hombre. Más allá de su preocupación por protegerse del acoso sexual y de funcionar como un soldado, quizá fuera presa de una duradera intuición que le decía que la ropa de hombre era la «adecuada» para ella.

LA RESURRECCIÓN DE LAS JUSTAS

Si Juana resultó ser una mujer del tipo XY, sus descendientes espirituales están hoy dejando huella. Annie Richards, autora de Second Type Woman, manifiesta lo siguiente:

> Las mujeres con SIA parecen en efecto especialmente dotadas para el deporte, o quizá es que suelen dedicarse más al deporte que otras mujeres. A menudo se ha descubierto que las atletas de primer orden sufren del SIA cuando se les ha hecho una prueba de identificación de género. Según las estadísticas, una de cada quinientas atletas de categoría internacional sufren SIA.

Durante las cuatro décadas en que se ha sometido a pruebas de verificación de género a las competidoras de los

juegos olímpicos, el análisis de cromosomas descubrió un buen número de casos de SIA, por ejemplo, y sin ir más lejos, el famoso caso de María patiño, la saltadora de vallas española.

También la práctica de las justas está dejando una nueva impronta. En los Estados Unidos, resucitó por primera vez en los estados centrales de la vertiente atlántica a mediados del siglo xix, sobre todo como deporte privado practicado por aficionados de clase acomodada. En 1950, la Maryland Jousting Association organizó los primeros torneos oficiales. Hacia 1962, Maryland declaró las justas deporte oficial del estado. A partir de ese momento, la resurrección de los torneos se expandió por todo el territorio norteamericano, a través de las Ferias Renacentistas, la Sociedad en Defensa de los Anacronismos Creativos, El Reino del Oeste, espectáculos celebrados en los casinos y otras clases de eventos de recreación medieval. A los promotores de dichos espectáculos les encanta etiquetarlo como el «primer deporte de riesgo». El deporte universitario puede también saltar a lomos de esa silla de respaldo alto: la Universidad de Texas cuenta con un equipo de justas. Las variantes más populares del ámbito escolar incluyen justas sobre patines y bicicletas.

La misma resurrección está teniendo lugar en Canadá, el Reino Unido, Europa, Australia y Nueva Zelanda. Los fabricantes de armaduras y los criadores de caballos pesados parecen estar hoy en día de lo más ocupados.

La práctica de las justas tras el cambio de milenio se completa con la tradicional barrera o tilt y una armadura completa, además de un método moderno de puntuar y de juzgar la actuación de los contendientes. Cuenta con su cuerpo nacional (la American Jousting Association) y con su cuerpo de gobierno (la Internacional Jousting Association), que quizá algún día logre la admisión del deporte en las olimpiadas. La IJA es quien dicta las normas, certifica a los competidores, celebra los torneos y los campeonatos del mundo. Hace especial hincapié en la fidelidad histórica, así como en la seguridad de los caballos y de los participantes. «Desmontar» al oponente y apuntar a la cabeza no se ve hoy con buenos ojos… los participantes en las justas deben intentar por todos los medios evitar herir de gravedad al adversario. Como ya ocurriera en tiempos de Juana de Arco, en la actualidad en el deporte de la justa ni siquiera un atleta naturalmente dotado para su práctica puede conseguir exitosos resultados sin entrenamiento previo.

Única en el panorama deportivo, la práctica de las justas permite tanto a «caballeros» como «doncellas» competir bajo coloridos alias —como el de Fulk de Wyvern o el de Daffyd of the Glens— en lugar de emplear sus nombres legales. ¿Y las doncellas? Según leemos en el Jousting de Nueva Zelanda, «Algunas de las participantes más fuertes en las justas de competición son hoy mujeres. Pueden competir junto a sus homólogos masculinos en un torneo». Una de esas destacadas doncellas es la campeona canadiense, Cassandra Adams, también conocida como Maeve la Guerrera. Es además adiestradora ecuestre profesional, profesora de monta (incluido su propio semental flamenco) del equipo de justas canadiense, los Caballeros de Valour. Según la página web de KOV, «compite en doma, es una avezada saltadora y ha amenazado con participar en los concursos hípicos de tres días si llega a cansarse de ser la nenita del equipo».

Probablemente, la mujer más curtida del deporte sea la alta y rubia Cynthia Morrison de Florida, alias «Lady Loba Audaz». Pertenece al Palm Beach Jousting Club y se hizo con el título de Campeona Internacional Femenina de Justas durante dos años consecutivos. Morrison llega a las justas con un impresionante historial en el ámbito de la halterofilia y en el del lanzamiento de jabalina y de martillo. En su tiempo libre, le gusta luchar con caimanes.

«Estoy aquí para hacer historia», anunció Morrison sin ambages cuando se presentó en Escocia para participar en las justas de los Highland Games, unos juegos claramente dominados por los hombres.

En la página personal de Morrison encontramos espectaculares fotografías que nos muestran el aspecto que posiblemente otra celebrada participante de justas habría mostrado si las cámaras hubieran fijado en ella sus objetivos. Su nombre era Juana de Arco y también ella hizo historia cuando participó ante el rey ese día de primavera ahora hace tanto tiempo.

ESPADACHINES GAYS

Cinco mil años de esgrima

Hubo una época en que la esgrima no era un deporte demasiado popular en los Estados Unidos. El deporte de la esgrima era mucho más vivo en Europa, donde tuvo su origen este arte occidental de la espada. En las olimpiadas, los esgrimistas europeos casi siempre ridiculizaban a los norteamericanos. Aun así —y por sorprendente que resulte—, la esgrima norteamericana es hoy en día un deporte en boga. Y, para sorpresa aún mayor: el deporte de la esgrima quizá llegué a debutar algún día en los Gay Games.

Son muchos los gays de avanzada edad para los que las espadas resultan tan políticamente incorrectas como pueden serlo las pistolas. Sin embargo, en la actualidad nuestra población muestra un interés cada vez mayor por las artes marciales. A menudo son nuestros jóvenes, con sus tribales tatuajes, quienes optan por la espada como deporte. Hace unos años, la esgrimista lesbiana Laura Young puso este anuncio urgente en el tablón de anuncios de la revista PlanetOut:

> ¡Hola a todos! Estoy trabajando con un grupo de voluntarios para conseguir que la esgrima sea incluida en los Gay Games. Si estáis interesados en prestar vuestra ayuda o conocéis a alguien que esté intentando congregar a grupos/eventos de esgrimistas homosexuales, ¡por favor, hacédmelo saber!

Laura creó un nuevo sitio web para que el grupo de reciente creación intercambiara información y noticias sobre esgrima gay a nivel internacional.

El pelo de color violeta de Laura y su contagiosa sonrisa lanzaban el mensaje de que los jóvenes GLBT están abriéndose camino en este antiguo deporte. Laura reconoce que en la actualidad la esgrima conserva aún parte de su espíritu victoriano: «Muy recatado y conservador en apariencia, pero —añade— encierra un sentimiento oculto de indómito espíritu infantil».

Como ocurre con las partidas de ajedrez, un combate de esgrima es una explosiva serie de movimientos y de

contramovimientos en los que los contendientes avanzan y retroceden por una banda de dos metros de ancho por catorce de largo hasta que uno de los combatientes sufre un «jaque mate» que lo elimina. En la actualidad se utilizan tres clases distintas de armas: el florete, el sable y la épée (es decir, la espada). Las tres descienden de estoques diseñados y perfeccionados hace muchos siglos. Lo cierto es que la propia espada presenta una perdurable mística que no se ha visto igualada por ningún otro implemento deportivo (ni siquiera por el stick y la bola del hockey en todas sus variantes). El nombre inglés de la esgrima —fencing— se remonta al término del inglés medieval fense, que hace directa referencia a la defensa y a la ofensa como se practica con la espada.

El renacimiento de la esgrima en los Estados Unidos llega precedido de una inmensa oleada de cultura pop: películas, manga, videojuegos de combate, juegos de rol como Dragones y mazmorras y los libros de Harry Potter. Desde los años setenta se ha observado un aluvión de éxitos cinematográficos y de series de televisión en los que se celebra el manejo de la espada, desde La guerra de las galaxias a la serie de El señor de los anillos. Las peligrosas escenas de antaño en que veíamos al héroe balanceándose sobre sus adversarios suspendido de las lámparas de araña están siendo sustituidas por el valiente realismo de coreografiadas escenas de combate. A pesar de que Gladiator cae en un sinnúmero de imprecisiones históricas, Russell Crowe se entrenó durante meses con un maestro de esgrima. La autenticidad de la esgrima resulta también vívida en recientes documentales, como es el caso de la coproducción de la BBC/Discovery Channel/RTL Coliseo: ruedo mortal en Roma).

James Ransom, campeón nacional de esgrima de Canadá es, a sus 33 años, testigo directo del poder del cine. Según afirma, «La guerra de las galaxias ejerció sobre mí una gran influencia, hasta el punto de que un niño del vecindario y yo combatíamos en mi garaje con un par de varas de bambú… Cuando mi amigo me dijo que se había apuntado a un club de esgrima, salté de pura anticipación ante la posibilidad de intentarlo. Más o menos un mes más tarde, mi amigó lo dejó y yo seguí adelante».

Los gays y bisexuales encuentran una buena cantera de atractivos elementos en las películas de espadachines. En Rob Roy: la pasión de un rebelde, Tim Roth copa la atención del público con su personaje de Cunningham, el voluble y bisexual maestro de esgrima. En Piratas del Caribe, Johnny

Depp encarna a un afeminado aventurero. Las lesbianas y las bisexuales disponen también de sus golosinas mediáticas. Xena, la princesa guerrera, contaba con muchas devotas entre las lesbianas. Madonna encarnó a una instructora de esgrima lesbiana en su canción Die Another Day. Un ídolo más joven es Piper Perabo, que encarna a una esgrimista lesbiana en El último suspiro. Abundan también las novelas y el manga sobre romances lésbicos en los que aparecen damas aventureras y reinas guerreras. Algunas jóvenes esgrimistas lesbianas, bisexuales y transexuales dicen que fueron inspiradas por la historia de Juana de Arco tal y como aparece en películas como Juana de Arco. Para los jóvenes esgrimistas gays, los videojuegos ejercen una fuerte influencia porque los personajes de los juegos suelen estar enfocados a los consumidores GLBT, sobre todo en el caso de los juegos japoneses, en los que se hace especial hincapié en el intercambio de roles y en la androginia. En Internet, existe una multitud de foros on-line dedicados a explorar con toda confianza y a reconstruir la historia de la esgrima.

En resumen, la esgrima es uno de esos deportes individuales en los que los gays quizá sientan que pueden brillar de forma más abierta y con mayor libertad. Jim Owles, veterano activista y primer presidente de la histórica Gay Activists Alliance («Alianza de Gays Activistas») (GAA), afirma que la esgrima era el único deporte que le llamó la atención. «Siempre me atrajo por ser un deporte opuesto a los deportes de equipo en los que uno no es más que parte de una máquina, siempre a las órdenes de un entrenador o de un capitán», aseguró.

Por el contrario, la esgrima es uno de esos deportes (como ocurre con el patinaje artístico) que sufre el estigma de ser lo que se conoce como «deporte gay». Algunos norteamericanos homófobos desprecian la esgrima por «mariquita». ¿Cómo es posible cuando la civilización occidental ha relacionado obsesivamente la condición gay con «lo débil y femenino» si el combate se define como «agresivo y propio de machos»? Encontraremos las respuestas a estas preguntas echando un vistazo a los cinco mil años de evolución que ha vivido la disciplina de la esgrima: de un antiguo y sangriento deporte a un moderno deporte olímpico en el que no se derrama una sola gota de sangre. Igualmente asombrosos resultan algunos de los renombrados esgrimistas que ha conocido la historia cuya sexualidad estaba muy lejos de ser convencional.

Ha nacido una espada

La arqueología occidental nos dice que siempre han existido dos clases de hojas. El Tipo A quedó tipificada por la corta gladius romana. Era una hoja que imponía la proximidad física de los contendientes: una hoja recta diseñada principalmente para perforar. El Tipo B consistía en una hoja curva o angulada y estaba diseñada básicamente para rasgar con su cortante filo. Se crearon versiones más largas de la Tipo B como la spatha de la caballería romana, específica para los combatientes que luchaban a caballo.

Las distinciones entre ambos tipos siguen todavía siendo evidentes en el deporte de la esgrima: el sable, el florete y la épée cuentan con una hoja recta, pero el florete y la épée sólo pueden sumar puntos tocando el cuerpo del adversario con la punta de la hoja mientras que el sable, con su excéntrica empuñadura arqueada, puede conseguir puntos impactando en el cuerpo del adversario tanto con la punta como con el filo.

Los avances en la metalurgia fueron fundamentales para la evolución de la espada. Hacia el año 3500 a.C. las espadas eran de cobre, un material blando que no mantenía un buen filo. Después llegó el bronce, mezcla de cobre y de una pequeña porción de estaño. Las espadas de bronce eran más duras aunque quebradizas y tenían la desafortunada costumbre de romperse en el momento menos adecuado. Hacia el año 2000 a.C., los antiguos fabricantes de espadas empezaron a experimentar con el hierro, calentándolo en hogueras de carbón vegetal y dándole forma con el martillo. El hierro también resultó quebradizo. Sin embargo, el carbón vegetal contenía carbón y, con el tiempo, los herreros se dieron cuenta de que un contenido de carbón más alto transformaba el hierro en un material más resistente al que llamaron «acero». Ya en el año 180 d.C., el Imperio Romano había ocupado Hispania, Britania, Anatolia y otras regiones ricas en mineral de hierro. Roma pudo así armar a 25 legiones de 5.000 soldados cada una, dotándolas de un total de 125.000 armas, un asombroso hito de la tecnología si tenemos en cuenta que cada una de esas espadas estaba forjada a mano.

Con el tiempo, la espada se convertiría en un poderoso

símbolo. En las culturas paganas, simbolizaba la sabiduría y la transformación mágica, cosa que no resulta en absoluto sorprendente puesto que la civilización había dependido del trabajo en el metal para su desarrollo. A ojos de los paganos, una espada era un elemento vivo, dotado de un nombre personal y de un aguerrido espíritu nacido durante su forja. Hermes, el dios griego (Mercurio para los romanos y Thot para los egipcios) regía el pensamiento humano y daba espadas a los héroes. Bautizado en honor del planeta que más deprisa se mueve, Hermes simbolizaba la velocidad física y mental: las cualidades perfectas para un esgrimista. En el Imperio Romano, la espada simbolizaba también el poder civil y la justicia criminal, gobernada por la diosa Justicia.

La cristiandad se apresuró a apropiarse de este poderoso símbolo, pero las tradiciones paganas del conocimiento secreto atribuidas a la espada siguieron sobreviviendo en la clandestinidad junto con la religión Wicca, la alquimia, el misticismo gnóstico, etc. En el seno de las llamadas tradiciones «herméticas», el amor entre dos miembros del mismo sexo a menudo se toleraba. La espada tenía tanto el poder de sanar como el de dañar, y es que la sabiduría de Hermes incluía las artes médicas. La espada de doble filo, que corta por ambas caras, expresaba la naturaleza dual de la Humanidad: lo masculino y lo femenino en perfecto equilibrio. Se consideraba aceptable que los guerreros expresaran su lado femenino demostrando compasión. Y se consideraba igualmente aceptable que las mujeres guerreras expresaran su poderoso lado masculino en la batalla. Los humanos que nacían con los órganos sexuales de ambos sexos recibían el nombre de «hermafroditas». No es de extrañar que esta antigua pátina hermética que se le atribuye a la espada haya contribuido a las nociones modernas de que «la esgrima es gay».

Aquiles y las amazonas

Como muchos otros deportes antiguos, el deporte de la espada empezó a practicarse como método de entrenamiento para la guerra. Luego, en el año 775 a.C., tuvo lugar un momento decisivo para la historia occidental, cuando los griegos empezaron a promover el deporte «pacífico» como un fin en sí mismo para celebrar los logros humanos. Crearon así

los juegos olímpicos. Sin embargo, los antiguos juegos olímpicos omitían el combate con espada, a pesar de que sí permitían los deportes relacionados con el combate como el lanzamiento de jabalina, carreras a pie en armadura, etc. ¡Había una buena razón para esa omisión! La celebración de las olimpiadas era posible gracias a una tregua firmada entre las ciudades-estado griegas. Permitir que los atletas de ciudades rivales se batieran en duelo con espadas era buscarse problemas.

El combate formal con espadas encuentra sus orígenes en otra parte. Los encontramos en los tradicionales juegos funerarios de griegos y romanos.

Aquiles, el héroe griego, era un gran espadachín de la Edad de Bronce que los esgrimistas GLBT de hoy en día pueden sin duda reclamar como un ancestro de pleno derecho. El Aquiles de carne y hueso, rey de una ciudad-estado, debió de vivir hacia el año 1200 a.C. Más adelante, la Ilíada, el magnífico poema/crónica de la guerra de Troya, lo convertiría en leyenda. Troya era un poderoso rival de Grecia en la cuenca occidental del Mediterráneo.

El concepto actual de «homosexualidad liberada» no encaja del todo en la Antigüedad: los hombres como Aquiles a menudo combinaban el matrimonio heterosexual con el amor por un miembro del mismo sexo de un modo que en aquel entonces gozaba de una total aceptación social. Como bien dice la Ilíada, Aquiles se quedó destrozado cuando su gran amigo Patroclo encontró la muerte junto a las murallas de Troya. Mientras el cuerpo de su amante era incinerado en una inmensa pira, Aquiles organizaba los juegos en honor de Patroclo y ofrecía suculentos premios. Parejas de sus mejores luchadores se batían en duelo con las cortas espadas de bronce preferidas por los griegos. Los combates tocaban a su fin cuando se derramaba la primera gota de sangre: matar a tu hermano adversario no estaba bien visto. Más adelante, durante la guerra de Troya, el propio Aquiles encontró la muerte y sus cenizas se mezclaron con las de Patroclo. Siglos después, la gente todavía identifica un montículo enclavado en Asia Menor con la tumba en la que los dos amantes fueron enterrados juntos.

También había maestras de la espada en la Edad de Bronce. Durante la guerra de Troya, Aquiles se las tuvo que ver con las amazonas, feroces aliadas de Troya. Los historiadores desestimaron en su momento a las amazonas, calificándolas de ficción mítica. Sin embargo, actualmente los arqueólogos

han llegado a descubrir sus tumbas: mujeres enterradas con espadas y otras armas y cuyos esqueletos dan prueba forense de heridas originadas en la batalla. Poco sabemos de los amores entre miembros del mismo sexo en el ámbito de las amazonas, pero las feministas, las lesbianas y las mujeres bisexuales de hoy en día las reclaman apasionadamente como pioneras.

LOS GLADIADORES COMO SÍMBOLOS SEXUALES

Los severos romanos otorgaron una lectura oscuramente distinta a los duelos funerarios. Consideraban a los griegos unas «nenazas». Como sacrificio en honor del espíritu del fallecido, una familia romana organizaba varios duelos a muerte entre parejas de esclavos o de cautivos junto a la pira funeraria. Durante la República Romana, estos ritos privados de sangre se transformaron en ludi, juegos públicos siguiendo el modelo de las olimpiadas salvo por la única diferencia de que en ellos se permitía matar al adversario.

Los juegos públicos dieron comienzo hacia el año 29 a.C. y tenían lugar en un tipo de edificio nuevo y muy característico (el anfiteatro romano) que podía dar cabida a cientos de miles de aficionados. Los contendientes seguían siendo esclavos, cautivos y convictos a los que se animaba a convertirse en gladiadores profesionales, llamados así porque a menudo combatían con el gladius. Estos hombres carecían por completo de derechos civiles, de modo que eran considerados lo peor del conjunto social. Sin embargo, eran héroes populares y pioneros del deporte profesional: recibían dinero si ganaban.

Los futuros combatientes eran comprados por un lanista, un entrenador profesional que estaba a sueldo del Ludus Magnus de Roma o de otras escuelas de gladiadores de provincias. La mayoría de las promesas de la lucha veían en su nueva ocupación una tímida vía de acceso a la libertad. De vez en cuando, un hombre libre romano acosado por las deudas se veía obligado a venderse a un entrenador por un período de cinco años. Si no lo mataban, quizá pudiera ganar el dinero suficiente como para saldar las cuentas con sus acreedores. En la escuela, más parecida a una cárcel que a un centro de enseñanza, los gladiadores juraban obedecer cualquier orden y recibían el mejor adiestramiento disponible en el mundo

romano. Utilizando armas de madera y protectores corporales de cuero, practicaban con muñecos y entre ellos. A partir de una dieta alta en carbohidratos a base de alubias y cebada, los hombres ganaban en corpulencia (el peso adicional ofrecía una ligera protección en caso de recibir heridas profundas).

¿Albergaban los gladiadores intensos sentimientos de atracción por sus compañeros de lucha? Poco sabemos acerca de sus vidas amorosas. A pesar de que cientos de miles de ellos combatieron durante los seiscientos años de historia de los ludi, sólo han llegado a nosotros los nombres de unas pocas docenas gracias a los murales, a las inscripciones funerarias y a las menciones que de ellos hacen los escritores romanos. Hoy son muchos los que creen que la romana era una sociedad permisiva con la homosexualidad. Aunque la verdad es que eso no es del todo cierto. La homosexualidad estaba proscrita de varias formas, aunque bien es cierto que la ley no siempre se aplicaba. No eran pocos los conservadores romanos que mostraban un feroz desprecio por los hombres afeminados o pasivos en una relación sexual anal. Supuestamente los gladiadores eran hombres agresivos y duros, de modo que una puerta de discreto silencio quizá se cerrara sobre cualquier posible relación entre ellos. Un gladiador gay podía vivir con el temor de que le ordenaran combatir algún día contra su amigo.

No obstante, y sabedores de las leyes que rige la naturaleza humana, algunos hombres probablemente sí se arriesgaran a amar en las sombras de las barracas de las escuelas. Hubo un gladiador que claramente despertaba la atracción de los miembros de ambos sexos: el mural que uno de sus admiradores le dedica en Pompeya le describe como totivs orbis desiderivm («el ídolo universal»).

Algunas veces los juegos ofrecían una melée, en la que cientos de parejas combatían a la vez, o combates entre carros o entre jinetes. Sin embargo, lo habitual era el combate entre parejas que se enfrentaban a pie en el curso de combates arbitrados. Por ejemplo, el mirmillo, protegido por una pesada armadura, podía enfrentarse al semidesnudo retiarius con su tridente y su red de pescar. En cuanto un combatiente quedaba discapacitado para continuar con el combate, la muchedumbre gritaba: «Hoc habet! (¡Ya lo tiene!)». El perdedor levantaba entonces un dedo para clamar merced al patrocinador, que ocupaba el mejor asiento de la casa.

El vencedor más afortunado abandonaba la arena con vida y con un premio en metálico, además de una espada de

madera (el símbolo de su libertad). Contrariamente a la creencia popular, a los perdedores solía perdonárseles la vida. Un gladiador de primera fila podía valer unos diez mil sestercios de plata, el equivalente al coste de un espectáculo de gladiadores al completo. Si el patrocinador ordenaba su muerte, tenía que rembolsar ese dinero al entrenador. Con frecuencia, a la muchedumbre no le gustaba ver morir a uno de sus favoritos, y lo manifestaba gritando: «Mitte! Mitte! (¡suéltalo!)».

Sin embargo, si el patrocinador y la muchedumbre estaban de mal humor, era de esperar que el perdedor recibiera con dignidad el golpe de gracia final. Su sociedad funeraria transportaba el cadáver hasta un nicho del cementerio de los gladiadores, situado a las afueras de la ciudad. Lo cierto es que pueden apreciarse algunos signos de relaciones amorosas en las inscripciones de las tumbas. Una de ellas dice así: «A Prior, retiarius del Ludus Magnus. Iuvenis, mirmillo del Ludus Magnus, su covencedor, levantó esta tumba en honor de su encomiable amigo». Imaginad el dolor secreto de un compañero de equipo que veía a su amante morir en la arena.

Las gladiadoras combatían tanto contra los hombres como entre ellas... y recibían el mismo golpe de gracia cuando eran derrotadas. Muchas de ellas debían de ser guerreras pertenecientes a esos refunfuñones enemigos de Roma (los celtas, los bretones, los germanos, los galos). Los romanos más conservadores sentían el mismo desprecio por las gladiadoras que sienten los norteamericanos conservadores en la actualidad por las mujeres «poco femeninas» que se dedican al boxeo y al culturismo. Sin embargo, al público le encantaba contar con su presencia: una mujer en el cartel de la programación era sinónimo de una buena taquilla.

Hoy conocemos sólo la identidad de dos gladiadoras que vivieron entre el año 100 y el 200 d.C. El combate entre Aquilea y Amazonia quedó inmortalizado en un monumento cívico hallado en Halicarnaso (el Bodrum actual), en Turquía. Esa región del Imperio del Este había sido testigo de la guerra contra las tribus locales, de modo que ambas podían perfectamente haber sido cautivas. Quizá algunos promotores pergeñaron el combate a fin de recuperar la vieja historia de Aquiles y las amazonas que aparece en la Ilíada. El monumento nos muestra a dos corpulentas mujeres armadas con el gladius y sendos escudos. Combatían descalzas y sus ondeantes melenas eran un añadido al drama del enfrentamiento. A buen seguro la muchedumbre debe de

haber enloquecido al ver combatir a las dos mujeres hasta quedar en tablas. Ambas fueron indultadas (missae sunt, según reza el monumento). Y así, tanto Amazonia como Aquilea salieron con vida y con su dinero de la arena.

¿Eran lesbianas? Nadie lo sabe. Aun así, fueron las mujeres con agallas como ellas quienes prepararon el terreno para posteriores espadachinas a las que sin ningún género de duda podemos calificar de pioneras.

Sir Lancelot, el Rompecorazones

Después de que el Imperio Romano se convirtiera al cristianismo, los juegos de gladiadores quedaron prohibidos en el año 404 d.C. Aun así, la idea no pereció. En la Edad Media, el deporte sangriento de la espada empezó a restablecerse como algo que recibió el nombre de «torneo». En lugar de celebrarse en un anfiteatro, los torneos tenían lugar en una zona específica situada a campo abierto que permitía a cientos de caballeros acampar en sus tiendas en compañía de miles de caballos y de criados. Los combates se celebraban en una zona específica llamada «campo» o «liza». Como era ya habitual, los nobles patronizadores y los familiares disfrutaban de cómodos asientos con la mejor vista. Los trofeos a repartir eran cuantiosos.

Sin embargo, se observaban ya unas cuantas diferencias. Ni a las tropas de a pie ni a los profesionales de baja vida se les permitía ya llevar espadas. Sólo un noble caballero podía llevar espada a las lizas. Dado que el acero y la cota de malla cubrían ahora el cuerpo entero del caballero, la corta gladius se había convertido en una ancha espada de manejo a dos manos y de un metro ochenta de longitud, capaz de reducir a añicos una armadura. En un principio, los torneos eran celebraciones en las que se luchaba a muerte, pero en cuanto las estadísticas de muertes en el campo empezaron a acumularse, la Iglesia declaró anatema los torneos, es decir, el equivalente al suicidio. A pesar de que esta prohibición fue ampliamente desobedecida, el siglo xiii por fin trajo consigo reformas que velaban por la seguridad de la práctica en este deporte. Los combatientes empezaron a utilizar lanzas rompibles, escudos de madera e incluso espadas hechas de hueso de ballena.

¿Existían combatientes masculinos a los que pudiéramos

considerar «gays»? John Boswell, el historiador gay, nos asegura que los amores gays medievales no sólo existían, sino que se santificaban mediante ceremonias celebradas en la iglesia.

Se decía de Lancelot du Lac que era el más grande entre los caballeros del rey Arturo. Según los estudiosos que citan una base histórica para las leyendas artúricas, Lancelot fue un hombre de carne y hueso que posiblemente viviera durante el siglo vi. Escritores posteriores novelaron a Lancelot como un ídolo carismático y guapo que provocaba el deseo de ambos sexos: otro «ídolo universal». Una novela francesa que data del siglo xiii cuenta la historia de la relación de Lancelot con Galehaut, señor de las Islas Lejanas. A pesar de que Galehaut declaró la guerra al reino de Arturo, se enamoró de Lance-lot y habría sido capaz de hacer cualquier cosa por ser su amigo. Lancelot puso un alto precio a su amistad: Galehaut tenía que poner fin a sus ataques contra el rey Arturo. Era tanto lo que Galehaut quería a Lancelot que le obedeció, y llegó el día en que se convirtió en caballero de la Mesa Redonda de Arturo. Sin embargo, la historia tiene un triste final. Lancelot perdió la cabeza por la reina Ginebra y desapareció durante un tiempo. Galehault creyó que su amigo se había suicidado y murió de pena.

Otro apuesto rompecorazones fue el rey Ricardo I de Inglaterra, también conocido como Ricardo Corazón de León. La Enciclopedia Británica dice: «Era, sin duda, homosexual». La historia vincula románticamente a Ricardo con varios hombres: con el trovador francés Blondel de Nesle, con un caballero llamado Raife de Clermon, y con el rey Felipe II de Francia, que compartió su lecho cuando ambos eran jóvenes (más adelante los dos reyes se convirtieron en enemigos). Gran maestro con la espada, Ricardo adoraba el combate cuerpo a cuerpo, habilidad que, como bien saben los esgrimistas de hoy en día, se adquiere sólo tras una larga y dura práctica en el deporte de la espada. Ricardo podía ser cruel, como cuando ordenó ejecutar a tres mil prisioneros musulmanes durante la Tercera Cruzada. Sin embargo, su personalidad voluble incluía un lado humano: trabajó con Saladino, el dirigente musulmán, para encontrar una solución pacífica que permitiera a los devotos musulmanes y cristianos visitar sus lugares sagrados en Jerusalén (esfuerzo que bien podría servir de inspiración a los cabezas de estado actuales).

Guerrero hasta el final, Corazón de León murió a causa de las heridas recibidas en el campo de batalla en 1199. Sólo

tenía 42 años.

«Una poderosa mujer»

Es sorprendente la cantidad de mujeres medievales que vestían ropa de hombre y que vivían blandiendo la espada. El Concilio de Nicea, celebrado en el siglo vi, había prohibido a las mujeres vestir ropa de hombre. Más adelante, la Iglesia prohibió también que las mujeres participaran en combates o que se pusieran una armadura. Aun así, lo cierto es que las mujeres medievales se veían abocadas a la defensa propia debido a la violencia imperante en la época en la que les tocó vivir. Culturas enteras luchaban por sobrevivir y por el control de Occidente. Las tribus paganas que habían aceptado el cristianismo a menudo se aferraban a sus antiguas tradiciones de mujeres guerreras. A ojos de la Iglesia, las mujeres guerreras constituían una amenaza a su orden social dominado por los hombres.

Sin embargo, las «caballeras» contaban con poderosas animadoras. Una fue Cristina de Pisan, una noble y combativa francesa que escribía comentarios históricos hacia el 1400, convertida en la Molly Ivins de su época. Cristina insistía en que la mujer «estaba en la obligación de saber utilizar las armas y de estar familiarizada con todo lo relativo a ellas, de modo que estuviera siempre presta a ponerse al mando de sus hombres si la necesidad la llevaba a ello».

Particularmente, las monjas combatientes eran un dolor de cabeza para la Iglesia. Los conventos eran blanco fácil para los asaltos (ya fuera por parte de los paganos invasores como por parte de merodeadores cristianos del lugar). Fueron muchas las abadesas que se negaron con la mayor de las evidencias a que sus hermanas se conformaran con asumir el papel de víctimas desvalidas. Por ser miembros de familias nobles, tenían acceso al entrenamiento en artes marciales.

A partir del siglo xi, cuando los cruzados intentaron recuperar Oriente Medio de manos del control musulmán, el Papa prohibió que las mujeres juraran sus votos como cruzadas. No obstante, muchas fueron las mujeres que hicieron caso omiso al Papa y juraron sus votos. La reina Leonor de Aquitania y sus mujeres, de camino a las Cruzadas, entraron a caballo en Constantinopla con sus armaduras. Un líder islámico escribió en su día:

> Entre los francos había sin duda mujeres que se lanzaban a la batalla con corazas y cascos, vestidas con ropa de hombre; mujeres que no dudaban en adentrarse en el fragor del combate y que actuaban como valerosos hombres a pesar de ser tiernas féminas, manteniendo en todo momento que el suyo era un acto de piedad, creyendo que obtendrían celestiales recompensas por sus actos y haciendo de ello su forma de vida.

Más adelante, cuando las Cruzadas fracasaron y las bajas entre los cristianos sumaron cifras de espanto, unos 500.000 hombres cristianos jamás regresaron a casa. Eso dejó a casi medio millón de mujeres a cargo de sus hogares. Muchas fueron las nobles mujeres de valor que tomaron las riendas de la defensa de sus dominios familiares.

En 1343, el poeta italiano Petrarca pintó un vívido retrato de una de esas líderes de guerra: una italiana llamada María. La describió así:

> ... una poderosa mujer de Pozzuoli, fuerte de cuerpo y también de alma... Su cuerpo es más militar que femenino, su fuerza es tal que cualquier soldado la desearía para sí, su habilidad y destreza, insólitas; una mujer en la flor de la vida cuyo aspecto y esfuerzo son los de un hombre fuerte. No le preocupan las joyas, sino las armas; no siente el menor interés por la artesanía sino por los dardos y las astas; no hay en su rostro el menor rastro de besos ni de lascivas caricias, sino que es un rostro ennoblecido por las heridas y las cicatrices. Su primer amor son las armas, su alma desafía a la muerte y a la espada. Ayuda a hacer una guerra heredada en la que muchos son los miembros de ambos bandos que han encontrado la muerte. A veces sola, a menudo rodeada de escasa compañía, ha atacado al enemigo, y siempre, hasta el momento presente, con la victoria como recompensa... La vi (de nuevo) hace unos años... y apenas reconocí el rostro feroz y primitivo de la doncella bajo el yelmo.

A fin de desenvolverse de modo tan brillante en el campo de batalla, las mujeres se veían obligadas a invertir su tiempo entrenándose en la faceta más deportiva del combate a espada. Incluso llegaban a dejarse ver en los torneos. Entre ellas estaba Agnes Hotot Dudley, hija de una antigua familia normanda de Northamptonshire, Inglaterra. Hacia el año 1390, su amado padre, sir John Hotot, protagonizó una disputa con un noble vecino a causa del título sobre unas tierras. Los dos hombres decidieron zanjar el debate con un combate en el torneo. El día acordado para la disputa, sir John cayó enfermo y le resultó imposible combatir. A fin de no ver a su padre perder por omisión, Agnes se armó en

secreto y galopó a las lizas. Tras un duro combate, logró arrojar al enemigo de su padre al suelo. Se colocó entonces de pie junto al derrotado, se quitó el yelmo y se soltó el pelo. Algunas fuentes afirman que también se abrió la armadura y dejó a la vista sus «pechos», asegurándose de dejar claro su argumento a su contendiente.

Hacia el año 1400, la mayor guerrera de todos los tiempos sacudió a Europa hasta sus más hondos cimientos. Actualmente, Juana de Arco es un icono deportivo sorprendentemente popular entre los/las jóvenes atletas GLBT. Mi historia sobre Juana de Arco puede encontrarse en el capítulo anterior de este volumen.

Refinados bailarines e intrépidas lesbianas

En vida de Juana, las espadas y las armaduras habían quedado ya obsoletas debido a la aparición de la pólvora y de los primeros cañones, también conocidos como «bombarderos». Los caballeros y los caballos resultaban espantosamente vulnerables al fuego de los cañones y mucho menos nobles y magníficos cuando saltaban en pedazos por obra de un bombardero manipulado por una patrulla de desastrados campesinos. Sin embargo, los viejos conceptos se resisten a morir y la espada del líder seguía erigiéndose como un poderoso símbolo.

A medida que la Reforma protestante y el Renacimiento se extendían por Europa, inmensas guerras y forcejeos políticos asolaban el continente. Hasta la propia espada experimentó un cambio drástico. Los ladrones y los bandidos infestaban Europa, obligando a los civiles a armarse en defensa propia. Varias fueron las escuelas de esgrima que se desarrollaron a partir de eso: la alemana, la italiana, la española y la francesa. Los grandes maestros de esgrima se organizaron en gremios, dispuestos a enseñar sus habilidades a cualquiera que pudiera pagar por ello. El lugar utilizado para el entrenamiento era ahora una «sala de armas» cubierta. Con la espada accesible a un contingente tan numeroso, Europa estaba inundada de duelos y las cuestiones de «honor personal» se resolvían mediante combates a muerte. A pesar de que los duelos estaban prohibidos por ley, eran práctica popular y una gran fuente de entretenimiento para todos los espectadores que lograban presenciarlos.

Así, la espada de hoja ancha y metro y medio de longitud se transformó en la espada ropera, de apenas un metro de longitud: ligera, flexible, fabricada de acero con alto contenido en carbón y fácil de llevar al cinto. A su vez, la ropera se acortó aún más, convirtiéndose en el manejable y pequeño espadín, ancestro de la actual épée. Su versión práctica, el florete, se utilizaba con la punta amortiguada por razones de seguridad.

Mientras ardían aún las últimas brujas en las hogueras, varias intrépidas lesbianas travestidas alzaban sus espadas contra la Iglesia católica romana. Una de ellas fue doña Catalina de Erauso, una joven vasca española que huyó de su convento y emigró a Sudamérica. Allí vivió como hombre, sirviendo valerosamente como soldado en la conquista del Perú y Chile y llegando a ocupar el rango de alférez. Más tarde participó en duelos, se ganó la vida como guardaespaldas, comerciante y conductora de mulas, y en general llevó una vida accidentada y pendenciera. Un escritor español la describió así:

> Alta y de sólida constitución, de aspecto masculino, no tiene más pecho que el de una chiquilla. Su aspecto es el de un caballero español y lleva una espada tan grande como la vida misma, perfectamente ceñida al cinturón… Se observa una leve sombra amarronada sobre el labio superior.

Catalina se enamoró de una joven mexicana a la que estaba encargada de proteger y dijo que volvería al convento si la otra dama aceptaba también tomar los hábitos. Sin embargo, la dama la dejó por un hombre.

Por fin Catalina confesó su secreto a su obispo. Se las ingenió para escapar al castigo que debería haberle impuesto la Iglesia al probar que seguía siendo virgen. En 1625, la corona española quedó tan impresionada por la hoja de servicio de la «monja alférez» que decidió otorgarle una pensión. Se convirtió así en un personaje tan celebrado que su retrato fue pintado por el padre de Velázquez y por otros notables pintores del momento. Pero eso no fue todo: el papa Urbano viii quedó perplejo al oír su historia y le otorgó una dispensa especial para que pudiera vivir utilizando ropa de hombre durante el resto de sus días.

Otro de los grandes casos de intersexualización fue el del Caballero Charles d’Eon de Beaumont. Sirvió a las órdenes del rey Luis xv y llevó a cabo misiones diplomáticas y de espionaje contra los ingleses. Durante muchos años, monsieur

d'Eon defendía la historia de que, a pesar de haber nacido niña, había sido educado como un niño. Llevaba a término su labor de espionaje secreto disfrazado de mujer, aunque fuera de eso vivía como un hombre y no llamaba en absoluto la atención porque no era nada afeminado. En Londres llevaba una deslumbrante vida de diplomático, codeándose con la nobleza británica y convirtiéndose en el hombre al que había que derrotar en los torneos de esgrima. En 1766, Luis xv le concedió una pensión. Cuando Luis xvi se proclamó rey, ordenó a d'Eon que vistiera ropas de mujer el resto de sus días. Cuando estalló la Revolución Francesa y el rey murió en la guillotina, la pensión real de d'Eon se desvaneció, de modo que la celebridad, ya entrada en años, tuvo que mantenerse ganando premios en metálico en los torneos de esgrima. Murió arruinado en 1810. El post mórtem demostró a una perpleja Europa que d'Eon era físicamente un hombre.

Hacia esa época, según el historiador gay Douglas Blake Turnbaugh, la esgrima experimentó cierta fusión con el ballet, que se había desarrollado en la corte francesa durante la época de d'Eon. La conexión con el ballet puede ser otro de los motivos que han llevado a los homófobos a considerar la esgrima una actividad «gay». Turnbaugh ofrece algunos detalles realmente curiosos en el sitio www.lgbtq.com, donde dice:

> La técnica física característica del ballet está directamente basada en el elegante —aunque físicamente exigente— arte marcial de la esgrima con la espada... los movimientos de los bailarines bebían directamente del estilo altamente refinado de los cortesanos del rey, que eran además expertos espadachines. Reverencias, flexibilidad de muñeca, épaulement (o postura del torso: en esgrima es un dispositivo utilizado para proteger el pecho de la épée del contrincante) y el «giro exterior» (que consiste en hacer girar la pierna en la cadera de modo que el pie se abra hasta formar un ángulo de noventa grados con la pierna, un método fundamental en la esgrima para mantener el equilibrio) son ejemplos de las técnicas propias de las artes marciales que quedaron integradas en la práctica del ballet.

Mientras tanto, en el siglo xvii, ese otro ancestro de las armas de esgrima actuales (la espada curva) se reintrodujo en Europa de manos de la caballería húngara del Sacro Imperio Romano Germánico, que terminó por transformarla en el sable moderno.

Las espadas llegaron al Nuevo Mundo al cinto de los peregrinos, los soldados españoles y los caballeros colonos. El

sable húngaro fue adoptado por la caballería de los Estados Unidos. Los viejos conceptos seguían siendo difíciles de eliminar: durante la Guerra de Secesión, los aristócratas seguían enfrentándose audazmente a lomos de sus caballos y blandiendo sus espadas contra las bocas de los cañones, a pesar de que la artillería resultaba más y más devastadora con cada guerra. La Primera Guerra Mundial estaba aún por venir, con más cargas de caballería barridas de un plumazo por los modernos morteros.

LA ESGRIMA EN LOS JUEGOS OLÍMPICOS

Sin embargo, incluso antes de la Primera Guerra Mundial, los grandes maestros ya eran plenamente conscientes de la condena que se cernía sobre ellos. La esgrima había llegado al final de su largo, larguísimo camino en la guerra y en el ámbito de los deportes de sangre. A fin de sobrevivir, debía reforjarse como pacífica disciplina «atlética».

Cuando se celebraron los primeros juegos olímpicos en 1896, el deporte de la esgrima formaba parte del programa olímpico. Después de tantos milenios, esas parejas de combatientes con la espada estaban por fin de pie donde los antiguos griegos habían temido colocarlos: en la arena de una pacífica competición internacional. La esgrima masculina se convirtió en uno de los pocos deportes que ha estado presente en todas las ediciones de las olimpiadas modernas. Es también parte del pentatlón moderno junto con el cross, el tiro, la natación y el concurso de hípica. Cuando el barón Pierre de Coubertin, el gran gurú de las olimpiadas modernas, actualizó el viejo pentatlón, creyó que un bombardeo de cinco deportes distintos celebrado en un solo día «daría con el atleta completo e ideal». El florete femenino apareció en los juegos olímpicos de 1924, pero la épée femenina no se añadió al programa hasta el año 1996, y el sable femenino hasta el 2004.

Puede que las armas actuales empleadas en el deporte de la esgrima no sean las espadas de la luz que vimos aparecer en La guerra de las galaxias —o al menos no lo son todavía—, aunque sí son buena muestra de una alta tecnología que las espadas no habían conocido hasta la fecha. Una animada industria global dedicada a la fabricación de espadas, que suministra piezas de colección de réplicas históricas y hojas

de gran calidad para películas y representaciones, también equipa a los esgrimistas del mundo entero. Las espadas deportivas del 2004 están hechas utilizando aleaciones especiales que en raras ocasiones se rompen. Algunas de las mejores siguen fabricándose en Europa. Las guarniciones suelen fabricarse con una aleación de titanio, un metal que los herreros de la Edad de Bronce jamás hubieran imaginado. Los esgrimistas se cubren por completo con unas máscaras protectoras y con otro equipo fabricado en Kevlar o en materiales similares a prueba de bala. Las mujeres llevan un sujetador protector de alto impacto.

Y lo que es más importante: la esgrima ha pasado a ser un deporte «cableado». Los combates modernos son demasiado rápidos y furiosos para que el ojo de los jueces sea capaz de percibir las estocadas al detalle. Resultado de eso es que la esgrima estaba empezando a ser pasto de los impropios escándalos de puntuación que también asolan las competiciones de patinaje artístico, de modo que, a partir de 1937, entró en funcionamiento un sistema de cableado ultraligero: las armas puntúan cada una de sus estocadas electrónicamente. La pasarela donde tiene lugar el combate también está cableada (las normas prohíben a los contendientes pisar fuera de ella) y conectada a tierra para impedir que cualquier golpe accidental en el suelo quede registrado en la máquina encargada de la puntuación.

Las esperanzas puestas en los Gay Games

Y quizá dentro de muy poco esas antiguas parejas de combatientes hagan su pacífico debut en los Gay Games. Laura Young, activista de la esgrima, explicaba así el funcionamiento del proceso.

«Hace cosa de dos años —me dijo—, la Federación de los Gay Games confeccionó una lista de direcciones de correo electrónico de toda la gente que había solicitado la inclusión de la esgrima en los Gay Games. Establecimos un grupo en Yahoo con miembros de los Estados Unidos y de varios países más. Me ofrecí voluntaria para asumir el rol de observadora del FGG Sports Committee ("Comité de Deportes de la Federación de los Gay Games") a fin de poder familiarizarme con el proceso de adición de deportes al programa de los juegos. Como quizá sepáis ya, el proceso lleva entre dos y tres

Juegos desde el principio hasta la fecha de inclusión, lo cual en nuestro caso se traduce en diez años. Descubrimos que la mayoría de los deportes han intentado ser incluidos después de haber establecido previamente una organización de GLBT en el seno del deporte en cuestión. Ésta es la primera tarea a la que se enfrenta nuestro grupo. El objetivo principal es despertar la conciencia en el seno del deporte y de la comunidad gay y reunir la cantidad de miembros suficientes como para formar una organización saludable... Estoy muy entusiasmada con el proyecto y con la oportunidad que representa de poder congregar a gente. ¡Es todo un reto internarse en un territorio desconocido!»

No obstante, el proceso de aceptación es lento. Cuando se anunció la primera lista de deportes incluidos en los Gay Games del 2006, la esgrima no estaba entre ellos. En una entrevista concedida a Gaysports.com, Laura comentaba: «Dado que el proceso requerido para incluir un deporte lleva aproximadamente dos ciclos de juegos (entre ocho y diez años), ha resultado difícil seguir avanzando. Conscientes de que todavía nos quedan varios años por delante, es de vital importancia hacer correr la voz y conseguir el apoyo de la mayor cantidad de personas posible que den su apoyo a una competición de dimensiones aceptables».

Mientras tanto, han ido apareciendo docenas de clubes de esgrima GLBT. Entre los clubes de las asociaciones universitarias gay-friendly se incluyen los Flaming Blades del Oberlin College, que hicieron pública esta jovial declaración sobre sí mismos: «Somos un club mixto y la mayoría de nosotros nos entretenemos con las tres clases de armas, aunque tenemos nuestro grupo dedicado exclusivamente al florete y el dedicado en exclusiva a la épée. Sin embargo, los Flaming Blades son también un equipo que participa en torneos, combatiendo en un buen número de certámenes y normalmente también en las competiciones nacionales (¡yuhu!) durante el verano. El logo del equipo es el triángulo con los colores del arco iris... Básicamente representa la diversidad de Oberlin y al mismo tiempo pretende burlarse del estereotipo, sobre todo porque en la época en que se adoptó el logo había una sola persona de sexualidad alternativa en el equipo».

La propia carrera como esgrimista de Laura empezó en la universidad. Según me dijo:

«Empecé en la esgrima durante mi segundo año en la Universidad de Manchester, Inglaterra. Aunque empecé con el

florete, me enamoré de la épée cuando gané el combate que dio la Christie Cup a Manchester. Me licencié en William Woods en 1996 y encontré un club de esgrima en los Estados Unidos tres años después. En 1999, me inscribí en el USFA Coaches College («Universidad de Entrenadores de la Asociación de Esgrimistas de los Estados Unidos») y me gradué como entrenadora de categoría superior en los tres tipos de hoja. Poco después de regresar del Coaches College, me uní al Centro de Esgrima de Kansas City y me dediqué a la competición. He participado en seis Copas de Norteamérica, cuatro campeonatos nacionales y un buen número de torneos de ámbito local y regional. Mi mejor resultado fue quedar decimoquinta de un total de 157 participantes en la División III de Épée Femenina del campeonato nacional del año pasado».

¿Hay algún/a esgrimista que haya salido del armario a nivel mundial? Imke Duplitzer, campeona de esgrima alemana, esgrimió sin el menor recato una bandera del arco iris en su página web personal cuando di con ella. Nacida en Karlsruhe en 1975, Imke sirvió en el ejército alemán y acumuló un impresionante listado de victorias en la disciplina de épée femenina: medalla de plata en los campeonatos del mundo del 2002, campeona de Europa en 1999, campeona alemana en 1999-2002, campeona militar del mundo entre 1997-1999 y medalla de plata por equipos en épée en los juegos olímpicos de Atenas. Figuraba con pleno derecho entre los diez primeros World Rankings. En su página web, Duplitzer hablaba con gran emoción del antes y el después de su salida del armario: la alegría de poder viajar con su compañera mientras competía. Dice así: «¿Qué es peor? ¿El daño que otros nos infligen o el daño que nosotros nos hacemos a diario con nuestro miedo? Perderemos amigos, pero encontraremos nuevas amistades. ¡Merece la pena!».

Cuando le pregunté a Laura Young qué fue lo que la atrajo del deporte de la esgrima, lo pensó durante unos instantes, y luego respondió:

«Cuando era niña, sentía auténtica pasión por las leyendas artúricas, los caballeros, los castillos, los caballos, las justas, los combates a espada y la cetrería. Recuerdo que mi hermano y yo «nos batíamos» utilizando los floretes españoles decorativos de mi padre... ni que decir tiene que no llevábamos máscaras ¡y todavía conservo un buen bulto en el paladar de una estocada que recibí de mi hermano! A partir de los 16 años empecé a trabajar en el Kansas City

Renaissance. E hice una escultura de Juana de Arco cuando estaba en el instituto».

Finalmente, la espada todavía puede enseñarnos las claves del equilibrio: sobre el lado oscuro de la humanidad y también sobre el lado luminoso de nuestro propio potencial humano. Actualmente, puede que muchos de los norteamericanos LGBT que redescubren el deporte de la esgrima estén intentando encontrar ese lado luminoso. Quizá deseen recordarse que están en todo su derecho de plantar cara, de reclamar todos los derechos que les corresponden como seres humanos. A pesar de ser uno de los deportes más antiguos y más exigentes, estos jóvenes pueden aprender más sobre el modo de llevar adelante ese espíritu de lucha a otras arenas de sus vidas.

GEORGE VILLIERS, 1er DUQUE DE BUCKINGHAM

Pionero en la cría de caballos de carreras

Mientras que los aficionados al deporte se concentran en el Kentucky Derby y en la Breeders Cup, todo amante de los Purasangre debe obligado agradecimiento al inglés declaradamente homosexual que en el siglo xvii jugó un papel fundamental en la creación de la raza. La biografía de George Villiers podría leerse perfectamente como una novela histórica: una apasionada historia de amor gay contra un vasto lienzo de guerra y paz. La biografía se completa con una advenediza dinastía familiar, una gran propiedad en la campiña inglesa… con fantasma incluido. Pero lo cierto es que todo ello ocurrió de verdad.

Actualmente, las carreras de caballos son uno de los deportes más señalados del mundo. Y todo empezó porque los ingleses intentaron criar un caballo mejor.

PASATIEMPOS DE REYES

La historia primera de las carreras de caballos nos remonta a una época en la que el músculo equino estaba a cargo de todo lo que los coches, autobuses, trenes, metros, aviones, camiones, ferrocarriles, servicio postal y SEUR hacen hoy en día. A medida que los pueblos del norte de Europa dejaban atrás la Edad Media, deseaban también librarse de sus fornidas razas nativas, sobre todo de los «magníficos caballos» sobre los que cabalgaban sus caballeros armados. Todos ansiaban un caballo más ligero y refinado: para la caballería, los viajes en tiempos de paz, la caza, el entrenamiento, el servicio de mensajería urgente… y las carreras.

Por irónico que resulte, los mejores caballos ligeros habían vivido siempre fuera del alcance de los pueblos del norte de Europa, en territorio enemigo controlado por los musulmanes. Estas antiguas razas eran conocidas como caballos Árabes, Turcomanos y Bereberes. También éstos se criaban para

múltiples usos. De vez en cuando, un caballo Oriental llegaba a Inglaterra como regalo a un rey o botín conseguido en el campo de batalla. A los ingleses no les pasaba desapercibido que esos caballos eran más veloces, más fuertes, más refinados y atléticos que sus propias razas, de carácter fogoso y valiente.

Los ejemplares Orientales se diferenciaban entre sí en varios aspectos. Por ejemplo, los árabes tenían un cuello con un arco extremo y una cabeza con un perfil «cóncavo». El Bereber mostraba justo el perfil opuesto: una impresionante nariz romana y un cuello mucho más recto. Una de las características del árabe era cuanto menos sorprendente: una espalda corta con una cola alta que el caballo sacudía magníficamente en el aire cuando estaba en movimiento. Era el resultado de tener una costilla y una vértebra lumbar menos que la mayoría de los caballos. Los Bereberes también tenían la espalda corta, aunque a menudo contaban con la cantidad normal de vértebras y con una cola baja.

A medida que el Renacimiento fue tocando a su fin, los ingleses se apasionaron por el deporte. A los plebeyos les encantaba el fútbol, mientras que a los aristócratas les encantaba el tenis y los bolos. Ambas clases sentían locura por las carreras de caballos. Sin embargo, el clero no veía las carreras con buenos ojos. Según su opinión, las carreras de caballos se asociaban tradicionalmente a festivales paganos y a un comportamiento social que les hacía estremecerse. Entre el populacho, por ejemplo, las carreras que se celebraban en las ferias y los días de mercado incluían juergas, excesos con la bebida, el baile, el flirteo, las peleas con los puños, las apuestas, las peleas de gallos y pequeños delitos de importancia menor como el hurto y la prostitución.

Entre la aristocracia, las carreras entre dos caballos era el evento más cotizado. En la corte, este tipo de acontecimientos eran de carácter privado y estaban cerrados al público, aunque no por ello levantaban menos pasiones. Normalmente, las carreras de caballos se celebraban en el campo y su trazado venía marcado por pequeños postes colocados aquí y allá a lo largo de kilómetros de ondulantes campos abiertos y desprovistos de vallas. Los espectadores de la nobleza llegaban en tropel hasta el lugar de la carrera, cargados con cestas de picnic o a caballo, y disfrutaban viendo cómo el rey o el señor local ofrecía a su mejor caballo para enfrentarlo contra cualquier contrincante. Cada uno de los propietarios «apostaría» una suma de dinero a su propio caballo

(estaríamos, pues, ante el origen de la actual «carrera de apuestas»). A veces la cantidad apostada era el equivalente a toda la fortuna de una familia.

La competición era un evento que se prolongaba durante todo un día y estaba regida por una serie de normas. Los propietarios a menudo montaban sus propios caballos en tramos sucesivos de cinco a seis kilómetros cada uno y a galope corto. Los entusiastas espectadores salían tras ellos a lomos de sus animales a fin de presenciar la acción, a menudo causando impropios accidentes. Los propietarios no se arredraban ante nada para alzarse con la victoria, de modo que cada hombre podía intentar empujar o «cañonear» el caballo del otro, o cortar el paso a su oponente.

Los caballos podían galopar un total de veinticinco o treinta kilómetros en el curso de una carrera diaria, con un descanso entre tramos, de modo que precisaban una gran dosis de resistencia. De vez en cuando, la ambición podía más que el sentido común, con el resultado de que un buen caballo quedaba extenuado hasta la muerte. El vencedor se llevaba la apuesta al completo, probablemente una campana o una copa de oro, y quizá hasta las campanas de la iglesia repicaran en su honor. El perdedor, si la apuesta era la fortuna familiar, quedaba arruinado.

La búsqueda por parte de los ingleses de un caballo mejor estuvo dominada por la realeza, los aristócratas y la alta burguesía, porque eran éstos quienes estaban en posesión del poder económico necesario para la tarea. Los caballos precisan más pastos y más espacio donde poder correr que las ovejas o las vacas. En Inglaterra, para ser propietario de tanta tierra era preciso ser poseedor de un mínimo de fortuna y de estatus social. Las razas locales privilegiadas eran los fornidos Galloways escoceses y los Hobbies irlandeses. Algunos nobles se volvieron tan adictos a las carreras de Hobbies que la palabra hobby («pasatiempo») terminó haciendo referencia al arte de permitirse el gusto de cualquier ocupación placentera y perezosa.

Sin embargo, cuando el ocasional ejemplar Oriental aparecía en las carreras, a menudo dejaba en ridículo a un Hobby o a un Galloway. Los ingleses anhelaban velocidad, más velocidad. Un comentarista de la época declaraba sin mayores preámbulos que la sed de velocidad hizo de Inglaterra un «infierno para los caballos».

La cría de caballos ha sido caldo de agitación política desde la época de los Tudor, cuando Enrique viii y su hija Isabel I intentaron mejorar la naturaleza de sus Hobbies cruzándolos con ejemplares Orientales. En 1600, la familia Manners, condes de Rutland, habían procedido también a la hibridación del Hobby y su «variedad de velocidad» había alcanzado gran popularidad.

Cuando el Renacimiento reavivó la pasión por la ciencia en Europa, algunos ingleses se dieron cuenta de que la cría de este nuevo caballo mejorado requeriría un enfoque más científico. En el siglo xvii, la ciencia inglesa experimentó una profunda evolución (matemáticas, astronomía y física). Grandes botánicos como John Tradescant importaban plantas exóticas que hibridaban para crear nuevas variedades. Sin embargo, nadie sabía con exactitud cuál sería el resultado con los caballos híbridos.

Otro problema añadido era la disponibilidad de las yeguas Orientales. Los comerciantes musulmanes estaban dispuestos a vender sementales, pero no yeguas, pues deseaban conservar su viejo monopolio sobre estas razas.

Inglaterra vivía momentos de agitación en cuanto a la religión del estado, un hecho desolador que está entrelazado con la historia primera de las carreras de caballos. Enrique viii había cortado los vínculos que le unían a la Iglesia católica romana e Isabel mantuvo un régimen protestante en el trono de Inglaterra hasta el año 1603. La familia Manners perdió el favor de la reina después de haber apoyado un complot católico contra Isabel. Cuando Isabel murió sin dejar descendencia, su primo Estuardo, el rey Jaime iv de Escocia, era su familiar vivo más cercano, de modo que fue invitado a reinar en Inglaterra como Jaime I. Era hijo de María Estuardo, reina de los escoceses, y de Enrique Estuardo, lord Darnley, acusado por algunos de bisexual y que había muerto asesinado.

En 1603, cuando el rey Jaime llegó a Inglaterra, se encontró inmerso hasta la corona en un cada vez más patente conflicto religioso. Aunque los vínculos personales de Jaime eran claramente católicos, se vio obligado a gobernar un país en el que el protestantismo era la ley de la tierra. Los ingleses

habían invadido Irlanda y estaban intentando borrar el catolicismo del país confiscando la tierra irlandesa y asentando en ella a protestantes. Una ruidosa minoría reformista conocida como «Puritanos» empezó a exigir que Jaime purificara Inglaterra del catolicismo que seguía vivo en el reino e impusiera una estricta moral bíblica. Los Puritanos más estrictos creían incluso que las carreras de caballos eran una práctica inmoral.

En un principio, Jaime intentó complacer a todos. Publicó la Biblia en inglés, declaró proscritos a los jesuitas, castigó a los disidentes protestantes, endureció los castigos por brujería y «sodomía». No obstante, los Puritanos que formaban parte del parlamento no parecían satisfechos con sus esfuerzos. En su opinión, el rey se mostraba en ocasiones demasiado blando con el catolicismo. Además, el propio rey era un aficionado a la «sodomía».

Jaime estaba tan seguro de su heredado «derecho de gobierno de orden divino y absoluto» que en ningún momento hizo el menor esfuerzo por ocultar su pasión por los apuestos hombres de sangre azul. Era un momento de la historia en que cualquiera que fuera lo bastante rico y poderoso podía hacer libre ostentación de su sexualidad sin sentirse mayormente amenazado. Cuando Jaime tenía 13 años, su primer «favorito (palabra clave con la que se designaba al amante) real» había sido el primo de su padre, Esmé Estuardo, duque de Lennox. En 1614, el favorito del rey era Robert Carr, conde de Somerset.

Ese año, al tiempo que la relación entre la corona y el Parlamento se tornaba más hostil, el rey conoció a un joven de la nobleza rural de 22 años llamado George Villiers, del que quedó profundamente enamorado. George sería su último y gran amor.

LA SUTIL EMBOSCADA

Nacido en 1592 en Leicestershire, George era el segundo hijo de sir George Villiers y Mary Beaumont. Ése era el segundo matrimonio de sir George (tenía ya dos hijos del primero).

Los Villiers eran una familia orgullosa y pobre de la pequeña nobleza que tenía la sede familiar en Brooksby, una diminuta casa solariega. Se ganaban la vida con el comercio

de la lana (el condado era famoso por sus ovejas). Sir George no sólo había sido nombrado caballero por la reina Isabel, sino que además ostentaba el cargo de jefe de policía de Leicestershire. En calidad de responsable de la ley y el orden, era conocido por el conde de Rutland, que tenía su propia sede familiar en el magnífico castillo de Belvoir, a escasos quince kilómetros de Brooksby. Los condes seguían siendo católicos y carecían por completo del favor de la corona. Los Villier manifestaban las mismas simpatías católicas en un reino que se declaraba cada vez más estridentemente protestante.

Como miembros de la pequeña nobleza rural, los Villier y Beaumont ocupaban el nivel inferior de la clase alta británica. Un «sir» era un caballero a menudo propietario de un poco de tierra y de una modesta casa solariega. Pero el estatus de caballero no era hereditario. Ese salto al rango de par, a un título hereditario, con la diferencia de fortuna y de poder que conllevaba, era un cambio cualitativamente importante.

El padre de George falleció hacia 1605, cuando él tenía 13 años. Su hermanastro mayor, fruto del primer matrimonio de su padre, fue el beneficiario de la herencia de su padre, incluida Brooksby, de modo que Mary y sus hijos tuvieron que mudarse a una ruinosa propiedad de los Beaumont. Durante un tiempo se las arreglaron para poder salir adelante, pero Mary (a la que la familia llamaba Mall) era una mujer hermosa y decidida a encontrar una vida mejor para su familia. Salió a la caza de un nuevo marido. Sir Thomas Compton fue su elección, pues era un hombre que tenía vínculos con la corte.

George había iniciado una buena educación en la escuela privada de una vicaría cercana. No tardó en convertirse en un apuesto y atlético adolescente de rizados cabellos castaños y unos luminosos ojos de color azul marino. El niño a buen seguro sintió envidia de la bella residencia del conde de Rutland, así como de sus hermosos caballos, a los que muy bien podía haber visto en más de una ocasión. Sin duda soñaba con dejar atrás el olor a oveja y la relativa pobreza de su clase.

Mall era evidentemente consciente de la orientación sexual de su hijo y también de la reputación del rey, así que su marido y ella tendieron al rey una sutil emboscada.

En primer lugar enviaron a George y a John, su hermano pequeño, a Francia donde durante tres años terminaron sus estudios. En esa época, Francia era la cuna de la elegancia

social (se enviaba allí a los jóvenes ingleses de tosco perfil para que aprendieran modales, lenguas, equitación, esgrima, el arte de las justas, danza, moda, conversación social, música y apreciación artística). Añadido a todo ello, George a buen seguro tendría también tórridas aventuras sexuales de índole gay.

En algún momento de sus viajes, George se aficionó a los caballos españoles. Los españoles contaban con un excelente caballo ligero conocido como la Jaca Española, estrechamente vinculada al Bereber, exportado desde el norte de África por los musulmanes, que ocuparon España en el año 711. Los europeos estaban empezando a reconocer la superioridad de las Jacas Españolas. A diferencia de los musulmanes, los españoles estaban dispuestos a vender sus yeguas, de modo que los caballos españoles habían estado introduciéndose en Europa y George quizá hubiera tenido la oportunidad de montarlos.

En 1613, cuando George volvió a casa, había cumplido los 21 años. Estaba más guapo que nunca (deslumbrante, bravo, ingenioso, un hombre de mundo e inteligente con una vena de implacable ambición que iba de la mano de su carismático encanto). La perfección de su piel y la delicadeza de sus manos llevaron a algunas voces a describirle como «afeminado», aunque nada había de afeminamiento en la audacia de la que hacía gala a lomos de un caballo, tanto en las carreras como cabalgando entre perros de caza. Además, tenía un gran talento para el tenis. Hiciera lo que hiciera, no dudaba en mostrar la perfección de su cuerpo atlético.

Las ambiciones de sus padres eran compartidas en aquel entonces por el arzobispo de Canterbury y por parte del Consejo Privado del rey (éstos veían en George el modo de librarse de Robert Carr, el favorito del momento del monarca, y frustrar así las agendas políticas de los partidarios de Carr). Había llegado el momento de tender la emboscada.

La ocasión se presentó en abril de 1614, cuando Jaime y su séquito pasaron por Leicestershire en el curso de la ronda anual (o recorrido por el reino). En Belvoir, el rey fue recibido por el conde de Rutland, firmando con su visita la restitución del favor real a la familia Manners. Sin embargo, en un primer momento, el plan con el que Mall pretendía colocar a su hijo en el camino del rey quedó bloqueado por Robert Carr, que ejercía de salvaguarda de todo acceso social a Jaime.

Sin embargo, más adelante en el curso de la ronda, ya en el

mes de agosto, los partidarios de George por fin lograron presentarlo en presencia del rey en Apethorpe, donde Jaime estaba visitando a un amigo. El rey quedó prendado de él al instante.

Y así sus mentores se llevaron de inmediato a George a la corte para completar su preparación. El joven seguía siendo un hombre sin demasiados medios y horrorizó a todos apareciendo en una carrera de caballos con un viejo traje negro prácticamente descosido. Sus partidarios se apresuraron a proporcionarle un nuevo guardarropa.

«EL HOMBRE MÁS APUESTO DE EUROPA»

Llegó por fin el momento idóneo para que la ambiciosa pequeña nobleza ganara posiciones en la escala social. La corona estaba prácticamente en bancarrota, gracias a las extravagancias de Jaime y a las deudas que había heredado del reinado de Isabel I. El rey intentaba desesperadamente reflotar su tesoro vendiendo títulos, así como con la venta de monopolios sobre todo un surtido de productos y de servicios controlados por la corona: desde vino y tabaco a licencias para la apertura de posadas. George no tardó en ser blanco de una serie de lujosas promociones que le acercaron aún más al rey.

Los monarcas y sus favoritos se mostraban a menudo discretos a la hora de publicitar su intimidad sexual: ambas partes tenían que asegurarse de que podían confiar en la situación. Según una carta de George, fue un año más tarde, hacia 1615, cuando empezó a tener relaciones sexuales con Jaime.

La relación amorosa unió a dos hombres que habían perdido a sus respectivos padres a temprana edad. Ambos se veían mutuamente no sólo como amantes, sino también como familia. George llamaba al rey «mi querido padre y gossope (es decir, “amiguete”)». Jaime llamaba a George «mi dulce y único hijo», «mi esposa», y llevaba consigo un diminuto retrato en miniatura de George en el chaleco, junto al corazón.

En primer lugar, George recibió la primera de innumerables concesiones sobre unas tierras. La corona siempre disponía de una reserva de propiedades confiscadas a los nobles que se veían envueltos en problemas de índole política. Jaime

nombró caballero a su amante y le hizo entrega de la vieja casa solariega de Whaddon, en Buckinghamshire, antigua propiedad de sir Walter Raleigh, junto con el título de vizconde de Buckingham. Ese mismo año, Mall fue nombrada condesa de Buckingham.

En las cartas escritas y enviadas a su nuevo amor, el rey borbotaba:

> Tanto es lo que amo tu persona y tanto lo que adoro el resto de las partes que te conforman, que son muchas más de las que cualquier otro hombre haya poseído jamás, que, aunque no sólo tu gente sino el mundo entero estuviera a un lado y tú y yo solos en el otro, sin duda te obedecería y te complacería, a pesar de todos ellos.

Aunque el rey estaba casado con Ana de Dinamarca y era padre de varios hijos, ignoraba a la reina y seguía manteniendo abiertamente su relación con Villiers, llegando incluso a besarle en público. En 1617, cuando nombró a George conde de Buckingham y este pasó a formar parte de su Consejo Privado, otros miembros del consejo hicieron patente su desacuerdo.

Sin embargo, el rey les lanzó una clara advertencia: «Yo, Jaime, no soy un dios ni tampoco un ángel, sino un hombre como otro cualquiera. Por ello actúo como tal y confieso amar a mis seres queridos más que a otros hombres. Podéis estar seguros de que amo al conde de Buckingham más que… a todos los aquí reunidos. Deseo, pues, hablar por cuenta propia y que no se vea en ello un defecto, pues Jesucristo actuó de forma idéntica y por ello no puedo ser blanco de culpas. Cristo tenía a Juan, yo tengo a George».

Algunos veían a los dos amantes como la encarnación de la Bella y la Bestia. El rey no era el más atractivo de los dos hombres. Bajo y larguirucho, se debatía constantemente contra algunas vergonzantes discapacidades y fastidiosos problemas de salud. La historiadora Antonia Fraser cree que quizá sufría porfiria, un desorden hereditario que azotaba a la realeza británica. Sin embargo, era un jinete sorprendentemente avezado, y se esforzaba por mantener una saludable vida al aire libre. Además era inteligente, educado e ingenioso y sentía absoluta fascinación por la ciencia, de modo que seguramente era buena compañía.

George escribía sus propias cartas de amor, en las que figuraban sentimientos como: «Mi eternamente amado señor, permitidme que os diga aquí que un corazón enamorado debe

desahogarse o quebrarse». Hacía todo lo que complacía a su soberano… hasta el punto de referirse a sí mismo como al «esclavo y dulce perro». Consciente de que los ingleses necesitaban ver a su rey como un hombre viril y dominante, se mostraba evidentemente satisfecho aceptando el papel pasivo. Su guardarropa era asombroso: un retrato que data del año 1616 muestra su constitución atlética adornada por las sedas y los encajes más refinados. El rey disfrutaba viendo bailar a George disfrazado durante las populares «mascaradas» en las que participaban a la par cortesanos y realeza: lo equivalente de la era «Estuardo» a la comedia musical de Broadway. Muy pronto empezó a conocerse a George como «el hombre más apuesto de Europa».

El encantador conde se ganó el reticente respeto de la reina Ana, que vivía aislada y rodeada de su propia corte. También se ganó la rendida amistad de Carlos, príncipe de Gales y tímido hijo y heredero de Jaime.

Robert Carr, el anterior favorito de Jaime, no pudo presentar batalla contra el carisma de Villiers. Perdió el favor del rey y cayó en el olvido.

CARRERAS DE PRIMERIZOS

En 1616, George, que había cumplido ya 24 años, fue nombrado Maestro Ecuestre. Se trataba de un puesto clave. Suministrar al rey sus caballos personales de caza y de carreras, así como organizar los viajes reales, era sólo parte del trabajo. George también era responsable de todos los equinos del ejército inglés: desde los caballos de tiro, empleados para tirar de los cañones, a los caballos de carga y las monturas de la caballería.

El puesto tenía además otras ventajas. Los dos amantes disfrutaban sobremanera saliendo a cazar juntos. La caza era otro deporte arriesgado y pendenciero: incluía carreras de varias horas por campos cubiertos de barro, matorrales y arroyos, saltos a caballo sobre zanjas, setos, árboles caídos y muros de piedra a fin de no perder el rastro de los perros. Para ello era necesario un caballo fuerte y atlético, de modo que las carreras y la caza compartían algunas raíces (con el tiempo, algunas disciplinas de caza inglesas evolucionarían hasta convertirse en las carreras de saltos de cross-country conocidas como steeplechases).

No obstante, las carreras eran la gran pasión deportiva de los dos hombres. Según palabras del historiador inglés David Wilkinson, fue precisamente la influencia de George la que despertó en Jaime su profunda afición por las carreras de caballos. En 1618, Jaime provocó la cólera de los Puritanos proclamando un edicto con el que legalizaba la práctica del deporte en domingo.

A noventa kilómetros al norte de Londres, en el brezal a cielo abierto situado junto a su pabellón de caza de Newmarket, Jaime estableció el centro social para la práctica de las carreras de caballos de Inglaterra. Había construido allí un espléndido palacio; la corte, George y él se trasladaban hasta allí para poner de moda las carreras de dos contendientes. Dado que el deporte todavía estaba falto de normas, Jaime vio la necesidad de fijarlas. Prohibió que los espectadores siguieran las carreras a caballo y finalmente ordenó la construcción de barandillas a lo largo de la pista para evitar que la gente invadiera el espacio donde se celebraba la competición.

Siendo George como era poseedor de su pequeña porción de tierra, no tardó nada en reunir su propia cuadra. Contaba con su propio maestro de caballos (un francés llamado Baltasar Gerbier que se había instalado en Inglaterra. Gerbier era un hombre dotado de múltiples talentos: jinete, pintor, arquitecto, comprador y agente, más adelante ayudaría a George a amasar una de las mayores colecciones de arte de la historia de Europa). Pero por el momento Gerbier se limitó a ayudar a su patrón a comprar unos cuantos caballos de carreras de primera línea. Villiers llamó a su cuadra de caballos de competición Highe Wair.

Todas las miradas deben de haber estado posadas en George mientras sus caballos protagonizaban sus primeras carreras en Newmarket. Quizá uno de ellos fuera un semental llamado Grey George. Probablemente fuera el propio George quien los montara (el rey a buen seguro habría disfrutado viendo a su apuesto amante en acción). Además, se consideraba poco elegante que un caballero empleara a un jinete contratado para una carrera importante (los yoqueis seguían siendo considerados sirvientes). Podemos imaginar al joven Villiers cabalgando como un auténtico demonio, codo a codo contra algún otro noble mientras sus sudorosos caballos se empujaban en un endiablado galope hacia la línea de meta... ¡y el rey no dejaba de animarle desde la barrera!

Con su dinero recién adquirido, George se dedicó a apostar

fuerte. Todavía no existían los corredores de apuestas, de modo que éstas se hacían en privado. En una ocasión llegó a ganar tres mil libras, el doble de los ingresos anuales de algunos de sus pares.

George podía apostar como lo hacía porque sus ingresos ascendían vertiginosamente. El rey había dejado a su cargo la venta de títulos y de los monopolios reales. Así fue como el joven amasó su fortuna casi de la noche a la mañana, como uno de los magnates actuales de las empresas punto.com, repartiendo las oportunidades de patronazgo entre familia y amigos con un descaro de tal magnitud que despertó toda suerte de críticas entre los enemigos del rey en el Parlamento. También ayudó a sus hermanas, hermanos, sobrinas y sobrinos a concertar satisfactorios matrimonios con familias de la nobleza. Mall estaba encantada.

En 1619, a la edad de 27 años, George había amasado la cantidad suficiente de guineas de oro como para comprarse su propia residencia, una magnífica propiedad llamada Oakham Castle, en Leicestershire, no muy lejos de Belvoir. Oakham contaba con buenas cuadras y fue allí donde acomodó a algunos de sus caballos extranjeros.

UN SUPREMO COLECCIONISTA DE CABALLOS

Jaime no tardó en encomendar a su joven Maestro Ecuestre la tarea de mejorar los caballos de carreras de las cuadras reales. Sin duda el rey estaba convencido de que el futuro del caballo deportivo inglés pasaba por refinar la raza mezclándola con sangre Oriental.

Sin embargo, «refinarla» seguía siendo una noción polémica. Algunos pares ingleses se mostraban ansiosos por proteger la pureza de las razas nacionales. Detestaban los caballos Orientales como instrumentos militares del islam, el viejo enemigo de la cristiandad. El Imperio Islámico original, que se remontaba a las oleadas de conquista árabes/marroquíes del siglo viii, había perdido su punto de apoyo europeo en el año 1492, cuando los Reyes Católicos terminaron de reconquistar España. Había resurgido entonces un nuevo Islam militante, a saber, el Imperio Turco Otomano, que engulló el mundo mediterráneo. Pero hacia 1600, los otomanos mostraban ya signos de decadencia. Los españoles, los holandeses, los franceses y los ingleses habían retomado

con gran cautela el comercio con los turcos. A través de compañías comerciales fletadas por la realeza como la Levant Company, los ingleses buscaban intercambiar sus confecciones de lana por lujos típicos del Este como el café, las especias, las alfombras... y los caballos.

En 1616, cuando George llamó la atención de Jaime sobre un semental árabe bayo importado por un capitán del ejército llamado Gervase Markham, Jaime soltó el equivalente a veinte mil libras por el caballo. El duque de Newcastle predijo burlón que el pequeño bayo no valía ni la mitad de lo que se había pagado por él. Y lo cierto fue que en Newmarket «fue vencido por todos los caballos». Sin embargo, George utilizó al ejemplar árabe de Markham como semental en las cuadras reales de Tutbury, haciendo de él el primer Oriental documentado apareado con las yeguas reales.

Ahora necesitaban yeguas Orientales. Villiers albergaba grandes sueños. Valiéndose de las influencias de la corona, de los recursos de las sociedades mercantiles y de las expertas artimañas de Gerbier, el joven empezó a importar a las islas cargamentos de caballos de una envergadura sin precedentes. En España, los criadores aristócratas estaban más que dispuestos a desprenderse de sus yeguas Purasangre de tipo Barbo. En 1618, George había entablado relaciones cordiales con la corona española como parte del objetivo del rey Jaime de casar a su hijo con la nobleza española. Ese mismo año, el rey Felipe III de España envió al príncipe de Gales veinticuatro Jacas Españolas, procedentes de las caballerizas reales de Córdoba. Felipe también mandó doce Jacas a George en calidad de regalo personal.

Cuando los caballos llegaron por barco y bajaron por las pasarelas a tierra, George se llevó algunos a las cuadras reales, conservó otros para su propio disfrute, y entregó el resto a algunos de sus amigos aficionados a las carreras de caballos. Poco a poco, estos caballos extranjeros fueron filtrando sus genes al fondo común del caballo de carreras inglés a lo largo y ancho del país. En 1620, el propio George había empezado a dedicarse también a la cría. En las cuadras reales de Hampton Court tenía alojadas a dos yeguas Españolas y a otras dos Bereberes, a las que cruzó con el Barbo de Sheffield, que por casualidad estaba también allí. Se trataba de un anciano semental que, según se decía, era uno de los ejemplares importados más refinados, introducido en Inglaterra en 1610 por sir John Sheffield.

Un par de años más tarde, según cuenta la Historia de las

carreras de caballos, Highe Fair había criado a veintidós yeguas, entre las que se incluían tres Españolas y tres Barbo, así como también varios sementales Barbo y Español.

La correspondencia entre George y Jaime (les sobrevivieron muchas cartas) se hilvanaba a menudo en torno a los caballos. En 1622, George mencionaba en una de sus misivas que «mis potros españoles están gordos, como también lo está mi jovial potranca» (probablemente se refería a las crías del Barbo de Sheffield). Al año siguiente, cuando George estaba en el extranjero, el rey le escribió una breve nota en la que le anunciaba que su yegua baya española acababa de dar a luz a un precioso potro.

A esas alturas, Villiers era el cortesano más poderoso de la nación, además del segundo hombre más rico de país, dueño de propiedades productoras de grandes beneficios por toda Inglaterra e Irlanda. Según afirman Alastair Bellamy y Andrew McRae, autores de Early Stuart Libels («Calumnias sobre los primeros Estuardo»), la siguiente década podría perfectamente recibir el nombre de Era Buckingham. Según sus propias palabras: «No había ámbito de la política real, ya fuera nacional o exterior, que escapara al dominio de su influencia». Durante un tiempo, el estilo y el encanto de George resultaron tan contagiosos que llegó incluso a disfrutar de cierta popularidad pública, a pesar de que mucha gente sabía que mantenía relaciones íntimas con el rey.

Un perspicaz comentarista de la época, el conde de Clarendon, le describió vívidamente como sigue:

> Buckingham era un hombre sin miedo; su lealtad a sus amigos era vehemente, aunque al mismo tiempo era un enemigo que desconocía el perdón; era impetuoso. Su ascenso fue tan rápido que más pareció tratarse de un vuelo que de una evolución progresiva. Era, en su naturaleza, justo y cándido, liberal, generoso y opulento. Si tenía una ambición ilimitada, cosa de la que a menudo se le acusó, era ésta una mala hierba que crecía en el mejor de los suelos.

Probablemente cansada de vivir a la sombra de Villiers, la reina Ana había muerto discretamente en 1619. Ese mismo año, el rey había nombrado a George lord Almirante Mayor, aunque el joven muchacho carecía por completo de experiencia militar.

En 1620, a la edad de 28 años, George coronó su ascenso al poder con el matrimonio perfecto. Podría haber tenido a cualquiera de las mujeres del reino y aun así eligió a una

joven de su tierra: lady Catherine Manners.

LA NOVIA PERFECTA

Kate era la única hija de Francis Manners, conde de Rutland. George quizá la hubiera visto —o puede que incluso la hubiera conocido— cuando ambos eran todavía jóvenes. Catherine tenía apenas 17 años. No era una gran belleza, pero sí una de las mujeres más ricas de Inglaterra. A juzgar por su tradición familiar, posiblemente fuera una gran conocedora del mundo de los caballos.

Teniendo en cuenta que aparentemente George mostraba mucho más interés por los hombres que por las mujeres, ¿qué era lo que le atrajo de Kate? Puede que viera en ella un alma gemela (y es que, según se decía, ella era una joven de «gran sabiduría y espíritu»). Quizá George fuera presa de la vieja premura propia de los Villiers por aliarse con las familias católicas del reino. Probablemente deseara dar alas a sus esfuerzos equinos casándose con una de las familias más distinguidas en el ámbito de las carreras de caballos de Inglaterra. Gracias a su título de baronesa de Roos, Kate era heredera de la afamada cuadra de Helmsley, cuya propiedad iba adscrita a su título. George pretendía Helmsley como parte de su dote. Y, lo que es aún más importante, Kate expresaba sin lugar a dudas una más que evidente comprensión ante la relación que George mantenía con el monarca.

Por último, aunque no menos importante: si George no tenía hijos, su cúmulo de propiedades y títulos volverían a manos de la corona a su muerte.

Las negociaciones del enlace no resultaron tarea fácil. Dado que Jaime era la cabeza de la Iglesia anglicana, tenía que oponerse a que su favorito se casara con una católica, de modo que Katherine accedió a convertirse al anglicanismo. George se mostró asimismo muy puntilloso con la cuestión de la dote, exigiendo que Kate aportara cierta cantidad de dinero en metálico y valiosas propiedades. Las conversaciones a punto estuvieron de interrumpirse definitivamente, pero George finalmente suavizó las cosas ofreciendo a Francis una participación en el control del monopolio real.

La boda se celebró el 16 de mayo en el curso de una ceremonia íntima.

Como parte de las disposiciones de la unión, la propiedad de Helmsley y de sus caballos pasó a manos de George Villiers. No representó una gran pérdida para el conde, que ya se dedicaba a operaciones de crianza de caballos en otras de sus propiedades.

Helmsley estaba enclavado en el valle del Rye, al norte de Yorkshire, bordeando los ondulantes páramos. Allí las carreras de caballos eran una antigua tradición que se remontaba a la época de los romanos. Como Kentucky, Yorkshire era una zona de excelentes caballos, muy valorada por su suelo de piedra caliza, su nutritiva hierba y la dureza de su clima: la región era famosa por dar caballos de huesos fuertes y duros cascos. El condado estaba salpicado de hipódromos rurales, cada uno con sus propios certámenes. Docenas de cuadras pertenecían a una red vinculada por lazos matrimoniales de aristócratas y de nobleza rural como los D'Arcy, los Routh, los Milbank y demás, de modo que Yorkshire era fiel a la monarquía y cuna del nuevo caballo de carreras. Según David Wilkinson, también él natural del condado de York, las setenta y ocho primeras yeguas cuyos pedigríes algún día aparecerán en el primer Libro general de sementales de Inglaterra (publicado en 1791) eran originarias de Yorkshire.

Helmsley era uno de los castillos más magníficos de Inglaterra. Sus dos torres, que databan del siglo xii, dominaban el valle. La escabrosa aunque confortable casa solariega estilo Tudor había sido añadida a la estructura principal por los Manner en el siglo xvi, con sus soleadas ventanas desde las que se dominaba el parque. Un bloque de cuadras, potreros, pequeños habitáculos para el servicio y casas anexas completaban el complejo. Entre los magníficos olmos del valle, los sementales, las yeguas con los potros y los grupos de jóvenes caballos disfrutaban de sus verdes pastos, cercados por laberínticas vallas de piedra.

Muy cerca del castillo estaba el hipódromo de Hambleton: «El Newmarket del Norte». Situado en lo alto de una meseta natural sobre el valle, Hambleton ofrecía muchos kilómetros de galope sobre un césped llano y mullido, una superficie ideal para los caballos, de modo que era muy popular tanto para el adiestramiento como para la competición. Los cuatro kilómetros y medio de pista dibujaban una recta que cruzaba la meseta y que terminaba en un obelisco de piedra justo delante de la posada Dialstone Inn. Varias posadas más hacían las veces de boxes para los animales que participaban

en estos eventos rurales, así como establos y otras instalaciones para el adiestramiento. Según palabras de John Fairfax-Blakeborough, otro historiador natural de Yorkshire, podía ganarse allí una Copa de Oro en las carreras organizadas durante el reinado de Jaime I.

En cuando se casó, George decidió enviar parte de los caballos que tenía en Highe Fair al norte a Helmsley y unirlos a la vieja reserva de crianza de Rutland que estaba ya allí. También entabló sus propios vínculos íntimos con las familias D’Arcy y Conyers, que tenían sus cuadras en las proximidades (en Hornby Castle y en Sedbury Hall, para ser más exactos). Lord D’Arcy se convirtió no sólo en un compañero de cuitas deportivas de George, sino también en recipiente de algunos de sus ejemplares importados.

Helmsley estaba llamado a convertirse en el foco histórico de la labor de los Villiers con los caballos de carreras. No obstante, resulta irónico que ni George ni Kate llegaran a vivir allí nunca. Era demasiado rústico y remoto para poder ejercer las funciones de residencia principal de una cosmopolita pareja cortesana. Lo cierto es que George no disponía de una residencia habitual donde estuviera afincado todo el año. Pasaba gran parte de su tiempo viajando por negocios de Estado o yendo al encuentro de Jaime para hacer feliz al monarca. La corte del rey se desplazaba constantemente, cazando y «recorriendo el país» unos diez meses al año, y Jaime escribía a George cartas desoladas en las que le expresaba lo solo que se sentía cuando no tenía a su amante a su lado.

Pues bien, George y Kate se trasladaban continuamente a sus diferentes propiedades, como era práctica habitual en la mayoría de los aristócratas ingleses, según la temporada social. En ocasiones podía encontrárseles «en casa» (esto es, en su residencia oficial de Leicestershire). Oakham resultaba demasiado anticuada: los aristócratas ingleses estaban desechando la idea de vivir en castillos viejos e insalubres, y por ello George había adquirido otra magnífica propiedad, Burley-on-the-Hill, y había modernizado la casa, llenándola de chimeneas y de otras comodidades modernas. Fue allí, en agosto de 1621, donde la pareja recibió al rey Jaime con una mascarada escrita por el poeta Ben Jonson.

En invierno, cuando las condiciones climáticas dificultaban los viajes, la pareja se refugiaba en el confort de York House, un glorioso palacio londinense en el que George conservaba su cada vez más numerosa colección de pinturas, obra de los

maestros holandeses e italianos. Allí podían pasar las horas junto al fuego en compañía de Mall o visitar al rey en Whitehall, su residencia londinense, situada a escasa distancia de la de los Villiers. Jaime adoraba a la esposa de su favorito, a la que llamaba «mi hija». La madre de George estaba también encantada con Kate, y entre las dos mujeres se estableció una inmejorable relación.

En primavera, podía encontrarse a la pareja en New Hall, Essex. Allí el duque había contratado a John Tradescant, pionero del paisajismo inglés, para que creara un paisaje de plantas exóticas importadas como lilas, gladiolos y albaricoques. En estas distintas propiedades George tenía a mano a algunos de sus caballos de caza favoritos. Probablemente mantuviera a sus caballos de carreras en las cuadras de Newmarket o en las proximidades.

George visitaba Helmsley sólo cuando era estrictamente necesario. Lo más habitual era que apareciera por allí en primavera, para así poder deleitarse con sus nuevos potros. La primavera era también la época en que se celebraba el primer encuentro hípico de Hambleton. Probablemente regresara en otoño para asistir a más carreras y para visitar a los D'Arcy y a los Conyers. Sus llegadas desataban un torbellino de actividad entre el servicio, que, con poca antelación, debía tener la casa impoluta ante la llegada de su señor.

En su ausencia, George y Kate contaban con los servicios de un jefe de cuadras, así como de una cuadrilla de adiestradores, jinetes y mozos de establos que se encargaban del funcionamiento de la propiedad. A medida que las carreras de caballos fueron convirtiéndose en una práctica cada vez más extendida, se necesitaron especialistas profesionales que atendieran las necesidades diarias de los caballos. En Yorkshire emergieron varias dinastías de ellos, cuyo papel en el nuevo deporte fue poco menos que indispensable. Según Fairfax-Blakeborough, en un momento dado la familia Hesseltine estableció un vínculo leal y perdurable con los Buckingham y se encargó de la gestión de los caballos de Helmsley durante al menos una generación. En aquel entonces, como ocurre también ahora, cada uno de los lustrosos caballos que hacía su entrada en el hipódromo era el resultado de una labor derrengante y del cuidado de docenas de personas.

Algunos historiadores ponen en duda que George Villiers prestara mucha atención personal a la cría de caballos. Muchos son los que sospechan que en realidad en gran

medida era su esposa la artífice de sus éxitos en esa empresa. Sin embargo, cabe pensar que el hombre que ya criaba caballos antes de contraer matrimonio, que escribió a su amante real sobre lo maravillosos que eran sus potros españoles y que tanto insistió en hacerse con la propiedad de Helmsley en ningún caso habría dejado ese proyecto en manos de otro.

Dada la sólida y cariñosa relación que existía entre ambos, George y Kate a buen seguro tomaban juntos las decisiones importantes. Los profesionales contratados para el cuidado de los caballos en Helmsley se limitaban a cumplir órdenes, fieles a la tradición que regía los movimientos del servicio de todas las grandes casas de Inglaterra. Indudablemente, el jefe de cuadras enviaba y recibía frecuentes cartas, cuyo transporte corría a cargo de un mensajero a caballo.

ORIENTAL + ORIENTAL

Llegó un momento en que George y Kate quizá decidieran abandonar el viejo esfuerzo por cruzar al Hobby con el caballo Oriental. Me imagino a la pareja hablando de ello durante el té o comentándolo con el propio rey.

A pesar de que los ingleses habían estado intentando mejorar la línea de sus caballos de carreras nativos desde la época de Enrique VIII, el esfuerzo no había tenido sus frutos. Faltaban todavía doscientos años para que Mendel diera a conocer su descubrimiento, según el cual los genes interactúan durante la hibridación. Aun así, los criadores ingleses ya habían formulado sus propias observaciones in situ. Cuando se cruzan dos líneas de sangre distintas, el resultado obtenido es lo que se conoce con el nombre de «vigor híbrido» en la primera generación, pero también se obtiene una buena cantidad de sorpresas, algunas desagradables, fruto de la aparición de insospechados genes recesivos. En las primeras generaciones de un híbrido resulta difícil lograr rasgos deseados de «auténtica raza». Además, la mayoría de las implementaciones del Hobby y del Galloway seguían sin poder batir a los ejemplares Orientales en un hipódromo.

Durante sus viajes al extranjero, sirviendo los intereses comerciales del rey, George debió de tener oportunidad de aprender algo sobre los métodos a prueba de tiempo que

habían hecho realidad las antiguas razas orientales. Quizá llegara incluso a ver los primeros atisbos prometedores en sus primeros cruces, a saber: Barbo + Barbo. En 1623, cuando George y el principe Carlos fueron a España a negociar el tan esperado matrimonio del principe con la infanta española, los potros que George había obtenido del Barbo de Sheffield ya habían cumplido los dos años de edad.

En 1623, la estancia de Villiers en España se saldó con un auténtico alijo: otro regalo del rey Felipe iv de treinta y cinco sementales y yeguas. George tuvo que escribir a Inglaterra para que le enviaran un barco y poder así transportar el regalo del rey español a casa. En cuanto los descargó en Inglaterra, los repartió como ya era práctica habitual en él. Hacia esa época, el comprador de George negociaba un nuevo botín de ejemplares Barbo directamente de Marruecos.

Pues bien, entre 1620 y 1630, George y Kate debieron de tener una iluminación (compartida, bien es cierto, por el rey, los D'Arcy y otros): la solución estaba en cruzar un Oriental con un Oriental. Así estarían trabajando en un marco genético establecido y ya ratificado por el paso del tiempo. Las posibles sorpresas serían indudablemente menos numerosas. Antes o después, si se esforzaban lo suficiente, los ingleses terminarían por conseguir el caballo de carreras perfecto.

George y Kate también se habían embarcado en su proyecto personal de descendencia. Primero, en el año 1622, llegó una hija a la que llamaron Mary. A Mary le siguió un frágil niño que vivió sólo un año. Seguían necesitando un heredero saludable.

DE FINALES DEL SIGLO XIX
A PRINCIPIOS DEL XX

«El Duque del Macho»

En 1623, el rey elevó a su fiel «perro» a la categoría de duque de Buckingham. Sin embargo, el altísimo éxito de George estaba empezando a pasarle factura.

En esa época, el encanto de George empezaba a cansar a mucha gente, y no eran pocos los que le veían como a un hombre arrogante y ambicioso. A pesar de que el duque era idolatrado por muchos partidarios de la monarquía, algunos de sus antiguos partidarios se habían convertido en sus enemigos, y era blanco de un odio encarnizado por parte de los protestantes opuestos al rey. El Parlamento investigó el liberal uso que George hacía de los monopolios reales en beneficio propio y en el de los miembros de su familia. Los Puritanos le denunciaron abiertamente en el Parlamento, pues consideraban que la influencia que ejercía sobre el rey era odiosamente inmoral. Al hombre de la calle le gustaba decir: «Isabel fue rey, ahora Jaime es la reina». Los más avispados se referían a George con el cruel apodo de «Duque del Macho», en clara referencia a su condición sexual y a su relación con el rey.

Sin embargo, el duque prestaba escasa o nula atención a las habladurías. Mientras el rey estuviera allí para apoyarle, podía hacer y deshacer a su antojo.

Es muy probable que Villiers renegara de su propia conciencia católica en Irlanda a fin de materializar la política inglesa de imponer el protestantismo en el país. Fueron tantos los títulos irlandeses que George vendió que logró crear sin ayuda de nadie una nobleza irlandesa fiel al rey. Estos nuevos nobles recibían tierras confiscadas a los católicos irlandeses. Lo cierto es que, según afirma el historiador Victor Treadwell, los tratos irlandeses a manos de Buckingham tuvieron mucho que ver en el estallido de las guerras civiles inglesas de 1641-51 y en la caída de los Estuardo.

Los éxitos en el hipódromo tampoco acompañaban a Villiers. En 1622, en Newmarket, su mejor corredor recibió un severo correctivo por parte de un Barbo propiedad del conde de Salisbury, y perdió una apuesta de cien libras. El caballo en cuestión era probablemente un ejemplar importado: sus propios potros todavía no tenían edad de entrar en competición.

En medio de la inquietud política reinante, la relación

amorosa entre Jaime y George vivía episodios frecuentes de tensión. La fidelidad era una de las causas de roce entre ambos. En 1622, el ojo del rey fue a posarse en un apuesto primo de George llamado Arthur Brett. Villiers se puso firme y el joven muchacho fue obligado a abandonar la corte.

En 1622, Jaime se alarmó al saber que la madre y la esposa de George, Kate, estaban volviendo juntas a sus raíces católicas. El propio George, influenciado por ambas mujeres, a las que tanto respetaba, flaqueaba en su fe. Posiblemente se sintiera culpable por el modo en que había impuesto el protestantismo en Irlanda. Dado que Jaime era la cabeza de la Iglesia anglicana, las convicciones religiosas de sus socios más próximos constituían una cuestión política de importancia vital. Se celebró una conferencia secreta, en la que el arzobispo de Canterbury intimidó al joven duque y a sus dos mujeres en cuestiones de doctrina.

Los dos hombres protagonizaron otro desacuerdo en 1623, cuando el enlace con España fracasó, dejando a Inglaterra y a la nación española en una situación de clara hostilidad. El príncipe Carlos terminó obligado a casarse con Enriqueta María de Francia. Mientras la larga y complicada Guerra de los Treinta Años (1618-1648) se extendía por Austria, España, Dinamarca, Holanda, Francia y Suecia, iba provocando encarnizados enfrentamientos entre los católicos y los protestantes de la mayor parte de los reinos de Europa. Inglaterra estaba más que dispuesta a aliarse con el bando protestante en contra de España. Jaime quiso manejar la situación recurriendo a la diplomacia pacífica, mientras que George era partidario de la guerra. Villiers se salió finalmente con la suya. Sin embargo, en el campo de batalla se descubrió como un hombre totalmente inepto a la hora de colocar y liderar a los hombres, cañones, caballos y barcos que tenía a su mando, de modo que se limitó a chapucear en algunas campañas militares para su «querido Papá». Los últimos vestigios de popularidad del duque entre los ingleses se desvanecieron así del todo.

No obstante, y a pesar de los acontecimientos, la devoción que el rey profesaba a su amante nunca llegó a vacilar realmente, independientemente del lío político en el que George se viera envuelto. También George parece haber sido fundamentalmente fiel a su rey. Corren historias que le relacionan sentimentalmente con otros hombres (con sir Francis Bacon, sin ir más lejos), pero las cartas de amor que George dirigía al rey dejan una evidencia indiscutible de que

Jaime siempre fue el blanco de sus sentimientos más profundos y de su sentido de la familia. Tal como el propio Villiers había escrito en una ocasión: «Todo amor de verdad bebe de la estima».

A principios de 1624, las tensiones políticas hicieron mella en la salud de Villiers, que enfermó durante un tiempo. Jaime corrió a su lado. Hacia esa época, el rey, que había cumplido ya los 58 años, empezó a mostrar signos de deterioro físico y mental, posiblemente fruto de sus prolongadas discapacidades. Las cartas de ambos hombres revelan una creciente ansiedad. Dado que Jaime seguía empeorando, el príncipe de Gales y el duque asumieron los asuntos de Estado, y como el príncipe Carlos se dejaba guiar por las opiniones de Buckingham, el duque se convirtió prácticamente en rey de Inglaterra.

Villiers siguió a pesar de todo dedicando un frágil hilo de atención a los caballos. Ese año, importó un semental árabe llamado Sultán, con toda probabilidad en un intento por complacer al rey, al que siempre le habían gustado los ejemplares árabes.

En marzo de 1625, Jaime cayó víctima de lo que pareció ser unas fiebres, agravadas poco después por un infarto. El ansioso «perro» y su madre hicieron guardia junto al lecho del rey. Al ver que los tratamientos de los médicos reales no daban resultado, George y Mall llamaron a su propio médico e intentaron desesperadamente aplicar al enfermo remedios caseros y rurales.

El rey expiró el 27 de marzo, con su «dulce niño y la esposa de éste» a su lado.

La conmoción y el dolor de George fueron evidentemente visibles. Se dice que fue incapaz de mirar el cuerpo real, expuesto en ceremonial capilla ardiente durante ocho días bajo una sábana. Tras un extravagante funeral que no hizo sino endeudar más aún al país, Jaime I fue enterrado en la abadía de Westminster.

EL DÍA DE LA DAGA

Cuando el hijo de Jaime fue coronado como Carlos I, George Villiers siguió gozando del favor real en calidad de primer ministro en funciones del rey. El duque seguía ostentando el título de Maestro Ecuestre. Seguía viviendo

extravagantemente del erario público. Sus ingresos eran enormes, aunque volvían a perderse sin demora en un alarde de inmensa ostentación, y de hecho se vio obligado a pedir algún préstamo y a vender unas cuantas propiedades para poder seguir manteniendo las apariencias. En 1626, cuando el cortejo real pasó por Leicestershire, el duque y la duquesa recibieron al nuevo rey en Burley-on-the-Hill.

El Parlamento hacía denodados esfuerzos por deshacerse del duque, pero el rey presentaba una dura oposición. Los enemigos del duque le acusaban de haber envenenado a Jaime con los remedios caseros empleados durante su enfermedad. Sin embargo, las acusaciones no cuajaron porque el rey Carlos no tenía intención de escucharlas. Oliver Cromwell, uno de los Puritanos con más poder del momento, introdujo en el Parlamento un proyecto de ley con el que se iniciaba un proceso de destitución contra Villiers por sus fracasos militares en el continente. Sin embargo, el rey disolvió el Parlamento antes de que el proyecto de ley se aprobara. Entonces el «caso Villiers» se llevó ante el Tribunal Real... pero el rey utilizó su influencia en el tribunal, que desestimó el caso. Mientras tanto, en los muros y paredes de Londres no dejaban de aparecer pintadas y escritos contra Buckingham. Mensajes como: «¿Quién gobierna el reino? El rey. ¿Quién gobierna al rey? El duque. ¿Quién go-bierna al duque? ¡El demonio!».

Durante esa época, Villiers estaba tan ocupado intentando defenderse políticamente que probablemente prestó poca atención a sus yeguas y a sus potros.

El año 1628 se anunció más feliz. El 30 de enero, Kate por fin dio a luz al tan esperado heredero, un saludable varón. La pareja le dio el nombre de George.

Más tarde, el 28 de agosto de ese mismo año, pocos días antes de cumplir 36 años, el duque estaba en Plymouth preparando una nueva operación militar en Francia. El motín protestante se agitaba entre la soldadesca y George se había visto obligado a combatir a algunos de los amotinados espada en mano. Esa mañana, de pronto, la hostilidad pública acumulada durante catorce años por fin tomó la forma de la daga en una mano próxima. Cuando el duque cruzaba una salida, fue víctima de una emboscada y apuñalado por uno de sus propios oficiales, el teniente John Felton. Cayó al suelo sangrando y murió en el acto.

Kate estaba en ese momento en Plymouth, embarazada del cuarto hijo de la pareja. Quedó destrozada al enterarse de lo

ocurrido. La noticia llegó a Londres a lomos de veloces mensajeros a caballo. Mientras que la corte era presa de una profunda conmoción, los Puritamos saltaban de alegría y prendían hogueras en las calles. El Parlamento impidió al rey torturar a Felton, pues el monarca deseaba investigar lo que sin lugar a duda era una conspiración. Así que el teniente fue simplemente ahorcado por asesinato.

Durante el funeral celebrado a la luz de las antorchas, George Villiers fue enterrado con la pompa que correspondía a su posición en la abadía de Westminster, no muy lejos de la tumba de su «querido padre». Fue la primera persona no perteneciente a la realeza enterrada en la abadía.

Más adelante, una escalofriante historia no tardaría en llegar a la letra impresa. Según cuenta la historia, el fantasma del padre de George Villiers se le había aparecido a un viejo criado de la familia y le había anunciado la fatal profecía sobre la muerte de su hijo. Cuando se le comunicó el pesimista mensaje del fantasma, el duque se limitó a reírse y se marchó a Plymouth.

Kate tuvo a su último hijo, un varón llamado Francis, pocos meses después del asesinato de su esposo. Durante los años siguientes, siguió viviendo en York House, en Londres, dedicada a la discreta crianza de sus tres hijos.

Mientras tanto, el espíritu del duque se cernía sobre sus propiedades, sus hijos... y sus caballos. Siete años después de su muerte, por fin nacería una magnífica yegua que llevaría su nombre a la historia del deporte.

UNA SALPICADURA BLANCA

Kate tuvo que saldar las últimas deudas de su marido. A fin de economizar, ella y los fideicomisarios de sus pertenencias reunieron los caballos que George tenía repartidos por toda Inglaterra y los enviaron a Helmsley. Uno de los caballos que sin duda hizo el viaje al norte fue Sultán, el ejemplar árabe. De hecho, puede que Kate decidiera dar un pequeño acelerón al programa de cría de caballos y disponer así de ejemplares caros que vender y con los que aumentar sus ingresos de capital líquido.

El patrimonio de Villiers era enorme y generaba ingresos a partir de contratos de arrendamiento o de alquileres de docenas de propiedades, bajo la perspicaz gestión de Kate y

los siempre vigilantes ojos del consejo de fideicomisarios del patrimonio nombrados por el rey. Los cuatro fideicomisarios incluían a George, tío de Kate y séptimo conde de Rutland, que era el hermano de su padre. Cuando George, su hijo mayor, alcanzara la mayoría de edad, todo el patrimonio (incluidos los caballos de Helmsley) le pertenecería.

Mientras tanto, Kate y su suegra se convirtieron discretamente al catolicismo. En 1632, su buena amiga Mall y su padre murieron.

Hacia 1634, Kate conoció en la corte a un joven católico irlandés llamado Randal MacDonnell, marqués de Antrim, que estaba en Inglaterra intentando sin éxito ejercer presión política a favor de su familia sobre cuestiones irlandesas. Londres le consideraba un mero bárbaro advenedizo. Randal tenía 25 años y era otro joven encantador, alto y pelirrojo. Kate era una rica viuda y no tenía necesidad de volver a casarse: disponía de su propia fortuna, heredada directamente de los Rutland. Pero tenía tan sólo 31 años y era una mujer ambiciosa y enérgica. Volvía a estar enamorada y necesitaba encontrar algo que hacer con su vida. Así, en abril de 1635, se casó con Randal.

El rey y la reina se molestaron al enterarse de la noticia del enlace, convencidos como estaban de que Randal era un cazadotes que pretendía quedarse con el patrimonio de los Buckingham. Randal contaba con sus propios ingresos, pues era el mayor terrateniente del norte de Irlanda. A pesar de eso, el rey obligó a Kate a que le cediera la custodia de sus tres hijos. El tío de Kate se convirtió entonces en uno de los guardianes legales del hijo mayor, que en aquel entonces tenía siete años. Según declara la historiadora irlandesa Jane Ohlmeyer, Kate y Randal llegaron incluso a verse obligados a acceder a no tocar jamás el patrimonio de su hijo, incluido Helmsley y la colección de arte de Londres.

Kate evidentemente accedió a todas estas exigencias con gran elegancia: se había metido en política, utilizando su influencia sobre la familia real para dar credibilidad a las aspiraciones políticas de su nuevo marido.

Hacia esas fechas, los establos semienmaderados estilo Tudor de Helmsley asistieron al nacimiento de una pequeña potranca.

David Wilkinson data su nacimiento en el año 1635. De ser así, Kate podría haber planeado su cría en 1634. Los embarazos de las yeguas llevan once meses y normalmente se programaban para que los potros nacieran en primavera, de

modo que es muy posible que la fecha del nacimiento de la pequeña coincidiera con la boda de Kate y Randal. Los escasos registros disponibles indican que la potranca era un cruce de Oriental con Oriental. El padre era el árabe llamado Sultán. La madre, una yegua Barbo de nombre desconocido, quizá una de esas Barbo originales coleccionadas por Villiers. O quizá la madre fuera hija del Barbo de Sheffield a la que George había descrito en su día como su «jovial potranca». Para entonces contaría con 14 años.

Cuando el pequeño y empapado potro logró por fin ponerse en pie y empezó a mamar de su madre, los mozos del establo se dieron cuenta de que era de color avellana. Tenía una gran salpicadura blanca en la cara.

Mientras la pequeña iba creciendo hasta convertirse en una alborotadora potranca menor de dos años, galopando por los pastos junto con otros pequeños, quizá fueran los mozos de cuadras quienes la apodaron Bald Peg, «Bald» en clara referencia a la blancura de su rostro. La abundancia de marcas blancas era típica de los Barbos de antaño.

Los aristócratas ingleses utilizaban un aparatoso sistema a la hora de poner nombre a sus caballos de carreras. Naturalmente, cada uno de los animales contaba con un apodo informal. Sin embargo, el nombre formal podía incluir el color del pelo, el historial genético y otros rasgos distintivos, además del nombre del propietario actual, como era el caso de «Árabe gris tuerto de su majestad» o del «Barbo negro del señor Massie». A veces, el nombre de un padre encontraba continuidad en su descendencia, como en el caso de «Viejo Spanker» y «Joven Spanker», o simplemente «la Yegua Spanker». Así, esta potranca pasaría a la historia como «la Vieja Bald Peg».

Es muy probable que Peg se pareciera un poco a su padre árabe: quizá fuera la cara cóncava, la espalda corta o la cola alta. Cuando corría y jugaba, su cola se agitaba alegremente en el aire. Sin embargo, quizá hubiera en ella algo distinto. Una generación o dos en suelo inglés, en un clima más norteño y vigoroso, posiblemente dieron lugar a un ejemplar un poco más alto y de huesos más alongados que los de sus ancestros de países calurosos.

A medida que Peg crecía, el rey ayudaba a los fideicomisarios a vigilar de cerca la herencia del joven Buckingham. La administración fiduciaria del tío de Kate se tradujo en que los condes de Rutland y su experta labor en la cría de caballos volvían a estar en contacto directo con las

decisiones que se tomaban en Helmsley. En 1637, el rey Carlos importó un semental gris marroquí que envió a Helmsley. El caballo fue conocido como el Barbo Marroquí de Helmsley (más adelante el Viejo Barbo Marroquí) y algún día se convertiría en el primer semental importado inscrito en el Libro de sementales de 1791. Sin duda, todos los implicados pretendían ver en este nuevo caballo a una pareja para Bald Peg.

Al año siguiente, Kate y Randal se trasladaron a Irlanda. A partir de entonces, es muy probable que las decisiones más importantes que se tomaban respecto a Helmsley estuvieran a cargo de los fideicomisarios. Los fondos para los salarios, el cuidado de los caballos y el mantenimiento de la propiedad se extraían del patrimonio.

Quizá cuando Bald Peg se convirtió en una yegua adulta participara en carreras. Lo cierto es que no ha sobrevivido ni un solo registro de las carreras celebradas en Hambleton que date de ese período. Sin embargo, a los criadores de Yorkshire les gustaba hacer participar en las carreras a sus yeguas antes de cruzarlas. Era crucial ver la velocidad, resistencia y el corazón del animal. Los fideicomisarios y los empleados de Helmsley a buen seguro esperaron a que Bald Peg cumpliera los cinco años. Los ingleses habían aprendido, después de muchos sinsabores, que los huesos inmaduros de los caballos jóvenes podían resultar malparados si se les sometía a un esfuerzo exagerado.

En 1640, con la bendición del conde de Rutland y de otros fideicomisarios, Peg pudo muy bien haberse entrenado en Hambleton. Durante semanas fue poniéndose en buen estado de forma, recorriendo kilómetros y kilómetros al galope corto por la meseta abierta y a las órdenes de uno de los jinetes de Helmsley. Se envolvía profusamente en mantas a la yegua durante los paseos a galope para que sudara y eliminara así cualquier onza de grasa corporal sobrante de su delgado cuerpo.

Es muy probable que, cuando por fin estuvo preparada, Bald Peg participara en algunas pruebas. Quizá lord D’Arcy, que seguía manteniendo una estrecha relación con el rey y con los Buckingham, la hiciera competir gustoso con alguno de sus propios ejemplares. Quién sabe: quizá Peg machacara la competición, una prueba tras otra, haciendo frente con absoluta brillantez a las tensiones de un evento competitivo de todo un día. Su sombra victoriosa habría cruzado el famoso obelisco levantado junto al Dialstone Inn. Quizá

incluso siguiera compitiendo en otras carreras locales como las de Harriet Aire, Richmond o York. Fuera cual fuera su actuación, resultó lo bastante buena como para elevarla al rango de yegua de cría.

Mientras tanto, no es de extrañar que sus entusiastas promotores de sangre azul brindaran con una copa de vino en memoria del último duque.

Tras la carrera, no me cuesta imaginar a Bald Peg en el patio de los establos, todavía levemente jadeante mientras los mozos de cuadras se afanaban en secarla. Levantando esa hermosa y viva cabeza hacia el borrascoso cielo de Yorkshire, irguió bruscamente las orejas. Tenía todavía las ventanas de la nariz completamente abiertas y olisqueó con ellas el viento. Había algo en el aire. Los animales pueden percibir un asombroso cúmulo de cosas. Si son capaces de percibir un terremoto que está a punto de producirse a quince kilómetros de profundidad, sin duda pueden también presentir un inminente terremoto entre los humanos de su entorno.

Mientras los mozos de cuadras se llevaban a Bald Peg de regreso a Helmsley, los magníficos olmos se agitaban inquietos bajo el abrazo de un viento cada vez más fuerte.

La Guerra Civil y lo que llegó después

En 1641, Gran Bretaña se vería azotada por una furiosa tormenta de odio religioso: diez años de guerra civil tan espantosa como la mismísima Guerra de Secesión norteamericana. Los católicos irlandeses se levantaron contra la injusticia provocada por los protestantes ingleses. El resentimiento de los Puritanos contra la monarquía de tinte claramente católico estallaría por toda Gran Bretaña. Yorkshire quedaría destrozado por la contienda: las granjas de sementales fueron confiscadas y los caballos pasaron a formar de nuevo parte de las monturas de la caballería. En 1649, Carlos I fue capturado y decapitado.

El apoyo de dos generaciones de Estuardos a un hombre gay llamado George Villiers había provocado el fin del trono Estuardo en Inglaterra.

En 1651, Oliver Cromwell se proclamó dictador de Inglaterra. Durante la larga década de gobierno puritano que se anunciaba, las carreras de caballos quedaron prohibidas por ley, junto con otros deportes considerados frívolos o

inmorales. Cuando Cromwell murió en 1658 y la monarquía volvió a gobernar los designios de una nación amante de los deportes, las nuevas carreras de caballos resurgirían de entre las cenizas como el ave fénix.

Bald Peg sobrevivió a las guerras civiles. El hijo bisexual de George Villiers, segundo duque de Buckingham, volvería finalmente a Helmsley. Según cuenta Wilkinson en su página web Thoroughbred Heritage («Patrimonio de Purasangres»), el joven Villiers «se encontró en posesión de una fantástica cuadra de cría que no tardó en erigirse en los cimientos del General Stud Book ("Registro general de sementales")». Con la hija de Bald Peg, engendraría al gran campeón con el que a buen seguro su padre había soñado. Pero eso ya es otra historia.

A medida que las carreras revivían, irían convirtiéndose cada vez más en un «deporte del pueblo». Se creó el Jockey Club para la creación de normas y la lucha contra los abusos. Las pistas de los hipódromos pasaron a ser ovaladas y se trasladaron desde las zonas rurales a las afueras de las ciudades. La cría, el adiestramiento, la asignación de handicaps, las apuestas compartidas... todo ello evolucionó hasta convertirse en alta ciencia. Por último, aunque no por eso menos importante, el sistema de carreras de estilo inglés se exportó al mundo entero (incluidos los Estados Unidos, país al que llegaron los primeros Purasangre en 1730).

Hacia el año 1900, la importancia histórica de las yeguas primerizas como Bald Peg sería por fin reconocida. Bald Peg apareció enumerada como fundadora de la Familia 6, una de las más antiguas y exitosas (es decir, ganadoras) de Purasangres. En la actualidad, la investigación del ADN revela posibles errores en los pedigríes que datan de esos caóticos tiempos tan lejanos en el tiempo. Sin embargo, algunos miembros de la descendencia genética de Bald Peg parecen responder a la prueba de verificación científica. Según el Thoroughbred Heritage, Peg y otros caballos de Helmsley «son fundamentales para la evolución del Purasangre».

Actualmente, han pasado casi cuatrocientos años desde que George y Jaime se conocieron. Aun así, los aficionados a las carreras jamás se han cansado de presenciar ese espectáculo en el que un puñado de magníficos caballos se lanza a la carrera, en busca de una velocidad cada vez mayor. Cuando los aspirantes del Derbi de Kentucky rompen a galopar desde la puerta de salida de Churchill Downs, siguen siendo el foco donde se concentra ese ambiente festivalero de antaño. En su

sangre corre el perdurable amor que existió entre un joven y su rey.

*Nota de la autora: la segunda parte sobre George Villiers y su gran campeón de Newmarket se publicará más adelante. Reconozco que existe un exhaustivo trabajo todavía vigente de investigación por parte de estudiosos y expertos genetistas sobre esos primeros caballos: cuándo nacieron o cuándo se importaron, por cuántos nombres se les conocía, la relación que existía entre ellos... Me he regido por ciertas fechas y otra información porque me ha parecido razonable a la luz de la cronología y de los hechos históricos en general. Deseo asimismo expresar mi agradecimiento a David Wilkinson, que vive no muy lejos de Helmsley y que ha respondido pacientemente a un buen número de mis preguntas vía correo electrónico.

ALBERTO SANTOS-DUMONT

El «padre de la aviación»

En la actualidad, los deportes aéreos —en especial el vuelo en globo aerostático— están emergiendo como deportes muy populares entre los gays. El vuelo en globo cuenta con una asombrosa historia y, como ocurre con otros muchos deportes, nuestra propia orientación sexual era ya evidente entre sus pioneros. Después de haber escrito sobre la aviadora Amelia Earhart (sin duda lesbiana no declarada), ha llegado el momento de escribir sobre su homólogo masculino, Alberto Santos-Dumont. Santos-Dumont se forjó primero un nombre en el vuelo en globo, aunque no cejó en su empeño de ejercer también una poderosa influencia en la historia del desarrollo de la aviación.

Como Earhart, Santos-Dumont encontró su destino público en el aire… y también su misterio más íntimo.

EL NIÑO DE BRASIL

Santos-Dumont nació en 1873 en Minas Gerais, Brasil. Era el hijo menor de Henriques Dumont, uno de los reyes del café y nieto de inmigrantes franceses.

Alberto se crió en las inmensas plantaciones, hablando francés y portugués. Desde su más tierna infancia, el niño estuvo enamorado de las máquinas. Su avidez por aprender y su curiosidad le hicieron congeniar con los mecánicos de la plantación, que le permitían pasar el rato con ellos y que además se encargaban de que el pequeño no se metiera en problemas. Alberto ayudaba a reparar la maquinaria utilizada para el procesamiento del café e incluso llegó a conducir las locomotoras de vapor de vía estrecha que transportaban los vagones cargados de grano de café hasta las «factorías» centrales.

Hoy en día, esa clase de intereses se verían sin duda como una clara muestra de típica actitud de «macho». Sin embargo, Alberto desafiaba el estereotipo: era un chiquillo tímido y

soñador, con unos ojos enormes y un atractivo sumamente delicado. Cuando no pasaba el rato entre las máquinas, le encantaba observar las aves tropicales en pleno vuelo. Leía las novelas de Julio Verne, sobre todo las que versaban sobre el vuelo. Alberto escribiría años después: «meditando sobre la exploración del inmenso océano aéreo, también yo diseñaba dirigibles y máquinas voladoras en mi imaginación».

Por el momento, sin embargo, lo más cerca que podía estar de aquel «océano aéreo» era haciendo volar las cometas tipo caja tan populares en aquel momento.

En 1892, cuando Alberto había cumplido 17 años y había asimilado toda la educación que le había sido posible de las escuelas de ingeniería locales, Henriques se dio cuenta de que ninguno de sus tres hijos deseaba seguir con el negocio del café. El anciano también reconoció el genio mecánico de su hijo menor.

Y Henriques hizo algo extraordinario: vendió su empresa por una gran suma de dinero, conservando solamente el hogar familiar y una modesta pensión para su mujer y para él, y dividió el resto de su patrimonio entre sus hijos. Decidido pues a emancipar a Alberto, legó una suculenta suma al chico y le envió a Francia, donde el muchacho se instaló en París, en casa de unos parientes. «No olvides que el futuro del mundo está en la mecánica», le dijo a Alberto. Durante el resto de la vida del muchacho, la visión de su padre haría de él un joven económicamente independiente, libre de esa desesperada necesidad de encontrar financiación que tanto obstaculiza a los inventores de hoy en día.

También es posible, según palabras del historiador Peter Wykeham, que el viejo Henriques albergara la esperanza de que Alberto se liberara un poco en París. La falta de interés que el muchacho mostraba por las chicas había sido discretamente percibida.

Con los suculentos ingresos que le proporcionaban las inversiones en bolsa, Alberto podría haber hecho lo mismo que muchos otros acaudalados y jóvenes herederos del momento: perder la cabeza (y su dinero) en aquel deslumbrante París Gay de finales del xix y principios del xx. La ciudad resplandecía en una variopinta atmósfera de liberalismo posnapoleónico, incluido un demimonde gay semioculto. El joven brasileño optó por todo lo contrario: esto es, concederse una estricta asignación, contratar durante varios años los servicios de un conocido tutor de ingeniería y de ciencia y encarar infaliblemente su destino. Su París, el

más cercano a su corazón, no era el París de la vida nocturna y las bailarinas de cancán, sino el París de la innovación y del entusiasmo tecnológico. Francia estaba alcanzando su apogeo como nación de grandes ingenieros. Era Francia el país merecedor de los laureles al desarrollo de la máquina de vapor. Francia, la nación que había pujado por construir el Canal de Panamá, fracasando sólo a causa de la fiebre amarilla contraída por sus obreros. París era un hormiguero de exposiciones industriales, inundado como estaba de mentes brillantes y de un continuo debate científico.

Inicialmente, Alberto siguió fiel a su viejo amor por las máquinas de transporte. Los primeros automóviles estaban invadiendo ya las calles de París, tocando una sinfonía de bocinazos que muy pronto resultaría muy familiar a oídos de los turistas. Alberto se hizo socio del Automobile Club, se compró un biplaza Peugeot y no tardó en convertirse en un gran aficionado a las carreras de automóviles. Llegó entonces la nueva moda: la velocette, un triciclo motorizado impulsado por un motor de gasolina de 5 caballos. Alberto pasó a engrosar las filas de los deslumbrantes jóvenes deportistas de la ciudad que recorrían las calles de París con sus velocettes a 30 kilómetros por hora, el doble de la velocidad que alcanzaba cualquier «carruaje no tirado por caballos». Lo genial era organizar carreras a dos con otro velocetteur en pleno tráfico, algo semejante a las carreras de aceleración en pleno tráfico tan típicas todavía hoy en los Estados Unidos. Alberto organizó una carrera formal de velocettes en un aeródromo y docenas de jóvenes entusiastas se afanaron por participar. El encuentro fue todo un éxito.

Alberto se estaba forjando un nombre con su dinero, su deslumbrante atractivo, su sentido de la moda y su imprudencia. Un par de años después, se marchó de la casa de sus parientes y se estableció por su cuenta en una casa situada en la esquina de la rue Washington y los Champs-Elysées, con una pequeña servidumbre propia de un soltero de su posición. Las puertas de la alta sociedad y de los clubes de élite empezaron a abrirse para él. La sociedad parisina lo encontraba tímido, cortés, reservado y modesto. Aun así, Alberto podía ser descaradamente franco y dogmático cuando lo creía necesario… por no mencionar lo atrevido y valiente que se mostraba en la competición. Medía sólo un metro sesenta y poco, aunque su dignidad le hacía parecer más alto.

Pero ¿cuándo iba Alberto a hacer realidad su sueño de infancia y «navegar el océano aéreo»?

Más que cualquier otra cosa, la ciudad de París había mantenido un perdurable romance tecnológico con la navegación en globo aerostático.

Este apasionado romance se remontaba a algunos años previos a la Revolución Francesa, más exactamente al año 1783, cuando el rey Luis xvi observaba cómo los hermanos Montgolfier demostraban que el principio según el cual el «calor sube» podía aplicarse al viejo deseo de volar que la Humanidad albergaba desde la Antigüedad. Ante los perplejos ojos de la corte, los dos científicos se elevaron desde la hierba de Versalles en su globo esférico llenándolo de aire caliente con una hoguera. El hito de la historia del vuelo había tenido lugar más de un siglo antes de la época de Santos-Dumont. Desde entonces, la navegación en globo se había erigido en un maravilloso deporte aéreo, probablemente incluso en una útil herramienta para los exploradores. Sin embargo, la ciencia de la navegación aerostática propiamente dicha había avanzado muy poco.

Muchos eran los problemas técnicos que había que subsanar. Las aparatosas bolsas esféricas de gas de tafetán y sus cestas colgantes para el pasaje no disponían de poder de propulsión propio, como tampoco de mecanismo de conducción alguno, de modo que el aeronauta quedaba a merced de los vientos y del clima, arriesgándose a verse arrastrado a alta mar o a volcar y abalanzarse contra una montaña o un bosque. A ello había que añadir el agotador proceso de deshacerse de lastre para ascender y el de hacer lo propio con el gas para descender. Una vez perdidos, ni el lastre ni el gas podían recuperarse, por muy desesperadamente que resultaran necesarios en el vuelo. Ya en 1852 se había construido el primer globo motorizado, pero no llegó a volar con éxito porque el motor resultó demasiado pesado. Desde entonces, varios inventores habían intentado desarrollar motores de navegación aerostática que fueran lo bastante ligeros y mecanismos de conducción que pudieran resultar manejables. ¡Un inventor francés llegó incluso a utilizar velas en un globo aerostático! Todos los intentos habían fracasado. Con la invención del «carruaje sin caballos», algunos expertos predijeron que llegaría el día en

que el motor de combustión encontraría su lugar en el vuelo… sin embargo, los motores de los automóviles eran demasiado pesados para los globos. Además, los expertos temían las explosiones causadas por las chispas de los motores de combustión: los globos se llenaban en aquel entonces con gas hidrógeno volátil.

Por todo ello, los parisinos habían terminado concibiendo la navegación aerostática como poco más que un simple pasatiempo de feria. Lo cierto es que fueron muchos los profesionales de la navegación aerostática que se ganaban la vida llevando a gente de excursión en globo en exposiciones y en parques públicos. Se podía pagar un par de cientos de francos por una vuelta sobre los tejados de París y los bosques que rodeaban la capital… y tener siempre los dedos cruzados para que nada fuera mal. Los globos eran juguetes coloridos y siempre arriesgados: un vehículo de placer, una herramienta deportiva que en poco se diferenciaba de una raqueta de tenis o de un caballo de carreras.

La debacle vivida por un globo aerostático más reciente tuvo lugar en 1897, después de que Alberto llegara a Francia por primera vez. Dos famosos constructores de globos, Henri Lachambre y su sobrino Alexis Machuron, habían construido el malogrado Eagle, que debía utilizarse para la exploración del Polo Norte. Pero el Eagle tenía sus propios planes y desapareció llevando a bordo a sus tres desventurados exploradores. Treinta años más tarde sus restos y diarios se encontraron por fin en una diminuta isla del Ártico. Se habían desviado de la ruta inicial y habían sido víctimas de una muerte horrible por hipotermia porque no habían sido capaces de controlar el vehículo.

Aun así, en otoño de 1897, París todavía desconocía el espeluznante destino que había aguardado al Eagle. Inflamado por el entusiasmo, Alberto se acercó al establecimiento de Machuron y Lachambre y pagó 250 francos por su primera excursión en globo. Los tres hombres saltaron a la cesta del pasaje y alzaron el vuelo. El primer viaje al «océano aéreo», que se prolongó durante dos horas, cubriendo 90 kilómetros sobre el campo, y que completaron unas cuantas nevadas y un almuerzo regado con champán a 2.500 metros de altitud, enganchó a Alberto para siempre.

Al día siguiente, encargó la construcción de su propio globo aerostático a Lachambre y Machuron.

Se trataba de un globo individual diseñado por él mismo al que dio el nombre de Brazil. Alberto no tardó en protagonizar el primer debate acalorado con sus dos mentores cuando insistió en que fabricaran la bolsa de gas en seda japonesa en vez de utilizar el tafetán. Alberto insistía en que la seda era más resistente. Para demostrarle hasta qué punto estaba equivocado, los veteranos probaron los dos materiales. Sacré bleu! Alberto estaba en lo cierto.

Alberto se convirtió en un deportista aéreo con el Brazil, a bordo del cual llevó a cabo cientos de vuelos por todo el territorio francés. El globo era tan pequeño que podía embalarlo y llevárselo a la Riviera en tren. En el mundo de las carreras de globos, era el hombre a batir. Después de tentar peligrosamente a la suerte con el Brazil en varias ocasiones (entre las que se incluyó una espantosa noche atrapado en una corriente de aire ascendente a 3.000 metros de altitud durante una tormenta de colosales dimensiones), Alberto decidió sin más demora resolver los viejos problemas de potencia y de dirección del aparato. Y dio con varias soluciones creativas en el diseño del prototipo.

Al principio, Machuron y Lachambre se opusieron a las soluciones presentadas por Alberto. Los dos franceses estaban totalmente faltos de ideas. Habían llegado a la conclusión de que el vuelo controlado era una quimera. Declararon que las ideas del joven brasileño eran cuando menos estrafalarias. Sin embargo, Alberto siempre terminaba ganándoselos con su encanto y con su insistencia. Además, tenía dinero.

Y así los dos franceses se dieron por vencidos y construyeron lo que Alberto quería. El resultado: el Santos-Dumont Nº1, el primero de su serie de diseños de dirigibles radicalmente nuevos.

La mañana del 18 de septiembre de 1898, en París corría la noticia de que un importante experimento con un globo aerostático estaba teniendo lugar en el Bois de Boulogne. Una multitud de periodistas, fotógrafos, curiosos, automovilistas, aficionados al vuelo en globo y damas con sus enormes sombreros de verano se habían congregado en un claro junto al Parque Zoológico. Mientras observaban la escena, la bolsa de gas de seda japonesa amarilla iba llenándose poco a poco

de hidrógeno. Cuando por fin estuvo llena y tironeaba ya de las cuerdas de amarre, los espectadores clavaron la mirada en lo que tenían ante sus ojos. El Nº1 no se parecía a ninguno de los globos que habían visto hasta entonces.

Alberto había llegado a la conclusión de que la forma esférica tradicional tenía que desaparecer, puesto que no resultaba muy aerodinámica. Un globo tenía que navegar por el aire con la misma soltura con la que navegaba un barco en el agua. Por ello debía tener una forma esbelta y alongada, puntiaguda en los extremos, más parecida a un barco. Con esa forma nueva del todo revolucionaria Alberto pudo resolver el problema de la conducción: había diseñado un ligero timón de bambú y seda, y lo había instalado en la parte posterior de su «barco aéreo», en el lugar exacto donde se suponía que estaba el timón en un barco cualquiera.

En cuanto a la potencia, había tenido en cuenta la predicción de que los motores de combustión eran el futuro del desplazamiento aéreo. Sin embargo, dado que los motores de automóvil eran demasiado pesados, Alberto había desmontado el pequeño motor De Dion de su velocette y lo había modificado para impulsar con él una gran hélice. Las hélices de los barcos solían estar colocadas en la popa de la nave, pero Alberto mandó instalar su «hélice aérea» y el motor de cara al frente en la cesta del pasaje, que estaba suspendida bajo el globo. Había inclinado las aspas de la hélice para que tiraran (y no para que empujaran) la nave por el aire. De pie en la cesta, intentaría controlar la nave activando el motor a distintas velocidades y tirando de los cables que se elevaban hasta el timón que tenía a su espalda.

Lachambre y Machuron le habían dicho que estaba fou («loco») al intentar utilizar un motor de gasolina tan próximo al gas hidrógeno. Como concesión a sus temores, Alberto había apuntado el tubo de escape hacia abajo.

Esa mañana, entre la multitud volvían a alimentarse nuevas discusiones. Algunos expertos presentes entre la muchedumbre vieron que Alberto despegaría en contra del viento para lograr así un mejor ascenso. Insistieron en que debería despegar aprovechando la fuerza del viento, no luchando contra él. Alberto finalmente se rindió a sus argumentos.

El pequeño motor de 3 caballos se puso en marcha entre toses, se soltaron las amarras y el Nº1 se elevó más y más… hasta que quedó a merced del viento y se abalanzó sobre los árboles situados al borde del claro, contra los que se estrelló

en mitad de un espantoso estruendo.

Alberto se enfureció consigo mismo por no haber seguido los dictados de su intuición sobre su propia máquina. Dos días más tarde, con las consiguientes reparaciones y una nueva multitud congregada, el Nº1 volvía a llenarse de gas. Como siempre, Alberto era el elegante deportista parisino con su traje oscuro, cuello alto, corbata de seda escarlata y gorra de tela, además de un elegante bigote que le daba un aspecto de lo más masculino. Su cuerpo esbelto y atlético era la prueba irrefutable de que cuidaba de sí mismo con la dedicación de un atleta (de hecho, estaba siempre a dieta: le preocupaba mantenerse constantemente bajo de peso para facilitar el vuelo).

Saltó al interior de la cesta y gritó: «¡Soltad amarras!».

En cuanto dio un acelerón al pequeño motor, tal y como lo había hecho tantas veces en las carreras de velocettes por los bulevares de París, la hélice del Nº1 se agitó y el dirigible se lanzó hacia delante y se elevó. Esta vez se enfrentó correctamente al viento y esquivó los árboles. El momento de la verdad había llegado. ¿Se dejaría conducir? Alberto tiró de uno de los cables del timón. ¡El Nº1 le obedeció! ¡Giró con ponderada elegancia! Mientras la multitud vitoreaba enloquecidamente, la nave trazó un magnífico círculo sobre sus cabezas. Moviéndose con precaución extrema, Alberto elevó el Nº1 hasta los 300 metros y tan lejos del hipódromo de Longchamps como le fue posible, haciéndolo virar en una y en otra dirección antes de regresar por fin y de aterrizar suavemente en una de las extensiones de césped del Bois.

«He navegado los cielos», proclamó orgulloso a los periódicos.

De la noche a la mañana Alberto se convirtió en el héroe de París. En la ciudad le apodaron le Petit Santos, «el Pequeño Santos». La era del vuelo controlable por fin había visto la luz.

MAGIA DE LIBÉLULA

¿Pero era eso volar de verdad? Los puristas insistían en que el vuelo de verdad tenía que hacerse con alas.

En esos primeros tiempos, existían vínculos muy próximos entre los primeros automóviles y la primera aeronave. Los fabricantes pioneros de motores de la época, como Daimler-

Benz, se dedicaron a trabajar tanto en vehículos aéreos como terrestres. Sucesivamente, existieron lazos muy estrechos entre los diferentes tipos de aeronaves en desarrollo: globos aerostáticos, planeadores sin motor y aeronaves a motor, al tiempo que los diseñadores diferían acaloradamente de cuál era la tecnología que iba a posibilitar de manera más ventajosa el acceso de la Humanidad al aire. En ese primer diseño de globo aerostático de Santos-Dumont había varias de las características esenciales del futuro aeroplano: el largo fuselaje, tan integrado en el aire, el timón de cola, la hélice, el motor de gasolina. Y todavía tendrían que pasar cinco años para que dos hermanos norteamericanos, Orville y Wilbur Wright, emprendieran con su primera «máquina voladora» un breve vuelo sobre las dunas de Kitty Hawk.

El chiquillo de Brasil se había colocado en las primeras filas de los pioneros del diseño de aeronaves. Su padre, que había muerto poco después de que Alberto se marchara de Brasil, habría estado orgulloso de él de haber vivido para verlo.

Alberto no sólo diseñaba y volaba en sus dirigibles, sino que también ayudaba en su construcción, trabajando codo con codo con sus mecánicos. Dado que le parecía inoportuno llenar un globo cada vez que deseaba volar, inventó la idea de un hangar, donde podía mantener el globo permanentemente inflado y limitarse a meterlo y sacarlo de allí con la ayuda de las cuerdas de dirección. En Neuilly, cerca de París, su cartera de inversiones financió la construcción de su propia factoría de dirigibles: un taller y un hangar. Fue allí donde trabajó a velocidad endiablada y dándose apenas un respiro entre los distintos proyectos.

De vez en cuando uno de sus modelos se estrellaba. Las colisiones ocupaban las portadas de los periódicos de París. Sin embargo, Alberto siempre se recuperaba y volvía sin dilación a empezar de nuevo. En total, diseñó una serie de 22 dirigibles, aunque no todos ellos llegaron a volar.

En los primeros modelos incluyó claras mejoras en la tecnología del globo. Sus diseños de bolsas de gas alongadas, esbeltas y aerodinámicas, abrirían las puertas para que Zeppelin, el diseñador alemán, empezara a construir enormes dirigibles de cientos de metros de longitud como el Hindenburg. Sin embargo, los globos de Santos-Dumont eran más pequeños y nunca sobrepasaban los 30 ó 40 metros de longitud. Estaba más interesado en utilizarlos para el deporte, el viaje personal y el recreo. Su pequeño Nº9, la Baladeuse, de tan sólo 11 metros de longitud, era de tan fácil manejo que

Alberto a menudo volaba con él despreocupadamente sobre París, vestido con su mejor traje y su bombín. Tomaba tierra en el césped del Aéro Club para charlar con sus amigos y luego sorprendía a los clientes de su café favorito sobrevolándolos y aterrizando brevemente en la acera para degustar un apéritif. Los parisinos se habituaron a ver aparecer la Baladeuse en cualquier parte salvo sobre las iglesias. Aunque se había criado en una familia católica, Alberto no era un hombre muy religioso.

En 1905 llegó incluso a chapucear con un primer helicóptero, el Nº12, que tenía dos rotores, aunque nunca dio con el motor adecuado para elevarlo del suelo.

Después del Nº13, Alberto se unió a las docenas de diseñadores que estaban experimentando con las alas. Imaginaban un «ala» como una superficie plana que, impulsada por energía, permitiría que una nave se elevara a lomos de la corriente de aire que fluía bajo el ala. Como otros inventores, Alberto no se había olvidado de las cometas tipo caja que solía hacer volar cuando era niño. Si esas pequeñas cometas podían mantenerse en el aire, ¿por qué no iba a lograrlo una máquina voladora con grandes cometas tipo caja por alas? Y así fue como nació el concepto del biplano con sus dobles alas de aspecto similar al de un par de cajas.

En 1906, el Aéro Club de Francia ofrecía un prestigioso premio al primer dirigible alado que pudiera recorrer en vuelo una distancia de 100 metros. Alberto estaba decidido a ganar la carrera por el premio y finalmente su ajetreado equipo y él crearon el modelo Nº14-bis (o b). Se trataba sin duda de una auténtica monstruosidad: un biplano con un tercer grupo alar mayor tipo cometa de caja en el centro sobre el que Alberto se sentaba y manejaba los controles del aparato. El 14-bis incluía algunas de las características que había desarrollado en los globos.

Sin embargo, una vez más sus amigos y socios pusieron en duda su cordura. ¿Podía ese monstre volar un solo metro?

El 23 de octubre, en el Bois de Boulogne, en presencia del comité del Aéro Club, así como de miles de espectadores y de fotógrafos, Alberto encendió el motor y elevó su monstruo en el aire. El Nº14-bis pareció avanzar torpemente unos metros hasta que sus alas se bambolearon y el aparato cayó al césped, rompiéndose las ruedas. La distancia cubierta fue de 60 metros. Los cínicos dijeron que ni siquiera había sido un vuelo de verdad. Como era propio de él, Alberto vio en ello un desafío más, no un fracaso.

Sus mecánicos y él se pusieron manos a la obra sin mayor dilación. El aparato requería un control más sofisticado. Podía instalarse en las alas un tipo de timón horizontal que pudiera subirse y bajarse mediante los controles centrales y así ayudar a estabilizar el aparato. Actualmente se conocen como alerones. Trabajando día y noche, Alberto y sus hombres lograron construir por fin los alerones.

El 12 de noviembre, Alberto había hecho saber al Aéro Club que estaba preparado para un segundo intento. Una vez más, el Nº14-bis se elevó torpemente en el aire. Esta vez, el aparato llegó un poco más lejos al tiempo que Alberto accionaba frenéticamente los alerones para mantenerlo estabilizado. Por fin, las ruedas volvieron a estamparse contra el suelo. Distancia recorrida: 220 metros.

Los vítores sacudieron el aire otoñal y la multitud sacó a Alberto del campo a hombros. Los críticos fueron silenciados. El premio del Aéro Club era suyo.

¿QUIÉN SE LLEVA EL RECONOCIMIENTO?

Santos-Dumont se convirtió al instante en un héroe nacional en Francia, además de una importante figura entre los inventores. Durante el resto del invierno, fue encumbrado hasta límites insospechados. Un hombre de menor empaque habría dejado que el éxito se le subiera a la cabeza pero, en el caso de Alberto, siguió siendo la persona tímida y modesta que era.

Sin embargo, una sombra diminuta había hecho su aparición en su horizonte. Los europeos habían estado oyendo rumores sobre dos aeronautas norteamericanos llamados Orville y Wilbur Wright, que supuestamente llevaban haciendo volar su biplano por todo Ohio desde 1903 y aseguraban ser los auténticos «pioneros del vuelo».

Los expertos aéreos europeos recibieron con recelo las declaraciones de los Wright, en parte debido a una cuestión de ego (querían ser los primeros), y en parte debido a lo que a sus ojos era una documentación poco menos que dudosa. El primero vuelo de los Wright, fechado en 1903, había sido testificado sólo por unas cuantas personas y por el fotógrafo de los Wright, mientras que Santos-Dumont había llevado a cabo su hazaña bajo el foco de la publicidad, contando con miles de testigos. Además, los Wright habían estado

utilizando un mecanismo semejante a una catapulta para elevar en el aire a su peculiar embarcación. Algunos expertos europeos no dudaron en afirmar que el sistema utilizado por los hermanos norteamericanos era sin duda un engaño. Para volar de verdad, decían, un aeroplano tenía que elevarse del suelo por su propia potencia.

Con el tiempo, y a regañadientes, la mayoría de los europeos tuvieron que mostrar su acuerdo con los Estados Unidos en que el reconocimiento debía decantarse a favor de los Wright. Sin embargo, para algunos, las argumentaciones sobre este punto no concluirían jamás.

A pesar de verse herido en el orgullo, Santos decidió seguir adelante y descubrir nuevos horizontes.

Renunció a la idea del biplano con alas estilo cometa de caja y optó por un ala que fuera una única superficie plana. El resultado fueron los números 19 al 22, un diseño al que apodó la Demoiselle («Libélula»). Esa fue su última y mayor creación, y cuando construyó el Nº22 ya la había perfeccionado. Hecha de bambú, sus amplias alas y timones estaban cubiertos de una fina seda japonesa barnizada. La Demoiselle no era sólo elegante y resplandeciente, como bien indicaba su nombre, sino que también era segura y sin duda volaba a la perfección.

Muy pronto se convirtió en la aeronave con la que se conocería a Santos. La emplearía para recorrer Francia entera.

Sus socios le apremiaban para que patentara su diseño. La Demoiselle podía fabricarse por miles de unidades. Santos-Dumont podría convertirse en el Henry Ford del aire con un diseño sencillo y práctico que favorecía la producción en masa, el equivalente aéreo al Ford T que muy pronto llenaría las carreteras del mundo. La Demoiselle podía acercar la aviación a las masas. Sin embargo, Santos-Dumont no estaba interesado en convertirse en un barón de la industria. Se negó a patentar la Demoiselle y demandó a un fabricante de aeronaves que intentó patentarla. Por el contrario, dejó que su diseño pasara a formar parte del dominio público.

Como resultado de su altruismo, la Demoiselle fue perfeccionada por otros diseñadores y se convirtió en prototipo del aeroplano moderno.

HÉROE PÚBLICO, ENIGMA PRIVADO

A pesar de que todos estos logros y tanta adulación mantuvieron a Santos-Dumont en el ojo del huracán, el hombre siguió siendo siempre un misterio.

Hordas de mujeres le perseguían. Con su dinero, su fama y su exótica aura brasileña, era considerado, junto con el príncipe de Gales, uno de los solteros más casaderos de Europa. Su valor, su timidez y modestia, así como su gran reputación, le convertían en un hombre aún más atractivo si cabe. La dorada Europa de esos años estaba colmada de libertades heterosexuales, de modo que Alberto podría haber flirteado con cuantas mujeres hubiera querido sin verse sometido a la menor censura. Sin embargo, jamás fue más allá de besar cortésmente la mano de una mujer. Lo cierto es que nunca se rumoreó de él que hiciera nada de lo que un hombre heterosexual de la Era Dorada hubiera hecho de haber estado ávido por disfrutar de la compañía femenina.

Corrían rumores de que Alberto era homosexual. El enorme escándalo en torno al poeta inglés Oscar Wilde, la relación amorosa de éste con el hijo de un noble, su proceso y su condena por «conducta indecente» seguían todavía muy presentes en las mentes de todos. Y no hay duda de que Alberto tenía la imagen del más claro exponente de hombre gay de moda en la época (de haber vivido hoy en día, podría haberles dado unas cuantas lecciones a los integrantes del Equipo G). Alberto contaba con un círculo de amistades masculinas que sentían adoración por él, entre los que se incluían algunas de las mentes más privilegiadas de Francia en el campo de la ciencia, con las que solía vérsele en las carreras de coches y en el Aéreo Club, así como en elegantes cenas íntimas en Maxim's. Uno de esos amigos especiales era el periodista y caricaturista Georges Goursat, otro confirmado soltero que parecía tan desinteresado como él en las mujeres. Aun así, jamás quedó claro que ninguno de esos hombres fueran amantes suyos.

Más sospechoso era Emmanuel Aimé, secretario general del Aéro Club y ferviente admirador de Alberto, que había ocupado un puesto en la administración de las factorías Santos-Dumont y que estaba a cargo de gran parte de los laboriosos cálculos matemáticos que son la base del diseño aeronáutico. Aimé era el modelo de cariñoso y fiel secuaz, aunque pudo ser o no la clase de admirador que «Bosie» tenía en Oscar Wilde.

El historiador británico Peter Wykeham se planteaba la cuestión de la sexualidad de Alberto en A Study in Obsession,

la biografía del brasileño escrita en 1962. El libro de Wykeham fue el primer documento biográfico que se escribió en inglés sobre Santos-Dumont. El autor, un oficial de la Royal Air Force, nos ofrece un cálido y comprensivo retrato del inventor, así como el profundo análisis de un piloto sobre sus logros. Sin embargo, Wykeham resulta menos perspicaz en lo que hace referencia a la cuestión de la orientación sexual de Dumont. Estaba convencido de que el brasileño no podía en ningún caso ser gay porque mostraba un claro interés por disciplinas obviamente masculinas, como la ciencia y los motores, y porque además tenía una estrecha relación con su padre. Actualmente, la noción freudiana según la cual los hombres «se vuelven gays» debido a una pobre relación con su padre se ha visto definitivamente desaprobada. También lo ha sido el estereotipo de que los gays sólo muestran interés por las artes o por otras ocupaciones «afeminadas».

Wykeham se atrevía a insinuar que el tímido Santos-Dumont quizá fuera «sexualmente neutral», quizá incluso un hombre virgen de por vida. En mi opinión, y a juzgar por los rumores que nos han llegado sobre él, es mucho más probable que fuera homosexual pero que mantuviera su orientación sexual en el más absoluto secreto. Puede incluso que se abstuviera de tener una vida sexualmente activa y así evitar cualquier escándalo. Alberto era capaz de eso, pues es bien sabido que era un hombre con una inmensa capacidad de autocontrol. Lo cierto es que mantener en secreto su sexualidad habría sido sin duda una necesidad profesional. Un escándalo público como el que destruyó la carrera de Oscar Wilde como el principal dramaturgo inglés habría terminado con Santos-Dumont como deportista, aeronauta e inventor francés.

Su vida en el «océano aéreo» lo era todo para él. Probablemente estaba dispuesto a pagar un alto precio a fin de mantenerla.

Los historiadores gays de hoy en día quizá crean que pueden registrar a fondo los escritos, diarios y cartas de Alberto en busca de pistas que lleven a amores secretos… pero eso es del todo imposible. Más adelante, cuando el momento álgido de su carrera había quedado atrás, Santos-Dumont tuvo en su día un arranque de intimidad y destrozó la totalidad de sus documentos privados, llegando incluso a hacer desaparecer los proyectos de diseño de su aeronave. De ahí que exista tan poco material de estudio, a menos que

algún día se encuentren pistas en los documentos privados que pertenecen a su viejo círculo de amigos.

LA GUERRA MUNDIAL VERSUS LA GUERRA ÍNTIMA

En noviembre de 1909, año en que Santos Dumont volaba por última vez a bordo de su Demoiselle, las nubes de tormenta de la guerra se arracimaban ya sobre Europa.

Alemania se estaba armando. Francia y Gran Bretaña sin duda se opondrían a Alemania, como lo haría también su aliado, los Estados Unidos. Desde hacía unos años los expertos eran conscientes de que los dirigibles y los aeroplanos podían ser algo más que un simple cúmulo de actos carnavalescos y de juguetes para el disfrute de deportistas. Se hablaba de su utilización para la guerra. Santos-Dumont estaba muy preocupado ante esa perspectiva. No sentía la menor simpatía por la guerra ni por las armas bélicas. Era simple y puramente un deportista. Le encantaba vivir la emoción de la carrera, y el riesgo y el desafío físico implícitos en ella.

Por irónico que pueda resultar, no fue la amenaza de la guerra mundial lo que puso punto y final a la obra de Santos-Dumont, sino una guerra íntima que se libraba en el interior de su propio cuerpo: su salud.

De la noche a la mañana, en marzo de 1910, y sin previo aviso, Santos-Dumont dejó su trabajo. No tardó en correr la noticia por todo París de que le Petit Santos había sufrido una depresión. En ese momento tenía 37 años y todo el mundo sabía que durante años había sido un adicto al trabajo. Él mismo se encargó de dar la noticia de que dejaba el trabajo por motivos de salud. Sin embargo, sus devotos amigos, el público que tanto le idolatraba y sus socios profesionales se quedaron perplejos ante la celeridad con la que Santos cortó todo vínculo con su deporte y con sus atesorados logros. El hangar y la tienda se vendieron y su flota de aeronaves no tardó en dispersarse… incluida su adorada Demoiselle.

Santos-Dumont se marchó de Francia repentinamente y regresó al hogar familiar de Brasil en busca de descanso.

Su país natal lo recibió como al héroe que vuelve a casa. A todos los elogios de los que fue objeto, respondería años más tarde con un: «Hice lo que pude. No siempre con éxito. Cometí errores. Pero perseveré y sin duda si hay algo a lo que

debo la felicidad de mi vida es la aviación». Sin embargo, Santos-Dumont jamás volvió a diseñar ni a volar en un dirigible.

¿Qué había ocurrido? ¿Una trágica historia de amor que le había roto el corazón? ¿Amenazas de tinte político, o quizá un chantaje, que le obligaron a abandonar su profesión? Varias son las posibilidades. Entre ellas, ésta: quizá en marzo de 1910 Alberto notara los primeros y sutiles síntomas de una enfermedad autoinmune e incurable que no le permitiría seguir volando en condiciones seguras. Unos años más tarde, según Wykeham, se le diagnosticó oficialmente una esclerosis múltiple. El hombre que había hecho posible el vuelo controlado estaba condenado a perder el control sobre su propio cuerpo a medida que su sistema nervioso central iba siendo pasto de un cúmulo de lesiones irreversibles.

De vez en cuando, Alberto volvía a Francia de visita en compañía de viejos amigos como George Goursat. No tardó en darse cuenta de que estaba cayendo en el olvido y de que caras nuevas empezaban ya a destacar en el campo del desarrollo de la aviación. Quizá espoleado por la mala conciencia, el Aéro Club le nombró Comandante de la Legión de Honor y mandó levantar un monumento de granito en el Bois de Boulogne con el que conmemorar sus vuelos históricos. El 13 de octubre de 1913, Santos-Dumont estuvo presente en la ceremonia de inauguración del monumento y pronunció su último discurso en París. Con admirable fuerza de voluntad, hizo acopio de todas sus energías para dar una última muestra de encanto y de ingenio, y fue recibido con una última ovación.

Al año siguiente, cuando estalló la primera Guerra Mundial, Santos-Dumont cayó en una profunda depresión. Las hermosas naves que había diseñado para el deporte aéreo, para experimentar la vida en su mayor expresión de júbilo y de intensidad, se utilizaban ahora para matar y mutilar. En sólo unos años, el diseño aeronáutico se había acelerado para crear sólidas máquinas con cubiertas metálicas, cabinas y ametralladoras, capaces de ejecutar acrobacias de alto riesgo durante los combates que tenían lugar sobre el paisaje europeo. Los «deportistas del aire» se habían convertido en «ases del aire» que se abatían entre sí, abandonando el aire en llamas. En Brasil, Alberto leía a buen seguro horrorizado las descripciones de esas batallas aéreas en los periódicos. También los zepelines cruzaban por sorpresa el Canal de la Mancha, y lanzaban sus bombas sobre la ciudad de Londres.

Según Peter Wykeham, Santos reaccionó «como lo habría hecho un físico atómico al contemplar las ruinas de Hiroshima». Hizo feroces declaraciones pacifistas. Sin embargo, eran pocos los europeos que escuchaban los discursos que se hacían en Brasil.

En 1918, al término de la guerra, Alberto seguía insistiendo en que la aviación debía limitarse a fines pacíficos: el comercio, el viaje y el deporte. Brasil se hizo eco de su causa y le nombró su delegado en la Primera Conferencia Panamericana de Aeronáutica. Resultó ser un inepto político. Sin embargo, con el tiempo, los vínculos que Santos-Dumont había forjado entre Francia y Sudamérica se tradujeron en la creación del sistema aéreo panamericano.

La Alemania de la posguerra participó en este sistema construyendo los zepelines de uso pacífico. El descomunal Hindenburg sobrepasaba los 240 metros, era casi tan largo como el Titanic y podía llegar a albergar un total de 97 pasajeros más la tripulación de la nave. Durante la década de los veinte y los primeros años de la de los treinta, los zepelines de lujo cruzaban el Atlántico más deprisa que los barcos de vapor, llevando a cabo vuelos regulares desde Berlín a Nueva York y a Río de Janeiro. No obstante, existían constantes preocupaciones sobre la seguridad y los alemanes intentaron sustituir el hidrógeno por helio, aunque tenían prohibido el empleo de este gas más seguro según los términos de su rendición ante los Aliados. Finalmente, el 6 de mayo de 1937, el interés que la humanidad había demostrado por la navegación aérea dirigible concluiría de improvisto cuando el Hindenburg explotó en Lakehurst, Nueva Jersey, matando a 34 personas. Los investigadores oficiales concluyeron que una chispa de electricidad estática pudo haber prendido el gas hidrógeno.

La depresión de Alberto, y también su enfermedad, progresaban a trompicones. Con los restos de su fortuna, dedicó sus últimos años a vagar (cuando se encontraba en disposición de viajar) entre Brasil y Europa. En 1929, los miembros de su familia se reunieron con él en Biarritz y lo encontraron muy deteriorado y mentalmente confundido. Decidieron entonces llevárselo a Brasil.

Sin embargo, ni siquiera en casa pudo Alberto escapar a la carnicería que parecía estar engullendo el planeta. En 1930 estalló la guerra civil en Brasil. Sus parientes católicos lo mantenían férreamente vigilado y le impidieron llevar a término un intento de suicidio. En julio de 1932, los combates

alcanzaron la zona donde se levantaba la casa de Alberto. El 23 de julio, el enfermo fue presa de una gran agitación mientras escuchaba el sonido de los motores de los aviones de guerra volando sobre la casa y las distantes explosiones de las bombas.

Esa noche, Alberto Santos-Dumont logró burlar la vigilancia de su familia y puso fin a su dolor espiritual y a su miseria física. Se ahorcó con una de sus exclusivas corbatas. Tenía 60 años.

UN SIGLO DESPUÉS

Durante el año 2003, los Estados Unidos celebraron el centésimo aniversario del vuelo protagonizado por los hermanos Wright en 1903. Un grupo de técnicos y de historiadores norteamericanos construyeron una réplica exacta de aquel histórico biplano de los Wright. Mientras escribo estas líneas, ¡siguen sin lograr hacer volar el aparato!

Como parte de una celebración centenaria del vuelo de índole más amplia, hubo gente que estaba redescubriendo a Santos-Dumont. El movimiento norteamericano que buscaba negarle el reconocimiento como impulsor del «primer vuelo» provocó que también el resto de sus contribuciones se trataran de ocultar. Al fin y al cabo, Santos-Dumont fue el primer hombre que probó en 1898 que el vuelo controlado era posible. Las innovaciones que introdujo en el globo Nº1 (hélice, timón en cola, etc.) se convirtieron en equipamiento estándar de aeronaves posteriores, entre las que se incluyen los aeroplanos de los Wright. Le petit Santos llamó por primera vez mi atención gracias a un amigo inventor que me dijo: «Oye, deberías informarte sobre él. Debería ser hoy en día tan famoso como los hermanos Wright. Y probablemente era gay». Me mandó su propio ejemplar manoseado del libro de Peter Wykeham.

Ese mismo año se publicaba una nueva biografía de Alberto titulada Wings of Madness («Alas de locura»), escrita por Paul Hoffman y ampliamente reseñada. Hoffman, antiguo editor de la Enciclopedia Británica, decía en una entrevista que dio al Book Magazine: «Cuando Santos-Dumont inventó las máquinas voladoras, en parte lo hizo por mera diversión, aunque también era un hombre con una visión muy idealista. Creía que las máquinas voladoras traerían la paz al mundo.

Estaba convencido de que con ellas podríamos volar y visitar a la gente con la que nos separaban diferencias y que eso nos ayudaría a entenderles mejor».

A pesar de que otros puedan haberle olvidado, Brasil ha atendido con sumo cariño la llama en recuerdo del genio de la aeronáutica que fue su hijo. Tras su muerte, esa nación eminentemente católica decidió pasar por alto el suicidio, considerando que fue la enfermedad lo que acabó con su vida. Se declaró el duelo nacional. Fueron miles los que acudieron a dar el último adiós a su cuerpo expuesto. Alberto habría sonreído de haber sabido que la guerra civil vivió una tregua de dos días para que ambos bandos pudieran presentarle sus respetos. Hoy es un héroe nacional, declarado el «padre de la aviación». El aeropuerto de Río de Janeiro lleva su nombre. Los homófobos brasileños consideran que cualquier alegación al hecho de que Santos-Dumont fuera gay es un ataque directo al honor de su nación.

Hasta la fecha, algunos europeos —y muchos brasileños— siguen expresando su descrédito ante el vuelo protagonizado por los hermanos Wright en Kitty Hawk. Otorgan el título de «primer volador» a Santos-Dumont.

Mientras tanto, en el mundo de deporte GLBT, una búsqueda en la red de la conjunción «navegación gay en globo aerostático» sugiere docenas de vínculos. Nuestros serios deportistas aéreos pueden viajar a Alburquerque, en Nuevo México, y acudir al famoso encuentro anual de globos aerostáticos, o a Austria con motivo del encuentro anual organizado bajo el auspicio de la Fédération Aéronautique Internationale. Para todos aquellos que no sean propietarios de un globo, existen agencias de viajes gays y lesbianas, tours por el desierto y paquetes para «desconectar de todo y de todos» que incluyen entre las actividades de sus menús la posibilidad de volar en globo.

Actualmente, somos pocos los que tenemos ocasión de montar en un modelo posmilenio, como el globo plateado con forma de lágrima de Steve Fosset que circunnavegó el globo en el 2002. La mayoría de nosotros terminamos a bordo de ese anticuado modelo de globo esférico con el que Santos-Dumont hizo sus primeras chapuzas. Todavía sigue ahí, aunque muy mejorado y mucho más seguro. El gas hidrógeno pertenece ya al pasado: hoy en día los globos se elevan utilizando aire común calentado con un quemador de propano. Este antiguo vehículo aéreo conserva aún toda su magia. Los aventureros pueden trepar a bordo, llevarse un

buen picnic y una botella de vino y lanzarse suavemente a ese «océano aéreo». Pueden sentir lo que sintió en su día Alberto: el silencio, la visión de la vasta y luminosa curva de la tierra, la sensación de sumirse en el baño de aire y espacio y clima que resulta imposible obtener al viajar en un avión.

Mientras tanto, para todos los aficionados al vuelo de recreo y de competición y dueños de aviones ligeros o ultraligeros, ahí sigue el espíritu de la Demoiselle de Alberto. Su creación final es el ancestro de todos los aviones ligeros que vuelan hoy en día en el mundo. La Demoiselle, a su vez, reposa sobre los hombros de lo que Dumont creó en el ámbito de la navegación en globo.

Cuando viajamos a cualquier destino por aire, estamos moviéndonos a hombros de ese deportista aéreo de Brasil, sobre su increíble vida pública y sus amores secretos, cualesquiera que hayan sido.

BILL TILDEN

El reinventor del tenis masculino

Norteamérica vive breves e intensos romances con sus grandes figuras... y con la misma rapidez las olvida. En ningún otro país se pasa de príncipe a mendigo, hablando figuradamente, en tan breve espacio de tiempo. En una encuesta sobre el reconocimiento de celebridades, los adolescentes manifestaron que conocían a la estrella cinematográfica Paul Newman sólo por ser un gran magnate de los aliños para ensaladas.

En lo que concierne al tenis, los jóvenes aficionados contienen el aliento ante las gestas de los jóvenes ganadores como Andy Roddick, aunque demuestran un absoluto vacío de información cuando se les habla de las grandes figuras del pasado como René Lacoste o Helen Wills. El factor fugacidad está implícito en el mundo gay, en el que los jóvenes no reciben una educación formal sobre la historia gay. Los/as jóvenes aficionados/as LGBT pueden celebrar la salida del armario de Amélie Mauresmo, pero probablemente no sepan nada del pionero gay del tenis Bill Tilden, que prácticamente reinventó este deporte.

A principios de la década de los setenta, cuando el redactor senior de la revista Sports Illustrated Frank Deford decidió escribir un artículo sobre Bill Tilden, examinó la homosexualidad del hombre con obvia cautela. Deford no era insensible a la agonía que Tilden había vivido al no poder salir del armario y puso en funcionamiento todos los estereotipos freudianos (madre dominante, etc.) en un intento por descubrir qué había llevado a Tilden a ser como era. No obstante, Deford estaba fascinado por el genio de Tilden. El artículo rápidamente derivó en una segunda parte y en 1975 dio lugar a un libro que (a pesar de sus defectos) resulta un documento vívido, profundamente investigado y muy legible.

Como el propio Deford manifiesta en su prólogo, Bill Tilden se le apareció en un sueño y le dijo «cómo escribir este libro». Es sin duda debatible hasta qué punto Deford hizo o no caso omiso de los consejos de su fantasmagórica musa gay, aunque Deford se hace eco de la opinión de otros expertos que dicen

que Tilden sigue siendo probablemente el tenista más grande de la historia.

El «Gran Bill» no se limitaba a dominar su deporte, sino que lo eclipsó totalmente, y no sólo en las pistas sino también fuera de ellas. Tilden inició su carrera en 1919, reinventando las técnicas y las estrategias del tenis desde su base, creando un juego completo que ningún otro jugador poseía y que él utilizaba con resultados devastadores. Podríamos afirmar que el juego de este nuevo milenio descansa sobre sus fantasmagóricos y anchos hombros. Cierto es que las grandes figuras de los años veinte de muchos otros deportes (atletismo, natación, etc.) han visto cómo sus mejores marcas quedaban reducidas a meras anécdotas con el cambio de milenio, pero Deford sugiere que el mejor de los tenistas actuales quizá se las vería y se las desearía para batir a Bill Tilden.

Cuando empecé a escribir esta serie de artículos y veía ese año el Abierto de los Estados Unidos en televisión, recordé que desde hacía tiempo deseaba escribir algo sobre Tilden. En los años sesenta asistí varias veces al Abierto con el que entonces era mi marido, que era un apasionado del tenis. Habíamos vivido en España y habíamos sido testigos directos del imparable ascenso del campeón español Manuel Santana, de modo que naturalmente pecamos de antipatriotismo y animábamos a Santana (ganó el título individual en 1965). En esa época, todavía podía oírse mencionar casualmente el nombre de Tilden entre la multitud que llenaba Forest Hills. Fue en los campeonatos nacionales de los Estados Unidos donde tuvo su mayor impacto.

¿A ALGUIEN LE APETECE UN PARTIDO?

Para comprender el verdadero significado de la figura de Tilden es preciso echar una mirada a la historia del deporte.

El tenis, uno de los deportes occidentales más antiguos, fue siempre un pasatiempo de sangre azul: extendido por Europa por reyes y nobles y llevado después a los Estados Unidos por los inmigrantes aristócratas ingleses. En los Estados Unidos, durante la era victoriana, el tenis arraigó como agradable juego estival sobre hierba para chiquillos aburridos y sus familias durante las vacaciones. El tenis se guiaba por los modales del momento: corteses, discretos, deportivos, y en

ningún caso tomándose la victoria ni la derrota demasiado en serio. Se jugaba con el uniforme de la época: remilgados pantalones de lino blanco y una camisa también de franela de manga larga. Los pantalones de franela eran tan obligatorios para los hombres como lo eran los corsés para las damas, y debían llevarse hasta en el más tórrido día de julio.

Mientras que el polo era un deporte duro, violento y obsesivamente «masculino», el tenis se veía más como un deporte de nenazas. Aun así, fue uno de los deportes dorados que logró su admisión en el programa olímpico cuando el barón de Coubertin relanzó los primeros juegos olímpicos de la era moderna en 1896. Sin duda el movimiento olímpico jamás habría podido despegar sin el apoyo de la realeza y de los sectores sociales más acaudalados.

Cuando, a finales del siglo xix, emergió la idea de los títulos de tenis para aficionados, el esnobismo salvaguardó los niveles de admisión a la competición en los campeonatos. Para poder ser uno de los miembros participantes en los distintos torneos había que ser de la clase adecuada: un heredero o amigo de las familias «adecuadas», y miembro de (o al menos tener acceso a) los clubes de campo «adecuados» provistos de pistas de tenis, donde se celebraban los campeonatos nacionales u otros torneos. Dado que esos clubes no admitían a negros, latinos ni (en muchos casos) a judíos, el deporte del tenis resultó ser muy cristiano, blanco y anglófono. De hecho, el propio término amateur contiene cierto tinte de sofisticación. Los amateurs eran ricos caballeros que jugaban por amor al deporte y que en ningún caso necesitaban el dinero, mientras que los «profesionales» eran originalmente considerados una forma de vida humana inferior: profesores, entrenadores, jinetes, adiestradores, etc., es decir, toda la gente que lograba vivir de su deporte.

Inaugurados en el año 1881, los campeonatos nacionales de los Estados Unidos se convirtieron en uno de los eventos deportivos norteamericanos de mayor prestigio y tradición junto con el Kentucky Derby (1875) y el concurso canino Westminster Kennel Club Dog Show (1877). No se ofrecía en él ningún premio en metálico, sino tan sólo un magnífico trofeo. Dice en la página del Abierto de Estados Unidos (la USOpenTennis.net):

> El evento surgió después de que se fundara la US Lawn Tennis Association en mayo de 1881 y sus miembros decidieran celebrar un campeonato de índole nacional. La competición inaugural —

llamada en aquel entonces el US National Singles Champion-ship — registró una participación de veintiséis jugadores y se celebró en el casino de Newport de Rodhe Island ese agosto.

Newport era un sofisticado centro de vacaciones de la élite social norteamericana. Allí, a finales del siglo xix, los Vanderbilt, los Astor, los Belmont y otras familias construyeron sus palaciegas «casas de playa» para poder disfrutar de las brisas del océano. No había casa de veraneo que se preciara que no dispusiera de instalaciones para la equitación, la navegación y la práctica del bridge y del tenis. El casino de Newport, diseñado y construido en 1880 por Stanford White, el arquitecto de la élite, era una construcción grandiosa con tejado de pizarra que comprendía una pista de tenis de hierba. Los jugadores que tomaron parte en el primer campeonato fueron, por supuesto, hombres.

Pasaron otros seis años antes de que, en 1887, se permitiera a la clase adecuada de mujeres competir en los campeonatos nacionales. Aunque el acontecimiento provocó cierta conmoción política, las mujeres tardarían aún otros treinta y tres años en poder votar. Como en el caso de los deportes ecuestres, el tenis se consideraba adecuado para las señoras siempre que para su práctica aceptaran asfixiarse bajo una falda larga y una blusa de manga también larga… blancas ambas, por supuesto.

Tras la imposición federal de impuestos sobre la renta y la debacle sufrida por la bolsa en 1929, esa Vida Dorada empezó a desaparecer. El tenis se vio obligado a buscar pastos más verdes y volverse más proletario si pretendía sobrevivir. Cuando la Segunda Guerra Mundial sacudió a la sociedad norteamericana hasta sus cimientos, las pistas de tenis pasaron a ser de público acceso y a proliferar por todo el país. Toda clase de gente empezó a servir y a volear. El tenis dejó de ser un deporte tan femenino y las mujeres empezaron a ponerse falda corta en la pista. En 1949, Gussie Moran escandalizó al mundo con sus bombachos de encaje. El deporte dejó de ser tan «blanco» cuando grandes jugadores latinos como Pancho González se abrieron paso hasta la cima junto con grandes jugadores negros como Althea Gibson y Arthur Ashe.

En 1973, el tenis pasó a ser brevemente unisex con el partido de la «batalla de los sexos» entre Billy Jean King, que en aquel entonces tenía 29 años, y Bobby Riggs, de 55. Ante una de las mayores audiencias televisivas de la historia, King

masacró a Riggs con un contundente 6-4, 6-3 y 6-3.

Mientras tanto, el Campeonato de los Estados Unidos, después de haberse celebrado en Newport durante siete años, salió por fin del edificio con techo de pizarra y se trasladó a instalaciones de mayor índole, recalando en el West Hill Club de Forest Hills, Long Island, en 1968. Sin embargo, el ambiente acogedor del antiguo club de campo resultó insuficiente ante el creciente número de aficionados y el cada vez mayor interés mediático que despertaba el evento. Por fin, en 1968, el Campeonato de los Estados Unidos se convirtió en el Abierto de los Estados Unidos y encontró una permanente y vanguardista sede en el National Tennis Center de Flushing Meadows, en Nueva York.

En la actualidad, una vez que la cuestión amateur/profesional quedó resuelta a favor de una buena suma de dinero para todos, el USOpenTennis.net dice: «Es hoy el torneo de mayor dotación del mundo». El Abierto llega a veces a eclipsar los partidos de fútbol si enfrenta a los excepcionales jugadores que han conseguido un estatus equiparable al de las estrellas del rock… como las hermanas Williams y su ya célebre duelo.

Pues bien, un siglo y cuarto de historia y de cambio social transcurrido desde entonces supone un sobrado espacio de tiempo para que los fantasmas se congreguen alrededor del campeonato de los Estados Unidos. Probablemente, el fantasma más polémico y alucinante sea el de Bill Tilden. No es de extrañar que Frank Deford viera a Bill Tilden en sueños.

EL GIGANTE SOLITARIO

William Tatem Tilden II nace en 1893 en el seno de una acaudalada familia del suburbio de Main Line, en Filadelfia. Los Tilden no eran lo bastante ricos como para disponer de una casa de campo en Newport, de modo que veraneaban en los centros de vacaciones de las Catskills. Fue allí donde el joven Bill recibió sus primeras lecciones de tenis de manos de su hermano. El chico parecía ser un atleta de nacimiento. Medía casi un metro noventa y su corpulencia le otorgaba una tremenda ventaja en la práctica del tenis: hombros anchos, articulaciones flexibles, caderas estrechas, piernas largas y una extraordinaria agilidad felina que le llevaba por todos los rincones de la pista como un león montañés a la

caza de un conejo esquivo.

Sin embargo, el adolescente Tilden se limitaba a entretenerse con el tenis. Refunfuñón solitario, rechazado por los demás niños de su edad, parecía apuntar más a la actuación y a la escritura. De hecho, llegó a aceptar un puesto en un periódico como redactor especializado en el mundo del tenis.

Mientras tanto su familia se evaporaba a su alrededor. Tres de los miembros de su familia murieron durante su infancia: su madre en 1911, su padre en 1915 y su hermano Herbert ese mismo año, meses después. El mayor de los Tilden había perdido gran parte de su dinero, de modo que no hubo mucho que heredar. Para los Tilden, el brillo de la Era Dorada sin duda se había apagado. Bill vendió la mansión familiar y alquiló una habitación en casa de su tía soltera Selena Hey, donde también vivía Twin, su única hermana superviviente. Twin era una de las pocas personas con las que Bill tenía una relación muy cercana. Su pequeña herencia sirvió para pagar sus estudios en Penn State; más allá de eso, económicamente tuvo que valerse por sí mismo. ¡Ni siquiera era lo bastante bueno en el tenis como para formar parte de equipo de Penn State!

Llegó el momento en que mejoró lo suficiente como para ganar algo de dinero como profesor de tenis. Sin embargo, seguía sin rumbo fijo, al parecer profundamente deprimido y sin saber qué hacer con su vida.

Por fin, y atendiendo a la petición de su hermana, Tilden se serenó y se tomó el tenis en serio. El hecho de proceder de un barrio como Main Line le aseguraba la entrada a la auténtica competición. En 1919, a la edad de 27 años, el Tilden de tardía eclosión se abrió camino hasta las finales del campeonato de los Estados Unidos. Y ahí, en uno de esos momentos que tanto deleitan a los historiadores, perdió contra Bill Johnston en tres sets: 6-4, 6-4 y 6-3.

La derrota hirió de tal modo a Tilden en su orgullo que activó toda la potencia de su feroz e imparable fuerza de voluntad y de su mente científicamente analítica. Durante el invierno siguiente se sumió en un aislamiento autoimpuesto y se dedicó a estudiar cómo romper el juego de un adversario y a lidiar con el mayor problema de su propio juego: un revés débil. Dice la leyenda que cortó mucha leña ese invierno para reforzar su revés.

Al año siguiente, 1920, Tilden regresó como un huracán del Atlántico. En Wimbledon, provocando con su juego un

dramático disgusto en el defensor británico del título, Tilden se convirtió en el primer norteamericano que ganaba el campeonato británico. Luego volvió a casa para disputar los Nacionales de los Estados Unidos, donde se vio de nuevo las caras con Johnston. Con los dos hombres empatados a dos sets, Tilden machacó a su rival. El joven había descubierto que tenía una extraordinaria capacidad para reaccionar bajo presión. Se llevó el último set por un 6-3.

Ese fue el principio de la serie seguida de victorias de Tilden en los campeonatos de los Estados Unidos a costa de Johnston, de 1920 a 1926. Johnston terminaría por confesar, desesperado: «No hay forma de ganar al muy hijo de perra».

Cuando Tilden se hizo con su séptimo título nacional en el año 1929, dominaba el deporte de forma absoluta. Ganó seis títulos de dobles en el campeonato de los Estados Unidos y cuatro nacionales en pista cubierta. Tras esa primera victoria, fue reclutado para el equipo de copa Davis y ganó la copa para los Estados Unidos por primera vez desde 1913. Lideró al equipo norteamericano en sus siete victorias seguidas en la disputa de la Davis. Ganó tres veces Wimbledon. En total, durante sus diez años como amateur, Tilden contó con un extraordinario cúmulo de victorias y fue derrotado apenas en un puñado de ocasiones. Tras años de rivalidad con el campeón francés, René «el Cocodrilo» Lacoste —ambos llenaban hasta la bandera los graderíos allí donde jugaban—, Tilden perdió contra el Cocodrilo en un partido no apto para cardíacos que se saldó con el viaje de la copa Davis a Francia. Sin embargo, venció a Lacoste en distintos encuentros de máxima rivalidad.

A todo ello hay que añadir que durante esos años Tilden fue víctima de un accidente que resultó en la amputación de la mitad del dedo medio de su mano derecha. Tilden se limitó a ajustar el agarre de la raqueta y siguió jugando. Fueron muy pocos los que llegaron a darse cuenta de que padecía esa minusvalía. Parte de su genio estribaba en su capacidad de adaptarse a las adversidades.

En un artículo escrito para el St. Petersburg Times, Bruce Lowitt dice: «Tilden revolucionó el mundo del tenis, transformándolo de un juego de intercambio básico de bolas a una competición basada en el saque y la volea, dotada de estrategias y golpes distintos». En cuanto al saque, Tilden contaba con un variado repertorio… y todos letales, sobre todo gracias a la ventaja que le daba su altura. Los redactores deportivos acuñaron el término «cañonazo» para describir sus

potentes saques: se decía que alcanzaban velocidades de hasta 255 kilómetros/hora. El término sigue empleándose hoy en día.

Tilden perfeccionó también el arte del liftado, así como los globos, las dejadas, etc. Maestro en la guerra psicológica, a menudo se dejaba ganar de forma deliberada al principio, cediendo el primer set, a veces incluso el segundo, para poder ahorrar fuerzas y sumir a su adversario en una falsa sensación de seguridad y atacar luego como un rayo inesperadamente, haciendo añicos la confianza de su rival y derrotándolo sin compasión.

CAMBIOS EN TODOS LOS FRENTES

Tilden fue también en gran medida el responsable de los grandes cambios sociales que tuvieron lugar en cada uno de los frentes del tenis. Todavía hoy siguen siendo parte del deporte.

Por ejemplo, el éxito le volvió aún más arrogante y cascarrabias. Tenía arranques de mal genio, arrojaba las raquetas al suelo y se enfrentaba a los jueces. En parte, su arrogancia era fruto de un intenso sentido de la deportividad y de una férrea determinación a salirse siempre con la suya en lo que él percibía como una decisión errónea por parte del juez de línea. Sin embargo, eran muchos los jugadores que le odiaban, y el público a menudo le abucheaba. La sociedad estaba horrorizada. Los caballeros simplemente no hacían esas cosas en público. Pero la pauta de comportamiento había sido establecida. El ego de Tilden dio lugar a una tradición de jugadores irritables que continúa viva hoy en día con los arrebatos de Jimmy Connors, John McEnroe, Martina Hingis y otros.

No obstante, los arrebatos de Tilden tenían su parte positiva. Junto con sus asombrosas gestas, atraían a multitudes en número jamás visto al dorado reino de Newport. La gente le abucheaba, pero compraba sus entradas para hacerlo. Era imposible saber con qué podía sorprender Big Bill. Las aglomeraciones de público en los partidos de Tilden fueron un factor de peso a la hora de trasladar los torneos desde la tradicional comodidad de los clubes de campo y de sus cientos de espectadores acomodados en las graderías de madera a los estadios de uso habitual, que daban

cabida a diez o quince mil personas, además del sitio para algunos miles más que presenciaban los torneos de pie.

Los jueces y promotores tenían que reconocer que las payasadas de Bill convertían un torneo de tenis en un evento mucho más interesante y de mayor interés periodístico que el que podía despertar el esnobismo propio de la vieja práctica. De pronto, los promotores ganaban mucho dinero con el tenis. De ahí que a Bill se le permitiera seguir con su espectáculo particular.

Tilden influyó en la moda del tenis para siempre popularizando el suéter blanco con cuello de pico y rayas azules que todavía hoy se conoce como «suéter de tenis». Aunque no era un hombre guapo (tenía una cara demasiado larga y caballuna) a nadie parecía importarle. Estaba dotado de un gran carisma y a su cuerpo larguirucho la ropa le sentaba de maravilla. También dejó a un lado el tradicional uniforme blanco y en 1920 apareció en Wimbledon con un suéter de color azul chillón que puso a los británicos los pelos de punta. Llegó el día en que, en plena década de los treinta, aparcó los calurosos y poco prácticos pantalones de franela y se puso (exclamación de espanto) unos pantalones cortos. Luego acortó aún más sus shorts. Sus maravillosas y largas piernas se llegaron a comparar con las de Betty Grable.

Big Bill también hizo lo impensable al compartir su trabajosa y elitista experiencia con las plebeyas masas escribiendo libros de iniciación al tenis. Su How to Play Better Tennis («Cómo jugar mejor al tenis») todavía se encuentra a la venta en Amazon.com. Su tratado sobre el golpe liftado, Match Play and the Spin of the Ball («El match play y el golpe liftado») está considerado todo un clásico.

El hecho de escribir sobre el tenis, de ejercer como profesor y de practicarlo como deporte llevó a Tilden a enfrentarse a la USLTA (United States Lawn Tennis Association), cuyas caducas y aristocráticas normas seguían prohibiendo a cualquier jugador aficionado ganar un solo penique a costa del deporte. Indudablemente, Tilden creía estar en todo su derecho a disfrutar de unos ingresos personales (al fin y al cabo, había estado viviendo del tenis desde mucho antes de empezar a competir). El drama entre Tilden y la USLTA no hizo sino agravarse con el paso de los años. Durante ese tiempo, Tilden fue suspendido por la asociación y readmitido después. El conflicto planteado entre ambos sacó a la palestra la cuestión de los ingresos relacionados con la práctica del deporte en beneficio de los atletas amateurs, incluidos los

competidores con magros ingresos que se veían obligados a enfrentarse a penurias personales si querían llegar a formar parte del equipo olímpico de su país. El dinero era el motivo principal que llevó a Tilden a abandonar el tenis amateur en 1930 y a dedicarse de lleno a un circuito profesional totalmente nuevo, buscando con ello ganarse así la vida.

La idea de un circuito profesional había surgido a finales de los años veinte, aunque hasta entonces no había participado en él ninguna gran figura que lograra hacerlo despegar. Tilden se convirtió en esa figura.

Durante los seis años siguientes, Big Bill y sus compañeros profesionales recorrieron incansablemente la nación en coche, en tren y en autobús como un grupo de vodevil. Llevaban con ellos una red portátil y una pista de lona verde que se desplegaba para poder jugar en ella. Jugaban ante toda clase de público y en toda clase de sitios. Su llegada se celebraba como si del Circo de los Hermanos Ringling, Barnum y Bailey se tratara. El circuito de Tilden fue una de las razones por las que por todo el país empezaran a aparecer pistas de tenis: en las escuelas, en los parques públicos… por doquier. En cuanto hubo pistas a disposición de todos, los norteamericanos descubrieron que cualquiera podía permitirse jugar al tenis. Tan sólo se necesitaba una raqueta, unas cuantas bolas y unos atrevidos pantalones cortos.

Tilden ganó mucho dinero. De hecho, llegó a amasar alrededor de medio millón de dólares en una época en la que esa cantidad era una auténtica fortuna. Sin embargo, curiosamente no pareció nunca interesado por las mieles del éxito. Durante la mayor parte de su vida siguió viviendo en la habitación que ocupaba en casa de sus familiares de Filadelfia. Según cuenta Bobby Riggs, que jugó contra él varias veces durante esos años, Bill tenía muy pocas posesiones: un Packard, algunos trajes y una variopinta colección de ropa y de raquetas de tenis. Derrochó gran parte de sus ingresos prodigándose en invitaciones, o lo perdió en desafortunadas inversiones en el mundo del espectáculo.

Por último, aunque no por ello menos importante, Tilden ayudó a convertir el tenis de competición en un evento mediático. Aunque a los sectores acaudalados de la época no les gustaba tener a los reporteros husmeando en su mundo, los medios terminarían por imponer su ley. Fue ese perfil tan propio y característico del glamour de los años veinte, su volátil personalidad, su naturaleza de hombre espectáculo y su polémica y sobradamente comentada sexualidad lo que

cambió el tenis, que dejó de ser el pasatiempo de los estirados republicanos de antaño para convertirse en el espectáculo demócrata tan atractivo para los tabloides de hoy en día. Fuera de las pistas, Tilden creo aún más noticia: codeándose con los grandes nombres de Broadway, dando clases de tenis a las estrellas de Hollywood por las que había llegado a cobrar hasta mil dólares la hora, dejándose ver con Douglas Fairbanks, jugando al bridge con Pola Negri y con Betty Grable. Llegó incluso a conseguir un pequeño papel como actor.

En 1939, tras la muerte de su tía Selena, y coincidiendo con el traslado de su hermana a una casa más pequeña, Tilden finalmente fijó su residencia legal en Los Ángeles y alquiló un pequeño apartamento en un edificio sin ascensor muy cerca de Hollywood y Vine.

Había cumplido ya 40 años y su juego se había deteriorado ligeramente, aunque sus piernas seguían en plena forma y, si tenía un buen día, todavía podía batir a los nuevos campeones del campeonato nacional. El tenis era su amor y su vida. Cuando sus días de participación en los torneos profesionales tocaron a su fin, Tilden siguió necesitando ganarse la vida. Los Ángeles fue la ciudad de su elección por el clima, pues allí podía ganar dinero durante todo el año como profesor y entrenador de tenis. Su pista favorita de la ciudad era propiedad de su gran amigo Charlie Chaplin.

NECESIDADES IMPERIOSAS

Durante todo ese tiempo, eran muchos los que, en el mundo del tenis, sabían que Tilden era gay. Quizá confiaran en el convencionalismo según el cual todos los gays eran afeminadas nenazas que no tenían cabida en el deporte. Aun así, tuvieron que sentarse a ver cómo Big Bill arrasaba con su energía de auténtico macho y dejaba prácticamente en paños menores a todo aquel que se atrevía a enfrentarse a él desde el otro lado de la red.

De vez en cuando, y a fin de escandalizar un poco al público, Tilden dejaba a un lado toda la parafernalia propia del típico machito y se permitía alguna que otra pluma. O se descolgaba con comentarios provocadores como: «El tenis es más que un mero deporte. Es un arte, como el ballet. O como una representación teatral. Cuando salto a la pista, me siento

como Anna Pavlova. O como Adelina Patti. O incluso como Sarah Bernhardt. Veo las candilejas delante de mí. Oigo los susurros de la audiencia. Siento un escalofrío glacial. ¡Vencer o morir! ¡Ahora o nunca! Esa es la crisis de mi vida».

Los aficionados típicamente machistas se estremecían cuando le oían hablar así. El gran jugador de béisbol Ty Cobb le calificó abiertamente de «maricón».

Pero no fue su pluma, ni siquiera las leyes contra la sodomía aplicadas en todos los estados, lo que finalmente terminó por meterle en serios problemas con la ley, sino su fascinación por los adolescentes. Incluso en su época de amateur, Tilden había provocado más de un arqueo de cejas ante el modo en que revoloteaba alrededor de una sucesión de atractivos y jovencitos tenistas que no tardaban en convertirse en sus protégés, entre ellos Arthur Anderson y Junior Coen, que llegaron a ser jugadores de primera fila. Más adelante, los protégés insistirían en que Tilden jamás había intentado nada íntimo con ellos. Como él mismo ha reconocido, escapó en varias ocasiones de la justicia durante sus años como amateur, tanto en los Estados Unidos como en Europa. Sin embargo, al parecer intentó ser más cauto respecto a su vida sexual en sus primeros años y todos estos incidentes fueron tapados.

Más adelante, sin embargo, ya en el circuito profesional, y aún más tarde, en Los Ángeles, Tilden se volvió mucho menos cuidadoso. Se dejaba ver abiertamente en compañía de sus jóvenes protegidos. Los torneos y los clubes de tenis empezaron a prohibirle la entrada. Los apoyos económicos se desvanecieron. La mayoría de sus amigos empezaron a evitarle. Sus ingresos menguaron considerablemente y tuvo que empeñar algunos trofeos para disponer de dinero en metálico. Cuando su querida hermana murió, debió de sentirse realmente solo.

Entonces, en 1946, cayó el hacha sobre su cabeza.

Como bien lo cuenta el escritor gay Jim Provenzano:

> Tilden fue arrestado y condenado por contribuir a la delincuencia de un menor. A pesar de que el joven (que además era un adolescente que se dedicaba a la prostitución) había consentido a las proposiciones sexuales de Tilden, éste fue condenado a prisión. Cumplió siete meses de una condena de un año. En 1949, fue arrestado de nuevo por hacerle proposiciones a un autoestopista de 16 años y volvió a recibir una condena a prisión de un año, de la que cumplió diez meses.

En 1948, entre ambas condenas, Tilden logró publicar su autobiografía titulada My Story («Mi historia») con una pequeña editorial de Nueva York. Esto fue lo que dijo acerca de su sexualidad:

> La lista de personas célebres en esta época y en épocas anteriores que se han desviado de las normas deja más que claro que no se trata de un signo de «degeneración» en el sentido habitual del término. Es, en todo caso, una enfermedad; en muchos casos, una enfermedad psicológica… Una mayor tolerancia y una educación más abierta por parte del público general en relación a esta forma de relación sexual es una de las necesidades imperiosas de nuestro tiempo.

Debemos recordar que escribió estas palabras en un momento en que la homosexualidad se consideraba una enfermedad. Sin embargo, en 1948 hacía falta valor para exigir abiertamente tolerancia con los gays. En esos desolados días de su vida, uno de los pocos amigos que siguió a su lado fue Charlie Chaplin, también él un veterano en la persecución en aras de la moralidad.

En 1953, Tilden estaba preparándose para un viaje a Cleveland por motivos relacionados con el tenis cuando murió víctima de una embolia, solo en su habitación. Tenía 60 años y 88,11 dólares a su nombre.

El pequeño funeral contó con la asistencia de unos pocos amigos. Sus restos se incineraron discretamente y se enviaron a Filadelfia para ser enterrados en la tumba familiar. Al final de su vida se reunió con los espíritus de su familia, que le habían abandonado en su juventud.

DE VUELTA AL OLIMPO

Tras la muerte de Tilden, el tenis experimentó una fuerte reacción. Jueces y patrocinadores por igual consideraron que la homosexualidad de Tilden, así como el escándalo público que había supuesto su juicio y posterior encarcelamiento, habían inflingido una fea mancha en el deporte. Los remilgados ciudadanos de Filadelfia dejaron de mencionar su nombre. Recientemente, Dave Ralis, comentarista deportivo originario de la ciudad, después de recibir el encargo de llevar a cabo una encuesta que determinara quién debía ser elevado al Olimpo de deporte de la ciudad de Filadelfia,

reconoció su perplejidad al enterarse de que Tilden eran también originario de la Ciudad del Amor Fraternal.

Sin embargo, y a pesar del escándalo, los logros de Tilden eran tan incontestables que resultaba imposible pasarlos por alto, y mucho menos olvidarlos.

Fueron los medios los que dieron el primer paso, incluso antes de su muerte, y se aseguraron de que Big Bill ocupara el lugar que le correspondía en la inmortalidad del deporte. Ron Borges, en uno de sus artículos para ESPN.com, lo expresó con gran acierto: «De entre todos sus grandes logros, ninguno podría superar éste: en 1950, durante una década de mentes cerradas en la que imperaba el conservadurismo sexual y el terror Rojo, Big Bill Tilden fue votado por un margen abrumador el tenista más grande de la primera mitad del siglo xx en una votación organizada por la Associated Press... y sólo seis semanas después de haber salido de prisión por segunda vez». Esta votación, que data de 1950, estuvo a cargo de los redactores deportivos, que otorgaron a Tilden el doble de votos que a cualquier otro atleta, entre los que se incluían celebridades como Babe Ruth y Bobby Jones.

En 1959, el nombre de Tilden se incluyó por fin en el Salón de la Fama del Deporte.

Hoy en día, vemos a menudo a atletas acusados de una gran variedad de crímenes: acoso sexual, maltrato doméstico, consumo de drogas, conducción bajo el efecto del alcohol o comportamiento violento, por nombrar algunos. Encontramos perfiles muy conocidos entre toda la gama de casos: el boxeador Mike Tyson cumplió condena por violación, mientras que el jinete ecuestre Barney Ward hizo lo propio por fraude contra la compañía de seguros después de haber provocado la muerte de sus caballos de competición (de hecho, Ward tiene prohibida de por vida la participación en la competición). El béisbol es el que aplica medidas más extremas, prohibiendo las apuestas a sus jugadores, incluso las que son legales para el resto de nosotros, y no ha dudado en expulsar a varios de sus más grandes jugadores, incluido Pete Rose. Si Tilden fuera hoy condenado por sus viejos crímenes, sin duda habría recibido un trato mucho más duro y se habría visto obligado a quedar fichado como delincuente sexual durante el resto de sus días.

Aun así, a pesar de sus convicciones, Tilden era tan fantástico en la práctica del tenis que los guardianes de los libros de récords actuales se sienten inclinados a pasar por alto (e incluso quizá a perdonar) sus actos pasados.

En 1999, cuando el ESPN facilitó la lista de sus mejores cien atletas norteamericanos del siglo xx, Tilden apareció en el puesto 45. Pete Sampras, considerado por algunos como el mejor jugador de todos los tiempos, aparecía por detrás de Tilden, exactamente en el puesto 48. En el Abierto de Estados Unidos del 2003, los organizadores celebraron una ceremonia inaugural en honor de la nueva Pista de Campeones del Abierto de Estados Unidos. Dos edades iban a estar representadas en la ceremonia: la Edad Dorada y la Edad Open: Jimmy Connors y Chris Evert fueron elegidos para la Edad Open, Billy Jean King y Rod Laver para ambas edades, y Bill Tilden y Helen Wills fueron los elegidos para la representación de la llamada Edad Dorada.

Hubo un último cambio que la grandeza de Tilden ayudó a provocar: la creciente libertad de los tenistas y otros atletas para hacer pública su orientación sexual. El cambio se respiraba en el ambiente, sobre todo después de 1970 y de la gran eclosión del movimiento en defensa de los derechos de la mujer y de los derechos de los gays. En los años ochenta, había la cantidad suficiente de lesbianas casi declaradas en el tenis femenino como para que Margaret Court, la conservadora campeona australiana, arengara amargamente contra ellas. En los años noventa, Billy Jean King y Martina Navratilova salieron del armario. Resultó incluso aceptable que un jugador de primera fila como Arthur Ashe diera muestra de una más que evidente simpatía pro gay, cosa que hizo cuando contrajo el sida. Con la llegada del nuevo milenio, otras mujeres (entre ellas Amélie Mauresmo) empezaron a declarar abiertamente su orientación sexual.

Todavía hoy sigue resultando un poco dudoso para un tenista de élite salir del armario. Entre mis amistades son muchos los que esperan ansiosos que el Gran Nuevo Tenista Gay se identifique de una vez.

Según algunos observadores, el tenis pasa por momentos difíciles. Algunos tienen la impresión de que los tenistas, como los jugadores de fútbol, baloncesto y béisbol, ganan demasiado dinero. Mientras escribía este artículo, John Feinstein, columnista deportivo de AOL, apuntaba que los índices de audiencia televisiva estaban en clara remisión y se quejaba del modo en que se mantiene aislados a los jugadores de los medios y del público. Añadía: «Las entradas están a precios astronómicos y una hamburguesa cuesta doce dólares. Los jugadores de renombre juegan de noche en el 95% de los casos (los hombres después de las nueve, con lo cual los niños

en raras ocasiones tienen oportunidad de verlos). El tenis... no volverá a prosperar hasta que se someta a una revisión absoluta y la mayoría de los que están en el poder se vayan a la calle». Sally Jenkins añadía en la revista Sports Illustrated su sombría denuncia de la gran cantidad de tenistas que se queman durante la adolescencia.

De ahí que podamos ver cierta esperanza de futuro en el modo en que, hace ochenta años, un joven gay de 27 años avivó el interés nacional por el tenis.

Si es cierto que el espíritu de los grandes atletas asoma desde el Olimpo para no perder de vista los eventos deportivos que se celebran en la tierra, el fantasma de Bill Tilden debe de haber estado cerniéndose sobre el Abierto de Estados Unidos del 2003. Para él todo empezó ahí, en los campeonatos nacionales, cuando era joven y toda la gloria y el dolor estaban aún por llegar. Habría disfrutado viendo cómo Henin-Hardenne le rompía el saque a Capriati y conseguía el título individual femenino. Al fin y al cabo, fue Big Bill quien inventó esa estrategia. Le habría gustado ver los cañonazos del servicio de Roddick y sus arrogantes muestras de Chulería. Después de todo, fue Big Bill quien patentó el cañonazo y también la Chulería.

Cuando por fin se escribió su nombre en letras doradas en la nueva Pista de Campeones, sin duda Big Bill debió de esbozar esa sonrisa caballuna tan propia de él para levantar después su fantasmagórica raqueta en señal de saludo.

AMELIA EARHART

La «niña rara» de las competiciones aéreas

Amelia Earhart sigue ahí. Cuando, en mayo del 2003, escribí este artículo, una nueva expedición estaba de camino con destino al Pacífico Sur en busca de sus restos y de los de su avión siniestrado.

La celebrada piloto y su copiloto, Fred Noonan, desaparecieron el 2 de julio de 1937 en algún lugar entre Nueva Guinea y Hawai, durante el último tramo de lo que se anunciaba como un vuelo alrededor del mundo con el que ambos pretendían batir un récord. Sesenta y nueve años más tarde, miles de historiadores y de investigadores siguen intentando descubrir lo que ocurrió con el vuelo de Earhart. El equipo de búsqueda del 2003, creado por The Internacional Group for Historic Aircraft Recovery, el tighar («Grupo internacional para la recuperación de aviones históricos») estaba convencido de que los restos del aparato podían encontrarse en un diminuto atolón llamado Nikumaroro. Recientemente, las fotos tomadas por satélite habían revelado lo que bien podía ser un aparato hundido en el agua junto a la orilla. Sin embargo, el tighar fracasó en su intento por encontrar algo interesante.

Otros grupos han buscado en Saipan, donde hay quien cree que Amelia fue capturada y retenida por los japoneses durante la segunda Guerra Mundial. Y hay también quien ha llevado a cabo búsquedas en las profundidades semejantes a las que se organizaron para el rescate del Titanic en la zona donde muchos creen que el avión de Earhart se estrelló. Los miembros del Papua New Guinea Group of Australia (el pngg) están convencidos de que Earhart sufrió importantes problemas de navegación y terminó estrellándose en la isla de Nueva Bretaña. Su tesis está basada en informes que hablan de un avión similar al de Amelia que fue avistado por un pelotón australiano durante la segunda Guerra Mundial. Los miembros del pngg incluyen a dos veteranos de ese pelotón. El grupo sigue peinando la jungla de Nueva Bretaña en un intento por reubicar el punto exacto donde puedan estar los restos del avión.

Muchos son los mitos y rumores que enturbian el vasto horizonte de la historia de Earhart. Hay quien insiste en que Amelia formaba parte de una misión espía al servicio del gobierno de los Estados Unidos. Otros ofrecen una explicación más plausible: Amelia simplemente se quedó sin combustible y se vio obligada a tomar tierra como pudo. Hay quien afirma, no sin cierto desprecio, que Amelia no era buena piloto, que cometía errores a menudo. Y otros, como un piloto de grandes planicies originario de Nueva Guinea entrevistado en un reciente documental televisivo (un hombre muy familiarizado con los desafíos que implica el pilotaje de pequeños aviones en esos parajes), no tienen la menor duda sobre las capacidades de Earhart. Y, naturalmente, estaba también el rumor, incluso en vida de ella, de que era lesbiana.

Independientemente de cuáles fueran realmente los hechos que le causaron la muerte, Earhart es recordada en la actualidad por haber inspirado a innumerables mujeres a oponerse a la feroz presión social convirtiéndose en aviadoras.

¿Por qué entonces escribir sobre Amelia Earhart para Outsports.com? Pues porque su contribución al deporte femenino (o, para ser más exactos, el papel de las mujeres en el nacimiento de las carreras de aviones) ha caído hoy en día en el olvido. Earhart puede que haya sido una de las «niñas raras» de las carreras de aviones en una época en que los términos «gay» y «lesbiana» no se utilizaban abiertamente.

PERSEGUIR AL DEMONIO

Son muchos los norteamericanos que a fecha de hoy mantienen la extraña idea de que Amelia Earhart era la única mujer piloto de la época. Nada más lejos de la realidad.

En cuanto el avión de los hermanos Wright se elevó bamboleante en el aire en 1903, cientos de mujeres se lanzaron a tomar lecciones de vuelo para poder invadir ese nuevo mundo claramente dominado por los hombres. Había algo en el vuelo, algo en el hecho de traspasar los límites en un aparato lanzado a toda velocidad a miles de metros sobre el suelo, que despertó un hambre de libertad y de desafío en las mujeres todavía asfixiadas por la moralidad posvictoriana. Algunos pilotos de pruebas de la era espacial, como Chuck

Yaeger, hablarán más tarde de «perseguir a ese demonio que vive ahí fuera, en la nada misma». Las pilotos de los primeros años de 1900 estaban igual de empeñadas en salir en persecución de ese mismo demonio.

Los hombres no tardaron en poner todo tipo de objeciones. Las mujeres no eran lo bastante inteligentes (decían), ni lo bastante duras, ni lo bastante estables emocionalmente, ni sentían la menor inclinación por la mecánica para ser aptas para el vuelo.

Sin embargo, las mujeres hicieron caso omiso de esas protestas. Ante ellas se abría un nuevo deporte en el que no tenían que ejercer el papel de segundonas de la potencia muscular masculina. En la cabina, no tardaron en demostrar que era iguales a los hombres en agallas, concentración, resistencia mental y física, tiempo de reacción y capacidad de llevar a cabo tareas complejas y mantener la cabeza fría en situaciones de emergencia. En 1921, la primera piloto norteamericana contaba ya con su licencia de pilotaje para vuelos comerciales. La siguieron docenas de otras mujeres. Algunas, como es el caso de Mary Haizlip, aprendieron a volar con la ayuda de sus maridos, combatientes aéreos en la primera Guerra Mundial. En un principio, Amelia Earhart era simplemente un rostro más en la multitud.

«Los pilotos de los años veinte se enfrentaban a obstáculos que hoy en día cuesta imaginar —escribe Jayne Loader, directora/productora de cine (The Atomic Café) y autora de Flygirls, una novela no publicada—, como tener que reparar sus propios aviones y descubrir dónde estaban sin la ayuda de mapas ni de radios fiables. Utilizaban mapas de carreteras en cabinas abiertas, mirando al suelo desde el aire y buscando ríos, vías férreas, carreteras, los nombres de las ciudades pintados en los techos de los graneros y las luces de las ciudades. Si sus aviones se averiaban durante el vuelo, tenían que repararlos con sus propias manos y sobrevivir en el desierto hasta que lograban volver a ponerlos en funcionamiento.»

LAS ASALTAGRANEROS

Las primeras jóvenes pilotos irrumpieron en el mundo del asalto de graneros hasta entonces patrimonio exclusivo de los hombres. Los «asaltagraneros» eran pilotos que iban de un

pueblo a otro, aterrizando en los campos de las granjas. Congregaban a un pequeño público de paletos lugareños ejecutando arriesgadas piruetas y dando paseos y lecciones de vuelo a todo aquel granjero que pudiera pagarlas. Se construyeron aparatos más sofisticados. A menudo, los diseñadores y los constructores de aviones se lanzaban también al asalto de graneros para poner al límite los aparatos y probar su funcionamiento. De vez en cuando, una violenta colisión veía la desaparición conjunta de piloto y granero. Los «circos de vuelo» (equipos de pilotos especialistas en piruetas aéreas) recorrían el país. Las mujeres asaltagraneros como Dorothy Hester de Portland ejecutaban acrobacias y el catálogo completo de piruetas.

La primera piloto de raza negra, Bessie Coleman, cayó desde las alturas y encontró la muerte cuando caminaba por las alas de un aparato y su avión volcó accidentalmente. Sin embargo, la mayoría de las primeras mujeres piloto eran blancas y de clase alta. El poder social de las mujeres blancas les permitía dar esquinazo a las convenciones con mayor facilidad y les daba un acceso más fácil al dinero, a la instrucción y a los aviones. Como en el caso de las carreras de caballos, la aviación era en gran medida un deporte para los adinerados. Earhart no fue una excepción.

Nacida en 1897 en el seno de una acomodada familia de abogados de Kansas, la pequeña Amelia fue a la escuela privada con su hermana Muriel. En sus años de adolescente era un chicarrón que disfrutaba subiéndose a los árboles y una lenguaraz defensora de los derechos de las mujeres. En aquel entonces, las mujeres todavía no tenían permitido votar y mucho menos elegir la carrera que deseaban estudiar. En 1920, el año en que las mujeres norteamericanas por fin lograron el derecho a voto, Earhart, que contaba entonces con 23 años, se estaba decantando hacia los estudios de Medicina (ya había terminado los cursos previos a la carrera) cuando visitó un espectáculo aéreo en California. Su padre le regaló los diez minutos de viaje en avión y Amelia se convirtió en la palurda pasajera del aparato, colocándose las gafas y el casco de protección y volando con el piloto Frank Hawks.

«¡En cuanto nos elevamos del suelo —diría luego Amelia—, supe que lo mío era volar!»

Amelia recibió clases de vuelo de Neta Snook, una pionera que operaba en Kinner Field, cerca de Long Beach. Hay quien dice que Amelia no era lo que los pilotos califican de «instintiva» ni dotada naturalmente para el vuelo, pero lo

cierto es que puso todo su empeño en aprender. En julio se compró su primer avión, un Kinner Airster amarillo. Ese mismo otoño, y a pesar de varios accidentes sufridos con su Canario, Amelia se había unido a las filas de las avezadas jóvenes que en aquel momento estaban batiendo récords. En 1922 estableció un récord de altitud femenino de 4.250 metros. La marca se mantuvo vigente durante varias semanas, hasta que Mary Haizlip se la arrebató.

Ese mismo año, 1922, Amelia obtuvo su propio permiso de pilotaje de aviones comerciales.

Estas pilotos formaban un grupo colorido y en absoluto convencional. En cualquier caso, los pilotos siempre han sido una raza aparte. En el sitio web de su Flygirls, Jayne Loader las describía con un regocijo más que obvio.

> Pancho Barnes, la rica heredera que optaba por vestirse de hombre; Ruth Nichols, la Debutante Voladora; Marvel Crosson, piloto especialista en vuelos a los rincones indómitos de Alaska; la deslumbrante actriz Ruth Elder; la menuda y malintencionada Mary Haizlip; la andrógina Bobbi Trout (que animó a Marlene Dietrich a llevar pantalones); la piloto alemana —y sospechosa de servir como espía nazi— Thea Rasche; Claire Fahy, la maternal piloto de pruebas; Phoebe Omlie, especialista asaltagraneros y aficionada a caminar sobre las alas de su aparato; Edith Foltz, que sirvió a su país en el Air Corps Femenino; la diminuta tejana Vera Dawn Walker; y la australiana Chubbie Miller, destinataria de algunas de las letras de amor más apasionadas del mundo.

Al volver la vista atrás hacia esos cientos de pioneras aviadoras, me resulta más que obvio que algunas de ellas deben de haber resultado «raras» en una época en que nadie osaba pronunciar la palabra «L» en voz alta. Sin embargo, ellas no anunciaban abiertamente su sexualidad porque la aviación había sido desde un buen principio un mundo exclusivamente masculino: intensamente macho y homofóbico.

Aun así, a medida que estas mujeres se enfrentaban y combatían el demonio ahí arriba, en la nada misma, fueron perdiendo el miedo al concepto que la opinión pública pudiera tener de lo que era o no «femenino». Mucho antes de que la estrella de la gran pantalla Marlene Dietrich se enfundara un esmoquin en su película Marruecos (1930), las pilotos habían empezado a llevar el pelo muy corto y a ponerse ropa de hombre: pantalones, chaquetas de piloto, botas y cascos. Hacían eso porque las largas trenzas y las prendas con volantes resultan peligrosas al manejar cierto

tipo de maquinaria, tanto en el aire como en tierra firme, durante las reparaciones. Algunas de las mujeres voladoras casadas seguían manteniendo una imagen heterosexual absolutamente convencional que incluía llevar vestidos cuando estaban lejos del hangar, pero otras llevaron la ropa de hombre hasta sus últimas consecuencias, desde un imperativo obviamente práctico hasta una declaración de intersexualidad. Bobbi Trout, que llegó a ser piloto de pruebas para Golden Eagle y que estableció marcas mundiales de resistencia y de altitud, se vanagloriaba de su ropa de hombre manchada de grasa de motor.

Algunas pilotos, como Bobbi, jamás se casaron. Otras incluso fumaban... un vicio masculino que muy pronto empezaron a adquirir las mujeres liberadas. Pancho Barnes conmocionó a la sociedad con sus enormes cigarros y su pasión por las palabras malsonantes.

Más adelante, Barnes resumiría así la actitud de las mujeres: «Bueno... lo cierto es que nos divertíamos más en una semana que lo que muchos de esos niñatos se divertían durante toda una vida».

ELLA TENÍA «ESE ALGO ESPECIAL»

La educada sociedad del momento decidió encuadrar a las pilotos en la misma categoría bohemia que la de la autora Gertrude Stein y la pintora Frida Kahlo, dotadas de la misma imagen enérgica y la misma afición por la ropa de hombre y cuya sexualidad y vidas íntimas eran igualmente blanco de los chismes y de los rumores. Se decía que las pilotos no eran damas... que eran, bueno... raras.

Poco a poco, Amelia Earhart empezó a destacar. Y no fue por su actividad como piloto (aunque era claramente competente, había mejores pilotos en el grupo) ni tampoco por su imagen de muchachote (no podía decirse que fuera el más flagrante de los marimachos). ¡Pero si ni siquiera fumaba cigarrillos! Quizá fuera su dignidad y su discreta modestia, y también su apasionada devoción por las cuestiones relacionadas con la mujer. Quizá fuera el hecho de que la cámara la adoraba. Era tan fotogénica como podía serlo cualquier actriz... incluida Mary Pickford, a la que en una ocasión se negó a llevar a bordo de su aparato a un encuentro aéreo como forma de protesta política. Ese cuerpo

larguirucho, la sonrisa masculina, la mata de rizos cortos, el amor por los pantalones… todo ello convirtió su aparición en las fotografías de los periódicos y en las imágenes de los noticiarios en sinónimo de mujer elegante, no de proscrita. Era la clase de elegancia que los norteamericanos terminarían aceptando en las estrellas de cine enfundadas en pantalones como Katharine Hepburn. Earhart era considerada una dama, una mujer con clase. Earhart tenía «ese algo especial»… expresión utilizada en los años veinte para referirse a las estrellas gracias a la actriz Clara Bow, la «Chica con "Ese algo especial"».

Sin duda, en 1928, fue precisamente «ese algo especial» de Earhart lo que captó la atención del publicista neoyorquino George Putnam.

Putnam acababa de estar al cargo de la publicidad del libro de Charles Lindberg en el que el piloto pionero relataba su histórico vuelo transatlántico del año anterior. Putnam estaba entonces en misión de exploracióm, contratado por la señora Amy Guest, heredera del acero y dueña de un Fokker F7 trimotor. La señora Guest quería ser la primera mujer en cruzar volando el Atlántico y había planeado encargar el pilotaje de su avión a Louis Gordon y Wilman Stutz. Sin embargo, su familia había mostrado una firme oposición a su sueño y había contratado a Putnam para que encontrara a una doble que la sustituyera. Según manifiesta Acepilots online, la familia deseaba encontrar a «la clase adecuada» de mujer.

Pues bien, Putnam peinó obedientemente las filas de mujeres pilotos en pantalones y encontró entre ellas a una buena candidata: la carismática y femenina Earhart. Comunicó a los Guest que había dado con «Lady Lindy». El trato quedó cerrado.

El 18 de junio de 1928, Earhart despegó de Terranova en calidad de pasajera, con Stutz y Gordon en cabina. «No era más que un saco de patatas», diría más tarde. Sin embargo, cuando al día siguiente el avión aterrizó en Londres, Putnam había hecho tan bien su trabajo que el frenesí público se volcó con Earhart. La hazaña de Stutz y de Gordon (batir todas las marcas trasatlánticas existentes hasta entonces) pasó prácticamente inadvertida. Earhart fue la protagonista única del desfile que colapsó Broadway, la que se llevó el apretón de manos del presidente Hoover y la medalla de oro de la National Geographic Society, además de recibir el título de «Mujer del Año».

Sin muchos aspavientos, declaró que no había sido ella quien había pilotado el avión, pero su público entregado no le hizo el menor caso. De hecho, no fue hasta 1932 cuando logró volar a solas sobre el Atlántico, siendo la primera mujer en conseguir tal gesta. Quizá no fuera la mejor piloto del momento, pero sí tenía lo que hacía falta.

Mucho fue lo que ocurrió al año siguiente, 1929. Amelia trabajaba para la Transcontinental Air Transport (que más adelante se transformaría en la TWA) como consultora en el ámbito del peso de las mujeres en la nueva industria de la aeronáutica, tanto como pasajeras comerciales como pilotos. Había adquirido un nuevo Lockheed Vega de un solo motor. Junto con otras diecinueve «chicas del cielo» hizo historia en el deporte femenino al competir en el primer Women's Air Derby («Derbi Aéreo Femenino») nacional. La competición era una incorporación a las National Air Races («Carreras Aéreas Nacionales») celebradas en Cleveland, y prometía eclipsar las carreras masculinas, sobre todo contando con la presencia de Lady Lindy.

Para poder participar en la competición, la aspirante debía contar con 100 horas de vuelo en solitario, incluidas 25 horas de vuelo en solitario campo a través. Sólo cuarenta mujeres norteamericanas cumplían los requisitos. De estas, sólo veinte, incluida Earhart, aparecieron en la carrera con sus aviones.

Las carreras de aviones habían empezado a celebrarse en 1909, menos de seis años después de que los hermanos Wright lograran hacer volar su aparato en Kitty Hawk, y el deporte era ya tremendamente popular. La aviación lo veía como un modo de conseguir el apoyo del público a su nueva tecnología. ¡La mayoría de los espectadores que asistían a estas carreras no habían visto nunca un aeroplano! Algunas carreras se celebraban a campo abierto y otras eran frenéticas competiciones que tenían lugar en un circuito cerrado, alrededor de torres de alta tensión como las carreras de cuadrigas de la época de los romanos. La participación femenina en las carreras de aviones masculinas seguía siendo una cuestión polémica, de modo que las mujeres normalmente volaban en sus propios eventos. A veces se les permitía competir con los hombres, aunque los oficiales se encargaban de encontrar cualquier excusa para eliminarlas de la carrera.

Sin embargo, en los Nacionales las mujeres podían disfrutar de su propia plataforma de lanzamiento. Aun así, las apuestas

eran elevadas. Cualquier error de pilotaje o cualquier accidente provocado por una mujer podía ser esgrimido por los enemigos de la igualdad como razón de peso para que las pilotos renunciaran a la chaqueta de aviador y volvieran a los vestidos de volantes. Will Rogers (que también era piloto) apodó a la competición la Powderpuff Derby (o «Derbi de la Polvera»), aunque polvera era un término poco pertinente para describir a Bobbi Trout. Medio millón de espectadores (una cifra sin precedentes para la época) compraron entradas para ver a las chicas del cielo competir por la victoria.

El Powderpuff daba comienzo en Santa Mónica, California, y concluía en el Aeropuerto Municipal de Cleveland. Había ciertas normas. No se volaba de noche. Y ni hablar de emplear esos modernos instrumentos de vuelo. Las mujeres estaban obligadas a utilizar pilotaje estimativo y mapas de carretera, mirando desde las alturas el suelo como lo habían hecho siempre. Se tardó ocho días en completar la ruta, y cinco mujeres no llegaron a Cleveland. La ganadora, cruzando con su biplano la línea de meta como una exhalación, fue Louise Thaden, con un tiempo de 20 horas y 2 minutos. Amelia Earhart había compartido codo con codo el liderato de la carrera con Thaden, pero poco después de dejar atrás la ciudad de Columbus, Ohio, había visto cómo otra mujer aterrizaba con no pocos problemas en un campo y se había detenido a ayudarla. Earhart terminó tercera.

Sí, Amelia nunca llegaría a ser la mejor corredora de carreras en el aire. Era como el yoquey que gana muchas carreras en las que se juegan grandes apuestas, pero nunca el Kentucky Derby. Sin embargo, en noviembre de ese mismo año, Earhart logró hacer realidad otro de sus sueños: ayudar a fundar una organización internacional de mujeres pilotos. Ella y otras noventa y ocho pilotos tituladas se reunieron en un hangar de Long Island, tomaron el té servido en carrito de las herramientas, y organizaron el club de las Noventa y Nueve. Por una cuestión de respeto a la dedicación de Amelia a las causas de las mujeres, las miembros del club la eligieron primera presidenta. Las Noventa y Nueve lucharían por los avances en todas las áreas de la aviación femenina y ejercerían una poderosa influencia en las carreras aéreas con participación femenina.

Mientras tanto, George Putnam la cortejaba. El publicista se había enamorado de su clienta, o al menos eso parecía. Cuando se supo la noticia de que habían empezado a salir juntos, estalló el escándalo. Y es que Putnam ya estaba

casado. Sin embargo, su esposa Dorothy no dudó en divorciarse de él, de modo que Putnam se vio libre para cortejar a Lady Lindy. Al principio, Amelia rechazó sus proposiciones de matrimonio, diciéndole: «Debes comprender mis reticencias al matrimonio y la sensación de que con ello estaría renunciando a posibilidades en mi trabajo, que tanto significa para mí».

No obstante, en 1931, George por fin la convenció para que se uniera a él ante el altar. La pareja se instaló en el sur de California.

UN MATRIMONIO INTERESANTE

Mucho es lo que se ha especulado sobre la relación de los Putnam. Puede que haya sido uno de esos matrimonios de conveniencia que ha tachonado la historia de las celebridades norteamericanas. Los historiadores gays afirman que las lesbianas y bisexuales prominentes y no declaradas a menudo han ocultado su rastro recurriendo al matrimonio. En Hollywood, la Dietrich, la Garbo, Claudette Colbert, Kay Francis, Tallulah Bankhead y Agnes Moorehead (por citar sólo algunas) protagonizaron esa clase de enlaces. Incluso los autores no gays se plantean la cuestión. Donald Goldstein, coautor de Amelia: The Centennial Biography of an Aviation Pioneer («Amelia: biografía centenaria de una pionera de la aviación»), dijo: «Creo que George y ella se profesaban un cariño y un respeto auténticos... No creo que hubiera sexo entre ambos, por si mi opinión sirve de algo. Puede que ella fuera gay, y si no lo era, era [sexualmente] neutra. Aun así, creo que su matrimonio funcionaba. Amelia era feminista sin llegar al extremo de odiar a los hombres». No es de extrañar que la pareja no tuviera hijos.

Bajo la dirección de Putnam, Earhart trazó un nuevo plan de vuelo para su vida, a menudo virando desde el alboroto del vuelo en competición a la inquietante tranquilidad de nuevos desafíos en el aire.

En cualquier caso, las carreras aéreas se habían visto sumidas en cierta turbulencia. Cuando estalló la Gran Depresión, la asistencia de público y el número de pilotos inscritos en las competiciones aéreas cayeron en picado. La gente estaba sin blanca y los aviones ya no eran ninguna novedad. No obstante, Amelia seguía vinculada al deporte. En

1932 tuvo que ver cómo su vieja rival, Mary Haizlip, establecía el nuevo récord de velocidad femenino en 382,5 kilómetros por hora. Mary empleaba combustible de 100 octanos por primera vez y los espectadores contuvieron el aliento, convencidos como estaban de que su aparato explotaría en pleno vuelo. Cuando el Bendix Trophy, el trofeo transcontinental exclusivamente masculino, por fin abrió sus puertas a las mujeres, Earhart siempre se vio superada por Louise Thaden y otras. En 1936 participó por última vez en el Bendix y una vez más cayó derrotada ante Thaden al tiempo que Louise y su copiloto se convertían en las primeras mujeres en ganar el Bendix. Earhart y su copiloto, Helen Ritchey, entraron en tercer lugar.

La Segunda Guerra Mundial se anunciaba en el horizonte. Cuando finalmente estalló, las carreras aéreas dejaron de celebrarse durante casi diez años.

Aunque eso carece de importancia. Cada vez más, Amelia perseguía ese demonio en largos viajes experimentales alrededor del globo, poniendo a prueba las capacidades de nuevos aparatos tanto para la guerra como para la paz. Tampoco aquí fue Earhart la primera mujer que consiguió las primeras marcas. En 1934, las aerolíneas comerciales estaban construyendo una red internacional de vuelos programados y Helen Ritchey, amiga de Amelia (de quien también se rumoreaba que era lesbiana) fue contratada por Central Airlines como la primera piloto comercial de la historia. El sindicato de pilotos comerciales, formado exclusivamente por hombres, se negó a aceptarla entre sus afiliados, por lo que Helen, entristecida, renunció a su puesto un año más tarde. Sin embargo, la publicidad de Putnam siguió cosechando éxitos. Los norteamericanos vieron entonces en Amelia a «la primera dama del aire».

Durante la década siguiente, y bajo la dirección de Putnam, Earhart se adjudicó otros logros. Fue la primera mujer norteamericana que pilotó un autogiro (la versión primera del helicóptero), así como la primera en volar sola desde Hawai a Los Ángeles, y de Los Ángeles a México D.F. También acumuló varios récords femeninos de velocidad en vuelos directos transcontinentales. Entre vuelo y vuelo, recorrió el país dando conferencias, escribió libros y artículos e incluso llegó a lanzar su propia línea femenina de pantalones, de maletas, etc. En 1932 fue galardonada con la distinción Army Air Corps Distinguished Flying Cross y con el Harmon Trophy a la aviadora más destacada de Norteamérica. Se codeó con

Eleanor Roosevelt (otra prominente mujer cuya sexualidad, según se rumoreaba, era «rara») y se llevó a la mujer del presidente a dar una vuelta en avión sobre la ciudad de Washington.

Pero en 1935, cuando Amelia, que había cumplido ya los 38 años, empezó a plantearse su próxima proeza (dar la vuelta al mundo a bordo de un avión), es posible que se estuviera empezando a cansar de ser una celebridad. En febrero de 1935 les confesó a algunos reporteros de la prensa escrita de Manhattan: «Creo que me queda tan sólo un vuelo de largo recorrido por hacer. ¿Y después de eso? Mi preciosa casa de North Hollywood... el sol de California... los libros... los amigos... viajes de placer... muchas cosas».

PRÓXIMA A LA VICTORIA

Le llevó dos años planear su último vuelo. Trabajó mano a mano con su consejero técnico, Paul Mantz, y con Lockheed, su patrocinador y fabricante de su nuevo bimotor plateado, Modelo 10E Electra. Aquel era un aparato de última tecnología, financiado por Purdue University. El vuelo iba a ser el viaje más largo alrededor del mundo jamás emprendido: 43.500 kilómetros, siguiendo una ruta a lo largo del ecuador, de ahí que el avión hubiera sido especialmente dotado del mejor equipo de radio disponible en aquel entonces, y de tanques de combustible extragrandes a fin de aumentar las distancias del recorrido entre paradas para repostar.

Amelia necesitaría un oficial de navegación de primera fila: los días de navegación a campo abierto con un mapa de carreteras habían tocado a su fin. Pues bien, Fred Noonan, un oficial de navegación que había ayudado a la compañía Pan American Airways a diseñar sus primeras rutas, accedió a volar con ella. Después de sufrir un accidente con el avión que retrasó la partida durante varios meses, el Electra por fin fue reparado.

El vuelo fatal empezó el día 1 de junio de 1937, cuando Earhart y Noonan despegaron desde Miami. La ruta oeste-este les llevó hasta Puerto Rico, y desde allí, bordeando el noreste de Sudamérica, cruzaron el Atlántico hasta África central; de allí siguieron hasta el Mar Rojo, cruzando la India y el sureste de Asia hacia Port Darwin, en Australia. Durante el trayecto,

Amelia enviaba despachos al New York Herald Tribune y mandaba notas personales a su marido.

Uno de los interrogantes más preocupantes era decidir dónde aterrizarían para repostar combustible en mitad del Pacífico Sur. Entre Australia y Hawai había sólo tres diminutas pistas de aterrizaje en toda esa vastedad de océano: una en Lae (Nueva Guinea), otra en Rabaul (Nueva Bretaña) y la tercera en la diminuta isla de Howland, prácticamente a medio camino de Hawai. Rabaul estaba fuera de toda posibilidad porque había allí un volcán que estaba en plena erupción, llenando la atmósfera de cenizas y poniendo en peligro a los aviones que intentaran sobrevolar la zona.

El 29 de junio Amelia y su oficial de navegación aterrizaron a repostar en Lae, tras un vuelo plagado de retrasos debidos a las inclemencias del tiempo y a las reparaciones. Algunos informes dicen que Earhart sufría diarrea y que parecía cansada y enferma. Otros informes indican que Noonan y ella tenían un aspecto saludable y parecían animados. Amelia envió un último despacho y el 2 de julio, con unos 4.000 litros de combustible a bordo, volvieron a despegar. Unos cuantos minutos de imágenes informativas en un granulado blanco y negro documentan el momento del despegue.

El Electra zumbó en dirección noreste con 3.834 kilómetros de océano por delante, volando hacia la isla de Howland, la siguiente estación de repostaje. Dar con Howland sería el gran desafío del vuelo. El islote es apenas una mancha de coral y de maleza de un kilómetro y medio cuadrado de tamaño. La marina de los Estados Unidos, que prestaba cierta ayuda a Earhart en su cometido, no perdía de vista la creciente influencia japonesa en el Pacífico Sur y había construido una pequeña pista de aterrizaje en Howland. El Itasca, un barco guardacostas de la marina, se había situado junto a Howland y enviaría una señal de radio para conducir al Electra hasta la isla.

Hawai era el siguiente destino, su última parada. La victoria estaba próxima.

Pero las cosas no saldrían como se esperaba. El último mensaje de radio enviado por Earhart captado por el Itasca indicaba que estaba intentando encontrar en vano la isla de Howland, incapaz de recibir las señales enviadas por el guardacostas y a punto de agotar la reserva de combustible. Amelia había vuelto de nuevo a las carreras, aunque esta vez no competía en una carrera entre torres de alta tensión ante los vítores de la multitud. Era una carrera contra la muerte.

Más tarde, y según se afirma, un puesto de escucha de la marina situado en Nauru captó un último mensaje de radio fragmentado que posiblemente habría situado su posición a cientos de kilómetros al oeste de donde en un principio se había creído.

¿Qué había fallado? ¿Había cometido Noonan un error de navegación? ¿Habría fallado el equipo de radio? ¿Se habría desviado el avión de la ruta por los fuertes vientos de proa que prevalecían en la zona? ¿Habría sido Earhart incapaz de ver Howland, deslumbrada por el reflejo del sol en el océano?

¿Acaso Earhart y Noonan cambiaron de ruta en el último momento, como cree el tighar, emprendiendo rumbo sureste, donde sus cartas de navegación mostraban la existencia de otra isla diminuta (Nikumaroro) en un intento desesperado por encontrar un lugar de aterrizaje alternativo? ¿O es que Amelia estaba tan perdida que había dado media vuelta en algún punto muy anterior, como creen los del pngg, en un intento por regresar al campo de aviación más próximo, que habría sido el de Rabaul, en Nueva Guinea? ¿Se enfrentó quizá a problemas con el motor provocados por toda la ceniza volcánica que impregnaba el aire?

Quizá el chapuceo de la marina terminara tendiéndole una trampa. Según la Naval History Magazine («Revista de Historia Naval»), el Itasca no llegó a enviar la señal indicadora de radio a tiempo. Las cartas de navegación de la época mostraban Howland en una ubicación errónea con un margen de unas 5,8 millas náuticas… distancia suficiente para marcar una diferencia fatal. ¿Encubriría después la marina norteamericana su papel fundamental en la pérdida de una heroína norteamericana?

Independientemente de lo ocurrido, lo cierto es que Earhart y Noonan simplemente se habían desvanecido. Aunque el presidente Roosevelt ordenó efectuar una exhaustiva búsqueda en el Pacífico Sur, no se encontró el menor rastro de los desaparecidos. Durante los meses posteriores al abandono de las tareas de búsqueda por parte del gobierno, el desconsolado marido de Earhart siguió intentando dar con ellos. La búsqueda de Amelia Earhart no ha concluido jamás.

UN IMPACTO DURADERO

El impacto que produjo la vida de Amelia había calado

hasta lo más hondo de la psique norteamericana. Pocos años después de la muerte de Earhart, las pilotos protagonizaron el siguiente salto en su carrera… entrando en el ejército durante la Segunda Guerra Mundial. No se les permitía participar en combate, pero transportaban incansablemente aviones de guerra alrededor del globo allí donde se necesitaran. Después de la guerra, al tiempo que los Estados Unidos diseñaban un nuevo reactor, Pancho Barnes se convirtió en amiga y promotora de nuevos y avezados pilotos de pruebas como Chuck Yaeger, que superó la velocidad del sonido por primera vez. En 1982, Mary Haizlip se convirtió en la primera mujer en ser nombrada miembro del Aviation and Space Hall of Fame («El Salón de la Fama de la Aviación y del Espacio»). Bobbi Trout tuvo también una larga carrera, y recibió numerosos galardones en el ocaso de su vida.

Al llegar al año 2000, las mujeres volaban de forma rutinaria para Federal Express, UPS y las compañías aéreas comerciales. Un buen puñado de combatientes y de pilotos de helicóptero participaban ya en misiones de combate aéreo. Y, por último, aunque no por ello menos importante, las mujeres demostraron que estaban dotadas de la capacidad adecuada para convertirse en astronautas. Cuando la teniente coronel Eileen Collins se convirtió en la primera mujer que pilotaba el trasbordador Columbia, se llevó consigo al espacio el maltrecho título de piloto que Bobbi Trout consiguió en 1929 (firmado por el propio Orville Wright). Dos mujeres astronautas murieron con las chaquetas de vuelo puestas, en esa nada donde habita el demonio.

Mientras tanto, las carreras de aviones reaparecían. Tras la Segunda Guerra Mundial, gracias al papel de las fuerzas del aire en ese conflicto global, se retomaron las National Air Races («Carreras Nacionales de Aviones»). Las Ninety-Nines recuperaron el Powderpuff… y una Carrera Aérea Femenina empezó a celebrarse desde Palm Springs a Miami. En 1949, tras una espantosa colisión que tuvo lugar durante una competición aérea que puso durante un tiempo a la opinión pública en contra del deporte, las National Air Races fueron suspendidas, aunque un apasionado grupo de propietarios de aviones siguieron compitiendo en carreras locales y regionales. Algunos de ellos eran veteranos a bordo de sus Mustangs P-51 y otros aparatos de combate sobrantes de la guerra; otros eran meros aficionados al frente de viejos bimotores y de otros aparatos que databan de los primeros años de la era en que Earhart había estado activa.

En 1964, la ciudad de Reno se movilizó para revivir las National Air Races. Actualmente, el campeonato nacional de Reno está considerado «la competición deportiva a motor más veloz del mundo». Es a los aviones lo que las 500 millas de Indianápolis es a los coches. Durante varios días de septiembre, el cielo del desierto de Nevada es un mar de estruendo, humo y metal veloz como el rayo. En el 2006 se registraron seis categorías de competición distintas: Ilimitados, Fórmula Uno, Bimotores, AT6, Deportivos y Reactores. A pesar de los límites impuestos tras el 11 de septiembre sobre el vuelo de pequeños aparatos y del astronómico coste del combustible, las carreras en el aire siguen siendo uno de los deportes de mayor tecnología, riesgo y de gama más alta (junto con el automovilismo y el rafting).

Mientras tanto, el Powderpuff Derby desapareció entre los alborotos feministas de los años setenta... después de haber cumplido su propósito. Hoy en día, hombres y mujeres compiten de forma rutinaria en Reno. Mary Dilda, una de las mejores corredoras que pilota un reactor Albatros al que llama Heartless, fue irónicamente retratada por un caricaturista ganando carreras mientras hablaba por el móvil. Cuando un reportero le preguntó que cómo vivía el hecho de ser una mujer en un mundo de hombres, ella respondió: «En realidad, es un mundo de pilotos siempre que una tenga lo que hay que tener. Si puedes concentrarte y eres lo bastante buena como para estar ahí fuera, eso es lo que realmente importa». Palabras que muy bien podían haber sido pronunciadas por su abuela espiritual, Amelia Earhart.

Unos meses antes de que escribiera este artículo, en el 2003, Bobbi Trout murió a la edad de 97 años. Era el último miembro vivo de ese original grupo de pioneras. Como no podía ser de otro modo, su concurrido funeral se celebró en un hangar del Aeropuerto Burbank.

VOLADORES/AS GAYS Y LESBIANAS

A pesar de la homofobia que prevalece aún hoy en el mundo de la aviación, las Niñas Raras siguen ahí. Y están empezando a mostrarse abiertamente, al menos en el sector de la aviación civil. Las militares siguen aún asfixiadas por la máxima «No preguntes, no digas». Sin embargo, existen mujeres miembros de la Asociación Nacional de Pilotos Gays

(ngpa) cuyos miembros van desde pilotos acrobáticos a pilotos comerciales. La ngpa ejerce presión sobre las compañías aéreas para conseguir ventajas para las parejas de hecho y ofrece becas a los jóvenes que desean aprender a volar. «El pilotaje sigue siendo uno de los bastiones de la homofobia —declaró a la publicación Ambush Magazine Ron Swanda, director ejecutivo de la ngpa—. Y la mejor forma de cambiar esa triste realidad es atraer a más gays y lesbianas a este campo profesional.»

Las lesbianas y las bisexuales de hoy en día han seguido el ejemplo de Amelia Earhart en su participación en las carreras en el aire. Los miembros de la ngpa también se reúnen en sus propios certámenes GLBT. (Dado el coste y la logística de la organización de esta clase de eventos, probablemente no tendremos oportunidad de ver carreras en el aire en los Gay Games en fechas próximas.)

No obstante, ese demonio sigue esperando ahí fuera para las mujeres que buscan establecer nuevas marcas en el milenio que apenas ha dado comienzo. En marzo del 2001, dos pilotos lesbianas, Gwen Bloomingdale, de 58 años, y Barbara Gard, de 52, despegaron de Cabo Cod con destino a Inglaterra a bordo de su bimotor Aero Commander Shrike, construido en 1973. Su objetivo: competir en la Carrera Aérea Londres-Sydney y seguir luego cruzando el Pacífico por el punto donde Amelia encontró la muerte, circunnavegando el globo. Esperaban que la carrera les ofreciera la cobertura y seguridad necesarias para sobrevolar rincones del mundo en los que la sociedad y la religión siguen mostrándose hostiles con la homosexualidad declarada. La popular pareja eran pilotos veteranas: corredoras de carreras en el aire, ganadoras del Powderpuff Derby y propietarias de un servicio de excursiones aéreas en Cabo Cod. Sin embargo, 40 minutos después de haber hecho escala en Groenlandia, algo falló cuando volaban cerca de la costa de Islandia. El avión se estrelló en el Atlántico y las dos mujeres perecieron.

Hoy el nombre de Earhart es el centro neurálgico de innumerables sitios sobre la historia LGBT. Nadie sabe con seguridad hasta qué punto era «rara», pero es sin duda una de las grandes mujeres a la que nos sentimos con el poder de reivindicar. Las escritoras todavía se quedan sin aliento cuando escriben sobre Lady Lindy. En 1999, Steph Furness colgó en www.aviatrixproductions.com un ensayo titulado «The Inspiring Ms. Earhart» («La inspiradora señora Earhart»), con una prosa que perfectamente podría haber sido un

fragmento de una novela de Ann Bannon:

> Su figura exquisitamente larguirucha se apoya contra su apreciado Lockheed Electra; la cabeza, coronada por una mata de pelo de corte descuidado y en la que figuran esos ojos omniscientes, va asintiendo al ritmo de la conversación que tiene lugar tras la silenciosa película. Ahí de pie, toca vidas con su muerte y con su vivo legado.

Si los restos y el avión de Earhart llegan a encontrarse algún día, la noticia quizá desafíe al hallazgo del Titanic por parte de Robert Ballard y amenace con sustituirlo en la imaginación del público.

Mientras tanto, las palabras de Earhart son sin duda su mejor epitafio. En una de las notas que envió a su marido desde una de las escalas de ese último vuelo fatal, decía: «Quiero hacerlo porque quiero hacerlo. Las mujeres deben intentar hacer cosas del mismo modo que lo han hecho los hombres. Cuando fracasen, su fracaso debe convertirse simplemente en un desafío para otras».

DE LA GRAN DEPRESIÓN A LA GUERRA FRÍA

ANA MARÍA MARTÍNEZ SAGI

La «virgen del stádium» española

A menudo las historias de los pioneros y pioneras gays, lesbianas, bisexuales y transexuales en el ámbito del deporte (como los viejos murales de un edificio en ruinas) permanecen ocultas, casi invisibles para siempre, bajo gruesas capas de odiosas pátinas y de incrustado abandono. A medida que el historiador extrae una capa tras otra, las historias que quedan al descubierto resultan a la vez inspiradoras y descorazonadoras.

Hace unos años, durante mi estancia en España, llegó a mis oídos una de estas historias redescubiertas. Estaba de visita en Barcelona, esa cosmopolita capital de Cataluña, con su lengua propia y su larga y rica historia. Mi trabajo: ejercer como presidenta del jurado de los premios del Festival de Cine Gay y Lésbico de Barcelona. Entre pases, pasaba el tiempo con mis editoras españolas, Helle Bruun, Connie Dagas y Mili Hernández de la editorial Egales. Al tiempo que las cuatro hablábamos de los profundos cambios que se habían operado en España desde 1975, cambiábamos impresiones sobre el activismo gay de los dos países. Cuando mencioné mi serie de Outsports.com, las tres mujeres se iluminaron.

—Seguro que te interesa la historia de Ana María Martínez Sagi, que ayudó a lanzar aquí el movimiento deportivo de la mujer —dijo Connie—. Antes de nuestra Guerra Civil, era la campeona nacional de lanzamiento de jabalina. Además, fue poeta y periodista.

Cuando me fui de Barcelona, Connie me dio una biografía titulada Las esquinas del aire: en busca de Ana María Martínez Sagi. Fue lo primero que se ha publicado sobre esta extraordinaria mujer en tres cuartos de siglo. Durante los años de la dictadura franquista (1939-75), Sagi fue literalmente borrada de los anales. Su historia ha sido laboriosa y compasivamente reconstruida por el célebre escritor vasco Juan Manuel de Prada.

Durante el largo vuelo de regreso a casa, mientras otros pasajeros dormían, me sentí fascinada por la detectivesca historia de De Prada.

De Prada se había tropezado literalmente con la vida enterrada de Sagi. Un día de finales de los años noventa, un vendedor de libros de segunda mano le dio algunos libros viejos. De Prada hojeó perezosamente uno de ellos (una antología publicada en 1930). Se trataba de un libro muy peculiar: una colección de entrevistas ficticias que el autor había «hecho» a famosos escritores de la vida real española del momento, incluido Unamuno.

Entre ellos estaba Ana María Martínez Sagi.

De Prada aguzó el oído. Nunca había oído hablar de ella. La antología la describía como «poetisa, sindicalista y virgen del stádium». ¿También había sido atleta? ¿Era tan brillante como para colocarla junto a un gigante literario como Unamuno?

Para entender cómo una prominente escritora lesbiana pudo desaparecer literalmente de los archivos españoles, resulta de ayuda un pequeño repaso a la historia moderna de España. A finales de la primera Guerra Mundial, España era una de las pocas monarquías católicas que aún quedaban en Europa. Sin embargo, el poder del catolicismo estaba menguando debido al rechazo de la Iglesia a lidiar con los obreros y otras cuestiones relacionadas con los derechos humanos. La edad del jazz en España estaba inundada de pensadores, pintores, escritores y feministas de primera línea. En Cataluña, un movimiento independentista se enconaba contra el control del gobierno central.

En 1923, un golpe de Estado liderado por Miguel Primo de Rivera atajó de raíz estas tendencias liberacionistas. Con el apoyo del rey, Primo de Rivera suspendió la constitución e impuso la dictadura. Sin embargo, la agitación protagonizada por los liberacionistas no pereció. En 1931, Alfonso xiii huyó del país y el Partido Socialista se hizo cargo del vacilante gobierno. Los socialistas proclamaron una república muy semejante a la de los Estados Unidos y apartaron a la Iglesia del poder. De nuevo floreció el liberalismo. Incluso se llegó a hablar del movimiento en defensa de los derechos de los homosexuales, un movimiento que sería liderado por Federico García Lorca.

Cinco años más tarde, en 1936, los conservadores

nacionalistas se tomaron su revancha con el levantamiento del ejército. Tras tres años de guerra civil que dejó medio millón de muertos y el país totalmente devastado, el gobierno republicano cayó en 1939. Franco proclamó una dictadura de talante fascista que dejó a España aislada de Occidente. Se reestableció el catolicismo y todo el rigor de sus enseñanzas sobre el sexo. Con la censura resultó peligroso publicar (o tan siquiera mencionar) a los escritores de la República simpatizantes de la izquierda.

Ya en los años sesenta, a medida que España se recuperaba y abría sus puertas al turismo y a las inversiones extranjeras, la mayor parte de los españoles estaban cansados de la dictadura. Cuando Franco murió, en 1975, llegó la democracia (una monarquía constitucional muy parecida a la inglesa, con libertad de fe y de prensa). Hoy en día, España sigue en su incansable lucha en el ámbito de los derechos humanos (incluso el matrimonio homosexual es legal). Cataluña disfruta ahora de un estatus de autonomía que le da derecho a su propia lengua y cultura.

Desaparecida la censura, deja de resultar arriesgado para las librerías de viejo vender libros de colección, revistas y periódicos de la época de la República. De no ser así, De Prada jamás habría llegado a conocer la historia de Sagi.

LA MUJER MISTERIOSA

La investigación de De Prada le llevó a recorrer bibliotecas, montones de viejos recortes en los trasteros de viejas librerías, y finalmente llevó sus pasos a la feria del libro antiguo de Madrid, donde encontró un viejo ejemplar del Crónica con una historia sobre los campeonatos de España de atletismo de 1931 (junto con una fotografía de prensa en la que se veía a Sagi lanzando la jabalina). Definitivamente, Sagi era una persona de carne y hueso: una joven catalana fornida y bronceada con unos tristes ojos oscuros y pelo corto, y que llevaba una camiseta y pantalones cortos que resultaban sorprendentemente modernos para la época.

Más tarde, su búsqueda le llevó hasta una pareja de ancianas lesbianas que habían coleccionado un enorme archivo de material cultural de los años de la República en el que se incluían 5.000 libros. Durante los años de la dictadura de Franco se dedicaron a ello corriendo un gran riesgo,

manteniéndolo bien oculto y dividido entre sus dos apartamentos (puesto que no se atrevían a vivir juntas). Cuando De Prada las visitó en Madrid, las dos viejas damas le mostraron su precioso ejemplar del primer libro de poemas de Sagi. Ana María Martínez Sagi se lo había dedicado en 1931, después de una lectura de poemas que había tenido lugar en Madrid. Al parecer, Sagi había abandonado el país durante la Guerra Civil.

De Prada se preguntaba si seguiría con vida, y si en algún momento habría regresado a España. Después de revisar concienzudamente el listín telefónico, encontró a la hermana menor de Ana María, ya de avanzada edad. Su marido se negó a que De Prada entrevistara a su esposa, diciendo que Ana María llevaba ya muerta algunos años. A De Prada se le cayó el alma a los pies. No obstante, mientras estaba en Barcelona sonó el teléfono de su habitación de hotel. Una voz de anciana dijo: «Soy Ana María Martínez Sagi. Y usted debe de ser el hombre que está intentando resucitarme».

Tenía 90 años y vivía discretamente en un pueblo no muy lejos de Barcelona. De Prada la encontró en un pequeño chalé con televisor, servicio, y su propio archivo de libros, fotos y documentos. Ana María le contó el resto de la historia.

CHICAS TRABAJADORAS

Nacida en 1907, Ana María no era (o eso dijo) el niño que sus padres hubieran deseado. Aun así, sus padres, unos acaudalados fabricantes de ropa de Barcelona, fracasaron en su intento por convertirla en una refinada jovencita de la alta sociedad de la época.

Barcelona era una ciudad que vibraba con la pasión por el deporte y la chiquilla se empapó de ella. Sus dos hermanos mayores jugaban en el formidable equipo de fútbol de la ciudad, el F.C. Barcelona (el Barça, en catalán). Ana María se unía a ellos para jugar salvajes partidos de fútbol por la casa: era una portera estupenda. Cuando entró en la adolescencia, Ana añadió la natación, el esquí, el baloncesto y el atletismo a su lista de pasiones.

Sus padres no veían con buenos ojos su afición al deporte. La mayoría de las mujeres españolas sólo se dedicaban a pasatiempos propios de una señorita como la equitación, el tiro y el tenis, siempre que llevaran a cabo dichas actividades

demostrando una actitud «femenina». Ana María ni siquiera respetaba el conservador código de vestuario español. A menudo se la veía vestida siguiendo la elegante moda femenina de la época (y evidentemente incómoda con esas ropas, a pesar de que correspondían a su posición social). Sin embargo, a veces se atrevía a ponerse una camisa de hombre y una corbata, y a llevar el pelo tan corto como un chico. Cuando estaba a punto de cumplir 18 años, se negó en redondo a satisfacer sus obligaciones como debutante. Su madre la amenazaba constantemente con echarla de casa y desheredarla.

A los 22 años, Ana María había emprendido ya una doble carrera: la de atleta aficionada y la de escritora, publicando para entonces su primer libro de poemas en 1929.

Barcelona se estaba transformando en una ciudad políticamente más liberal que otras capitales españolas. El feminismo y el deporte femenino eran cuestiones candentes que Barcelona conjugó fiel a su talante único y característico. La fábrica del padre de Ana María, junto con cientos de otras repartidas por toda la ciudad, estaba abarrotada de jóvenes trabajadoras del sector textil. Las activistas estaban alarmadas ante el estilo de vida cerrado e insalubre de las jóvenes y querían que salieran y se ejercitaran al aire libre. El resultado fue una organización de jóvenes obreras: el Club Femení i d'Esports, el primero de su clase en España. Ana María ayudó a fundarlo y se convirtió en la secretaria y en el espíritu guía del club. Las miembros de la organización no sólo podían jugar en los distintos equipos, sino que podían además aprender a leer y escribir, asistir a conciertos, etc.

Ya cumplidos los 20, Ana María era considerada una de las figuras más dinámicas de la escena deportiva catalana. Cuando el F.C. Barcelona se desmembró debido a las disputas políticas, Ana María fue nombrada directora de la institución con la esperanza de que fuera capaz de sanar la herida. Nunca antes una mujer española había liderado un equipo deportivo masculino.

Ya en 1930, Ana María se concentró en el atletismo, especializándose en el lanzamiento de jabalina. Ni que decir tiene que lanzaba con el llamado «estilo español» que se utilizaba en aquellos tiempos y que partía de un movimiento de mano de arriba abajo combinado con un giro de 360 grados a partir de la dirección del lanzamiento. La IAAF (Asociación Internacional de Atletismo Amateur) ha modificado el lanzamiento por razones de seguridad de modo

que en la actualidad la jabalina se lanza sin ejecutar el giro y con un sencillo movimiento del brazo por encima del hombro). Empezó también a escribir para algunos periódicos y se convirtió en una de las reporteras estrella del Crónica.

La familia de Ana María seguía oponiéndose a las actividades de su hija, pero tenían sus propios problemas. El Banco de Barcelona cerró entre las réplicas económicas resultantes del crack de la bolsa del 29 y la fortuna de su padre desapareció de la noche a la mañana.

En abril de 1931 llegó el trueno del cambio: el rey abdicó, se proclamó la Segunda República y también la tan soñada autonomía de Cataluña. En julio, cuando los catalanes celebraban su propio campeonato de atletismo en el estadio de Montjuïc, tuvo lugar un excitante (aunque volátil) ambiente político en torno al deporte. El equipo de las obreras protagonizó una jornada memorable. Ana María electrificó a todos los presentes estableciendo un nuevo récord nacional de jabalina femenino con un lanzamiento de 20,6 metros. Quizá fue eso lo que animó a algún periodista deportivo a acuñar el pseudónimo de «la virgen del stádium».

En octubre, el equipo de obreras asistió audazmente a los campeonatos de España celebrados en Madrid, que incluían las disciplinas de natación y de atletismo. Fue ahí donde Ana María ganó de nuevo la prueba de lanzamiento de jabalina, convirtiéndose así en campeona nacional.

Sin embargo, el equipo de chicas recibió en Madrid una bienvenida más fría. El centro de España (Castilla) era más conservador; muchos fueron los que se quedaron perplejos al ver a aquel equipo de chicas con las piernas desnudas, en pantalones cortos y camiseta. La prensa acusó a las muchachas de «exhibicionistas» y de «masculinizadotas». Hasta algunos críticos literarios y famosos escritores se apuntaron al carro del antifeminismo. Ana María fue vilipendiada con el apodo de «la Diana roja». Antonio Machado, el gran poeta castellano, la despreció, burlón, refiriéndose a ella como a «esa nadadora catalana».

Las pruebas de lanzamiento (jabalina, disco, martillo y peso) eran todavía nuevas para el atletismo femenino; incluso fuera de España se consideraban poco adecuadas para las mujeres. El lanzamiento de peso femenino estuvo apartado de las olimpiadas hasta la década de los sesenta, y el de martillo hasta la de los noventa. Sin embargo, en 1932, la jabalina femenina debutaría en los juegos olímpicos. Babe Didrikson, la fenomenal atleta norteamericana, convertiría los esfuerzos

anteriores (incluido el de Ana María) en raquíticos con su colosal lanzamiento de 43,68 metros (en la actualidad, el récord mundial de lanzamiento femenino está en 70 metros o más).

Aunque nadie podía saberlo en aquel entonces (a pesar de aquel potente comienzo), en el momento en que el país sufrió las consecuencias del estallido mortal del levantamiento militar, España no tardaría en quedar rezagada por lo que a deporte femenino se refiere.

LAS NOCHES DE MALLORCA

Mientras tanto, en 1932, a la edad de 25 años, Ana María Sagi lanzó la jabalina de su espíritu hacia un romance de amor lésbico que definiría el resto de sus días. Desde 1927 había estado siguiendo la obra de Elisabeth Mulder, otra nueva poeta de la ciudad que en aquel entonces tenía 28 años. Elisabeth era hija de un rico holandés y de madre sudamericana. Esbelta, rubia y con ojos de cervatillo, era considerada toda una belleza, estaba ya casada y había enviudado.

Ana María vio en ella su alma gemela y a principios de 1932 logró provocar un encuentro con Mulder. Las dos mujeres no podían haber sido más distintas (muchachote deportista la una versus mujer florero la otra). No obstante, ese primer encuentro encendió una feroz llama de amor y atracción mutuos. Mulder quedó totalmente prendada del carisma y de la desbordante vitalidad de Ana María, así como de su fuerza física y espiritual. Incluso llegó a publicar varios efusivos escritos sobre Sagi. Ana María se quedó sin aliento ante la belleza y la intensidad de Mulder, a la que describió como una «lanza de sauce».

A pesar de lo liberada que se había vuelto la ciudad, el conservadurismo católico todavía estaba muy enraizado en las familias españolas, poseedoras de un inmenso poder legal sobre las hijas adultas solteras. Un romance lésbico oculto implicaba un altísimo riesgo social. La intimidad era una quimera en Barcelona, con un millón de ojos vigilantes, de modo que, en abril de 1932, las dos mujeres se las ingeniaron para huir juntas. Se reunieron en la isla de Mallorca, donde alquilaron una habitación en un pequeño hotel y evidentemente (a juzgar por las pistas que encontramos en la

poesía de Sagi) disfrutaron de unos cuantos días y noches de amor extático.

Sin embargo, los padres de Ana María adivinaron lo que estaba ocurriendo. De hecho, su padre murió de un ataque al corazón. El escándalo se mantuvo al margen de los periódicos, naturalmente, pero la madre de Ana lanzó una lluvia de amenazas legales tan aterradoras contra ella que Elisabeth desapareció, cortando todo contacto con Ana.

La destrozada relación se convertiría así en el punto de referencia de la vida de Sagi. Como más tarde le diría a De Prada, Ana María decidió dedicar el resto de su vida al amor perdido de Mulder. Escribió abiertamente sobre el amor que le profesaba a una mujer, aunque la mujer jamás fue identificada. Su poesía se convirtió en una jabalina lanzada al azul, al rostro mismo del cielo, y no volvería a tocar suelo jamás hasta el día de su muerte.

Ana María rompió definitivamente con su familia y se independizó.

REPORTERA ESTRELLA

«La virgen» alquiló un piso en Barcelona y se mantuvo ejerciendo de periodista, una intrépida iniciativa para una joven española soltera. Sus entrevistas tenían como protagonistas a personas con las que ninguna «señora» habría cruzado palabra: albañiles, peluqueras, prostitutas, transformistas y mendigos. Sus escritos hicieron de ella una mujer a la vez notable y respetada en la ciudad.

Un incidente acontecido en el año 1935 dio prueba de la capacidad de supervivencia que caracterizaba a Ana María como periodista. Mientras escribía artículos de índole cultural para el periódico barcelonés La Rambla, conoció al poeta y dramaturgo Federico García Lorca, quien, según se rumoreaba, era gay. Lorca estaba en Barcelona ensayando una nueva obra con la célebre actriz catalana Margarita Xirgu, la Helen Hayes española de la época. Ana María frecuentó la compañía, que terminó por encariñarse con ella.

Un día, Ana María se enfrentó a un conflicto de fechas. La Rambla quería que cubriera el estreno de la obra de Lorca, pero Ana se había inscrito en una competición de esquí meses antes. ¿Su solución? Escribir una reseña fingiendo que había asistido al estreno. No hubo ningún problema, pues ya había

visto muchos de los ensayos. Escribió una reseña de ornada prosa sobre la «brillante actuación» de Xirgu y pasó a dejar el escrito por la redacción de La Rambla. Luego se marchó alegremente a las carreras de esquí y ganó varios trofeos.

El lunes por la mañana volvió a Barcelona, enardecida con sus victorias… para ser pasto del ataque de su editor. Estaba furioso. El estreno se había pospuesto porque Xirgu estaba enferma. La Rambla no había sido avisada a tiempo y había publicado la fraudulenta reseña. El diario había sido blanco de burlas por parte de los periódicos de la competencia de la ciudad. El editor despidió a Ana María al instante.

Profundamente avergonzada, Ana María recurrió a la compañía de teatro para que le dieran ideas que la ayudaran a recuperar su empleo. ¿Su solución? Lorca y la glamorosa Xirgu se presentaron en la redacción de La Rambla y concedieron al periódico una entrevista en exclusiva, completada con reportaje fotográfico. El editor rescató la malograda reputación de La Rambla gracias a esa fabulosa exclusiva.

Ana María siguió publicando libros de poesía y algunos críticos la aclamaron como una de las voces líricas más poderosas de su generación.

Hacia 1935, el escenario político español se descomponía a pasos agigantados y las huelgas y los levantamientos se sucedían por doquier. Los conservadores tenían su base de poder en el ámbito militar, las clases altas, la aristocracia rural y la Iglesia, mientras que una volátil mezcla de demócratas sociales, liberales, socialistas, comunistas y anarquistas constituían la fuerza de apalanque de los obreros rurales y urbanos de clase media y baja. A fin de contrarrestar las inclinaciones conservadoras del ejército, muchos de los que conformaban el otro bando (los obreros de las fábricas, los campesinos sin tierra, etc.) se habían organizado abiertamente en milicias armadas. Entre todos ellos se tendió un pulso por el control del país. En Cataluña, los abogados de la libertad catalana se adjuntaron al creciente clamor. Cataluña era el mayor fortín de los anarquistas, cuya milicia armada tenía a la cabeza a un carismático hombre llamado Buenaventura Durruti.

En el Club Femení, ni siquiera las jóvenes obreras se mostraban de acuerdo en sus inclinaciones políticas, por lo que los equipos terminaron disgregándose. Ana María dejó el Club, aunque siguió activa en las competiciones deportivas individuales. Se dedicó en cuerpo y alma a los reportajes

políticos para los periódicos de izquierdas.

Entre todo ese caos, Barcelona todavía vibraba con la vieja pasión por el deporte: varios años antes, la ciudad había presentado su candidatura a los juegos olímpicos de 1936, pero había sido desbancada por Berlín. Cuando Hitler llegó al poder, vio los Juegos de Berlín como la oportunidad para hacer alarde de la presunta «superioridad de los arios». El gobierno republicano español se tomó dicho alarde como una afrenta y llamó a los atletas del mundo a que boicotearan los Juegos y asistieran a la Olimpiada Popular, que se celebraría en Barcelona justo antes de las Olimpiadas de Berlín. La ciudad podía manejar el flujo de gente con sus amplias instalaciones deportivas y los espléndidos hoteles construidos para la Exposición Universal de 1929.

En julio de 1936, seis mil atletas procedentes de 22 países, incluidos los Estados Unidos, respondieron a la llamada inundando Barcelona. Muchos fueron enviados por distintos sindicatos. A los eventos atléticos masculinos y femeninos de costumbre, Barcelona añadió el ajedrez y las danzas folclóricas. ¡Ana María tuvo que haber estado en el auténtico meollo! Habría sido su debut como atleta internacional. La Olimpiada Popular debía dar comienzo el 19 de julio. Barcelona disfrutaba de un ánimo festivo.

Sin embargo, el 18 de julio, las radios y los teletipos hicieron un pésimo anuncio: las tropas españolas sitas en Marruecos, lideradas por el general Francisco Franco, se habían levantado contra la República, declarando su intención de establecer una dictadura. Su revuelta se hizo pronto extensiva a otras guarniciones de la península. La conmoción debió de poner los nervios de punta a los cientos de atletas que ya habían llegado a Barcelona.

Al día siguiente, el 19 de julio, los ciudadanos de Barcelona se encontraron con que los cuarteles de la zona intentaban hacerse con el control de la ciudad. Dado que no había tropas regulares para hacer frente al levantamiento, fue Durruti y su milicia quienes acudieron en ayuda de la ciudad condal. Unos 200 atletas cogieron fusiles y se unieron a ellos. Tras tres días de feroces combates, los soldados de Durruti lograron controlar a los insurrectos Nacionales. Por el momento, Barcelona siguió siendo republicana y Durruti se convirtió en un héroe. Sin embargo, la Olimpiada Popular tuvo que cancelarse.

Con el soporte del gobierno catalán, Durruti organizó una columna militar de 10.000 hombres y acudió con ellos en

ayuda de las milicias republicanas que estaban en el interior. La Guerra Civil española había estallado.

PERIODISTA EN GUERRA

La «virgen del stádium» se sintió con la obligación de arrojar la lanza de su idealismo personal y plantar oposición a la idea de un gobierno autoritario. Ana María se compró un pequeño Volkswagen y se acreditó como corresponsal de guerra para el periódico El Tiempo en Bogotá. El 24 de julio, mientras la columna de Durruti salía de Barcelona, Ana María pisaba el acelerador de su coche y se unía a la polvorienta fila de vehículos. Durruti la detuvo y le dijo que no era bienvenida, pero la aguerrida respuesta de Ana María pudo con él. Durruti la apodó «la Aristócrata» y le permitió unirse a su columna en calidad de corresponsal.

Durante los meses siguientes, bajo el duro invierno de la meseta central, la resistencia física de Ana María debió de ayudarla a sobrevivir mientras viajaba con las tropas y enviaba sus relatos. Su idealismo sufría a medida que era testigo directa de espantosos combates (escenas de carnicerías por ambos bandos que, como le confesaría más adelante a De Prada, jamás podría borrar de su memoria). En noviembre, la columna de Durruti llegó por fin a Madrid, donde una gran batalla sacudió la ciudad. El 10 de noviembre, Durruti cayó.

Ana María regresó a Barcelona con el grupo que escoltaba su cuerpo y cubrió el funeral. Al acto asistieron cientos de miles de personas que querían darle su último adiós.

En algún momento, Ana María debió de enterarse de la espantosa noticia de que habían sacado a rastras de su casa a su amigo García Lorca para ser asesinado a tiros cuando los nacionales ocuparon Granada, su ciudad natal. Durante los cincuenta años siguientes no habría en España ningún movimiento gay.

En el curso de los tres largos años siguientes, los republicanos y los nacionales se disputaron en aguerrida lucha prácticamente cada metro cuadrado del suelo español. Ana María seguía cubriendo la guerra desde Barcelona. No obstante, la Alemania nazi ayudaba a los nacionales mientras que los republicanos (después de que los Estados Unidos y sus aliados les denegaran su ayuda) se estaban quedando sin recursos. En enero de 1939, los nacionales volvían a avanzar

hacia Barcelona. El final estaba próximo.

Evidentemente, Ana María temía que la mataran cuando la ciudad fuera ocupada como lo habían sido Lorca y otras figuras de la izquierda, así que subió a su viajado Volkswagen y se unió al torrente de 40.000 almas que huían en dirección a Francia, un país en el que tradicionalmente resultaba fácil encontrar asilo. A treinta kilómetros de la frontera se le estropeó el coche. La fortaleza atlética de Sagi volvió esta vez a hacerle un gran servicio: hizo el último y tortuoso trecho a través de los Pirineos a pie en mitad de una tormenta de nieve.

El 29 de enero, el día de la caída de Barcelona, cruzó la frontera francesa en Cerbère.

UNA DIVA DISTANTE

Ana María Martínez Sagi nunca retomó la práctica del atletismo. Mientras España se derrumbaba en el período posterior a la Guerra Civil, escasos eran el tiempo y la energía que restaban para dedicarlos al atletismo. Tampoco Europa tenía tiempo para el deporte: el continente se veía poco a poco abocado a la segunda Guerra Mundial. Nadie podía saberlo en aquel entonces, pero los Juegos de Berlín de 1936 serían los últimos hasta el año 1948.

En cualquier caso, Sagi estaba demasiado ocupada intentando sobrevivir y haciendo frente a los grandes traumas de la experiencia en curso. Siguió en Francia durante la guerra. Cuando los alemanes ocuparon el norte de Francia, se unió a la Resistencia y tomó parte activa en la liberación del país galo. Más tarde, mientras trabajaba con la Cruz Roja, estuvo entre el personal que ayudó a evacuar a los supervivientes de los campos de concentración de Alemania. «He visto los hornos crematorios y he dado los primeros auxilios a los supervivientes», decía en una carta, añadiendo que esas experiencias se sumarían a otros horrores que no podía quitarse de la cabeza. A menudo una mujer de sonrisa escueta durante su juventud, Ana María se volvió, como era de esperar, en una mujer mucho más taciturna.

Después de la guerra, logró tener acceso a la universidad francesa, de donde salió con una licenciatura en Lengua y Literatura. Siempre había querido tener un hijo, y se quedó embarazada con la ayuda de un amigo de confianza,

convirtiéndose así en una de las primeras madres modernas lesbianas de las que se tiene constancia. Sin embargo, la pequeña murió a la edad de cinco años, dejando a Sagi con un nuevo desconsuelo al que hacer frente.

Siguió publicando poesía sobre ese amor anónimo y perdido. Desde la distancia, quizá siguiera con atención y desde la barrera los progresos de Elisabeth Mulder en su propia carrera literaria. Mulder se había quedado en Barcelona y había sobrevivido a la Guerra Civil. Se convirtió en popular novelista y sobrevivió a la era de Franco tratando temas que no ofendían a nadie.

Hacia el año 1958, Sagi se mudó a los Estados Unidos, donde enseñó lengua y literatura en la Universidad de Illinois durante quince años. Sus últimos poemas datan de 1969, el año en que tuvieron lugar los sucesos de Stonewall. Quizá vibró ante el arrojo revolucionario de Stonewall, aunque no parece que estableciera ningún vínculo visible con el mundo gay de los Estados Unidos. En 1972 se jubiló y a partir de entonces vivió de su pensión de profesora. Tras la muerte de Franco, volvió a España. Su solitaria casa en el campo catalán estaba a tan sólo setenta y cinco kilómetros de Barcelona y de la ex amante a la que no había vuelto a ver desde el año 1932.

En 1987 Elisabeth Mulder murió a la edad de 83 años.

Cuando Sagi se enteró de la investigación de De Prada, Mulder llevaba ya casi una década muerta. Es posible que Ana María se sintiera por fin libre para poner punto y final a su largo silencio. No viviría mucho más. A fin de mantener viva la memoria de su gran amor, la historia de ese amor (y la identidad de la amante) debían ser desveladas. Sus conocidos norteamericanos lo llamarían «salir del armario».

PUESTA AL DÍA

Desgraciadamente, Ana María Martínez Sagi no vivió para ver su historia resucitada. Murió en el 2000, justo antes de que se publicara el libro de De Prada. Tenía 93 años. Sus cenizas se esparcieron en el mar, ante la costa de Mallorca.

Sin embargo, Sagi sí vivió para ver la resurrección del deporte femenino en la España posfranquista. La jabalina que ella había lanzado en el año 1931 había recorrido una larga, larguísima distancia (de hecho, se había mantenido en pleno

aire durante medio siglo) para volver a caer al suelo y clavarse, temblorosa, en territorio español.

Con el régimen de Franco por fin desmantelado, el conservadurismo de la Iglesia se vio obligado a batirse en retirada. Las mujeres españolas volvieron una vez más a reclamar su derecho a celebrar sus capacidades de cualquier forma posible, incluyendo los deportes que en su momento habían sido considerados «no femeninos». En octubre de 1990, el gobierno español aprobó una nueva Ley del Deporte, declarando su intención de invertir tres billones de pesetas al año en el deporte profesional, aficionado y escolar, con un especial hincapié en las mujeres.

Después de que Cataluña recuperara su estatuto de autonomía, la ciudad de Barcelona por fin consiguió la concesión de los Juegos Olímpicos de 1992. Ese año, España ganó 22 medallas y se colocó en sexto lugar del medallero. Quizá Sagi estuviera sentada en su solitaria casa de campo, viendo los juegos olímpicos de Barcelona en su televisor.

Durante los años ochenta y noventa, las atletas españolas siguieron poniéndose a la altura del resto del mundo. Algunas eran abiertamente lesbianas: entre ellas cabría destacar a la campeona de tenis Conchita Martínez. En Atenas 2004, España no tuvo tantos éxitos, y quedó situada en el puesto 20 del medallero. No obstante, las mujeres españolas volvieron a casa con un buen puñado de medallas. Notable fue la de plata en los dobles femeninos conseguida por el equipo de tenis español (incluida Conchita Martínez), que dejó fuera de competición al equipo norteamericano, liderado por otra lesbiana declarada llamada Martina Navratilova.

Mientras tanto, las mujeres españolas hacen progresos en deportes más fuertes. Se dedican al boxeo, al ciclismo. Hay docenas de clubes de fútbol de mujeres y una liga nacional de fútbol femenino. Y, más aún, en el 2004, siete mujeres compitieron en el primer pentatlón femenino de la historia de España. Nadie se rasgó las vestiduras al ver a mujeres haciendo tal cosa. Ese año, la recordwoman nacional en lanzamiento de jabalina fue Natividad Vizcaíno, cuya mejor marca personal era de 60,64 m.

Desde esa Valhalla de dulce aroma a la que ascienden los espíritus de los/las atletas, la «virgen del stádium» quizá se haya vuelto para mirar esos lanzamientos de jabalina y haya sonreído.

BABE DIDRIKSON ZAHARIAS

La amazona golfista de los noticiarios cinematográficos

Existe un solo «Babe» en cada sexo. Entre los hombres, es sin duda Babe Ruth. Entre las mujeres, es Babe Didrikson Zaharias. Nacida en 1911 y fallecida en 1956, reverenciada y vilipendiada en su época, Babe fue única en el mundo del deporte. Era una chicarrona tejana atractiva, testaruda, insistente, arrogante, divertida, valiente y con un gran corazón que revolucionó la práctica del golf entre las mujeres. También obtuvo una medalla en atletismo en las Olimpiadas de 1932 y hay quien dice que ha sido la atleta más completa de la historia.

Medio siglo después de su muerte, las hazañas de esta mujer siguen dejando sin aliento a feministas y a historiadores por igual. Carolyn A. Thompson, profesora de estudios sobre la diversidad de la Universidad de Pensilvania, afirma:

> Prácticamente no hubo un solo deporte en el que Babe Didrikson no destacara. Nadaba, corría, jugaba al béisbol con los profesionales. Saltaba; era un prodigio jugando al baloncesto, al balonmano y al lacrosse. Jugaba al tenis, boxeaba, jugaba a los bolos, practicaba la esgrima, patinaba y destacó en el billar y en el ciclismo. Obtuvo su mayor fama como campeona olímpica y destacada golfista que ganó ochenta y dos torneos a lo largo de su carrera. Babe fue el fenómeno deportivo de los años treinta y cuarenta, asombrando a las multitudes de ambos lados del Atlántico con sus hazañas atléticas.

Hoy en día, algunos expertos deportivos se oponen a otorgar a Babe el título de mejor golfista de todos los tiempos. Hay quien prefiere conceder ese honor a Patty Berg. Hubo incluso un comentarista deportivo que llegó a refunfuñar: «Babe Zaharias ni siquiera podría cargar con los palos de golf de Patty Berg».

Sin embargo, otros expertos se deshacen en elogios al escribir sobre Babe. Lee Pace, del Triad Golf Today Magazine, afirmó no hace mucho que Babe «era tan formidable y había dominado el deporte del golf en su momento como Tiger Woods en la actualidad». Si consideran impresionantes las

nueve victorias de Woods en la temporada del año 2000, no olviden que Zaharias ganó 14 torneos consecutivos y 17 eventos en un período de 14 meses, entre 1946 y 1947... Del mismo modo que Tiger ganó tres títulos de los grandes en el año 2000, Babe se alzó medio siglo antes con los tres grandes torneos femeninos: el Abierto, el Titleholders y el Western.

La ESPN (Entertaining and Sports Programming Network) está de acuerdo con Lee Pace, otorgando a Babe un puesto de honor en su lista de los 100 Grandes Atletas del Siglo xx (aparece en la posición número 15, justo después de Jack Nicklaus, representante del golf masculino). Patty Berg ni siquiera aparece en la lista de la ESPN (aunque, en mi opinión, debería figurar).

Naturalmente, menos elogiosos son los comentarios que hacen referencia a la compañera y campeona de golf Betty Dowd, que apareció al lado de Babe al final de sus días. Sin embargo, el mejor libro que se ha escrito sobre Babe, The Life and Legend of Babe Didrikson Zaharias («La vida y leyenda de Babe Didrikson Zaharias»), de Susan Cayleff, lidia honestamente con su orientación sexual, con las complejidades de una muchacha sureña y de clase obrera que se abrió camino hasta la riqueza, la fama y la influencia en un mundo deportivo elitista mucho más marcado por la homofobia de lo que está en la actualidad.

CUANDO MANDABAN LOS NOTICIEROS CINEMATOGRÁFICOS

Desde un principio, el juego agresivo de Babe y su físico atractivo y masculino llevó a los periodistas deportivos a apodarla «amazona»... palabra clave utilizada para hacer referencia a las atletas lesbianas.

Hija de una familia de inmigrantes noruegos afincada en Texas, Babe llevaba el pelo cortado a lo chico y tenía todo el aspecto de una joven y nórdica k.d. lang. Sin embargo, y a pesar del calificativo de amazona, se hizo tremendamente popular entre el público norteamericano. ¿Cómo llegó a ocurrir semejante milagro en esos días anteriores a la revuelta de Stonewall? Su popularidad era una paradoja... y un tributo a su imparable personalidad.

Dado que en esa época no había televisión, Babe se ganó rápidamente la atención del norteamericano medio gracias al medio de difusión informativo más influyente de la época: los

noticieros cinematográficos. En 1929, la agencia Movietone News había lanzado su primer boletín noticiero cinematográfico sonoro en Gran Bretaña, distribuido en los Estados Unidos por la Fox. Cuando estalló la segunda Guerra Mundial, Movietone News se había convertido en parte de la vida diaria de los ciudadanos de ambos lados del Atlántico, con su comentario de fresco acento británico. Time Inc. creó una serie similar en los Estados Unidos llamada el «Avance de los Tiempos». Estos noticieros cinematográficos suponían una gran inversión y requerían equipos de filmación que grabaran en mitad de las guerras, revoluciones, levantamientos y aluviones. No existían todavía las cámaras aéreas, las cámaras al hombro ni los zooms, sino que era todo un trabajo sucio, peligroso y de distancias cortas en el que se empleaba auténtica película en blanco y negro y un equipo muy pesado. Los productores llegaron incluso a inventar el formato que tan familiar resulta hoy en día. Primero el logo y la fanfarria de música patriota. Después los titulares, seguidos de todos los asuntos de interés humano… y por último el deporte.

Cuando las inmensas multitudes se congregaban para ver jugar a Babe, ahí estaban las cámaras de los noticieros para documentarlo. Babe jugaba para la galería y para los reporteros del mismo modo que se concentraba en el juego. Daba toda clase de facilidades a los medios para que accedieran a ella. A fin de soslayar las intimidaciones y las sospechas que pendían sobre ella (como suele ser práctica habitual en muchas «marimachos»), Babe hacía uso de chistes arrebatadores y de devastadores golpes de efecto del mismo modo que utilizaba su driver. Aun así, Babe no era sólo fachada. Era real… todo corazón, alma y agallas.

En una ocasión, después de haber fallado un sencillo putt y de haber perdido un torneo que ya tenía ganado, volvió la vista hacia la galería y bromeó: «Me habría colocado en un margen superior de mi declaración de la renta».

En otra ocasión, cuando una espectadora homófoba le preguntó dónde se había dejado los bigotes, Babe le replicó: «estoy sentada encima, hermana, como tú».

Los equipos de los noticieros estaban encantados con lo ocurrido y no dejaron de filmar en ningún momento. Una semana más tarde, sus ocurrentes réplicas aparecieron en las pantallas de los cines de todo el país, y Babe despertó las carcajadas de millones de espectadores. Ni siquiera los comentaristas deportivos que odiaban sus formas de amazona, como Paul Gallico, pudieron ignorarla.

Pero por encima de todo, o al menos esa es mi opinión, la atención de los medios informativos provocó que Babe disfrutara de una influencia pionera que fue más allá de lo que hubiera llegado a conseguir con sus palos de golf. Por toda Norteamérica, las jóvenes que más adelante se unirían al movimiento de defensa de los derechos de las mujeres y/o de los gays de la década de los setenta, o que formarían parte de la invasión tipo Día D del deporte masculino que protagonizaron las mujeres durante esa misma década, estaban sentadas en el cine de su ciudad viendo a The Babe en los mismos acongojantes noticieros que veía yo. Cientos de miles de nosotras. Todas leímos el mensaje alto y claro.

También yo fui un «marimacho». Nacida en 1936 y criada en una ciudad del oeste en la década de los cuarenta, sentí el impacto personal que causaba Babe en sus apariciones en los noticieros. Lo mismo les ocurrió a otras jóvenes norteamericanas que iniciaban vacilantes sus propias representaciones de la perfecta joven femenina norteamericana, pero que en el fondo de su corazón sabían que querían algo diferente de la Vida.

LA PANTALLA PLATEADA DE LA PEQUEÑA CIUDAD

Si vivías en Deer Lodge, Montana (con una población 6.000 habitantes) y odiabas el deporte, podías evitar las noticias deportivas de la prensa escrita siempre que te las saltaras en tu ejemplar del Life Magazine o del Montana Standard. Sin embargo, si ibas al cine al Rialto Theater, la sala art-decó de Main Street, cosa que hacían la mayor parte de los habitantes del valle al menos una vez por semana, tenías que tragarte cinco o diez minutos de noticiero antes de poder ver la película. A no ser, claro, que odiaras tanto el deporte que decidieras gatear entre las rodillas de los espectadores, sorteando los cigarrillos encendidos de todos los presentes (en aquel entonces estaba permitido fumar en los cines) y volvieras al vestíbulo a comprar palomitas mientras se emitía el noticiero.

Aquellos cines ofrecían dos noticieros a la semana que se añadían al acostumbrado cambio de programa, que tenía lugar dos veces por semana. Los grandes y aparatosos noticieros audiovisuales traían los eventos nacionales e internacionales a la calle mayor de pueblo con asombrosa

inmediatez. Sí, los noticieros llegaban cargados de propaganda en tiempos de guerra, pero eran también vívidos y apasionantes primeros planos de la vida de esos días... y, hacia el final de la segunda Guerra Mundial, parte de las secuencias llegaron a la pantalla de nuestra pequeña comunidad en el nuevo procedimiento conocido como tecnicolor.

Toda la ciudad, sobre todo los niños, vivimos fascinados cientos de emociones sentados en los asientos de terciopelo rojo del Rialto. La censura actual que se aplica a las imágenes violentas se desconocía entonces por completo. Se nos vapuleaba con la acometida visual a toda pantalla de la segunda Guerra Mundial: montones de cadáveres esqueléticos encontrados en los campos de concentración nazis, las aturdidas víctimas japonesas de nuestros ataques con bombas atómicas, con la piel abrasada colgándoles a tiras. En momentos de mayor alegría, veíamos y oíamos maravillados a Eleanor Roosevelt hablando en las Naciones Unidas. Se nos encogía el corazón de emoción al ver a la hermosa Isabel II coronada reina de Inglaterra. Los/as aficionados/as al deporte estábamos encantados/as con las últimas noticias: el partido de fútbol entre el ejército de tierra y la marina, la secuela del combate de boxeo entre Joe Louis y Billy Connor, el más reciente esfuerzo de los Brooklyn Dodgers ante el banderín.

Y fuimos también testigos, encantados y maravillados, de las hazañas de Babe Didrikson.

En 1946-47 yo tenía 10 años y pude ver a a Babe en todos los noticieros cinematográficos. Llegó a eclipsar a Sam Snead, campeón de la PGA, al ganar esa increíble serie de torneos femeninos. Babe era incluso capaz de golpear la bola con el drive más lejos que Snead con ese fuerte y «poco femenino» swing que tanto la caracterizaba (y que tanto contrastaba con el suave y pausado swing del propio Snead). Peggy Kirk Bell, la famosa profesora de golf que jugó hace ya años con Didrikson y con Snead, dijo de ella: «Enseguida congenió con Snead. Y le decía: "Venga, Sam, a ver si igualas esto"».

Babe parecía estar constantemente presente en los noticieros: la rosa lavanda de Texas con su sonrisa maliciosa y chulesca, una sonrisa que iluminaba su rostro marchito por la continuada actividad al aire libre y lo embellecía. Al fin y al cabo, acabábamos de ganar la segunda Guerra Mundial... naturalmente, con un elevado coste y con un poco de ayuda por parte de nuestros amigos británicos, franceses y rusos. Todavía no habíamos experimentado la pérdida que nos

infligiría la Guerra del Vietnam, la crisis de conciencia que rodearía el movimiento pacifista y el movimiento en defensa de los derechos civiles. Los Estados Unidos sentían que estaban en todo su derecho de mostrarse orgullosos de sí mismos. Las norteamericanas también mostraban su chulería: habían ayudado a ganar la guerra, con uniforme y sin él. Todavía no sabían que la sociedad deseaba que volvieran a la felicidad de sus hogares y verlas de nuevo ponerse el delantal. También yo me hice eco de ese exceso de seguridad en mí misma. Acababa de escribir mi primer relato y tanto mi familia como mis profesores me decían que era magnífico. Babe sacaba su chulería por mí, por todas nosotras.

Mi ciudad reflejaba el prejuicio de algunos norteamericanos sobre el deporte y las deportistas. En Deer Lodge, el golf seguía viéndose todavía como un deporte de nenazas. Sólo lo practicaban las estrellas de Hollywood o los ricos esnobs que pertenecían a los clubes de campo de las grandes ciudades de la costa este. El campo de golf más cercano estaba a 45 kilómetros al sur de Deer Lodge, en el club de campo de Anaconda. En mi ciudad eran muy pocos los que tenían palos de golf. Cuando nadie les veía, iban a escondidas a Anaconda a jugar unos cuantos hoyos con algunos amigos. Mi profesora de piano vivía en Anaconda y jamás se disculpó por el hecho de que su marido y ella jugaran al gol en serio. De hecho, era la única adulta que yo conocía que era fan manifiesta admiradora de Babe y que podía realmente opinar de su juego.

Ni siquiera cuando Dwight Eisenhower, el inflexible general que ganó nuestra guerra en Europa, se convirtió en presidente de la nación y permitió que el público le viera jugando al golf, los habitantes de Deer Lodge dejaron de etiquetar el deporte del golf como un deporte de mariquitas. Para mi pueblo natal y la región circundante de desperdigados ranchos, el «deporte» era un cúmulo de actividades propias de machos con vaqueros como la captura de terneros con lazo, las carreras de caballos, los rodeos, la caza del alce, el tiro al plato, la pesca de la trucha irisada. Y el baloncesto. Los nativos del estado de Montana sentían auténtica pasión por el baloncesto. Eran capaces de recorrer 450 kilómetros en coche bajo una ventisca para ir a ver un partido entre institutos y apostar en él hasta su último dólar. Cualquier otro deporte era algo que los hombres de Deer Lodge veían en los noticieros cinematográficos. Nueva York y los Dodgers les quedaban demasiado lejos.

Aunque el deporte femenino existía en las escuelas de Deer Lodge, su práctica se veía muy poco estimulada en esos días previos a la ley conocida como Title ix. Oficialmente, los chicos se llevaban todo lo bueno (el fútbol, el baloncesto, el béisbol y el atletismo), mientras que a las chicas nos estaban reservadas las «mariconadas» (el softball, la gimnasia, el baloncesto femenino —las carreras nos estaban prohibidas— y la natación). Recuerdo haber sido obligada a formar parte de un ballet acuático donde a un par de docenas de nosotras, entre las que estaba incluida la fornida machurrona autora de este artículo, nos embutieron en unos institucionales bañadores de un solo cuerpo y nos obligaron a imitar uno de los numeritos de Esther Williams, para lo que no faltó la purpurina impermeable en el pelo. Un par de docenas de padres aburridos vinieron a ver la representación. Obviamente, si de espolear el entusiasmo se trataba, el ballet acuático poco tenía que hacer ante la adrenalina que despertaba un partido de baloncesto de los chicos.

Sin embargo, y a título no oficial, las chicas procedentes de los ranchos como yo solíamos escaparnos y saborear de vez en cuando un poco de deporte algo más duro y más arriesgado, como la práctica del barrel-racing organizado por el programa 4-H.

Lo que se pretendía era lo siguiente: los deportes de los chicos debían ser «masculinos», fascinantes y altamente competitivos, y debían además ofrecer un posible futuro al chico que los practicara, mientras que los deportes de las chicas debían ser «femeninos», aburridos y apenas ligeramente competitivos: una simple escala sin importancia en el sendero de ladrillos amarillos hacia el matrimonio feliz. La mera idea de una campeona profesional femenina era un oxímoron. Además, la idea de una mujer de aspecto masculino como Babe jugando a un deporte de mariquitas como el golf resultaba tan alucinante que sólo los elementos subversivos de una pequeña ciudad como era mi caso podíamos llegar a planteárnosla en algún momento.

Personalmente, yo adoraba los caballos y el baloncesto, y el golf me parecía el deporte más estúpido del mundo. Veía impasible en los noticieros como Bing Crosby jugaba al golf por motivos benéficos y Sam Snead por fin ganaba el Masters en 1949. Sin embargo, por alguna misteriosa razón, cuando la imagen de Babe Didrikson aparecía en la pantalla del Rialto, sentía que me iluminaba por dentro. Era como si todos aquellos relámpagos que llenaban los cielos estivales de

Montana se hubieran congregado de pronto en mi interior en un solo destello. Naturalmente, no era exactamente la misma sensación que la que tuve al ver en la pantalla del Rialto a Elizabeth Taylor en el papel de yóquey en Fuego de juventud. Apenas era consciente de estar un poco enamorada de Taylor... y se suponía que las chicas sólo podían enamorarse de los chicos.

Lo que Babe me hizo sentir era algo totalmente distinto. Mi corazón secreto de chicarrón de Montana estaba henchido de orgullo al ver que aquel marimacho de Texas era capaz de golpear esa estúpida bola y enviarla más lejos que Snead. Ni siquiera los comentarios de ciertas personas de la ciudad que apuntaban a que Babe era «un poco rara» (otra expresión para calificar a una mujer de lesbiana) lograron apagar la llama de mi orgullo. Fui presa de un misterioso sentido de conexión con ella... la misma sensación que me impregnaba cuando veía a otras mujeres famosas en la pantalla del Rialto: Eleanor Roosevelt, Marlene Dietricht o Amelia Earhart. No había una palabra que la definiera y yo no sabía explicarlo. Hasta treinta años después no oiría por primera vez la palabra gaydar (un término acuñado al unir las palabras «gay» y «radar») y me enteraría de que existía un misterioso proceso por el cual las personas de orientación sexual distinta pueden reconocer la vibración diferente de sus semejantes instantánea e intuitivamente, incluso cuando esa otra persona es una remota figura pública que hace su aparición en el noticiero.

Si multiplicamos esa sensación que me embargaba a lo largo y ancho de Norteamérica será fácil comprender por qué tantas mujeres de mi generación (tanto heterosexuales como gays) se vieron tan enormemente influidas e inspiradas por Babe. Allí estaba ella, dando la cara por todas nosotras, y con su descarado sentido del humor una tenía la sensación de que la victoria estaba al alcance de la mano.

FALDAS CONTRA PANTALONES

Como en el caso del tenis, el golf había sido en el pasado un deporte propiedad exclusiva de la clase alta. Se inició en Escocia, donde María Estuardo fue uno de los primeros miembros de la realeza en practicarlo. Los escoceses labraron

sus primeros links en su ventoso y rocoso litoral… ancestros del actual campo de golf de St. Andrews. Junto con las reglas y técnicas se desarrolló un estricto sexismo y un código de vestuario aún más estricto. En el siglo xix, las golfistas de la clase alta habían empezado ya a jugar en sus propios torneos amateurs. Sin embargo, cuando hacia 1930 Babe Didrikson irrumpió en escena, el golf todavía mantenía un ambiente conservador y clasista típico de los clubes masculinos. El deporte profesional estaba empezando a encontrar su lugar entre los hombres, aunque seguía considerándose «poco femenino» que una golfista se volviera profesional y empezara a ganar dinero con la práctica del golf.

Babe puso el deporte patas arriba con su engreimiento de clase baja y al exigir que también las golfistas recibieran premios en metálico. No obstante, hubo un ambiente retrógrado al que en ningún momento desafió: el dictum grabado con letras de oro por la normativa de todos los clubes de campo que obligaba a las mujeres a jugar al golf con falda.

Babe tenía sus propias intenciones sobre el uso de la falda. Tras su chisporroteante exhibición en el deporte del atletismo durante los juegos olímpicos de 1932, y su debut no menos asombroso en el deporte del golf, habían corrido ciertos rumores sobre su orientación sexual. De hecho, sus modales «masculinos» llevaron a muchos norteamericanos a preguntarse si Babe no sería en realidad un hombre. En 1938, Babe evidentemente esperó acallar todos esos rumores al casarse con el luchador profesional George Zaharias. En público, la pareja insistía en que su vida sexual era «de alto voltaje». Babe ofrecía a la galería la pantomima de su «feliz matrimonio», y representaba su papel con brillantez como la pareja «heterosexual» del binomio. Se dedicó con ahínco a «feminizar» su imagen, pintándose las uñas, dejándose el pelo largo y empleando el código de vestuario en su favor, apareciendo en los torneos con elegantes faldas en vez de los pantalones de sastre tipo Katharine Hepburn que algunas señoras atrevidas intentaban colarle al reglamento.

Además, le sacó buen provecho a la «feminización» que obtuvo de los chistes sobre su faja. Después de todo, en aquella época no había «mujer de verdad» que no la llevara. En una ocasión, los chicos de informativos le preguntaron que cómo se las ingeniaba para pegar esos drives de 250 metros. «No basta con un buen swing —fue su respuesta—, es necesario soltarte un poco la faja ¡y darle con ganas a la

bola!».

La primera vez que vi a Babe en el noticiero ella llevaba ya varios años casada con George Zaharias. George no sólo se había hecho cargo de la gestión y de la promoción de su carrera, sino que la había ayudado a crear un confortable hogar en Florida. Probablemente Babe estuviera ya cansada de la vida ambulante de los torneos de golf, viviendo con la maleta al hombro (pasando noche tras noche en innumerables habitaciones de motel) y estuviera agradecida de poder disfrutar de una residencia permanente en alguna parte. Siguió jugando, acumulando grandes sumas en premios, pero también se dejaba fotografiar en casa con un delantal de volantes, cocinando, cosiendo y planchando. Llegó incluso a plantar un jardín de rosas.

Sin embargo, a medida que pasaban los años, y a pesar de sus esfuerzos por feminizarse, el matrimonio Zaharias empezó a mostrarse tal cual era.

Mientras tanto, Babe hacía cada vez mayores esfuerzos por organizar oportunidades profesionales para las golfistas sableando dinero a los promotores y a los patrocinadores. «Usted pone 2.000 dólares —le decía a alguna de sus víctimas propiciatorias—, y yo le traigo a un montón de chicas. Me da a mí 500 y las chicas jugarán por 1.500.» Otras jugadoras de primer orden se unieron al grupo de presión, entre ellas Patty Berg.

Algunas de sus hermanas jugadoras no veían con buenos ojos el modo en que Babe acaparaba el candelero. Babe se granjeó a unas cuantas enemigas replicando que ellas eran el coro y ella la estrella que congregaba a las multitudes. Sin embargo, otras jugadoras, sobre todo las jóvenes a las que ella animaba, se convertían en sus admiradoras. Una fue Marilynn Smith, que jamás olvidó cómo Babe la ayudó a superar el nerviosismo que la atenazaba durante sus primeros torneos. Lo recuerda así: «Babe me puso el brazo alrededor del hombro en el primer tee y me dijo en voz baja: "Siempre me ha gustado jugar al golf contigo, Smitty. Realmente te ganas a las multitudes"». El público presente se rió a carcajadas y Smitty se relajó.

En cualquier caso, en 1950 la Ladies Professional Golf Association por fin se hizo realidad. Entre las primeras seis miembros de la LPGA se incluían Babe Didrikson y Patty Berg.

En 1950, los amigos se habían dado ya cuenta de que Babe, que contaba entonces con 39 años, quería separarse de su marido. Viajaba abiertamente a los torneos en compañía de la pecosa Betty Dodd, de 19, un talentoso nuevo rostro del circuito femenino. George todavía quería a Babe y se negó a darle la libertad.

Pues bien, al parecer se alcanzó un discreto compromiso y Dodd se convirtió en una invitada permanente en la casa que los Zaharias tenían en Tampa. Este ménaje à trois dejó expectante al mundo del deporte… e incapaz de comentarlo en público porque nadie podía pronunciar en voz alta la palabra «L». La LPGA fingió no darse cuenta de lo que ocurría.

A buen seguro Babe debía de pensar en el futuro. En una ocasión declaró: «Espero jugar al golf hasta los 90 años. O incluso hasta más tarde, siempre que alguien invente la forma de manejar un palo de golf desde una mecedora».

Pero las cosas serían muy distintas. A Babe se le diagnosticó un cáncer de colon en 1952. Betty Dodd dejó a un lado su prometedora carrera deportiva para convertirse en la devota cuidadora y constante acompañante de Babe. El público aceptó la situación, viendo en ella la «razón» que explicaba que Dodd estuviera siempre al lado de Babe. Babe siguió jugando como si el mañana no existiera.

Para entonces, yo estaba estudiando en una universidad de la costa este del país. Todavía puedo oír el nombre de Babe en boca de los comentaristas deportivos de los noticieros y sentir ese silencioso y luminoso estremecimiento. Sin embargo, a esas alturas su imagen nos llegaba en una granulosa pantalla de televisión en blanco y negro situada en la sala de fumadores de mi residencia de estudiantes. Sin llamar la atención, los viejos y familiares noticieros cinematográficos se habían desvanecido discretamente de las salas de cine de la nación. Como yo no fumaba, me ardían y me lloraban los ojos mientras me sentaba a intentar ver las noticias.

Babe empezó a utilizar la televisión para hacer campaña en su lucha contra el cáncer… aunque por una vez no era el ego el que la movía. El cáncer se consideraba desde hacía ya

tiempo una lacra vergonzosa. Babe quería despojar a la enfermedad de cualquier sombra vergonzosa, situar al cáncer por primera vez en el mapa nacional del mismo modo que lo había hecho en su momento con el circuito profesional femenino. A medida que su salud empeoraba, empezó a competir menos, aunque siguió ganando por pura fuerza de voluntad: siempre animada, siempre dispuesta a dar un buen titular. Cuando hablaba de su enfermedad, afirmaba que «no pasaba por un buen momento». Sin embargo, y según apuntaba, muy pronto volvería al green con un buen golpe en un hoyo ganador.

A esas alturas, Babe había relajado su código de vestuario en el campo y a menudo se la veía con pantalones, aunque volvió a enfundarse la falda cuando apareció con Katharine Hepburn en la película La impetuosa (1952). Las dos fueron elegidas para encarnar a dos golfistas adversarias y tanto Babe como la Hepburn llevaban pantalones.

El 27 de septiembre de 1956, poco después de volver a la facultad para cursar mi último año de carrera, una noche, en la sala de fumadores, oí a un comentarista deportivo en televisión anunciar que Babe Zaharias finalmente había «perdido su gran torneo». Sólo tenía 45 años.

La irritación que sentí en los ojos no fue causada por el humo que llenaba el aire del salón.

EL «DINAH»

Las especulaciones sobre la sexualidad de Babe, así como las que circulaban sobre su sexo, continuarían tras su muerte.

Cuando, en 1968, los juegos olímpicos por fin instauraron la prueba de verificación del sexo de las deportistas, el nombre de Babe seguía mencionándose como una de las competidoras norteamericanas cuyo aspecto físico había provocado una gran polémica en la década de los treinta, junto con algunas mujeres soviéticas y europeas igualmente polémicas que aparecieron más adelante. Babe nunca tuvo que someterse a ninguna prueba de verificación de cromosomas, aunque los científicos de hoy en día saben más sobre la genética del sexo que en ese momento. El hecho de que Babe se quedara evidentemente embarazada en varias ocasiones durante los años que estuvo con George (y que abortara varias veces, según afirma Betty Dodd) sugiere que

era una XX «normal». De ser así, habría confundido a sus críticos pasando la prueba airosamente. Son las atletas que muestran las configuraciones del cromosoma sexual con las variantes XXY o X, o las mujeres nacidas con un SIA completo (síndrome de insensibilidad androgénica) las que normalmente no pueden tener hijos.

En la década de los setenta yo me lanzaría por fin a mi propia y modesta aventura deportiva, compitiendo como amateur en deportes ecuestres y en carreras femeninas de larga distancia. Escribiría una novela que fue un gran éxito de ventas sobre la gente gay en el mundo del deporte. Pero no fue hasta los años noventa cuando participé por vez primera en una partida de golf o cuando empecé a ver los torneos de golf en televisión. Sin embargo, la imagen y la inspiración de Didrikson seguían presentes, enrolladas a ese ensombrecido noticiero personal de la memoria dentro de mí.

Tras la muerte de Babe, Betty Dodd por fin ocupó el puesto que le correspondía como campeona de golf. Aunque todavía no se podía pronunciar la palabra «L» en el mundo del golf, Betty fue discreta y respetuosamente reconocida por muchos/as como la compañera superviviente de una auténtica relación. Fue entrevistada para la biografía de Babe que escribió Susan Cayleff antes de su propia muerte, en 1993.

Hoy, la gran sonrisa y el gran golpe de Babe pueden verse aún en esas viejas secuencias conservadas en los archivos de Movietone y Time Inc. La mayoría de los noticieros cinematográficos se imprimían en esa clase de película de nitrato tan propensa a incendiarse y a fundirse con el paso de los años. Los archivadores se afanan por preservar los miles de kilómetros de película filmada entre la década de los veinte y el adviento de la televisión en la década de los cincuenta, para asegurarse de que no perdamos esas preciosas grabaciones de casi cuarenta años de historia global. Se está viviendo un nuevo interés por los noticieros. Según la British Universities Newsreel Database (BUND) («Base de Datos de Noticieros Cinematográficos de las Universidades Británicas»), «actualmente, una pequeña cantidad de sitios web están agrupando secuencias de noticiarios cinematográficos en Internet». Así pues, la imagen viva de Babe podrá ser de nuevo accesible para sus viejos admiradores y para una nueva generación deseosa de saber e informarse sobre la historia del golf.

En una reciente historia no autorizada de la LPGA, algunas de sus miembros lograron hablar abiertamente de la cuestión

«L».

En la actualidad, el deporte del golf no atrae a muchos hombres gays ni bisexuales. No ofrece la deliciosa oportunidad de observar fantásticos cuerpos masculinos en acción como es el caso del baloncesto, el fútbol, el atletismo o el salto de trampolín. «Sólo juegan al golf algunos gays republicanos con sus jerséis chaparritos», se burla uno de mis amigos. Conozco sin embargo a unos cuantos gays liberales que no se pierden la oportunidad de ver jugar a Tiger Woods en televisión. Conozco incluso a una lesbiana o dos que siempre ven jugar a Tiger. No obstante, el golf femenino profesional es una pasión muy extendida entre lesbianas y mujeres bisexuales y puede que muy pronto rivalice en popularidad con el tenis entre nuestro contingente. Y las cantidades de dinero que se barajan en premios han sufrido un considerable aumento en comparación con los dos mil dólares que Babe a menudo lograba exprimirles a los promotores.

Todos los años, en marzo, el Nabisco Kraft Championship, considerado el Masters femenino, atrae a decenas de miles de mujeres de alto poder adquisitivo a Palm Springs, en California. Allí salen de juerga, gastan dinero, se ponen sus galas deportivas de última generación e incluso acuden a ver un poco del campeonato de golf que organiza el Mission Hills Country Club en el cercano Rancho Mirage. En un principio, el evento recibió el nombre de Dinah Shore Tournament en honor de su fundadora, la actriz Dinah Shore, que adoraba el golf. Su nombre, sin embargo, se retiró del torneo tras su muerte, en 1994, aunque para las más intransigentes sigue siendo «el Dinah».

Durante muchos años, Palm Springs se mostró muy reticente a la hora de reconocer la invasión anual por parte de unas 10 ó 15 mil lesbianas aficionadas al golf que llegaban a la ciudad todas las primaveras. Sin embargo, hace varios años, a medida que el porcentaje de residentes LGBT permanentes en la ciudad ha ido aumentando vertiginosamente, el Desert Sun finalmente publicó una historia que oficializaba la situación: las lesbianas son grandes patrocinadoras del Dinah (demonios, pero si hasta yo fui al Dinah hace unos años). El Dinah forma parte de nuestros cuatro grandes campeonatos de la LPGA, con una dotación en metálico de 1.800.000 dólares en la edición del 2006. El Wall Street Journal comentó que el evento «ha salido del armario… y que cuenta con un patrocinio corporativo

cada vez más entusiasmado con el potencial que supone llegar a un mercado nuevo y de alto poder adquisitivo».

Entre el rebosante público femenino congregado en los greens del Mission Hills, al tiempo que las campeonas actuales se reúnen para iniciar su recorrido desde el tee, hay muchos miembros de la vieja guardia que sin duda recordarán haber presenciado el histórico swing de Babe en los noticiarios de antaño. Cuando las novatas no caben en sí de entusiasmo ante el desafío que Annika Sorenstam les plantea a los hombres en el Abierto de Estados Unidos, la vieja guardia está allí para contarles la historia de cómo, hace cincuenta años, Babe Didrikson le dio un buen baño a Sammy Snead.

TAMARA E IRINA PRESS

Ascenso y declive de las pruebas
de verificación de sexo

A finales del siglo pasado, cuando los juegos olímpicos por fin optaron por renunciar a su tan largamente odiado requisito de las pruebas de verificación de sexo practicadas a las mujeres, los Gay Games se metieron en un berenjenal al instaurar su propia política de verificación de sexo. En primer lugar, los Gay Games celebrados en Ámsterdam en 1998 obligaban a los participantes que se habían sometido a un cambio de sexo a proporcionar una prueba médica que diera fe de su «completa transición de sexo». Los organizadores también decretaron que no se admitiera en la competición de bailes de salón a las parejas de sexualidad compartida (incluidas todas aquellas personas transexuales que no pudieran documentar adecuadamente su «transición»). Más adelante, los Gay Games de Sydney (2002) intentaron una táctica distinta al dividir a los participantes en dos categorías: «hombres» y «mujeres». Todos, incluidos los atletas transexuales e intersexuales estaban obligados a elegir en qué categoría deseaban competir, de acuerdo con la información que sobre su sexo figuraba en su pasaporte o en su partida de nacimiento.

En un artículo publicado por el Independent Gay Forum, Stephen H. Miller manifestaba: «Cualquiera creería que eso sería una nadería. A fin de cuentas, la razón de que los hombres compitan contra los hombres, y las mujeres contra las mujeres, es simplemente porque el cuerpo masculino es, bueno… distinto al femenino y la competición entre miembros del mismo sexo asegura una competición equilibrada, desde el punto de vista del estatus sexual». Curiosamente, ese era prácticamente el mismo lenguaje empleado por el Comité Olímpico Internacional (COI) para defender su política de pruebas de verificación de sexo durante aproximadamente cuatro décadas. Algunos/as atletas y activistas LGBT se erizaron ante las normas empleadas en ambas ediciones de los Gay Games.

Los Gay Games de Chicago (2006) siguieron debatiendo la

estrategia a emplear con las pruebas de verificación de sexo, dando con una elaborada política que comprendía no sólo la presentación por parte de los/as atletas de una identificación legal y de cartas proporcionadas por sus médicos, sino también las decisiones tomadas por el cuerpo de patrocinadores de cada uno de los deportes en competición sobre cómo definir la «identidad de sexo» para ese deporte en particular. Ese mismo año, en Montreal, los OutGames rivales adoptaron una política menos tortuosa y planearon dar la bienvenida a toda clase de atletas transexuales e intersexuales.

Mientras tanto, la verdadera razón histórica por la que el sexo de los/as participantes se convirtió en una cuestión de relevancia parece haber caído en el olvido... junto con las dos hermanas soviéticas estrellas del atletismo cuyo aspecto «masculino» provocó la instauración de las pruebas de verificación de sexo en la década de los sesenta.

GUERRA Y PAZ

La polémica se desató al término de la segunda Guerra Mundial, cuando los Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) se lanzaban a la carrera por el control del globo aunque intentaban a la vez evitar una guerra abierta entre sí buscando victorias lejos del campo de batalla, cosa que hicieron sobre todo echando mano de un despiadado uso de la propaganda. El general Dwight D. Eisenhower seguía siendo todavía presidente de los Estados Unidos y Joseph Stalin, primer ministro soviético. ¿Cuál de las dos opciones era mejor: la democracia o el comunismo? ¿El Este o el Oeste? Los portavoces de cada bando intentaban por todos los medios demostrar que el suyo era el mejor, el más rico, el más poderoso, poseedor de armas más mortíferas, mayores cosechas y ciudadanos más trabajadores y patriotas. Los soviéticos ensalzaban su libertad de religión, mientras que muchos norteamericanos exaltaban su fe en Dios. Naturalmente, esa feroz competencia empapó el deporte amateur internacional. Cada bando interpretó el motto olímpico «citius, altius, fortius» leyendo en él que sus propios atletas serían «más rápidos y más fuertes» y llegarían «más alto».

Las pruebas de verificación de sexo de las atletas surgió

como uno de tantos subproductos de la propaganda de la Guerra Fría.

Basada en el descubrimiento del ADN (1951-53), esta nueva tecnología genética estuvo presente en el escenario deportivo durante cuarenta largos años de nerviosismo global, cuando el mundo parecía estar al borde de una guerra nuclear. Esta época también engendró una nueva tecnología militar (el bombardero B-52, el misil balístico intercontinental, el submarino nuclear, la carrera espacial). En los Estados Unidos, la demanda de la prueba de verificación de sexo surgió del mismo clima conservador hiperenervado que dio lugar a los juicios de McCarthy de la década de los cincuenta, unos juicios que buscaban erradicar a los comunistas y a los homosexuales de la sociedad norteamericana. En la mente de muchos estadounidenses existía un vínculo entre «no ser un auténtico norteamericano» y «no ser un hombre o una mujer de verdad».

No fue hasta 1952 cuando la URSS decidió participar en la competición olímpica de la posguerra. A pesar de hallarse todavía inmersos en la reconstrucción de su nación tras los desastres de la guerra, los soviéticos lograron reunir a su primer equipo de categoría mundial para los juegos olímpicos de Helsinki. Convencidos de que sus atletas debían de evitar a toda costa la contaminación que podía suponerles el contacto con las «decadentes influencias occidentales», la URSS, así como las «naciones satélites» del bloque comunista europeo, insistieron en levantar el Telón de Acero durante las Olimpiadas, disponiendo de su propia villa olímpica. Si bien muchos atletas aceptaban los rigores políticos impuestos por la vida comunista, en parte porque creían en el comunismo y en parte porque el deporte les daba una vida de privilegio de élite, algunos de ellos quizá vieran en la competición internacional una oportunidad de desertar. Los líderes comunistas no podían correr un riesgo semejante... pues eso proyectaba sobre ellos una mala imagen. La KGB (la policía secreta soviética) sometía a sus atletas a una estricta vigilancia. En cualquier caso, muchos fueron los que consiguieron desertar a lo largo de los años: corredores, jugadores de ajedrez, patinadores artísticos y otros, incluida la gran Martina Navratilova, que huyó de Checoslovaquia en 1975.

Mientras tanto, el primer enfrentamiento en Helsinki (1952) fue tan feroz que durante los juegos se batieron más de cien récords mundiales. La carrera por las medallas había

dado comienzo. Sin embargo, los atletas soviéticos y norteamericanos vivían bajo una agonizante presión, obligados como estaban a acumular medallas para demostrar la superioridad de su país. Enseguida los soviéticos dieron clara prueba de que contaban con un talento femenino de excepción en el ámbito del atletismo. Mientras que las norteamericanas y las europeas occidentales dominaban las carreras, como lo habían hecho siempre, las soviéticas dominaban las disciplinas de lanzamiento. Nina Romashkova se llevó el oro en disco y Galina Zybina lo hizo en peso, estableciendo una nueva mejor marca mundial de 15,28 m.

Aun así, el registro final entre ambos países en los juegos de Helsinki fue: Estados Unidos–40, Unión Soviética–22. Los norteamericanos no cabían en sí de gozo. ¡La superioridad de la democracia había quedado demostrada! Al menos por el momento.

En los siguientes Juegos Olímpicos de verano, celebrados en Melbourne en 1956, el ambiente fue aún más hostil. Los tanques soviéticos habían entrado en Hungría prestos a aplastar una rebelión contra el gobierno soviético. Holanda, España y Suiza protestaron retirándose de los juegos. El cuarenta por ciento del equipo húngaro desertó al Oeste en vez de regresar a un país de origen ocupado por las tropas soviéticas. Ansioso por volver a vapulear a los Rojos, los Estados Unidos decidieron no retirarse de los juegos, aunque en esa ocasión los soviéticos, en una clara muestra de determinación, dieron la vuelta a la tortilla. El marcador final en cuanto a medallas de oro quedó como sigue: La URSS–37, EE.UU.–32.

Muchos atletas y políticos norteamericanos se escandalizaron. Algunos dieron excusas. La esencia de las excusas era la siguiente: el equipo norteamericano se vio derrotado debido a que estaba compuesto por auténticos amateurs que se entrenaban con cuatro cuartos, mientras que el comunismo (o eso era lo que defendía la excusa) se burlaba del amateurismo financiando a sus atletas, proporcionándoles el apoyo del Estado y facilitándoles un caro entrenamiento. En otras palabras, convirtiéndolos en profesionales. Es cierto que las normas olímpicas prohibían esta clase de apoyo económico a los atletas amateurs. De hecho, podrían haberse cursado quejas oficiales al COI y los países comunistas podrían haber sido eliminados de la competición olímpica. Pero nadie quiso llevar las cosas tan lejos.

En Melbourne, las mujeres soviéticas siguieron arrasando

en las disciplinas atléticas que requieren pura fuerza. ¿Cómo podía ocurrir algo así?

El mundo comunista había liberado a las mujeres de un modo que occidente rechaza de pleno. Bajo el régimen comunista, la ley con fundamento religioso que prohibía el divorcio, el adulterio y el aborto se había desvanecido. Las mujeres soviéticas eran legalmente iguales a los hombres. Muchas de ellas trabajaban codo con codo junto a los hombres en las fábricas, en la agricultura, la medicina, la ciencia, el gobierno e incluso el ejército. Libres de la carga de las decadentes nociones occidentales según las cuales la feminidad equivalía a ser guapa, sensual y blanda como una estrella de cine, una mujer soviética podía vanagloriarse de su fuerza física, sus músculos, su sudor y sus habilidades manuales de un modo que repelía a las mujeres norteamericanas. Y lo que era más importante: algunas soviéticas eran «Stakhanovitas», el término empleado para las supertrabajadoras. Como en el caso de las medallistas, las Stakhanovitas eran consideradas heroínas de la Unión Soviética. Las jóvenes deportistas soviéticas que aparecían en los juegos olímpicos habían nacido en ese sistema. Aun a pesar de que quizá en secreto anhelaran mayor libertad política, sus cuerpos, mentes, emociones y espíritus habían sido modelados por ese sistema.

El norteamericano medio, sin embargo, vivía inmerso en un sistema en el que las creencias religiosas (es decir, que «las mujeres son más débiles», que «las mujeres no debían tener acceso al trabajo de los hombres») todavía ejercía una poderosa influencia. El aborto y el adulterio seguían siendo un crimen en los Estados Unidos, y resultaba difícil obtener el divorcio. Gran parte de las profesiones seguían vetadas a las mujeres. Los norteamericanos conservadores despreciaban a las mujeres soviéticas por ser a menudo poco femeninas, impías, carentes de todo glamour y en nada atractivas. Según la visión oficial norteamericana, lo que los soviéticos llamaban «libertad de las mujeres» era una vergüenza porque no era una libertad democrática. Las deportistas norteamericanas tuvieron que demostrar una postura dolorosamente defensiva, obligadas como estaban a dar constante prueba de su feminidad. Incluso en 1990, nuestras atletas de primer orden se sentían todavía en la obligación de hacer declaraciones como: «No me parece que ser atleta sea poco femenino. Yo veo en ello cierta elegancia» (Jackie Joyner-Kersee). Cierto es que el término «elegante» pasó a ser

una palabra de moda para el estereotipo femenino en el deporte norteamericano, desde la patinadora Sonja Henie en la década de los treinta hasta la corredora Wilma Rudolph, en los años sesenta. ¡El término llegó incluso a ser generosamente aplicado a la ocasional mujer comunista que de algún modo llegara a adecuarse a los estándares de belleza norteamericanos! Por ejemplo, Olga Korbut, gimnasta soviética y ganadora de la medalla de oro olímpica, resultaba extraordinariamente «elegante» y terminó convertida en una celebridad occidental.

Pues bien, en los albores de la Guerra Fría, imaginemos la desolación de Norteamérica cuando las atletas de la nación empezaron a correr contra esas mujeres impías, bastas y comunistas que acometían con espíritu Stakhanovita sus esfuerzos deportivos. Los rumores circulaban a pie de pista sobre lo «masculino» que era el aspecto de esas mujeres soviéticas y sobre la injusta ventaja que les daban sus músculos. Los Estados Unidos, con su veta de firme fe bíblica y su empecinado énfasis en seguir estableciendo una clara línea de división entre masculinidad y feminidad, era territorio abonado para los chismes.

Con los años, algunas mujeres olímpicas dotadas de ciertas «cualidades masculinas» habían ya arqueado algunas cejas. En la década de los treinta, según el SportsJones, un enojado aficionado escribió al COI para quejarse de Stella Walsh, velocista que había obtenido la medalla de oro en los juegos olímpicos de Los Ángeles. El aficionado en cuestión rabiaba: «Su voz grave de bajo, su altura y ese 42 de zapatillas sin duda la proclaman como un caso más que dudoso, eso si en algún momento ha existido alguno que lo fuera… Deberían aprobarse normas con las que mantener la participación en los juegos de competición exclusiva para chicas normales y femeninas, y negar la admisión a las monstruosidades». También se arquearon no pocas cejas ante los primeros casos de intersexualidad: atletas europeos que competían como mujeres y que se sometieron a cirugía reparadora, entre los que se incluían dos corredores de relevos femeninos y una campeona de esquí.

Durante mucho tiempo, la rumorología que circulaba en el mundo del atletismo insistió también en la idea de que algunos países mandaban a hombres biológicamente normales a competir disfrazados en los certámenes femeninos, a fin de disfrutar así de otra injusta ventaja. Hasta el momento, y siempre según la publicación SportsJones, «hubo un único

caso documentado… En 1936, un atleta alemán llamado Hermann Ratjen se ataba los genitales y se hacía llamar “Dora” para competir en salto de altura. Obtuvo la cuarta plaza, batido por tres chicas portadoras de un útero auténtico».

Sin embargo, en ese momento, es decir durante la Guerra Fría, la paranoia sobre la presencia de hombres lobo vestidos con piel de cordero femeninas estaba alcanzando dimensiones insospechadas. Eran muchos los norteamericanos convencidos de que esas supermujeres soviéticas eran en realidad hombres.

UNA NOTORIA SISTER ACT

Entran Tamara Natanovna Press y su hermana Irina Natanovna. Ambas eran judías ucranianas de Karkov, la Ucrania soviética.

Su lugar de nacimiento era una región famosa por sus onduladas praderas de generosa producción agrícola: trigo y remolacha. La familia de las hermanas estaba entre los pocos judíos que habían quedado con vida en Ucrania tras la cadena de atrocidades cometidas durante la segunda Guerra Mundial por los nazis. En el año 1960, las dos jóvenes llegaban a Roma junto con otras 608 mujeres para participar en los juegos olímpicos de verano. Desfilaban por el estadio bajo la roja bandera soviética con la hoz y el martillo como las últimas armas del Kremlin en la Guerra Fría: cualquiera habría dicho que se trataba de nuevos misiles balísticos desfilando entre el ejército soviético en la Plaza Roja de Moscú. Tamara ya había ganado el oro en el lanzamiento de disco y el bronce en peso en los campeonatos de Europa de 1958. Tenía 23 años y miraba a las cámaras de los noticiarios con una expresión tímida en su rostro pecoso. Irina tenía 21 años.

Las disciplinas de lanzamiento femenino habían sido incluidas en el programa olímpico de forma gradual y a regañadientes. Dado que implicaban el uso de la fuerza y de elementos semejantes a las armas, durante mucho tiempo habían sido consideradas «indignas de las damas» o «poco femeninas». El lanzamiento de disco femenino se incluyó en las pruebas olímpicas en 1928, y el de jabalina en el año 32. En 1948, la inclusión del lanzamiento de peso fue inspirado

probablemente por las vigorosas contribuciones de las mujeres durante la segunda Guerra Mundial, tanto en el ámbito militar como en el civil. Aun así, el lanzamiento de peso, un deporte que habían empezado a practicar los soldados británicos que lanzaban bolas de cañón por mera diversión, exigía mayor fuerza explosiva que el disco o la jabalina. De ahí que hubiera gente que lo considerara inapropiado para las mujeres. La disciplina que mayores escollos tuvo que superar para su inclusión, el lanzamiento de martillo femenino, no fue admitida hasta los juegos olímpicos de Sydney del año 2000.

A pesar de toda la fanfarria propagandística al servicio de la Guerra Fría de los Juegos de Roma, el mundo entero se doblegaba ya a los grandes cambios que se avecinaban. En los Estados Unidos, el conservadurismo de Eisenhower se desvanecía, y un católico demócrata y liberal llamado John F. Kennedy estaba a punto de ser elegido presidente de la nación. Los años sesenta no tardarían en estallar en una oleada de movimientos en defensa de las libertades y de desobediencia a la autoridad en todos los frentes, al tiempo que los estudiantes y las minorías étnicas se levantaban y se rebelaban en prácticamente todos los países occidentales. La libertad racial, la libertad religiosa, la sexual, la libertad de expresión, la libertad de experimentación con las drogas... todas ellas se exigían. Al otro lado del Telón de Acero, los propios ciudadanos de la Unión Soviética estaban intranquilos y empezaban a exigir más de esas mismas libertades, y el país estaba empezando a experimentar un potente deshielo político. El nuevo primer ministro, Nikita Khrushchev, intentaba mantener un equilibrio político en el seno del país: por un lado conservando una coexistencia pacífica con los Estados Unidos en el exterior e intentando a la vez que ese «deshielo» no alcanzara dimensiones desproporcionadas en suelo soviético.

A su manera, las hermanas Press serían parte de los cambios que se anunciaban: la realidad humana había empezado a desafiar a las atrincheradas políticas de ambos lados del Telón.

Tamara e Irina eran dos mujeres corpulentas y musculosas, nuez de Adán incluida. El SportsJones comenta: «Decir que eran un poco masculinas sería como decir que el edificio del World Trade Center es un poco alto». Las dos tenían vello facial. Tamara tenía unos muslos gruesos y musculados como los de un levantador de pesas y un poderoso torso con la

mínima sugerencia de pechos asomando a ambos lados del canalillo. Cuando los espectadores enfocaron sus prismáticos y observaron a las dos mujeres entrar en acción, oleadas de rumores recorrieron las gradas. De inmediato se consideró a las hermanas Press como las últimas «monstruosidades». Tamara, la mayor y más corpulenta de las dos, era la que más curiosidad y ultraje provocaba. Cuando completó su primera aparición, a buen seguro debió de sentir intensamente el escrutinio al que estaba sometida… junto con la enorme responsabilidad que soportaban sus anchos hombros: demostrar que su país era mejor que ningún otro.

Según leemos en HickokSports.com, Roma marcó un gran triunfo para la embajada soviética:

> La URSS dominó la larga distancia, además de las carreras de velocidad. Liderada por Tamara e Irina Press, venció en seis de las restantes siete disciplinas… los 800 metros, que habían vuelto a incluirse en el programa olímpico desde 1924, conocieron la victoria de la soviética Lyudmila Shevtsova, que a su vez batió el mejor registro mundial.

Las dos «monstruosidades» barrieron por completo la competición. Irina se coló entre las seis mejores atletas en todas las disciplinas y ganó en los 80 metros vallas. Tamara ganó el oro en el lanzamiento de peso y obtuvo la plata en el de disco.

Para redondear las cosas, los juegos olímpicos de Roma fueron los primeros que se vieron en televisión. A pesar de que todavía no existía la cobertura vía satélite, Eurovisión sí ofrecía transmisiones en directo a sus países clientes, mientras la CBS enviaba sus resúmenes diarios a Nueva York y los transmitía desde allí. Los patrióticos norteamericanos tuvieron que sentarse en el sofá y ver impotentes cómo «esas comunistas masculinas, ateas y financiadas por el Estado soviético» dejaban en bragas a sus «decentes y devotas señoras norteamericanas». Sobre todo esas dos monstruosas amazonas, Tamara e Irina Press. ¿Hasta dónde iban a llegar las cosas?

El recuento final de medallas en los Juegos de Roma fue el siguiente: URSS–43, EE.UU.–34.

Enseguida las quejas y los chismorreos adquirieron proporciones de auténtica alarma. No sólo las hermanas Press habían disfrutado de un entrenamiento profesional que había costado millones de rublos soviéticos, sino que sin duda ninguna mujer «normal» podía competir como ellas lo habían

hecho. Debían de estar haciendo uso de alguna ventaja injusta. Pronto empezaron a oírse rumores que apuntaban a un posible consumo de drogas. Aunque el COI todavía no había prohibido el dopaje, algunos atletas de ambos lados del telón mejoraban ya sus marcas y su rendimiento con anfetaminas, esteroides anabolizantes, etc. Cierto es que eran muchos los que en el mundo del deporte estaban de acuerdo con que los hombres se hincharan a base de esteroides. Al fin y al cabo, no resultaban demasiado distintos de los populares héroes supermusculados de los tebeos del momento, como Superman, y los peligros que el uso de esteroides suponía para la salud todavía se desconocían. No tardaron en llegar las acusaciones que apuntaban a que las mujeres comunistas, en especial las hermanas Press, eran obligadas por sus gobiernos a consumir grandes cantidades de esteroides. No estaba bien que las mujeres se parecieran a Superman, y mucho menos que actuaran como él.

Sin embargo, la mayor parte de la rumorología que tenía como blanco a las hermanas Press se concentraba de forma obsesiva en su sexo. «Mujeres de verdad»: ese era el aspecto que tenían las atletas norteamericanas más populares. Por ejemplo, la «elegante» Wilma Rudolph, cuyas tres medallas de oro en carreras de larga distancia dieron a los norteamericanos uno de sus escasos momentos de felicidad en el estadio romano. Las hermanas Press tenían que ser hombres con ropa de mujer. El COI debía exigir poder echar un vistazo bajo los pantalones cortos de las hermanas y comprobar que tenían entre las piernas los órganos sexuales correctos.

Cuatro años más tarde, en los Juegos de Tokio de 1964, las tensiones se agravaron aún más si cabe. Sí, en esta ocasión los Estados Unidos recuperaron su supremacía en el recuento total de medallas. Obtuvieron 36 oros, comparados con los 30 de la URSS. Sin embargo, esa espantosa Tamara Press privó a los Estados Unidos de otra gran victoria en el lanzamiento de peso, al que se sumó un segundo oro en disco. Su horrenda hermana se llevó el oro en el primer pentatlón femenino de la historia.

La legendaria fuerza y expresión decidida de Tamara llevó a muchos atletas masculinos occidentales a mantenerse a distancia de ella. Recientemente, en un grupo de noticias deportivas de Yahoo, un corresponsal recordaba: «Un joven lanzador de peso norteamericano que se había clasificado para viajar con el equipo norteamericano a Europa y Rusia

para participar en algunos encuentros internacionales entró un día al gimnasio de pesas que se les había asignado y empezó a levantar peso. Tamara Press entró a la sala y empezó a levantar un peso mucho, muchísimo mayor que el que el joven norteamericano era capaz de levantar, de modo que el joven decidió que lo mejor que podía hacer era salir cuanto antes del gimnasio y practicar lanzamientos desde el anillo».

PERSPECTIVA PERSONAL

Durante la década de los sesenta, yo todavía no había cumplido 30 años y estaba en las profundidades del armario. Ponía todo mi empeño en ser una «auténtica mujer norteamericana»... es decir, me pintaba los labios y me ponía elegantes trajes de Chanel para ir a la oficina del Reader's Digest, donde trabajaba. En 1957 me había casado con un escritor, un inmigrante ucraniano. La relación cercana con los refugiados del comunismo, sobre todo con artistas y escritores ucranianos que habían sobrevivido a las purgas estalinistas de la década de los treinta, llevaría al Digest a asignarme algunos proyectos de artículos y libros sobre la Guerra Fría. Ni que decir tiene que vi los juegos olímpicos de 1960 y de 1964 en una televisión de imagen granulada en blanco y negro y que sentí auténtica fascinación por las hermanas Press. Había imágenes espectaculares de la fuerza volcánica de Tamara, su rostro sudoroso contorsionado y su pelo mojado al viento al lanzar esa bola de hierro como una catapulta humana. Se convirtió en la primera mujer capaz de lanzar el peso a más de 18 metros.

A pesar de estar claramente a favor de la democracia, mi corazón estaba con las hermanas Press. Me recordaban a mis días de instituto, cuando yo era el muchachote que siempre se metía en peleas a puñetazo limpio con otras alumnas para que dejaran de meterse conmigo. Me pregunté cómo se vería Tamara. Entre toda esa intensa y violenta avalancha de atención y de polémica, mientras algunos espectadores la animaban exacerbadamente y otros no dejaban de abuchearla, silbarla y sisearle, ¿cómo podía Tamara mantener la concentración y la confianza? ¿Sería esa la razón por la que siempre se la veía tan ensimismada y determinada en la pantalla del televisor?

Mis amigos inmigrantes ucranianos eran manifiestamente anticomunistas y apoyaban al equipo de los Estados Unidos frente a sus televisores, aunque también experimentaban un feroz orgullo partisano ante las hazañas de las hermanas Press. Mis amigos mantenían sus acaloradas discusiones sobre las Press. ¿Eran hombres o simplemente unas patentes lesbyanky? ¿Y qué más daba eso? Rusos y ucranianos eran enemigos históricos, de modo que, cada vez que nasha Tamara («nuestra Tamara») o nasha Irina («nuestra Irina») se hacían con una medalla, estaban pisoteando a los rusos con sus zapatillas de atletismo. Y eso era chudovo («hermoso»).

A esas alturas, Tamara e Irina habían ganado ya cinco oros olímpicos, una plata y habían batido un puñado de mejores registros mundiales. Los quejumbrosos se pusieron en alerta roja. Había llegado la hora de apartar a las «monstruosidades» de escena.

Se ejercieron discretas presiones por parte de los países occidentales, sobre todo por parte de los Estados Unidos. Pasó poco tiempo hasta que el COI anunció la obligación de llevar a cabo pruebas de verificación de sexo a todas las mujeres participantes en los juegos. La prueba apareció por vez primera en 1966, en los campeonatos de Europa. En su forma primera y más primitiva, era un reconocimiento físico. Las mujeres se veían obligadas a desnudarse delante de un panel de médicos y someterse a un tacto de cuerpo y genitales. Tenían que encontrar una auténtica vagina, y ningún pene. Algunas mujeres se sintieron espantosamente degradadas por aquel toqueteo ritual, y así lo manifestaron. Sus países se quejaron al COI.

En 1968, y como reacción a esta crítica, el COI se apresuró a utilizar una técnica nueva y menos agresiva durante los juegos olímpicos celebrados en México D.F. Se trataba de una prueba realizada a partir de una muestra bucal que hacía posible examinar el sexo de una mujer con el microscopio, utilizando células extraídas del interior de su boca. Si el sexo femenino quedaba debidamente «verificado» en la forma de dos cromosomas X, la mujer en cuestión obtenía un certificado que la declaraba completa. Si se observaba cualquier otra cosa, caía el hacha. El COI permitía que la mujer fingiera una repentina lesión o enfermedad y que volviera a casa discretamente. Sin embargo, su futuro en el seno de la competición internacional estaba acabado: la Federación Internacional de Atletismo Amateur (FIAA), los juegos asiáticos, los juegos de la Commonwealth y otros

certámenes habían empezado también a aplicar la prueba.

XS E YS

Sin embargo, la verdad sobre la definición sexual (y sobre cómo podían las autoridades deportivas imponer sus atesoradas creencias sobre el sexo) no era en ningún caso ni tan blanca ni tan negra. Las pruebas de verificación de sexo habían sido impulsadas por una cuestión meramente ideológica. No obstante, antes o después, los practicantes de dicha prueba deberían enfrentarse a un contingente cada vez más numeroso de seres humanos de carne y hueso que no encajaban en los parámetros preestablecidos.

«El ser humano se muestra en un cúmulo de desconcertantes variedades sexuales», dice Anne Fausto-Sterling, profesora de la Universidad de Brown, en un artículo publicado por el Science World. Los humanos nacen con 46 cromosomas, en 23 pares. Los dos cromosomas que determinan el sexo del niño son el X (hembra) y el Y (macho). La mayoría de las mujeres son XX, mientras que la mayoría de los hombres son XY. En la época de la Guerra Fría, todavía se daba por sentado que la mera presencia de un cromosoma Y determinaba absolutamente el sexo masculino. Sin embargo, las nuevas investigaciones científicas estaban descubriendo que, en un número muy escaso entre miles de nacimientos, podía existir una increíble serie de variaciones. Hay personas que nacen con un cromosoma de un único sexo (son 45X o 45Y). Otros nacen con un tercer cromosoma sexual (los 47XXY, 47XYY o 47XXX).

Estas y otras variaciones estaban empezando a torcer la pulcra maquinaria del sistema de pruebas de verificación sexual utilizado en los juegos olímpicos. Los encargados de realizar las pruebas no encontraban a ningún hombre que compitiera como mujer. Lo que sí encontraban, y con frecuencia, eran mujeres con cromosomas XXY cuya constitución genética incluía una clara resistencia a la testosterona, aunque la mujer en cuestión tuviera un aspecto femenino absolutamente «normal», desprovista de una masa muscular adicional que pudiera otorgarle una ventaja injusta sobre sus contrincantes. Los encargados de la prueba de verificación de sexo tenían que apartarla de todos modos de la competición. Los que llevaban a cabo la prueba se

encontraban también con mujeres de fuerte constitución, como la gran velocista mozambiqueña Maria Mutola, una de las grandes corredoras de 800 metros de todos los tiempos, a menudo descrita por los medios como «de aspecto masculino», aunque demostradamente XX, obligada a someterse una y otra vez a la prueba. Además, se encontrarían también con mujeres provistas de genitales intersexuales. Algunas de ellas mostraban una pequeña porción de cromosoma Y añadido a un X; otras eran XX «normales» cuyo desarrollo genital podía haberse visto afectado por un desequilibrio hormonal o incluso por un daño fetal. El vello facial de las mujeres podía ser resultado de una variación cromosómica o simplemente un desequilibrio entre el estrógeno y la testosterona. Según Fausto-Sterling, «los cromosomas, las hormonas, las estructuras sexuales internas, las gónadas y los genitales externos varían mucho más de lo que mucha gente cree».

Más adelante, en 1997, el Stanford Today lo expresó de otro modo:

> La misma ciencia que permite las pruebas de verificación de sexo está demostrando que las definiciones simples ya no son biológicamente fiables... Por mucho que se empeñen, los investigadores se las ven y se las desean para meter la biología humana en dos cajas diferenciadas con las etiquetas de «macho» y «hembra».

Pero en 1968, en los juegos olímpicos de México D.F., eran pocos los que escuchaban cualquier explicación científica. Al fin y al cabo, la razón que había llevado a la implantación de la prueba de verificación de sexo era meramente política: ganar la Guerra Fría de cualquier forma posible.

Los de México D.F. pasaron a la historia como los juegos olímpicos en que las tropas del ejército mexicano abrieron fuego contra las manifestaciones de estudiantes, causando la muerte a 267 e hiriendo a otros 1.000. Pasaron a la historia porque los corredores negros Tommie Smith y John Carlos hicieron el saludo del Black Power al subir al podio en señal de protesta por el racismo imperante en los Estados Unidos. Las crecientes protestas por parte de las mujeres contra la prueba de verificación de sexo quedaron sofocadas por la rabia provocada por acontecimientos de mayor envergadura.

Eran muchas las murmuraciones que había despertado el hecho de que las hermanas Press no formaran esta vez parte del equipo soviético. Tamara e Irinia se habían retirado

discretamente de la competición internacional antes de la celebración de los campeonatos de Europa de 1966. La historia, según fue publicada por los medios informativos soviéticos, aseguraba que se habían quedado en casa cuidando de su madre enferma. ¿Había mantenido el Kremlin en casa a las dos mujeres porque no pasarían la prueba? Nadie lo sabía con certeza. Aun así, los campeones de la «feminidad» no cabían en sí de gozo: a juzgar por el número de medallas, la mera amenaza de una prueba sin duda estaba surtiendo un efecto claramente disuasorio. En 1960, las mujeres de la URSS habían ganado 8 oros en las pistas de atletismo; pero en 1968, ni una sola medalla de oro en atletismo fue a parar a la delegación soviética femenina. El oro en lanzamiento de peso fue a parar a manos de la alemana federal Margitta Gummel. Cuando los juegos tocaron a su fin, el recuento de las medallas de oro fue de: EE.UU.–45, URSS–29. Es decir, una gran victoria para la democracia. Y una victoria extraordinaria para las «mujeres de verdad».

A pesar de que hubo quien seguía afirmando que las hermanas Press habían consumido esteroides, eso (de ser cierto) no les habría impedido competir en los juegos de México D.F. El COI no prohibiría el uso de esteroides ni empezaría a someter a los deportistas a pruebas para su detección hasta nueve años más tarde.

Puede que a las Press se les prohibiera participar en las olimpiadas, pero Tamara fue la que rió última. En 1965, en un certamen europeo, estableció un nuevo récord mundial de lanzamiento de peso con una distancia de 18,59 m. Su marca estuvo imbatida durante tres años, hasta que fue superada por otra soviética. La última hazaña de Tamara pareció ser un sudoroso y poderoso dedo anular levantado a Occidente en actitud desafiante mientras su hermana y ella se sumían en la oscuridad proletaria de su país natal. Independientemente de cuáles habían sido sus realidades físicas, genéticas y sexuales, serían siempre todo un misterio.

A pesar de la creciente oposición manifiesta por parte de las atletas a la prueba de verificación de sexo, el COI siguió exigiéndola. Trece mujeres «suspendieron» la prueba tan sólo entre 1972 y 1984. ¿Existía acaso un cuerpo de evidencia emergente según el cual el hecho de ser «cromosómicamente inaceptable» confiriera un poder adicional para ganar medallas? No. Aun así, las carreras de las mujeres quedaban destrozadas si suspendían la prueba. La velocista polaca Ewa Klubukowska, que tenía un fenotipo femenino «normal», pero

que resultó ser una XXY, vio prohibida su participación en la competición internacional, perdió todas las medallas obtenidas en el pasado y vio también cómo su récord mundial desaparecía de los anales del atletismo. Sin embargo, años después, fue una mujer lo bastante «normal» como para tener un hijo. Otro caso fue el de la saltadora de vallas española María Patiño, que resultó ser una XY (era un caso de síndrome de insensibilidad androgénica, es decir, que genéticamente era un hombre pero se había desarrollado como mujer debido a la incapacidad de su cuerpo a la hora de producir andrógenos). Patiño se sintió tan ultrajada al verse exiliada de la competición internacional que lideró una aguerrida campaña legal durante tres años hasta que por fin logró ser readmitida. Pero para entonces su carrera había terminado y la norma siguió vigente para todas las demás.

En plena década de los setenta, la prueba original de la cromatina sexual/bucal fue declarada no fiable y reemplazada por una actualizada prueba del ADN. Sin embargo, la nueva fórmula no encontró a un solo hombre que compitiera como mujer. En cualquier caso, los cuerpos de las atletas eran más visibles para el público: habían aparcado los holgados y anticuados uniformes de atletismo y los habían sustituido por modernos y ajustados atuendos elásticos de llamativo colorido. Con las pruebas de dopaje en vigor, estaban obligadas a entregar muestras de orina bajo observación directa. De ahí que resultara irrisorio pensar que un «impostor» masculino pudiera burlar tantos niveles de escrutinio directo. Durante la década de los ochenta, a medida que el deporte parecía ampliar sus miras acerca de las capacidades de las mujeres, el entrenamiento de las féminas experimentaba una clara y progresiva mejora y las extenuantes pruebas atléticas como la maratón se añadían al programa femenino, se entendió que el músculo típicamente masculino no era necesariamente una ventaja para las mujeres. El tiempo marcado por la esbelta y femenina vencedora de la prueba de maratón en 1984, Joan Benoit, fue menor que cualquiera de los tiempos registrados por los vencedores de las maratones masculinas anteriores a 1956 (todo un logro, sobre todo teniendo en cuenta que las maratonianas seguían aún descubriendo a qué velocidad eran capaces de correr los 42,195 kilómetros de la distancia).

¿Y qué hay de los olímpicos masculinos que podían ser XXY o XYY? Los XXY masculinos a menudo presentaban un físico delgado y más femenino que podía concederles una ventaja

injusta en disciplinas como la gimnasia y las pruebas ecuestres. Algunos estudios sugerían que los hombres XYY eran más agresivos, lo cual podía también conferir una injusta ventaja a los hombres. Sin embargo, los hombres nunca tuvieron que verse sometidos a una prueba de verificación de sexo. Cualquier variante genética tenía pleno derecho a competir sin haber de sufrir la menor molestia.

Myron Genel, doctor en Medicina, fue un experto que terminó convenciéndose de que las pruebas de verificación de sexo no eran más que un simple chiste. En 1990 aceptó, junto con otros colegas, la invitación de la FIAA para unirse y llevar a cabo un taller sobre «verificación femenina». Más adelante, Genel escribía en la publicación Medscape Women's Health:

> Nuestro grupo concluyó que debía interrumpirse definitivamente la determinación del sexo a partir de las pruebas de laboratorio... La pretendida razón para seguir adelante con ellas no es más que la detección de impostores del sexo masculino que dispondrían de una injusta ventaja competitiva. Lo cierto es que en ningún caso se ha descubierto a ningún auténtico impostor; no obstante, los procedimientos de verificación de sexo han provocado un daño sustancial en un buen número de atletas femeninas nacidas con anormalidades genéticas relativamente infrecuentes que afectan al desarrollo de las gónadas o a la expresión de las características sexuales secundarias.

En 1992, como resultado de este estudio, la FIAA desafió al COI y dejó de practicar la prueba de verificación de sexo. Los Juegos de la Commonwealth y las federaciones de varios deportes siguieron rápidamente el ejemplo, como lo hizo también la American Medical Association, el American College of Obstetricians and Gynecologists y otros organismos médicos. Pero nada parecía poner fin a la implacable marcha de la gran apisonadora olímpica de las pruebas de verificación en laboratorio. En los Juegos de Atlanta de 1996, 3.387 atletas se vieron obligadas a someterse a un aparatoso proceso de examen del ADN que resultó ser tremendamente caro para los Juegos. Ocho fueron las detenidas, estudiadas luego al detalle y sometidas al juicio de las autoridades... para finalmente recibir el permiso de la organización y participar en la competición.

Por último, en 1999, después de que atletas disidentes y organizaciones deportivas amenazaran con boicotear las pruebas de verificación de sexo de los siguientes juegos olímpicos, hasta la Comisión Atlética del COI se dirigió al comité ejecutivo y exigió que se pusiera fin a las pruebas. Las

pruebas quedaron suspendidas como medida cautelar en los juegos de Sydney y de Salt Lake City. Sin embargo, el COI no ha renunciado a la vieja ideología. Se reserva el derecho a volver a aplicar la tan desacreditada prueba a todo aquel caso individual que llame su atención. Mientras tanto, en el frente político norteamericano, las realidades científicas del sexo siguen siendo ignoradas por un gran número de conservadores (como en Texas, donde el 4º Tribunal de Apelaciones decretó en 1999 que sólo las parejas con la combinación estándar de cromosomas XY y XX podían contraer matrimonio). La vieja actitud cuenta además con la intransigencia de las propias atletas norteamericanas. En el 2000, Marion Jones, la velocista norteamericana, apareció en un artículo sobre la «gente guapa» de la revista People Magazine en el que afirmaba que el deporte debía alejarse «de la imagen masculina de las atletas».

¿QUÉ FUE DE ELLAS?

En la actualidad, la polémica sobre el sexo de los atletas sigue acumulando titulares al tiempo que la arena del cambio se amplía al mundo deportivo LGBT. Aquí, los jueces y organizadores deben repetir el doloroso esfuerzo olímpico por hacerse con el control de una política de sexos que los/las atletas estén dispuestos/as a aceptar.

Mientras tanto, en el grupo de noticias deportivas de Yahoo que he mencionado ya en este artículo, Karen Huff, la que fuera en su momento atleta norteamericana, compartía algunos recuerdos de la década de los sesenta, cuando vio a las dos hermanas Press en el curso de varias competiciones celebradas entre la URSS y los EE.UU. Huff decía así: «cuando nuestros equipos comían juntos en la cafetería de Stanford, Tamara comía sola. Era triste. ¿Sabe alguien qué fue de Tamara y de Irina?».

Resulta difícil encontrar alguna mención actual de las hermanas Press. Naturalmente, aparecen en los libros de récords. Tamara aparece en el ranking de las mejores lanzadoras de peso del mundo de todos los tiempos del Track and Field News. El historiador olímpico David Wallechinsky considera a Irina la más grande de las dos, atendiendo a su dominio en una gama de disciplinas más amplia y a sus dieciséis mejores marcas mundiales.

Sin embargo, el impacto que supusieron las hermanas Press en la historia del deporte difícilmente puede medirse por el número de medallas obtenidas por ellas. Por esa razón, son evidentemente el blanco de los prejuicios y de la sed de

venganza todavía existentes, y de ahí que se hayan vuelto sospechosamente invisibles en los medios. Cuando volvieron a casa con sus medallas, quizá recibieran los honores de rigor destinados a los héroes y heroínas soviéticos, pero fuera de la URSS jamás llegaron a formar parte de las listas de las «grandes deportistas» que yo he encontrado. La mayor parte del escaso material que existe sobre ellas se centra en la vieja polémica. En 1998, David Wallechinsky, al publicar su obra enciclopédica sobre las olimpiadas, afirmó que estaba seguro de que las hermanas Press eran hombres. Hasta el momento no he encontrado información sustancial sobre lo que hicieron las Press con sus vidas posolímpicas. Fuera lo que fuera, se mantuvieron siempre en un segundo plano. Es comprensible. Cualquier atención pública que se les preste volvería a depositar inevitablemente a sus pies esas viejas y dolorosas preguntas.

En 1991, la URSS se vio finalmente abrumada desde sus entrañas por problemas étnicos, políticos y económicos, y se derrumbó en un conjunto de repúblicas de dificultosa independencia. El comunismo cayó también en los países satélites de la ex URSS. Las hermanas Press sobrevivieron a la caída de la Unión Soviética, como también lo hicieron al subsiguiente paso de Ucrania a la independencia. La versión on-line de la Enciclopedia ruso-judía de 1995, que documentaba a 8.500 judíos todavía con vida residentes en antiguo territorio soviético, listaba a las hermanas Press junto con varios miembros de su familia. Las hermanas rondarían hoy los 70 años.

El Jews in Sports on-line ofrece una última información sobre las carreras de las dos hermanas:

> Todavía se mantienen las dudas y las preguntas acerca de si oficiales soviéticos inyectaron hormonas masculinas a las hermanas Press o, como afirman algunos, de si en realidad las hermanas eran hombres. En cualquier caso, sus mejores marcas mundiales y sus hazañas siguen en los libros... Combinadas, Tamara e Irina batieron un increíble conjunto de 23 mejores marcas mundiales.

Sí, sin duda la verdadera intención de la prueba de verificación de sexo no era asegurar el fair play en los Juegos. La prueba sobrevivió sólo unos años a la Guerra Fría. Resulta irónico que, a pesar de que hace ya tiempo que la Guerra Fría es cosa del pasado, todavía exista cierta hostilidad postsoviética en los juegos olímpicos, cuya polémica se centra

ahora en el dopaje y en la honestidad de los jueces. En los juegos de Invierno celebrados en Salt Lake City en el 2002, todo el revuelo que rodeó la concesión de la medalla de oro en la disciplina de parejas en el patinaje artístico sobre hielo, con la consiguiente acusación de actitud antirrusa vertida sobre los jueces occidentales por parte de la delegación rusa, debió mucho al pasado lejano.

Lo paradójico de la cuestión es que, una vez hechas las cuentas, la prueba de verificación de sexo nunca dio a los Estados Unidos ninguna de las esperadas ventajas para las «mujeres femeninas» en las disciplinas de lanzamiento. Con los años, las mujeres procedentes de países ex comunistas han continuado ganando medallas de forma consistente en el lanzamiento de peso. En los juegos de Sydney del 2000, la bielorrusa Yanina Korolchik se llevó el oro en el lanzamiento de peso, mientras que la plata fue para la rusa Larisa Peleshenko. Según el Track and Field News, la URSS sigue siendo la nación más laureada en la historia de esta disciplina. ¿Se producen todavía hoy esos logros porque esas mujeres disponen de una injusta ventaja genética? No parece demasiado probable. ¿Utilizan esas mujeres drogas que mejoren su rendimiento? Bueno, son muchas las atletas, incluidas las norteamericanas, las que en la actualidad emplean toda una serie de potenciadores del rendimiento de última generación, a pesar de los esfuerzos del COI por poner fin al dopaje. Lo más probable es que estas mujeres se lleven el triunfo final porque siguen estando menos encadenadas a la «feminidad convencional» que muchas deportistas norteamericanas. Cierto es que su dominio en el lanzamiento de peso es, hoy en día, una tradición, del mismo modo que los Estados Unidos destacan en las pruebas de velocidad.

Mientras tanto, hemos asistido a la imposición de una ideología propia de la Guerra Fría que ha justificado su vigencia erigiéndose en ciencia del deporte durante unos largos 34 años. La prueba de verificación de sexo, que justificaba su existencia por su cruzada contra las «malas chicas de aspecto masculino» podría haber salido directamente de una novela de Tom Clancy… eso, claro, si Tom Clancy hubiera escrito alguna vez sobre deporte.

1950-1969
(ANTES DE STONEWALL)

WILHELM VON HOMBURG

El niño malo del boxeo

El 10 de marzo del 2004, Norbert Grupe, alias Wilhelm von Homburg, el boxeador peso pesado tan celebrado en su día y más tarde famoso actor de cine por sus papeles de villano, moría de cáncer de próstata en Puerto Vallarta, México. Tenía 63 años. Los comentaristas europeos le elogiaron como una «terrible leyenda del boxeo de los años sesenta y setenta». Durante esas revolucionarias décadas, fue una de esas figuras cuya vida, apasionada y polémica, dotó de una mayor flexibilidad a la libertad personal en el ámbito del deporte: un chico malo que intentó enmendarse.

Conocí a Norbert en los últimos años de su vida, cuando hacía ya mucho tiempo que se había retirado del cuadrilátero. Siempre me recordó a un gato grande… con una voz grave y ronroneante que podía variar desde la serenidad a la amenaza y una melena grisácea que llevaba recogida en una pulcra cola de caballo en vez de la mata estilo estrella de rock de antaño. Mediría aproximadamente un metro noventa, aunque parecía más alto porque se le daban bien los juegos mentales que los boxeadores a menudo combinan con los puñetazos. Hasta sus ojos verdes te hacían pensar en un gato. Norbert tenía además ese «corazón»… esa feroz fuerza de voluntad e inteligencia descritas por el campeón de semipesados José Torres como el poder definitorio de todo buen púgil. Entre la gente del boxeo suele decirse que quien tiene corazón puede levantarse de cualquier knock-down y volver una y otra vez al combate.

GRIEGOS, ROMANOS Y BRITÁNICOS

Actualmente, la tendencia general entre los norteamericanos es la de ver el boxeo como un «deporte de hueco», es decir, un deporte que se ha hecho su lugar entre una masa determinada de devotos pero que carece del atractivo mayoritario del que disfrutan deportes como el

fútbol americano o el béisbol. En el seno del mundo gay, el boxeo dispone de un hueco aún menor porque ofende las sensibilidades políticamente correctas de algunos. Sin embargo, este deporte cuenta con su base de aficionados LGBT: ¡Óscar de la Hoya agradece públicamente el apoyo de sus admiradores gays! No hay duda de que durante siglos el boxeo ha sido un campo de batalla en el que las cuestiones relacionadas con la sexualidad y los estereotipos deportivos han quedado totalmente fuera de combate.

«El arte masculino» o la «dulce ciencia», como muchos lo llaman, es el sistema más antiguo de defensa propia y de ataque. Hace 7.000 años, la civilización de Oriente Medio representó el boxeo en murales y en pictogramas. En los juegos olímpicos de la Antigüedad, grandes boxeadores aficionados como Diágoras y Teágenes rezaban sus plegarias a Apolo, el boxeador celestial entre los dioses. Luego las parejas de desnudos combatientes se vendaban las manos y las muñecas con tiras de cuero e intercambiaban puñetazos dentro de un cuadrilátero dibujado en el fango.

Las cuestiones relacionadas con la orientación sexual ya suponían en la antigüedad una fuente de irritación. Los boxeadores de Esparta, con su pelo largo y con un boxeo de estilo típicamente técnico, eran evidentemente despreciados por «afeminados» por los boxeadores procedentes de otros estados-ciudades griegas, hombres de pelo corto y mayormente apoyados en la fuerza y en la potencia de los golpes. Sin embargo, los boxeadores espartanos debían de ser difíciles de batir: los hombres de Esparta se criaban en el seno de su ejército, famoso por su valor y por su dureza. Las relaciones entre miembros del mismo sexo eran parte de la fábrica de la vida de la antigua Grecia, por lo que podemos estar seguros de que algunos de esos héroes del boxeo eran ancestros orientativos de los nuestros.

Los romanos inventaron el boxeo profesional (es decir, el boxeo pagado), completándolo con los promotores y el machismo que lo envuelve en la actualidad como el batín de un púgil. Los combates de boxeo profesional se resumían en brutales encuentros a puño descubierto que se alargaban entre 75 ó 100 asaltos y durante los cuales los púgiles demostraban con orgullo cuánto castigo eran capaces de soportar o de repartir. En el siglo xix, los aristócratas británicos empezaron también a practicar el boxeo. Dado que ningún caballero estaba dispuesto a luchar por dinero, recuperaron el antiguo ideal griego del atleta aficionado que

competía sin aceptar dinero a cambio. Sin embargo, tras experimentar personalmente esas mandíbulas rotas y el aporreo mortal del adversario, los miembros de la nobleza se apresuraron a hacer del boxeo un deporte más humano. En 1865, el marqués de Queensbury, notable boxeador, estableció las Normas del Boxeo, un manual que definiría el deporte desde entonces. Las reglas del boxeo exigían la utilización de guantes protectores, limitaron la duración de los asaltos a tres minutos, prohibieron los cabezazos, etc.

En el año 1908, el boxeo se convirtió en deporte olímpico, creando así una base internacional para los combates de aficionados. Con el paso del tiempo, se tomaron más medidas de seguridad: protectores bucales, coquillas, etc. El deporte del boxeo seguía profundamente enraizado en un subsuelo marcadamente machista. Aun así, y según palabras del boxeador/escritor australiano Mischa Merz, «el elemento sexual del boxeo siempre ha estado ahí de algún modo, cuando son los hombres quienes lo practican. Boxean casi desnudos y llevan unos pantalones cortos de satén que resultan hasta cierto punto sedosos y sensuales, y hay un gran contenido físico y una gran admiración por el físico y la gente no deja de hablar de lo delgado y atlético que está un boxeador… todo ello pone de relieve cierta dosis de homoerotismo que siempre ha estado presen-te en el deporte».

Sin duda, algunos de los entendidos del boxeo son conscientes de que existe en el deporte una subcultura gay/bisexual. Thomas Hauser, distinguido experto en boxeo y autor de una columna que aparece regularmente en Secondsout.com, afirma en su libro The Black Lights («Las luces negras») (considerado en general como la mejor obra sobre el deporte del boxeo) que varios campeones del mundo del pasado eran gays. «A fin de cuentas —me dijo Hauser en una entrevista telefónica—, en los deportes individuales, como el tenis y el golf, solemos ver más abiertamente a atletas gays y lesbianas, en comparación con los deportes de equipo, donde se ven muchos menos.»

Oliver Mayer, dramaturgo de Los Ángeles, escribió conmovedoramente sobre Panama Al Brown, un púgil norteamericano de primera línea de los años treinta que era gay y que se vio obligado a combatir sobre todo en Europa porque en el viejo continente su orientación sexual era para él un problema social de menor relevancia. Según Mayer:

> Negro como el azabache y flaco como un junco, Panama Al Brown [era] considerado uno de los mejores pesos gallo de todos los tiempos. No sólo dominó su generación en el deporte del boxeo, sino que también deslumbró a la intelligentsia del París de la década de los treinta, en particular a Jean Cocteau, su amante y mánager. En Francia, un hombre como Al Brown podía ser él mismo. En los Estados Unidos, en cambio, la homosexualidad y el deporte nunca se han llevado bien. Panama Al terminó abandonado y murió víctima de las drogas en Nueva York, ciudad famosa por su falta de compasión.

Según he podido saber por boca de otra gente del boxeo con la que he hablado, otro de los grandes presuntamente gay fue Lou Nova. Como aficionado, el púgil nacido en California fue campeón internacional de los pesos pesados en 1935. Tuvo una larga carrera profesional, batiendo por K.O. al gran Max Baer en el primer combate televisado celebrado en 1939 y perdiendo ante Joe Louis en un combate por el campeonato del mundo en 1941. Por fin se retiró en 1945. Nova se casó dos veces y, según se dice, dio a conocer su orientación sexual a algunos amigos y a algunos familiares hacia el final de su vida. Murió en 1991. Un púgil ya jubilado de los primeros tiempos, que prefiere que no se le mencione en relación con Nova, me dijo: «Hay que entender una cosa: no creo que la gente de esa época se vieran a sí mismos como gays. Es muy difícil que alguien de ese período del boxeo admita algo así. Es una cuestión de mentalidad».

Cierto es que, cuando la revolución sexual llegó a Occidente a mediados de los años sesenta y hubo quien empezó a expresar de forma más abierta su homosexualidad, algunos púgiles se vieron forzados a demostrar lo heterosexualmente machos que eran.

En 1962, esta presión social llevó a la tragedia en un combate por el campeonato del mundo entre Benny Paret, de Cuba, y Emile Griffith, de Islas Vírgenes. Paret cometió el error de llamar «maricón» a Griffith. Furioso al oír semejante insulto, Griffith golpeó a Paret de forma tan implacable que poco después el cubano cayó en coma y murió.

UN DURO COMIENZO

Muchos de los púgiles que han conocido el éxito empiezan como chicos duros en las calles, donde la defensa propia es una cuestión de vida o muerte. Norbert no era distinto:

empezó como superviviente en las ruinosas calles del Berlín de posguerra.

Su padre era Richard Grupe, que había participado en 194 combates como boxeador aficionado en la categoría de los pesos pesados durante la década de los treinta y los años de Hitler. El boxeo siempre había gozado de una intensa popularidad en Alemania, sobre todo después de que Max Schmeling venciera a Joe Louis en 1936 y se convirtiera en el único alemán poseedor del título mundial de los pesos pesados. La popularidad de Schmeling alcanzó aún mayor resonancia en Alemania cuando corrió la voz de que se había negado a unirse al Partido Nazi o a despedir a su mánager judío.

En 1940, nacía Norbert en Berlín, justo cuando la Segunda Guerra Mundial asolaba Europa en su totalidad. El pequeño cumplió cinco años aproximadamente coincidiendo con los inicios de los bombardeos aliados sobre su ciudad y la caída del régimen nazi en 1945.

Cuando Alemania quedó dividida en el sector este comunista y en el oeste democrático, los Grupe eligieron instalarse en el Berlín occidental y enfrentarse allí a las penurias de la posguerra. Para mantener a la familia, Richard se convirtió en profesional y combatió 43 veces más como infatigable peso pesado, entre 1946 y 1952. Grupe ganó 26 combates, incluido el K.O. que le infligió a Al Hoosman, reputado boxeador norteamericano de raza negra que combatió mientras servía en el ejército de los Estados Unidos. Sin embargo, en 1947, Richard perdió ante Hein ten Hoff en un combate por el título alemán de los pesos pesados. También Schmeling había sobrevivido a la guerra y seguía combatiendo para ganarse la vida durante esos años de penurias, pero Grupe y él nunca coincidieron en el cuadrilátero.

Mientras tanto, y según palabras de Rona, la hermana de Norbert, fue Richard quien enseñó a boxear a su hijo. Ya durante su adolescencia, el atractivo Norbert mostró una fuerza y una capacidad atlética precoces.

A mediados de la década de los cincuenta, Richard se retiró del boxeo. Todavía tenía que ganarse la vida, de modo que Robert y él emigraron a los Estados Unidos, donde iniciaron su andadura como luchadores profesionales. Apodados «los Vikingos», padre e hijo participaron en el circuito disfrazados de bárbaros y con cascos coronados con un par de cuernos de vaca. El más joven de los dos aprendió a proyectar una

imagen de matón (era parte de la puesta en escena del combate). Sólo Norbert supo realmente hasta qué punto esa imagen correspondía a su verdadero yo y hasta qué punto era un juego mental que le ayudaba a vencer en sus combates.

En 1962, año de la muerte de Benny Paret, Norbert cambió sus leotardos de púgil por los pantalones cortos de satén del boxeo. Tenía 22 años en aquel entonces y era uno de los pocos blancos en un deporte típicamente norteamericano dominado por los negros y por los latinos. Su padre le sugirió que se presentara como «Prinz ("Príncipe") Wilhelm von Homburg» para que pudiera así dar un pequeño tirón de orejas a los alemanes preocupados por las diferencias de clases con sus humildes orígenes. Dos años después, y tras haber vencido en 15 de sus 20 combates, el joven regresó a Alemania occidental, instalándose en Hamburgo, donde fue aclamado como «un prometedor recién llegado».

Llevado ahora por el promotor Willi Zeller y venciendo en 7 de los siguientes 11 combates, Norbert empezó a ganar mucho dinero y a vivir a lo grande en un apartamento nuevo situado en St. Pauli, el barrio bohemio de Hamburgo. Llegó incluso a casarse (más adelante, y siempre según palabras de la hermana de Norbert, su esposa se divorció de él porque la alocada vida que él llevaba no la hacía en absoluto feliz).

Norbert aspiraba a proclamarse campeón de Europa primero, y campeón del mundo en categoría de los pesos pesados después. Los buenos púgiles en raras ocasiones son buenos negociantes: pueden terminar arruinados, debiendo impuestos atrasados, sin redes de apoyo ni pólizas de salud. Los problemas de salud persistentes pueden afectar a los boxeadores ya entrados en años, sobre todo a causa de los daños cerebrales provocados por los fuertes golpes recibidos en la cabeza. «Nunca quise terminar convertido en un viejo borracho condenado a una silla de ruedas», me diría Norbert más adelante. De ahí que en 1965 iniciara una segunda carrera: la actuación. Era una buena elección, tratándose de un hombre que había aprendido a protegerse con contundencia. Su primer papel menor fue en una película europea titulada Morituri.

EL BOXEADOR BEATLE

Por todo Occidente, la juventud se rebelaba, desafiando a la

autoridad y a la tradición conservadora… y esa tendencia quedó claramente reflejada en el deporte. En los Estados Unidos, un joven peso pesado de color llamado Cassius Clay estaba poniendo el boxeo del revés. Animado hablador, Clay describía el estilo de su pegada como «la picadura de una abeja». Aguijoneó sin duda a los sectores más conservadores cuando lanzó al suelo su medalla olímpica en 1960 para protestar contra el racismo. Volvió a aguijonear cuando se unió a la religión de la Nación del Islam, se cambió de nombre por el de Muhammad Ali, protestó por el envío de tropas a Vietnam, se las vio con la Comisión de Boxeo del Estado de Nueva York, a la que llevó hasta la Corte Suprema (y ganó) después de que le castigaran por protestar contra la guerra.

Mientras tanto, a Norbert se le llamaba «la respuesta alemana a Muhammad Ali».

Las «ofensas» de Norbert contra el conservadurismo en el deporte eran tan variadas como las de Ali, pero por el mero hecho de ser europeo, se concentraban en cuestiones de distinto cariz. En un continente donde seguía valorándose la cortesía propia de la vieja escuela, Norbert era considerado «duro, pendenciero e impertinente». Supuestamente, los púgiles debían tener aspecto militar y bien definido. Norbert fanfarroneaba de su larga melena rubia y recibió el apodo de «el Boxeador Beatle». Der Beatle llegaba al cuadrilátero con un cigarrillo en la boca y con unos pantalones cortos adornados con visón. El aspecto amenazador de Norbert disparó el debate público sobre su orientación sexual: muchos fueron los alemanes (como muchos los norteamericanos) que creían ciegamente en el estereotipo según el cual todos los hombres homosexuales son afeminados y muestran modales blandos. Sin embargo, Norbert era abiertamente sensual, y exhibía ese punto andrógino tan visible en la estrella del rock Jim Morrison y en otras figuras de la contracultura de un modo que resultaba atractivo para los jóvenes aficionados al boxeo de ambos sexos. La cámara le adoraba y él correspondía a esa adoración, ganándose a la multitud.

Muchos jóvenes rebeldes de Alemania occidental estaban encantados con el desafío a la autoridad tan típico del personaje de niño malo que encarnaba Norbert. A pesar de no haber conseguido todavía ningún cinturón de campeón, Norbert se convirtió en uno de los primeros ídolos modernos pop de la Alemania occidental: una estrella del rock con guantes de boxeo. En esa época todavía no existía el boxeo

televisado, de modo que «el Boxeador Beatle» se convirtió en un reclamo con el que llenar los recintos deportivos de enloquecidos aficionados al deporte y de enjambres de paparazzi. Un escritor diría más adelante: «Llevó el sexo y el espectáculo al boxeo».

Pero Norbert estaba siendo víctima del síndrome «sexo, drogas y rock-and-roll» que minó las vidas de tantas otras celebridades. Gradualmente, siempre en opinión de los comentaristas deportivos alemanes, el estilo de vida del niño malo del deporte «acabó totalmente con él». Vivía en el centro mismo del Kiez, el conocido barrio rojo de St. Pauli, donde se refocilaba en el ambiente de los bajos fondos y en la insolente tolerancia del momento con las libertades sexuales tanto heterosexuales como gays. Frecuentaba la compañía de chulos, camellos, personajes del inframundo y matones. Poco a poco fue disponiendo de menos tiempo y energía para el implacable entrenamiento que todo púgil debe cumplir si pretende mantenerse en lo alto.

Fue en noviembre de 1966, precisamente en Berlín, su ciudad natal, donde le llegó la derrota. Los boxeadores a menudo cuentan cómo un solo golpe puede cambiar la vida del púgil para siempre. Norbert por fin disponía de su tan anhelada oportunidad de llevarse el campeonato de Europa en un combate contra el italiano Piero del Papa. Tumbó a Del Papa en el primer asalto y los jueces le dieron la ventaja a los puntos. De pronto, el juez francés insistió en que había golpeado a Del Papa con la cabeza. Norbert fue descalificado.

Física, espiritual, mental y emocionalmente, una sola derrota puede lanzar a cualquier púgil —incluso a uno con mucho corazón— tambaleándose contra las cuerdas. En 1969, Norbert era derrotado habitualmente por otros pesos pesados y semipesados. Aun así, el campeón alemán Jürgen Blin sentía un gran respeto por el Boxeador Beatle. «Era un tipo duro… el mejor púgil alemán del momento», diría Blin más adelante.

La furia de Norbert ante lo que él entendía como prejuicio contra él por parte de las autoridades deportivas llevó a su «impertinencia» definitiva. Ocurrió en 1969 durante una entrevista televisiva en el Channel 2 alemán. Un entrevistador deportivo invitó a Norbert a que hablara de su humillante derrota ocurrida el día anterior, cuando el argentino Oscar «Ringo» Bonavena lo derribó en cinco ocasiones y finalmente ganó el combate por un T.K.O. (nocaut técnico). Rainer Guenzler, el entrevistador deportivo, se mostró poco amistoso

con Norbert e hizo preguntas que sólo lograron azuzar más y más al entrevistado. Norbert respondió a cada una de las preguntas con un silencio pétreo. Fue muy criticado por ello, pero se negó a disculparse.

Aunque resulte irónico, si Norbert hubiera vencido a Del Papa y a Bonavena, quizá hubiera tenido la oportunidad de combatir contra su tocayo norteamericano, Muhammad Ali, por el cinturón mundial. Pero resultó que fue Bonavena quien disputó el título con Ali, y quien recibió en su momento el aguijonazo de la «abeja» norteamericana.

Norbert perdió sus últimos cuatro combates y se retiró del cuadrilátero en 1970.

A partir de entonces intentó dedicarse de pleno a su carrera de actor. Sin embargo, su inquieta vida social terminó por pasarle factura. Se le imputaron varios crímenes, entre los que se incluía la extorsión, el fomento de la prostitución y el tráfico de drogas. Los abogados y los costes de los juicios terminaron por dar cuenta del resto de los ingresos percibidos gracias a los combates y pasó cinco años entre rejas. Cuando salió, estaba arruinado y volvió a los Estados Unidos en un buque mercante, trabajando para pagarse el pasaje.

Había llegado la hora de replantearse la vida.

UN PRINZ NUEVO Y MEJORADO

Cuando me mudé a Los Ángeles en 1991, un amigo mutuo me presentó a Norbert. Ya cumplidos los cincuenta y tantos, el antiguo púgil había alquilado un diminuto apartamento en Venice, lo más parecido a lo que Los Ángeles ofrece como «barrio bohemio».

Mi novia y yo solíamos encontrarnos con Norbert para tomar una copa en algún oscuro y ruidoso club de rock, o quedábamos a cenar en su casa, donde le encantaba cocinar copiosos platos alemanes para sus amigos. Su casa estaba abarrotada de recuerdos del boxeo, del cine y de fotos de él. Las fotos eran un trampolín para hablar del pasado. Norbert seguía gruñendo sobre la decisión que tanto le había perjudicado durante el combate contra Del Papa, contra la injusticia de los periodistas alemanes y los jueces de los tribunales criminales que le habían descrito como un monstruo. Pero la «espantosa leyenda» contaba también con su lado lúdico y amable. A pesar de carecer de una educación

formal, era un entretenido conversador capaz de dar buenas muestras de ingenio. Amante de los animales, siempre se le veía en compañía de perros y galopando por los caminos de herradura de Griffith Park a lomos de caballos propiedad de sus acaudalados amigos.

En esa época, el niño malo se mostraba muy cuidadoso con el consumo de alcohol, drogas, con la dieta, etc. Entrenaba en el Gold's Gym de Venice e incluso estaba intentando dejar de fumar. Todo lo que quedaba del carácter de matón/Jim Morrison era su pelo largo, la chaqueta de cuero negro y la moto. En Hollywood era un actor más, deseoso de trabajar como tantos otros, que ahorraba en gasolina conduciendo una steed para ir a sus clases de arte dramático y a sus audiciones.

En privado, cuando hablaba de su vida sexual, Norbert dejaba claro que el Boxeador Beatle se las había visto con toda suerte de contendientes, sin importarle su género. Aunque bien es cierto que nunca le conocimos ningún novio o novia. Parecía ser el eterno solitario. A fin de cuentas, ya había salido del armario, declarándose en su momento como la quintaesencia del renegado, de modo que tatuarse la palabra bisexual en la frente no era algo que ansiara llevar a término a esas alturas de su vida. Además, el Hollywood homófobo de los años noventa, con todos los pánicos que habían despertado las innumerables muertes provocadas por el sida en el seno de la industria, no era un lugar en el que la homosexualidad ni la bisexualidad declaradas fueran a verse recompensadas. Como el bailarín del musical A Chorus Line, el leitmotiv de Norbert era «Necesito este trabajo».

Con un currículo especialmente diseñado para conseguir papeles de acción, participó en dos docenas de películas: todos ellos papeles menores, básicamente en películas de acción como Jungla de cristal y A la caza del lobo rojo. Trabajó con directores de primer orden como John Carpenter y Alfred Hitchcock. Su rostro curtido y su furiosa mirada germánica eran un plus para los papeles de tipo malo. Terroristas, policías, asesinos, saboteadores, proscritos occidentales… los encarnó a todos, y a todos los encarnó bien.

Cierto es que en aquel momento Norbert contaba con sus admiradores cinematográficos. Le querían casi tanto como a Lord Vigo, el mago maligno de Cazafantasmas 2. Más adelante, Vigo alcanzaría el puesto número 42 de la Lista de los 100 Peores Villanos de Todos Los Tiempos, uniéndose a Darth Vader, a Terminator y a otros malos ilustres. En un foro de discusión, un perceptivo admirador comentaba el aspecto

andrógino de Vigo, diciendo: «¿Me lo parece a mí o este tipo es un poco maricón?».

Sin embargo, los directores de casting se negaban a darle los grandes papeles. Mucho tiempo atrás, un puñetazo le había partido el labio superior… y la vieja cicatriz seguía visible. De ahí que en su dicción se apreciara un ligero ceceo que los logopedas no lograron corregir.

«Tienen que doblar mis diálogos», me confesó, evidentemente entristecido.

Cuando se enteró de que yo había escrito El corredor de fondo, Norbert leyó la novela e inmediatamente quiso el papel del entrenador Harlan Brown para la adaptación cinematográfica de la obra. ¿Un entrenador gay? Nicht problem. Si podía conseguir el papel de su vida, no temía lo que Hollywood pudiera opinar sobre su sexualidad. Me dio el teléfono de Capital Artists, su agente, e intentó engatusarme con su voz ronroneante: «Tú eres la escritora. Tú puedes conseguirme ese papel, ¿no es verdad?». Lo cierto es que me quedé impresionada ante el intenso interés que demostró por el papel, pero tuve que explicarle que los derechos cinematográficos de El corredor de fondo en ese momento no me pertenecían, de modo que no podía hacer nada por él.

Con su carrera como actor en el dique seco, Norbert llegaba a fin de mes trabajando en publicidad.

Una tarde de 1993, vino a visitarme a Malibú en bicicleta. Yo le había alquilado allí un apartamento a una amiga y estaba trabajando en La carrera de Harlan, la segunda parte de El corredor de fondo. Almorzamos en un pequeño restaurante del centro comercial de Malibú y Norbert me dijo que se mudaba a Hawai, donde un amigo tenía una casa en la playa. Se había ofrecido a cuidar de la casa a cambio del alquiler. Antes de marcharse, quería recordarme su interés en El corredor de fondo. Sabía que mi socio Tyler St. Mark y yo habíamos iniciado un proceso legal para recuperar los derechos cinematográficos de la novela, de ahí que me hiciera entrega de su último retrato fotográfico, en el que se le veía con su chaqueta de cuero negro.

Tyler guardó la foto en nuestra recién estrenada carpeta de castings.

Tras unas cuantas llamadas desde Hawai resumidas en un «Hola, cómo va la película», Norbert se dio cuenta de que nuestra demanda legal podía alargarse durante años. Gradualmente se desvaneció de nuestras vidas.

Durante décadas, el boxeo profesional ha batallado contra una imagen sórdida: los viejos vínculos con la estafa, los recientes escándalos en los que se han visto implicados promotores y púgiles. Pero las tendencias tan vinculadas al mundo del espectáculo que Norbert ayudó a propiciar han calado hondo, gracias a la televisión por satélite, al sistema de pago por visionado y al apoyo de las cadenas HBO, Showtime y ESPN. La taquilla resultante de un combate por un título importante sobrepasa a menudo los veinte millones de dólares.

Mientras tanto, el valor de algunos individuos (púgiles, entrenadores, asistentes, propietarios de gimnasios, escritores, etc.) ha abierto el camino a cierta tolerancia con la homosexualidad en el boxeo amateur, especialmente en Gran Bretaña. Jim Atkinson, entrenador de boxeo declaradamente gay, describe su experiencia positiva en el Fitzroy Lodge, uno de los clubes de boxeo amateur más antiguos y más prestigiosos de Londres. Estas fueron sus palabras:

«El club sabía que yo era gay (y conocía a mi pareja, Phil) antes de ofrecerme el puesto de secretario. Posteriormente me respaldó económicamente para que me presentara a los exámenes al título de entrenador. En Fitzroy Lodge me siento valorado y ciertamente parte integrante de un equipo y jamás he oído el menor comentario negativo por parte de ningún miembro de club, de ningún entrenador ni de ningún funcionario de la entidad».

Hace un par de años, Charles Jones ocupó los titulares de la BBC cuando hizo pública su homosexualidad justo antes de su primer combate, bajo el apodo de «el machacón rosa». Siendo como era a sus 43 años demasiado viejo para dedicarse al boxeo amateur, Jones debutó en los «combates de ejecutivos» de Londres, célebres entre las comunidades financiera, legal y de agentes de bolsa de la ciudad. Mark Burford, encargado del gimnasio donde Jones entrenaba, declaró a la BBC: «A los chicos les trae sin cuidado que Charles sea gay».

Jim Atkinson conoce los Estados Unidos gracias a sus viajes y a la competición que tiene lugar aquí, y participa de la sensación de que en los EE.UU. se está dando una tolerancia similar con los/as boxeadores/as y entrenadores/as amateurs

LGBT. Habló muy bien de Greg Varney, boxeador gay pionero en los EE.UU., diciendo: «Fue durante muchos años (hasta su jubilación) un entrenador declaradamente gay. Se merece todo el reconocimiento». Pues bien, seguí el rastro de Varney hasta que di con él y le entrevisté. Aunque Varney nunca combatió profesionalmente, probablemente fue el primer boxeador amateur de los Estados Unidos en salir del armario, en el sentido más posmilenio de la expresión: creó el primer club de boxeo gay de los EE.UU. en 1975.

Greg describió para mí esos primeros tiempos:

«Amo el boxeo desde que era muy joven. De niño combatí en los clubes juveniles en la década de los cincuenta y de los sesenta. Más tarde, tuve un novio boxeador. Sí, abrí el primer club de boxeo gay de San Francisco. Hubo otros antes, pero todos muy de tapadillo. Creamos un circuito específico y quince años después celebramos los primeros campeonatos de Boxeo Arco Iris Gay. Los de la vieja escuela veían en mí un peligro y a mi club se le observaba con recelo. Mi declarada orientación sexual les asustaba. Jack Fiske, hoy ya fallecido, le dijo al mundo que estaba pensando inaugurar un club gay, cosa que le perjudicó terriblemente». Fiske había sido un célebre reportero del San Francisco Chronicle especializado en el deporte del boxeo. El anuncio de la creación de un club gay probablemente le haya mantenido apartado del Salón del la Fama del Boxeo hasta después de haber cumplido los 80 años.

Varney prosiguió:

«En aquel entonces, el deporte gay en San Francisco se limitaba al softball, el tenis, la lucha y el boxeo. Tuffys fue la primera tienda de deportes gay del barrio del Castro y todos se reunían allí. El Club de Boxeo y de Lucha del Área de la Bahía contó con tres períodos de actividad. El primer período comprendió desde 1975 hasta los años ochenta, en el Attic Gym. El segundo fue muy breve, a mediados de los ochenta y limitado únicamente a clases de boxeo. El período principal fue de 1992 a 1997. Clases de boxeo a la comunidad gay todos los jueves por la noche, y espectáculos de boxeo dos veces al año. Una noche, Harvey Milk estuvo allí. Los campeonatos se celebraron en 1992 y contaron solamente con la presencia de boxeadores aficionados, ningún nombre destacado. Algún púgil latino y algún negro, pero sobre todo blancos. Tuvimos dos combates femeninos.»

Varney no perdía la menor oportunidad para promocionar el boxeo. Siguió con su relato:

«Mi Attic Gym se publicitaba profusamente en las revistas gays. Boxeamos en los desfiles del orgullo gay de los años setenta y en festivales leather. En Nueva York combatí delante del Stonewall. En los muelles de Nueva York, a finales de los años setenta, me puse el suspensorio y boxeé allí mismo. Pero si hasta me invitaron al Studio 54. Lo único que me enorgullece en el ámbito del boxeo gay... es el hecho de que durante casi veinte años ofrecí el boxeo a la comunidad gay y fui lo suficientemente respetado como para que, cuando organizaba un espectáculo, la gente viniera de todos los rincones para participar en él. Me granjeé enemigos porque no cedí a ninguna otra intencionalidad. Sin embargo, el boxeo jamás ha gozado de un gran éxito entre la comunidad gay. Simplemente no lo aceptan».

Jim Atkinson sigue siendo optimista sobre la aceptación de los gays en el deporte del boxeo. Mientras escribía este artículo, me dijo: «Existe una argumentación que apunta a que la gente que realmente pertenece al ámbito del boxeo (en oposición a los aficionados que no han pisado un cuadrilátero en su vida) aceptarán a los boxeadores gays puesto que todo aquel que tenga las agallas para subir a un cuadrilátero y someterse a las disciplinas del deporte merece un respeto. Personalmente, creo que en eso hay mucho de cierto».

En el frente profesional, el primer boxeador en hacer pública su orientación sexual fue, en 1994, el canadiense Marc Leduc, ganador de una medalla olímpica de plata. Después de pasar a profesional a la edad de 30 años, tras los juegos olímpicos de 1992, Leduc ganó el título canadiense de peso superwelter, aunque su carrera profesional continuó a duras penas, en parte debido a su edad. Pues bien, terminó retirándose imbatido y anunció entonces su orientación sexual al mundo. Como Norbert, Leduc pasó a trabajar en la industria del cine, donde se convirtió en constructor de decorados.

El escritor/columnista Thomas Hauser comparte la esperanza de Jim Atkinson. Según me dijo: «Si un púgil campeón decidiera salir hoy del armario, a la mayoría de los aficionados al boxeo no les importaría. De hecho, creo que un boxeador gay constituiría un gran atractivo». Hauser mencionó un reality de televisión que en aquel momento estaba en desarrollo, en el que docenas de jóvenes púgiles (entre los que se incluía un gay) se verían expuestos a un proceso de selección. Gianni Verdoliva, árbitro de kickboxing, se muestra de acuerdo y añade: «Creo que la actitud general

abarca desde los muy homófobos, pasando por los que parten de la premisa de que “los gays no saben pelear”, a los que piensan que “es maricón, pero si es bueno qué más da”».

A pesar de estos avances, la homofobia sigue siendo un problema en el ámbito del boxeo profesional. La compulsión que lleva a muchos púgiles a «soltar basura» sobre su rival, que empezó en la época de Benny Paret, se ha convertido en un modus operandi estándar por cierta parte de las campañas publicitarias que preceden a los combates. Por ejemplo: la campaña homófoba liderada por algunos púgiles y aficionados norteamericanos lanzada contra Lennox Lewis, el campeón de peso pesado británico.

En 1990, Lewis, jamaicano de nacimiento, había vencido aquel campeonato de Europa tan codiciado por Norbert y no tardó en hacerse con el cinturón de campeón del mundo en 1993. Los rumores que apuntaban que Lewis era gay habían circulado ampliamente en los Estados Unidos hasta llegar incluso a aparecer en la prensa. Los británicos, que reverencian a Lewis como uno de sus mejores púgiles, se quedaron desconcertados ante la hostilidad que mostraron con él los Estados Unidos. El entrenador Atkinson me dijo: «No había más que leer las asquerosas gilipolleces que se decían en las salas de chat para apreciar cuántos aficionados al boxeo de los Estados Unidos odiaban a Lewis. Naturalmente que no es gay… al menos que yo sepa».

Aun así, los norteamericanos conservadores más radicales recelaban del aspecto de relajado rastafari de Lewis, de sus rastas, de su gran afición por la música reggae y de su negativa a insultar a sus adversarios. Otros hechos que alimentaron el fuego de la rumorología: Lewis era jugador de ajedrez y un gran aficionado a los ordenadores, tenía un caniche, vivía con su madre, casi había cumplido los 40 años y seguía soltero (a pesar de que tenía una novia desde hacía años). Incluso el hecho de que fuera un púgil científico, y no un «golpeador» que basaba su estrategia en la musculatura… hacían de él un blanco perfecto.

Un púgil norteamericano que no dudó en meterse abiertamente con Lewis fue Hasim Rahman. En el 2001, Rahman venció a Lewis en un combate por el título mundial y después se negó a enfrentarse de nuevo a él, a pesar de que las normas le obligaban a defender su título. Durante una entrevista concedida al ESPN, Rahman le dijo a Lewis que le parecía un comportamiento flagrantemente gay de su parte haber acudido a los tribunales para exigir un segundo

combate. Los dos hombres terminaron enzarzados en una pelea delante de las cámaras del noticiario.

Thomas Hauser denunció el comportamiento de Rahman en una encendida columna titulada «El intolerante». Hauser, convertido en una voz que defendía los derechos humanos en el ámbito del deporte y que era además coautor de un libro sobre la tolerancia junto con Muhammad Ali, manifestaba sin ambages: «Los prejuicios son algo aprendido… la lección que la semana pasada nos dio Hasim Rahman es que las palizas a los gays por su orientación sexual son algo perfectamente loable». Los aficionados abrumaron a Hauser con más de trescientos correos electrónicos; la mayoría de ellos le daban las gracias por hablar claro. Lewis fue quien tuvo la última palabra… en el combate de revancha, batió a Rahman por K.O. en el cuarto asalto y recuperó su título.

Aun así, Mike Tyson mantuvo vivo el espíritu en defensa de las palizas a los gays, con el objetivo de arrebatarle a Lewis el cinturón mundial. En el curso de unas reveladoras entrevistas citadas en la columna de Hauser «Lewis-Tyson: la inminente tormenta», Tyson admitía sinceramente que batalla a diario con su propia ira, su violencia y su sexualidad. Sin duda, las declaraciones de Iron Mike sobre el sexo gay llevaron a algunos observadores y aficionados a preguntarse abiertamente sobre su propia orientación sexual. Por fin, en el 2002, en el curso de una rueda de prensa celebrada en Memphis antes del combate por el título entre Lewis y Tyson, Tyson estalló, mordiendo a Lewis en el muslo durante la gresca y lanzando insultos antigays incluso a los reporteros. Y eso terminó de sembrar la polémica. Docenas de enojados activistas pro derechos humanos, liderados por el británico Peter Tatchell, se congregaron en Memphis. Delante de un gimnasio de la ciudad, Tatchell cogió a Tyson por banda y le desafió a hacer unas declaraciones a favor de los derechos humanos para gays y lesbianas. Si Tyson no cejaba en sus abusos, le advirtió Tatchell, se organizaría una enorme manifestación.

«Me opongo a cualquier discriminación contra los gays, ¿de acuerdo?», fue la respuesta de un encogido Tyson. Y estrechó la mano de Tatchell, confirmando sus palabras.

Tatchell consideró que la declaración de Tyson era una victoria para los derechos de los homosexuales y dijo que esperaba que Tyson fuera sincero al respecto. Mientras tanto, Lewis volvió a tener la última palabra: batió a Tyson por K.O. en el octavo asalto y conservó su título.

Mientras escribía este artículo, los únicos púgiles profesionales activamente declarados en los Estados Unidos y en Canadá eran mujeres. El árbitro Verdoliva me dijo: «Por lo que yo sé, en el boxeo y en los deportes de combate similares hay más lesbianas que gays».

En 1996, el boxeo femenino profesional hizo su debut oficial como aperitivo al combate por el título de campeón entre Tyson y Bruno celebrado en Las Vegas. En el 2002, contando con la presencia en el cuadrilátero de su padre, Muhammad Ali, Laila Ali ganó su primer título mundial en categoría femenina supermedio. La primera púgil lesbiana en salir del armario fue la boxeadora pionera canadiense Savoy Howe, en For the Love of the Game («Por amor al juego»), un documental deportivo galardonado con varios premios en 1993. En los EE.UU., la revista Curve Magazine ha publicado el perfil de Gina «Boom Boom» Guidi, ganadora del campeonato de boxeo femenino norteamericano en categoría welter. Guidi también obtuvo la medalla de oro en su categoría en los Gay Games de 1982, y en la actualidad está semiretirada. Más recientemente, el Washington Blade publicó el caso de la recién llegada Angel McNamara.

Al tiempo que concluyo este artículo para el libro, la última sensación en el mundo del boxeo femenino es Mia Rosale St. John, ganadora del campeonato del mundo de peso ligero organizado por la IFBA, la Asociación Internacional de Boxeo Femenino, en el 2005. GaySports apuntó que el título de la IFBA es el mismo cinturón que el que perseguía el personaje encarnado por Hillary Swank en la oscarizada Million Dollar Baby. En la entrevista con GaySports, St. John no tuvo ningún problema en admitir que estaba abierta a tener una relación con una mujer.

Aunque resulte irónico, a pesar de toda esta innegable «subcultura gay» presente en el boxeo masculino, y de las agallas y de la visibilidad de las lesbianas en el boxeo femenino, los Gay Games no ven la lucha con buenos ojos. Los Games ofrecieron el deporte en 1982, pero desde entonces lo han ignorado por completo. Los OutGames celebrados en Montreal en el 2006 también han excluido el boxeo. Las candidaturas de Toronto y de Long Beach para la organización de los Gay Games del 2006 proponían el boxeo únicamente como deporte de exhibición.

El motivo: los prejuicios prevalecientes de los políticamente correctos contra el boxeo por demasiado «agresivo» y «peligroso». Tony Whelan, el boxeador gay australiano,

apunta: «Son muchos los gays a los que se les ha hecho creer que los deportes de combate como el boxeo están en cierto modo en clara contradicción con el hecho de ser gay... y eso es precisamente lo que la cultura dominante tiende a enseñar». Asimismo, las mujeres han sido criadas para que crean que los deportes de combate son «inapropiados para las mujeres». Los defensores del boxeo pueden mostrar estadísticas que prueban que el fútbol, incluso las carreras de caballo, cuenta con un mayor índice anual de víctimas mortales. Pero los púgiles, que deberían estar al corriente de ello, reconocen sinceramente los riesgos a los que se enfrentan. Un entrenador negro de boxeo dijo: «no existe lo que algunos insisten en calificar de boxeo recreativo. Boxeo sólo hay uno, y es un deporte muy serio». Sin embargo, la piedra de toque de todo deporte es la competición intensa, que no puede darse sin un espíritu de juego agresivo, tanto si se trata del antiguo juego del ajedrez que tanto adora Lennox Lewis, o del nuevo deporte que copa ahora las televisiones, es decir el dodgeball (lo que vulgarmente se conoce en las escuelas como «jugar a matar»).

Mientras tanto, y según palabras de Jim Atkinson, muchos/as boxeadores/as LGTB hacen caso omiso del desinterés mostrado por los Gay Games y se organizan por su cuenta, luchando en sus propias batallas a favor de los derechos humanos como aficionados y profesionales como muchos otros. Según el boxeador de San Diego Ray Lee, la tolerancia con los gays es también un fenómeno emergente en el boxeo de la categoría Master (de más de 40 años), una nueva disciplina en los EE.UU. Son tantos los gays que practican el boxeo para mantenerse en forma que la entrenadora lesbiana Cappy Kotz escribió un libro para ellos titulado Boxing for Everyone («Boxeo para todos»). En Los Ángeles, la Gay and Lesbian Sports Alliance se organizó para dar soporte a los deportes recreativos y de competición; el boxeo está en su lista de prioridades. ¿Cómo iba a ser de otro modo en esta ciudad en la que Óscar de la Hoya cuenta con tantos admiradores?

EN CONMEMORACIÓN

Cuando me enteré de que Norbert acababa de morir, Tyler y yo buscamos entre nuestras carpetas de castings.

Es una pequeña ceremonia que la gente de la industria cinematográfica suele realizar después de leer las necrológicas: registran los archivos y carpetas de los castings en busca del retrato del fallecido. Nuestro archivo había engordado ostensiblemente: finalmente habíamos recuperado los derechos cinematográficos de El corredor de fondo y docenas de actores que luchaban por encontrar un papel se habían presentado, deseosos de encarnar al entrenador Brown. Normalmente, la pequeña ceremonia tiene como recompensa una foto antigua: un rostro joven, atractivo y lleno de esperanza. En el caso de Norbert, el rostro era ya mayor y mostraba un buen número de cicatrices que la vida había ido grabando en él, aunque todavía era guapo, con esos ojos que contaban la historia de un niño malo que había intentado enderezar su camino.

Buscando en la Red, me enteré de algunas cosas más sobre los últimos años de Norbert. En 1999, a la edad de 58 años, Norbert tuvo su última oportunidad para disfrutar de la inmortalidad del cine. El popular director/guionista alemán Gerd Kroske rodó un documental de 100 minutos de duración sobre la vida de Norbert, al que calificó de «la última voluntad y testamento de un solitario». Kroske encontró al púgil ya entrado en años todavía dando guerra en Los Ángeles. «Me llevó casi un año conseguir que Wilhelm aceptara el hecho de que estaba rodando un documental y no un largo sobre su carrera —me diría Kroske más adelante—. Inicialmente esperaba mucho más dinero del que yo podía pagarle.»

Desgraciadamente, tras tantos años actuando, a Norbert le resultó difícil dejar de actuar y ser él mismo delante de la cámara. «Las únicas veces que Wilhelm era del todo auténtico —gruñe Kroske— fueron los momentos en que hablaba de los acontecimientos que todavía provocaban su enojo (como la reyerta con Del Papa).» Incluso así, Norbert resultó una solitaria e indomable figura en pantalla… no tan en forma aunque todavía impresionante, con una sombra grisácea cubriéndole la barbilla, todavía en activo, asistiendo incansablemente a sus lecciones de arte dramático y a las audiciones, levantándose aún y volviendo de todos y cada uno de los atropellos a los que le sometía la industria del cine, como el guerrero que seguía siendo. Sin embargo, su dicción se había vuelto más confusa si cabe y me pregunté si no sería a causa de viejas lesiones cerebrales. Kroske se puso en contacto con los viejos amigos y enemigos de Norbert,

entrevistando a moteros, chulos, prostitutas, admiradores y a otros púgiles también mayores.

Para la promoción del documental, Kroske eligió una añeja foto que yo recordaba haber visto en el apartamento de Norbert: el Boxeador Beatle con su fibrado torso profusamente iluminado. Parecía uno de esos enérgicos modelos que vemos en las portadas de las publicaciones eróticas gays de Bruno Gmünder. Estrenada en Alemania, Der Boxprinz («El príncipe boxeador») fue un éxito inmediato que cosechó incontables galardones en varios festivales. La IMDb la calificó de «imponente».

«Después de eso —dijo Kroske—, fue difícil mantenerme en contacto con Wilhelm porque se trasladaba constantemente.» Obtuvo algunos papeles en televisión en Los Ángeles y en un telefilme en Alemania. Luego consiguió un papel en el largometraje Ein Schiff wird kommen («Un barco llegará»), y supuestamente debía volver a grabar a Alemania. Sin embargo, un examen físico reveló el cáncer de próstata. Walter Staudinger, viejo amigo de su época de Hamburgo, tenía un rancho en México y se ofreció a dejar que Wilhelm utilizara su rancho como hospicio. Walter y sus empleados cuidaron de Wilhelm hasta su muerte.

La muerte de Norbert ocupó los titulares de los medios alemanes. En los EE.UU., su fallecimiento pasó prácticamente desapercibido. Sin embargo, los aficionados al cine lamentaron su muerte en blogs personales y en foros de discusión. «Descansa en paz, Vigo», dijo uno. «Respeto por el grandullón», proponía otro.

Cuando publiqué por primera vez este artículo en Outsports, Rona Weber, la hermana de Norbert, lo leyó. Residente ahora en California, se puso en contacto conmigo, facilitándome más detalles sobre los primeros años de su vida.

No, Wilhlem von Homburg nunca ganó ningún título ni ninguna medalla de oro. A diferencia de algunas de las figuras de las que he hablado en esta serie de artículos, no fue pionero de ninguna hazaña atlética en su deporte. Aun así, debería citársele entre los revolucionarios de los años sesenta que arriesgaron todo por ampliar el restringido espacio social alrededor del deporte. Los atletas llevaban demasiado tiempo controlados en exceso, manejados en exceso. Estaban deseosos por disfrutar del derecho a expresarse políticamente, a vestir los brillantes colores del cambio social radical, a desafiar el nefasto prejuicio que atenazaba su deporte, a mostrarse polémicos, sensuales y a dar espectáculo… incluso a

«malograrse totalmente» si eso significaba hacerse con el control sobre sus vidas. A la larga, ese espacio mayor que Norbert ayudó a abrir con sus puños como garras de león incluía el derecho de todo púgil a expresar abiertamente su orientación sexual.

Buenas noches, Prinz. Que las cortes de ángeles de negras alas de cuero te canten en tu eterno descanso.

ERIK SCHINEGGER

Una epopeya intersexual en el esquí alpino

¿Cómo sería la vida de cualquiera de nosotras si ganáramos el campeonato del mundo de esquí en la categoría de descenso, nos convirtiéramos en una celebridad internacional… y descubriéramos de pronto que somos un hombre? ¿Y si intentáramos entonces seguir adelante y completar nuestra carrera en la categoría masculina del deporte al que nos dedicamos? ¿Cómo reaccionaría el mundo, sobre todo en la década de los sesenta, mucho antes de que surgiera el movimiento en defensa de los derechos de los transexuales, sobre todo si vuestro país fuera uno de los más conservadores de Europa?

En Austria esas fueron las tremendas preguntas vitales a las que se vio obligada a enfrentarse Erika Schinegger en 1968.

Carintia, la provincia austriaca situada más al sur del país, es cuna de esquiadores. Las cumbres nevadas de Carintia se levantan contra el cielo en ese accidentado corazón de los Alpes, cuna del «esquí alpino». Durante miles de años, los austriacos subían y descendían por esas montañas en sus esquís de madera. Hacia finales del siglo xix, dos atletas pioneras dieron al esquí un giro más deportivo y científico. La nueva «Escuela alpina», basada en movimientos curvos llamados «cuñas», tenía como objetivo ayudar al descenso por las empinadas pendientes de forma más estratégica y a mayor velocidad… en contraste con la «Escuela nórdica» del norte europeo, que buscaba facilitarle al esquiador caminar por largas distancias en un paisaje más llano y ondulado.

En 1900, la realeza y la alta sociedad europea habían adoptado el esquí, convirtiéndolo en pasatiempo invernal en los lujosos baluartes vacacionales como Innsbruck y Davos. Sin embargo, el esquí nunca perdió ese conservadurismo de

base de la gente del campo que se veía obligada a diario a navegar por un duro e implacable terreno invernal. Las formas de la vieja escuela habían asegurado la supervivencia, de modo que cualquier cambio en el deporte se veía a menudo políticamente como algo que amenazaba la vida misma. A medida que crecía el movimiento olímpico, el esquí nórdico y el alpino convivían en un ambiente de evidente incomodidad en los juegos de invierno mientras los conservadores norte y centroeuropeos intentaban hacerse con el control del deporte del esquí de competición. La escuela nórdica seguía fiel a sus disciplinas de salto y de esquí de fondo, al tiempo que la escuela alpina promovía las disciplinas de velocidad: descenso, eslalon, etc.

Carintia había sido desde siempre una parte característica de Austria. Combativo ducado independiente en el pasado, fue anexionado por la corona austriaca en 1335. Durante la primera Guerra Mundial seguía siendo una zona muy rural, salpicada de posadas y de balnearios de esquiadores y de centros vacacionales a orillas de los lagos, dependiente del turismo para parte de su supervivencia. Los niños se criaban sobre unos esquís durante los largos meses de invierno marcados por el rugido de los aludes. Al llegar la primavera, las ricas tierras de labranza emergían verdes y exuberantes, salpicadas de rebaños de ovejas y vacas. La provincia, cuyas fronteras se acurrucaban contra el Tirol, Italia y Eslovenia (en aquel entonces parte de Yugoslavia) contaba con cierto nivel de tolerancia. La mayoría religiosa era un compendio de devotos católicos, testigos de Jehová y judíos.

Tras el desplome del Imperio Austrohúngaro en 1918, Carintia se hizo eco del tembloroso nacimiento de la nueva república austriaca. En 1938, los nazis alemanes se habían hecho con el control de Austria y de sus gobiernos provinciales. En Carintia, los nazis levantaron una sucursal del campo de concentración de Mauthausen, donde los prisioneros judíos y testigos de Jehová trabajaron entre azotes en la construcción de un túnel que atravesaría las montañas hasta Eslovenia. Hacia el final de la segunda Guerra Mundial, y coincidiendo con la retirada de los alemanes, Carintia volvió a ser invadida, esta vez por las tropas comunistas procedentes de la vecina Yugoslavia, cuyo gobierno anhelaba anexionarse la provincia.

Después de la guerra, Europa pasó por años difíciles. Las familias de granjeros austriacas se sacaban unos pfennings adicionales recogiendo los cascos de artillería que habían

quedado desperdigados por sus campos asolados por la guerra y vendiendo el bronce a peso.

En mitad de todas las tensiones, el 19 de junio de 1948, en la diminuta aldea de Agsdorf, muy cercana a Sankt-Urban, nació un bebé en la granja de los Schinegger.

UN INTENTO POR ENCAJAR

La comadrona de la aldea echó una mirada al bebé. No siempre resulta tarea fácil identificar el sexo de un recién nacido, incluso para un médico. Sin embargo, los genitales del bebé no parecían masculinos, de modo que la comadrona les dijo a los padres: «¡Es una niña!».

La pequeña fue bautizada con el nombre de Erika, como su madre. A la edad de un año, cuando daba sus primeros pasos, Yugoslavia había abandonado sus reivindicaciones y la paz por fin llegó a Carintia.

A medida que Erika iba haciéndose mayor, notaba que algo no iba bien. Era distinta de las demás niñas de su edad: fuerte, atlética y osada. Sus hermosos ojos y sus rizados cabellos castaños enmarcaban un rostro curiosamente masculino, con una gran nariz. Durante sus primeros años de adolescencia, ni los pechos ni la regla hicieron aparición, y su voz adquirió un timbre que resultaba demasiado grave para una chica. Tenía un pequeño bulto en la zona inferior del abdomen (los médicos le diagnosticaron una hernia, aunque no dolía). Y Erika siguió sintiendo una intensa atracción romántica hacia las chicas.

«Creía que era lesbiana», diría años después.

Sin embargo, Erika reprimía sus emociones y hacía lo imposible por encajar. Disimulaba su pecho plano enfundándose en los típicos dirndls, tan propios de las aldeanas austriacas. Llevaba su larga melena recogida en un enorme moño. Cuando no estaba limpiando los establos de la granja, se la podía encontrar tejiendo y haciendo punto, e iba a misa de forma regular, como cualquier buena aldeana austriaca.

Sin embargo, Erika Schinegger sólo se llenaba de vida, con el rostro iluminado por una sonrisa de felicidad, cuando se ponía los pantalones de esquí y se ataba las fijaciones de sus esquís de madera. Ella misma se había fabricado sus primeros esquís con maderos de barril a la edad de 8 años, y había

ganado su primera carrera local a los 12. Las mujeres austriacas llevaban ya décadas esquiando competitivamente: las féminas habían obtenido su propia división en las disciplinas de descenso y de eslalon en 1948, el año del nacimiento de Erika. Cuando la televisión llegó a Agsdorf, la pequeña no se perdía una sola carrera de esquí, atenta a la técnica que veía utilizar en la pequeña pantalla a los grandes nombres del esquí austriaco en su descenso por las laderas de las montañas.

El esquí era el marco donde Erika podía tenerlo todo: ser una chica y al mismo tiempo celebrar su audacia y su fuerza. Hasta la ropa de esquí la ayudaba a sentirse más ella misma. Los competidores —tanto los hombres como las mujeres— se vestían con una versión primera del atuendo «unisex»: el mismo tocado y el mismo uniforme de cuerpo entero, diseñados para ser aerodinámicos aunque también protectores, cálidos y cómodos. El atuendo disimulaba las masculinas formas del cuerpo de Erika.

A medida que se lanzaba a la conquista de los puestos de cabeza en la competición femenina del esquí austriaco, la maravillosa sonrisa de Erika se convirtió en su rasgo característico. Los periodistas descubrieron su desinhibido sentido del humor. A sus compañeras de equipo les encantaban sus chistes y el deleite con el que disfrutaba de las fiestas.

En 1964, cuando la joven granjera de 16 años de Agsdorf fue invitada a formar parte del equipo nacional junior de esquí austriaco, emergía ya como un ídolo nacional.

SU MOMENTO DE GLORIA

Alrededor de Erika, el deporte y el mundo se derrumbaba en avalanchas de cambios. Los estudiantes europeos organizaban revueltas en las calles de sus ciudades y la gente de color se manifestaba y optaba por acciones de boicot en los Estados Unidos, exigiendo mayor libertad. Mientras los soviéticos y los estadounidenses competían en la carrera espacial, el esquí experimentaba también una influencia cada vez más acusada de la alta tecnología: los nuevos esquís Head y Allais eran maravillas de aluminio laminado y madera, mucho más flexibles. Estas mejoras, sumadas a las de las botas y fijaciones, liberaron a los/as esquiadores/as, dándoles

nuevas formas de rotar el tronco para así poder hacer girar los esquís. Tanto en la disciplina alpina como en la nórdica, los/as esquiadores/as ganaban cada vez más mayor velocidad.

Una de las cosas que no había cambiado era el esnobismo que caracterizaba el esquí. Socialmente, el deporte era más popular que nunca, y los ricos y los políticamente poderosos se veían por doquier en las pistas.

Erika era la bestia negra del eslalon y del descenso femenino. Deslizaba sus esquís prácticamente sin control, volando sobre los desniveles, arrimándose a las puertas mucho más que la mayoría. A menudo eclipsaba de tal modo a sus rivales femeninas que durante los entrenamientos igualaba sus tiempos a los de los miembros del equipo masculino. Algunos hombres se quejaban y Kart Schranz no dudó en afirmar: «Quienquiera que me gane esquiando no puede ser una mujer». Pero si los médicos del equipo sospecharon algo, jamás dijeron nada. Los austriacos dominaban el esquí alpino masculino, y la muchacha granjera de Agsdorf también iba a conducir a las austriacas al escalón más alto del podio. Nadie tenía el menor interés en complicar las cosas.

Erika formaba ya parte del panorama internacional. En 1965 ganó el descenso de Sun Valley y a continuación se llevó el campeonato de Europa en categoría junior.

Por fin, en 1966, en el campeonato del mundo de esquí alpino de la FIS celebrado en Portillo, Chile, se enfrentó a las pendientes amedrantadoramente empinadas de los Andes y disfrutó del que a la postre se convertiría en su momento de gloria. Liderado por otro demonio de la velocidad, Jean Claude Killy, el equipo francés se estaba llevando de calle todas las medallas. El equipo austriaco no había ganado ninguna. Pero Erika se lanzó pista abajo para arrebatarle el oro a Marielle Goit-schel, la medallista olímpica francesa, por unas escasas décimas de segundo y alzarse así con el descenso femenino.

Los delirantes aficionados sacaron a Erika de la pista a hombros. Volvió a casa para ser recibida como una heroína: fue nombrada Atleta Austriaca del año y recibió como presente una propiedad de manos de su orgulloso municipio, Sankt-Urban, donde estaba localizado Agsdorf. En enero de 1967 se llevó el oro en la prueba del eslalon gigante de la Copa del Mundo celebrada en St. Gervais, Francia.

Fue entonces, a medida que se acercaban los juegos

olímpicos y Erika se proponía ganar las tres medallas de oro en las disciplinas del esquí alpino, cuando un monstruoso alud a punto estuvo de poner fin a su vida.

La prueba de verificación de sexo por la saliva era una novedad a la que debían someterse todas las atletas que se proponían participar en los juegos olímpicos de invierno de Grenoble, Francia. El COI finalmente había reaccionado a toda una década de rumores (y unos cuantos casos reales) de atletas que competían como mujeres pero que genéticamente habían resultado ser hombres. El sentimiento general era que los hombres que competían como mujeres podían disfrutar de la ventaja injusta que les otorgaba su mayor fuerza. La guerra fría entre el bloque occidental y el comunista había puesto muy alto el listón en la carrera por las medallas. Algunas de las fuertes atletas procedentes de los países comunistas habían despertado una considerable paranoia anticomunista. A partir de ese momento, toda mujer que deseara participar en las olimpiadas debía estar documentada como poseedora de dos cromosomas X.

Cuando la muestra de saliva de Erika fue examinada, las cejas se arquearon. Sus cromosomas eran XY.

EN LO PÚBLICO Y EN LO PERSONAL

Erika estaba conmocionada. El COI la invitó discretamente a que abandonara el certamen de Grenoble por «motivos personales», y ella así lo hizo. Pero los rumores se dispararon y estalló el escándalo. Erika fue acusada de haber cometido conscientemente un fraude sexual en su deporte.

En mitad del escándalo, una desconsolada Erika ingresó en una clínica. Evidentemente se sentía terriblemente sola... incapaz de hablar de su dilema con su familia ni con el pastor de su congregación. Lo cierto es que dejó de ir a misa.

Los rayos X revelaron que las «hernias» abdominales eran en realidad testículos funcionales que jamás habían descendido. Los médicos le dijeron que había nacido con una condición llamada «hipospadia»: el pene puede parecer un gran clítoris, con la abertura en la base, donde está ubicada la uretra femenina. Actualmente, esta condición sería considerada un tipo de intersexualidad (definida como «anomalías congénitas del sistema reproductor»). A pesar de esa anomalía física, Erik era definitivamente un hombre. En

efecto: en la década de los sesenta, la medicina europea había aprendido que los hombres con hipospadia podían incluso tener hijos con la ayuda de la inseminación artificial.

Por primera vez en su vida (como diría más adelante el esquiador), Erika comprendió todo lo que había sentido y percibido sobre sí misma. Era en realidad un hombre, con los sentimientos heterosexuales de un hombre hacia las mujeres.

Los médicos le aseguraron que podía emplearse con ella la cirugía correctiva para permitirle llevar la vida de un hombre normal. Los europeos habían estado llevando a cabo discretamente varios tipos de cirugía correctiva y de reasignación sexual desde la década de los treinta (aunque la operación mundialmente famosa que se le practicó a Christine Jorgensen en 1952 en Dinamarca fue la primera en ocupar los titulares). Por irónico que parezca, si Erika hubiera vivido en los Estados Unidos, esa clase de cirugía le habría sido imposible porque era ilegal.

No obstante, cuando la Federación Austriaca de Esquí se enteró de que Erika estaba planteándose esa opción, sus miembros se quedaron horrorizados. Más adelante, el esquiador declararía: «La Federación me apremió a que me sometiera a un tratamiento hormonal que me convirtiera en una mujer "de verdad". Deseaban por todos los medios que siguiera siendo Erika, la gloriosa campeona. Afortunadamente, mi éxito en las pistas me había hecho lo suficientemente fuerte como para poder resistir la presión y someterme, contra los deseos de todos, a una operación que me convertiría en el hombre que yo me sentía».

Tras seis meses de cirugía, la campeona del mundo salió de la clínica vestida con ropa de hombre y habiéndose cambiado el nombre legalmente por el de Erik.

Decidido a retomar su carrera, Schinegger se inscribió en el Circuito Europeo masculino entre la tormenta informativa que sacudió a la prensa sensacionalista. La FIS no le impidió competir como hombre y Erik ganó tres carreras en el invierno de 1968-69. Cabría pensar que el establishment austriaco del esquí le habría apoyado en su nueva vida. A fin de cuentas, podía haber sido el único esquiador austriaco capaz de batir al francés Jean Claude Killy, que se había llevado otro montón de medallas en Grenoble.

Como bien apuntó la revista Ski Magazine, Schinegger «podría haberse convertido en la primera persona de cualquier deporte en conseguir una medalla como campeón masculino y femenino del mundo».

Pero el destino no lo quiso así. En un país conservador y en un deporte igualmente conservador, el viejo puritanismo pesaba más que la carrera por el oro. El entrenador de esquí austriaco Franz Hoppichler calificó a Schinegger de «vergüenza para el deporte» y le echó del equipo.

Schinegger comentaría más adelante: «La Federación no me perdonó nunca mi decisión de seguir viviendo mi vida como hombre. Era de la opinión que había demasiado circo mediático a mi alrededor, de modo que decidió desembarazarse de mí como lo habría hecho de una cuestión especialmente espinosa».

Muchos de los honores recibidos le fueron retirados. En un arrebato de escandalizada mezquindad, la municipalidad de Sankt-Urban llegó incluso a confiscarle la tierra que le había dado. El Ski Magazine comentó: «Para una persona joven cuyo éxito en la vida le había llegado con las carreras de esquí, la experiencia había sido degradante y envenenada por el cinismo».

Un ser humano de menor envergadura se habría apartado de su deporte para siempre. Sin embargo, los popes del esquí habían subestimado el coraje de Schinegger (por no hablar de su capacidad para sobrevolar los baches y seguir en la carrera). Regresó a Carintia y buscó trabajo como instructor de esquí.

CARRERAS DESTROZADAS, CORAZONES DESTROZADOS

La mayoría de los aficionados al deporte entienden las cuestiones relacionadas con la identidad sexual como meros apóstrofes sin importancia. De hecho, la identidad de género es una cuestión de vital relevancia dado el modo en que el deporte se ha dividido tradicionalmente en una «categoría masculina» y en una «categoría femenina», a partir de lo que supuestamente era una precisión forense. La cuestión afecta incluso a la visibilidad de las personas gays, lesbianas, bisexuales y transexuales en el ámbito del deporte debido al modo en que se imponen los estereotipos sexuales.

Durante siglos, se ha creído que la cuestión de lo que es un hombre y de lo que es una mujer era una simple cuestión de testículos y de ovarios y de quién los tenía. Ni que decir tiene que eran los poseedores de testículos quienes disfrutaban de una mayor visibilidad como héroes deportivos y del gran

poder como autoridades gobernantes del deporte. En el siglo xix, cuando el deporte y el buen estado físico femenino empezaron a adquirir relevancia, fueron básicamente las poseedoras de ovarios de clase alta quienes encabezaron el movimiento (eran ellas las que disponían del tiempo libre y del poder social para poder rebelarse). Sin embargo, los poseedores de testículos se aseguraron de que las mujeres quedaran circunscritas sólo a los deportes que las mantendrían encasilladas en sus corsés y en sus faldas, como el golf, el patinaje artístico y la equitación a sentadillas. ¡Hasta el esquí era posible siempre que se respetaran las sofocantes faldas que las féminas estaban obligadas a llevar para su práctica! Ya en 1911, la condesa austriaca Paula Lamberg protagonizó el primer salto de esquí femenino… con un vestido largo, por supuesto, y sin quitarse el sombrero.

Cuando en 1896 se celebraron los primeros juegos olímpicos de la era moderna, fue un evento creado por hombres y para los hombres. Aun así, las protestas no tardaron en dejarse oír. En 1900, se permitió la participación de las mujeres… aunque firmemente encajadas en su propia categoría. Se consideró a la vez injusto e impropio que las pobres almas compitieran directamente contra los hombres, que siempre las superarían. Sólo en los deportes ecuestres, donde no se necesitan ni la fuerza ni la velocidad para dominar al caballo, el movimiento olímpico por fin permitió la competición entre miembros de ambos sexos.

Pero hubo que esperar hasta la década de los sesenta para que la nueva ciencia de la genética posibilitara la obtención de algunas células de la boca de una persona, observarlas con el microscopio y ver si los cromosomas sexuales eran XX (femeninos) o XY (masculinos). Cuando las olimpiadas empezaron a someter a sus participantes a las pruebas de verificación de sexo en 1968, dieron con el sorprendente descubrimiento de que la división entre «macho» y «hembra» nada tiene de científico. De hecho, se calcula que una persona de cada cien nace con algún tipo de anomalía anatómica relativa a los cromosomas sexuales y al género. Varían desde hombres con dos cromosomas Y o tres cromosomas X, pasando por varios grados de intersexualidad, a mujeres con cromosomas XY pero que muestran todas y cada una de las características físicas externas de una mujer «normal».

Inevitablemente, todas esas variantes femeninas e intersexuales quedaban al descubierto bajo la lente del microscopio olímpico.

Erika Schinegger fue, pues, el primero de entre los numerosos casos que sacudieron al mundo del deporte hasta sus mismísimos cimientos. Cierto es que algunas de esas atletas disfrutaban de una injusta ventaja a causa de la diferencia de cromosomas observada en su constitución genética. Muy pocas eran las que actuaban movidas por un deseo consciente y criminal de engaño, o las que tenían una vaga idea de que algún día no superarían una prueba de verificación de sexo. Sin embargo, la postura radical y definitoria sobre el sexo de los atletas mostrada por el COI dejaba bien claro que el Comité no estaba dispuesto a relajarse ni un ápice.

Schinegger y docenas de otras deportistas suspendidas de la competición de sus disciplinas deportivas quedaron descartadas como auténticos desechos. Al año siguiente, 1967, se despojó de sus medallas a una atleta rusa. Con el paso de los años fueron más las carreras destrozadas, más los corazones rotos. Por fin, en la década de los ochenta, la ultrajada atleta española, María Patiño, se tiró a la yugular del COI en los tribunales internacionales. La habían apartado de la competición porque la prueba la había revelado como una «mujer XY» (un caso de síndrome de insensibilidad androgénica o SIA). Arguyendo que su condición no le confería ninguna ventaja injusta en la competición, Patiño recuperó su derecho a competir.

En el 2002, el COI había revisado concienzudamente el reguero de vidas rotas y la idea mal encaminada de que la prueba era «científica». Decidió poner fin a la prueba.

En el 2004, el COI por fin estableció un sistema de normas progresista: abriría la competición a la totalidad de atletas que se hubieran sometido a cambios sexuales hombre-mujer o mujer-hombre. Había, sin embargo, algunas condiciones: su nuevo sexo tenía que estar legalmente reconocido y estaban obligados a someterse a una terapia hormonal posoperatoria de cómo mínimo dos años. Los Gay Games habían ya acordado un panel de normas similar. Es de esperar que esta mayor aceptación de las transiciones sexuales declaradas se traduzca también en una mayor aceptación de los atletas declaradamente gays, lesbianas y bisexuales.

DE LAS CUÑAS A LOS SUPERPIPES

Desde los años sesenta, también el esquí ha sufrido grandes

cambios. A medida que la influencia de los envejecidos baby-boomers se desvanecía, las nuevas hornadas sentían que las viejas escuelas clásicas no respondían a sus expectativas. Ansiaban el riesgo, la sublevación y el gamberrismo urbano.

Pues bien, no tardaron en aparecer nuevos pioneros, y con ellos nuevas formas de esquiar. Si los esquiadores de velocidad descienden entre gritos por las pendientes a 375 km/h, los esquiadores extremos buscan pendientes de 50 grados y caídas verticales de 700 metros o más. El dinero no tardó en seguir su estela: los fabricantes de equipamiento para el esquí sacaron al mercado nuevos e innovadores productos y tecnologías. Algunas estaciones de esquí terminaron por alojar el esquí de estilo libre. Los guardianes de la tradición se mostraron excesivamente lentos a la hora de anticipar la llegada del fenómeno y siguieron protestando, quejándose de que estos nuevos deportes eran demasiado peligrosos... aunque finalmente captaron el mensaje. En los años noventa, el COI añadió la disciplina del esquí de estilo libre (o freestyle) y el snowboard al programa olímpico con la esperanza de captar a un público mayor y más joven para sus patrocinadores. Aun así, los índices de audiencia de los juegos olímpicos de 1998 alcanzaron su cota más baja, aunque volvieron a recuperarse en los Juegos de Salt Lake City del 2002, de modo que quizá toda esa muestra de virtuosismo realmente sirviera de algo.

En el 2002 y durante los primeros Juegos X de invierno en la ESPN, el esquí «guay» ya nada tenía que ver con la imagen del príncipe Guillermo deslizándose por las pendientes de las pistas suizas, sino con Jon Olsson lanzándose por el superpipe de Aspen.

Mientras tanto, en el mundo del esquí clásico las cosas seguían como siempre, con los Estados Unidos intentando todavía poner fin al ancestral dominio europeo en los podios.

Son varios los poseedores de información privilegiada del mundo del esquí que me dicen que la política imperante sigue siendo aún hoy notablemente agresiva y que las decisiones de mayor peso siguen en manos de los europeos más conservadores. Cuando el esquiador de fondo norteamericano desarrolló una «zancada de patinaje» radicalmente nueva y la empleó para ganar la Copa del Mundo, los bastiones del clasicismo nórdico intentaron durante la década y media siguiente (sin éxito, todo sea dicho) proscribir el patinaje.

De hecho, el esquí cuenta con la dudosa distinción de ser el único deporte olímpico de invierno en el que la igualdad

sigue negándoseles a las mujeres. La vieja guardia nórdica no permite a las mujeres competir en el salto de esquí. Un grupo internacional de saltadoras, con el apoyo del Women's Ski Jumping USA, están presionando para obtener la aprobación de la FIS para su participación en el certamen del 2006. Si las «voladoras» obtienen luz verde por parte de la FIS, pedirán al COI que las incluya en los Juegos de Invierno de Vancouver del 2010.

En lo que concierne a la visibilidad de los/as deportistas GLBT, podemos echar una mirada a la lista de atletas que han hecho pública su orientación sexual en Outsports y repararemos en los nombres de cinco esquiadores nórdicos. Sin embargo, sigue apreciándose una ausencia más que notable de hombres que hayan salido del armario en la disciplina del esquí alpino. Que yo sepa, en la actualidad no hay ningún esquiador ni esquiadora lesbiana, bisexual, transexual o intersexual que haya hecho pública su orientación. Lo cierto es que en los Estados Unidos la fobia contra los transexuales y los intersexuales sigue siendo tan patente que gran parte de los aficionados al deporte de más edad, en caso de que se acuerden de Erik Schinegger, le recordarán por el escándalo que provocó su caso y no por su forma de esquiar.

«FUI MUY AFORTUNADO»

Mientras tanto, Schinegger sobrevivía a la avalancha que a punto estuvo de llevarse por delante su vida. Se convirtió en el primer atleta de categoría mundial en enfrentarse a un cambio de sexo legal y médico. Hasta la fecha es el único que ha mantenido hasta cierto punto una visibilidad prolongada en su deporte.

A su regreso a Carintia, Erik encontró trabajo como instructor de esquí. El número de principiantes deseosos de aprender los secretos del schuss de la mano de un campeón mundial bastaba para que pudiera ganarse la vida con ello. Empezó a salir con chicas y por fin se casó en 1975. Un millar de invitados asistieron a la ceremonia, incluido Franz Klammer, el nuevo héroe del esquí de Carintia. Tres años más tarde, su esposa y él tuvieron una hija. El matrimonio terminó en divorcio, pero Erik volvió a casarse en 1999 y tuvo una segunda hija.

Finalmente, abrió una de las mayores escuelas de esquí del

país en su ciudad natal.

A su alrededor, Carintia estaba cambiando… parte ya de la Unión Europea, con paisajes salpicados de molinos de pasta de papel y de industria electrónica ligera. Aun así, la provincia seguía siendo prácticamente rural. El turismo resultante del esquí era más cuantioso que nunca: en invierno, Carintia es una gran piste. En verano, las granjas se veían galvanizadas por una potente industria de agricultura orgánica. Sin embargo, los lugareños encontraron nuevos motivos de preocupación: los efectos de la lluvia ácida en sus adorados bosques alpinos, el renacimiento de los partidos políticos de extrema derecha en Austria, las continuas y sangrientas guerras entre vecinos en Eslovenia, Croacia y Bosnia.

En 1996, cuando Francia celebró el trigésimo aniversario de su amplia victoria en los campeonatos celebrados en Portillo, Erik renunció voluntariamente a su atesorada medalla de oro para que ésta pudiera ser presentada a Marielle Goitschel, la esquiadora francesa que había logrado el segundo puesto en 1966. Marielle y Erik se hicieron grandes amigos.

Actualmente, a sus 58 años, Erik sigue siendo un gran amante de los chistes y un hombre de gran vitalidad. Sus rizos castaños son ahora plateados y muy cortos. Sigue siendo una figura aceptada y digna en su provincia natal, una provincia que sigue adorando el esquí como antaño.

Recientemente, los medios han redescubierto a Schinegger con mayor fascinación y comprensión que antes. En 1988 Erik publicó su autobiografía, coescrita con Marco Schenz, que fue ampliamente leída en Europa. Su título: Mein Sieg über mich. Der Mann, der Weltmeisterin wurde («Mi victoria sobre mí: el hombre que se convirtió en campeona del mundo»). En ella Erik por fin revela los detalles médicos de su caso. Más tarde, en el 2005, la Federación Austriaca de Esquí apoyó la realización de Erik(a), un documental que se ganó el clamor popular en varios festivales de cine. Erik habló a la cámara de los años que tuvieron que pasar para que por fin pudiera hablar sinceramente con su familia. Pero esa herida había sanado ya: la anciana Erika aparecía con él en la película.

Hay quien todavía exige a voces que se retire su nombre de la lista de vencedores del campeonato del mundo de 1966. Pero la FIS decidió recientemente que su nombre siguiera intacto.

Actualmente, el maduro Schinegger aparece como un gran

vencedor y un atractivo ser humano. No muestra el menor rastro de amargura sobre el infierno al que se vio sometido y resume su vida con estas palabras:

> Fui muy afortunado. De no haberme proclamado campeona del mundo y de no haberme sometido a esas pruebas, mi vida habría sido un yermo. Habría seguido siendo un hombre que vivía como una mujer. Después de la operación, me convertí de pronto en un don nadie, pero por fin pude asumir el control de mi vida.

RONNIE ROBERTSON Y JOHN CURRY

Dos siglos de patinaje artístico

Durante los campeonatos de patinaje artístico sobre hielo de los Estados Unidos del año 2004, las cadenas de televisión emitieron algunas secuencias de antiguas grabaciones. No pudieron resistirse a la tentación de incluir el mágico instante en que, en 1996, Rudy Galindo se dio cuenta de que por fin había ganado la largamente perseguida medalla de oro de los Estados Unidos. Había estado tensamente sentado en la zona de descanso, a la espera de conocer las puntuaciones otorgadas por los jueces. Durante casi una década, Galindo había intentado llevarse el título en el campeonato de los Estados Unidos, y jamás había superado el quinto puesto, a veces cayendo incluso hasta el 11. Muchos de sus incondicionales temían que no llegara nunca a conseguir el oro, por muy bien que patinara. No sólo se estaba haciendo mayor, sino que además acababa de hacer pública y manifiesta su homosexualidad. Según la Encyclopedia of Figure Skating («Enciclopedia del patinaje artístico sobre hielo»), «es innegable que [este] hecho puso nerviosos a algunos miembros del establishment del patinaje».

Sin embargo, esa noche de 1996 Galindo había patinado un Lago de los cisnes tan perfecto y potente que muchos de los presentes en el estadio tenían lágrimas en los ojos. Esta vez, al tiempo que el público se ponía en pie y le premiaba con una gran ovación, siete de los nueve jueces le otorgaron la primera plaza. Resplandeciente de felicidad, Rudy se abrazaba a todo aquel que se le ponía por delante. No fue sólo un momento deportivamente emotivo, sino un hito para la comunidad gay. Ese mismo año (1996), el número de atletas norteamericanos de cualquier deporte que habían hecho pública su homosexualidad podían contarse con los dedos de una mano. Su gran victoria convirtió a Galindo en el primer campeón nacional de los Estados Unidos de patinaje artístico sobre hielo declaradamente gay.

«Soy un pobre mexicano declaradamente gay —declaró Galindo a la prensa con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Cómo

no iban a quererme?»

HOMOFOBIA, EL MÁS PURO ESTILO NORTEAMERICANO

Galindo no fue el primer patinador artístico sobre hielo que decidió salir del armario cuando todavía se dedicaba a la competición. Probablemente el primero fuera el inglés John Curry, ganador de la medalla de oro en los juegos olímpicos de 1976, el que primero habló abiertamente de su sexualidad mientras se preparaba para su participación en los juegos de 1976. El siguiente fue el canadiense Matthew Hall, ganador de la medalla de bronce en los nacionales de Canadá de 1989, que salió del armario en 1992.

Tras la sensacional victoria protagonizada por Galindo, cabría pensar que más patinadores norteamericanos se habrían visto inspirados para dar el paso y hacer pública su homosexualidad. Sin embargo, hasta la fecha, tan sólo un par más de patinadores de élite norteamericanos se han identificado abiertamente como gays. En cuanto a la posibilidad de la existencia de alguna lesbiana o mujer bisexual en el hielo, el armario de las mujeres es sin duda incluso más profundo, más oscuro y gélido que el de los hombres. El propio Galindo, cuando el Gay People's Chronicle le preguntó por ello, contestó: «La gente cree que hay muchos gays en el mundo del patinaje artístico, pero la verdad es que no es así... de hecho apenas existen».

Independientemente de si son muchos/as o pocos/as los/as patinadores/as LGBT, lo cierto es que... el patinaje artístico sobre hielo norteamericano sufre una visible clase de homofobia típicamente norteamericana. Esta actitud no sólo afecta al deporte desde dentro (desde algunos patinadores, pasando por jueces, entrenadores, aficionados y patrocinadores), sino que también infecta al deporte desde fuera. Gran parte de esta homofobia procedente del exterior surge de los aficionados al deporte que no aceptarían bajo ningún concepto dejarse ver en un certamen de patinaje artístico. Algunos de estos hombres odian el patinaje artístico del mismo modo que Fred Phelps odia a los maricones. Sin duda son de la opinión de que el patinaje es implícitamente un inmoral pasatiempo para mariquitas.

Repasando la Red en busca de blogs deportivos mientras escribía este artículo, encontré algunas declaraciones

preñadas de un odio espantoso y manifiesto al patinaje artístico. Muchos de esos blogs aparecieron on-line durante las Olimpiadas de Invierno celebradas en el 2002 en Salt Lake City. Una de las diatribas más típicas era la que firmaba uno de los bloggers:

> Hablando de los inmundos homosexuales, los juegos olímpicos de este fin de semana están contaminados por el patinaje artístico. Si hay que creer la mitad de lo que nos dice la literatura clásica sobre los griegos (y creernos la mitad ya resulta bastante difícil), no hay duda de que eran un atajo de maricones. Aunque al menos ellos celebraban competiciones que algo tenían que ver con la actividad atlética, como el lanzamiento de jabalina, el boxeo, las carreras de cuadrigas y las de atletismo. Esta porquería de patinaje artístico es la mayor desgracia registrada entre la actual perversión de los certámenes atléticos que la ONU intenta hacer pasar por «Juegos Olímpicos». Ya tenéis vuestros Gay Games, mariquitas. Por favor, dejad de amariconar el auténtico deporte.

La homofobia contra el patinaje artístico ha llegado hasta tal punto que los patinadores se enfrentan a la intimidación incluso si hacen saber que son practicantes habituales de este deporte. No hay más que prestar atención a las tribulaciones de Aaron Vays, un adolescente de apenas 12 años. Hace unos años, Vays ya había conseguido una medalla en la categoría junior y tenía como objetivo la competición olímpica. Sin embargo, los matones de su escuela no dejaban de acosarle verbal y físicamente. Vays declaró al New York Post: «Me llaman maricón y comunista y me dicen que el patinaje es cosa de chicas». Sus padres, enojados, declararon asimismo que la escuela no hacía nada por poner freno a la violencia de la que era víctima el pequeño, y demandaron al centro».

Rainbow Ice es un importante sitio web LGBT dedicado al patinaje artístico creado por Lorrie Kim (www.plover.com/rainbowice). Hasta la fecha, y según Rainbow Ice, 24 nombres de élite del patinaje artístico masculino están definitivamente documentados como gays. De estos, 13 son norteamericanos; los demás son canadienses, ingleses y del resto de Europa. Sin embargo, fuera de los Estados Unidos, los patinadores abiertamente gays no parecen encontrar la misma intensidad de odio que la que deben soportar en «la tierra de la libertad». Por ejemplo, Eslovaquia nombró a Ondrej Nepela, ganador de la medalla de oro olímpica en la categoría individual de patinaje artístico, el mayor atleta de la historia de la nación y colocó su rostro en un sello después de que Nepela muriera de sida. Canadá ha honrado a Brian Orser,

campeón del mundo en 1987, que salió del armario cuando se vio obligado a hacer frente a una demanda de pensión por parte de su pareja. Incluso en Inglaterra, donde enviaron a prisión a Oscar Wilde por sodomía, el sistema no tuvo ningún problema a la hora de nombrar caballero a John Curry, gay declarado, y de elegirle para que fuera el portador de la bandera británica en los juegos olímpicos.

Sin embargo, los Estados Unidos no colocan coronas de laurel políticas sobre la cabeza de ningún patinador gay. ¿Cómo han llegado a estar las cosas tan mal en nuestro país? Como ocurre en tantos otros deportes, es una larga historia.

EL PASATIEMPO POPULAR

Hubo un tiempo en que el patinaje artístico sobre hielo no tenía el menor problema con la imagen ni con la orientación sexual de sus practicantes. Como el esquí de fondo y el bobsleigh, el primer patinaje se inventó por los pueblos que habitaban en las latitudes nórdicas. Era una forma de trabajar y de viajar durante el invierno. Los arqueólogos han hallado huesos utilizados para el patinaje que datan de la época de los romanos. Aunque nuestros antepasados también veían en el patinaje una fuente de diversión. En el siglo xii, un escribano inglés daba fe de que «son muchos los jóvenes que juegan sobre el hielo... algunos de ellos se atan huesos a los pies, y bajo los talones, ... se deslizan con la misma suavidad con la que los pájaros vuelan en el aire». Ya en el siglo xiv, los holandeses llevaron el patinaje a un nuevo nivel técnico gracias a las cuchillas de hierro y a sus kilómetros de canales helados.

El primer vínculo del patinaje artístico con algo sexualmente poco ortodoxo dio comienzo en el siglo xvii en Inglaterra, durante el reinado de Carlos ii. El país acababa de deshacerse de la dictadura militar puritana de Oliver Cromwell y había restaurado en el trono a los católicos Estuardos, tan amantes de los placeres mundanos. El rey Jaime I, el anterior Estuardo, había sido manifiestamente homosexual. El nuevo rey, Carlos ii, quizá no fuera gay, pero su deslumbrante corte estimulaba toda clase de libertades sexuales. Mientras había estado en el exilio en Holanda durante el mandato de Cromwell, Carlos había aprendido a patinar sobre hielo, un pasatiempo que se llevó con él a Inglaterra como una nueva actividad de ocio. Los clubes de

patinaje surgieron por todo el país.

Poco a poco, el patinaje fue dividiéndose en dos categorías diferenciadas por una clara y afilada línea demográfica. Estaban por un lado el hockey sobre hielo y el patinaje de velocidad, consideradas prácticas más propias de la clase baja y más «masculinas». De hecho, el término «masculino» era un claro eufemismo de «heterosexual», un agravio con clara intencionalidad social, pues las familias de clase alta utilizaban el poder político para proteger a sus miembros homosexuales de posibles denuncias y su correspondiente castigo. Y por otro estaba el «patinaje artístico», considerado como una práctica más refinada, artística y afeminada. El patinaje artístico de estilo inglés desafiaba a sus practicantes a trazar ochos y otros elaborados diseños sobre el hielo con sus cuchillas; de ahí el nombre.

Desde Gran Bretaña, el deporte de hielo cruzó el charco hasta la Norteamérica victoriana colonial para convertirse en un deporte de competición. Las señoras podían patinar por mera diversión siempre que fueran «femeninas», y así lo hacían, embutidas en sus sofocantes faldas largas, aunque en ningún caso tenían permitido participar en la competición. En 1860, coincidiendo con el estallido de la Guerra de Secesión, los norteamericanos adinerados perdían la cabeza por el patinaje artístico. Sus patines, mejorados con tiras de sujeción, contaban ya con cuchillas de acero. En los campeonatos de los Estados Unidos, los competidores se mostraban tiesos, formales e inexpresivos con sus cuellos almidonados y trajes de sastre. Los brazos se empleaban únicamente para mantener el equilibrio. El patinador estaba en constante contacto con el suelo: las cuchillas de un hombre apenas se separaban del hielo.

Más adelante, en 1863, apareció un joven llamado Jackson Haines. Él fue quien aportó el momento definitorio en la historia del patinaje artístico, un momento que pudo haber desencadenado el primer chispazo de homofobia contra el patinaje de los Estados Unidos.

UN EXPATRIADO NORTEAMERICANO

Nacido en 1840, Jackson Haines era un adinerado neoyorquino que estudiaba ballet en Europa desde los 10 años. En el viejo continente el ballet estaba sólidamente

implantado. Las clases cultas europeas estaban familiarizadas con los pasos tradicionales de los bailarines (arabescas, saltos, giros, etc.). Sin embargo, en 1857, cuando Haines regresó a los Estados Unidos, el ballet era una disciplina prácticamente desconocida en Norteamérica. Muchos eran los norteamericanos que veían el ballet con un recelo puritano, considerándolo «extranjero» e «inmoral». Corría el rumor de que muchos bailarines de ballet europeos eran homosexuales. Y los rumores eran ciertos: hasta los confines de la Rusia de los zares, el mundo de la danza se había convertido en un refugio para bailarines gays y bisexuales.

En 1860, y ante la imposibilidad de conseguir trabajo como bailarín, Haines se apuntó a un club de patinaje de Nueva York. Durante los campeonatos de los Estados Unidos celebrados en 1863, el joven de apenas 23 años dejó conmocionados a los presentes transformando el patinaje artístico en una auténtica representación. Para empezar, creó un acompañamiento musical para su actuación, contratando a una orquesta que tocara junto a la pista. En vez de llevar el atuendo típico de un caballero, Haines se presentó con un teatral traje de ballet (con el tiempo se le vería con todo tipo de trajes, desde un uniforme de cosaco, pasando por vestidos de mujer, hasta un traje de piel de oso). Por último, aunque no por eso menos importante, se elevaba en el aire con saltos y giros típicos de ballet. Utilizaba los brazos teatral y expresivamente, tal como se utilizan en el port de bras del ballet.

En una palabra, Jackson Haines inventó el patinaje artístico sobre hielo como lo conocemos hoy en día: una fusión de representación en vivo, sintonía, música, vestuario y movimientos basados en la danza que exigen una auténtica habilidad atlética. Para facilitar las cosas, Haines había rediseñado sus patines, atornillando las cuchillas de forma permanente al botín de cordones.

Los jueces, desconcertados, le otorgaron el campeonato en 1863 y en 1864, aunque el público norteamericano y mucha gente del establishment del patinaje artístico dieron al joven advenedizo una gélida recepción. La nación se hallaba sumida en cuatro horribles años de guerra civil, más teñida de militante religiosidad puritana que en los tiempos de la colonia. Evidentemente, muchos eran los que sentían que Haines estaba incorporando la influencia foránea e indecente del ballet a un deporte que habían adoptado como «norteamericano y masculino». Algunos espectadores deben

de haber sido presas de un ataque de arcadas mientras veían a Haines ejecutar su arabesca de ballet, deslizándose por la pista como un cisne sobre un patín, con el otro en alto a su espalda y los brazos extendidos a ambos lados. No parecieron disfrutar más al verle patinar al son del vals. El vals, recientemente importado de Europa, se consideraba igualmente risqué incluso para los heterosexuales.

Impertérrito, el joven volvió a Europa en 1865 (como lo habían hecho ya tantos otros artistas norteamericanos, y como seguirían haciéndolo cuando su genio se enfrentaba a la hostilidad de la nación norteamericana). Los europeos recibieron a Haines con los brazos abiertos, sobre todo en Austria.

Los vieneses sentían auténtica pasión por el vals. También la sentían por el patinaje artístico: en invierno, el congelado Danubio estaba abarrotado de patinadores. Al son de la música de Strauss, Haines mostró a los vieneses cómo unir el vals y el patinaje. Su «salto de vals» era un medio giro en el aire, probablemente inspirado en el tour jeté de ballet. Poco después, Haines dirigía una escuela de patinaje vienesa que abanderaría la evolución del patinaje artístico de «estilo internacional». Tres sucesores de Haines (Ulrich Salchow de Suecia, Tomas Lutz de Italia y Axel Paulsen de Noruega) crearon subsiguientemente saltos de mayor exigencia atlética. El salchow, el lutz y el axel siguen siendo en la actualidad elementos básicos de cualquier programa de patinaje artístico sobre hielo.

Haines se pasó la siguiente década recorriendo el continente representando, enseñando e inspirando. Para entonces ya era posible patinar sobre hielo en verano: las primeras pistas cubiertas de hielo artificial empezaban a aparecer por toda Europa. Hacia 1878, Haines, que ya tenía 38 años, visitó San Petersburgo. Esta capital rusa era para él terreno abonado: hogar de la más grande compañía de ballet, el Kirov, fundada en 1738. La ciudad adoraba también el patinaje artístico de estilo inglés, que la familia del Zar había aprendido gracias a sus vínculos familiares con la reina Victoria. Todos los meses de diciembre, cuando la corte se trasladaba desde Moscú a San Petersburgo, celebraban en Balagani un deslumbrante Festival de Invierno durante el que todos patinaban en masse sobre los canales helados. Por invitación imperial, Haines actuó en el Festival de Invierno, y su «ballet sobre hielo» fue un gran éxito.

Desde San Petersburgo, a principios de 1879, Haines se

dirigió en trineo hacia Estocolmo. Por el camino contrajo una neumonía y murió en Finlandia. Los finlandeses le dieron sepultura con grandes muestras de afecto bajo una lápida en la que se lee: «El rey del patinaje norteamericano».

¿Era gay Jackson Haines? Sólo podemos limitarnos a especular, aunque actualmente algunos detalles de su historia activan el gaydar de cualquiera. Fuera cual fuera su orientación sexual, Haines ejercería una poderosa y problemática influencia en el futuro del patinaje artístico.

DESTINO OLÍMPICO

Quizá a los homófobos les parezca que el patinaje artístico no es un deporte «de verdad», a pesar de lo cual el deporte del hielo tuvo una cita con el destino olímpico.

Cuando, en la última década del siglo XIX, el movimiento olímpico emprendió su camino, algunos de sus más poderosos partidarios eran aristócratas europeos que veían en el patinaje artístico un deporte y que evidentemente no oponían ninguna objeción de orden moralista a su práctica. En 1896, San Petersburgo organizó el primer campeonato mundial de patinaje artístico, celebrando a su vez el «estilo Viena». En 1900, el patinaje artístico era ya parte de los juegos olímpicos de verano, aunque más tarde, en 1924, fue trasladado a los juegos de invierno junto con el bobsleigh, el esquí nórdico, el patinaje de velocidad y el hockey sobre hielo. Desde un buen principio, algunos elementos propios del «estilo internacional» de Haines fueron la base de la competición olímpica. Si los norteamericanos deseaban ganar el oro en patinaje artístico, tendrían que tragarse sus prejuicios y ejecutar esos saltos de ballet tan «poco masculinos».

A esas alturas, las mujeres podían ya participar en la competición. En las Olimpiadas de 1920, la austriaca Theresa Weld ejecutó el primer salchow en categoría femenina... llevando puesta la falda larga, naturalmente. Como castigo por haber ejecutado un salto, los jueces la regañaron severamente y se la calificó de «poco femenina»... una forma velada de llamarla lesbiana.

A pesar de estas presiones, las mujeres empezaron a dominar el deporte. En 1928, una joven rubia noruega de 13 años llamada Sonja Henie ganó la primera de sus tres medallas de oro olímpicas. Henie electrizó por igual a público

y a jueces cuando saltó al hielo en mallas ajustadas y una pequeña falda que le llegaba apenas a media pierna. La falda corta le permitía ejecutar saltos y giros que hasta entonces habían estado prohibidos a las mujeres. Cierto es que Henie era una gran experta en la ejecución de los giros. Al igual que Jackson Haines, contaba con una sólida formación de ballet. Los sectores más conservadores del deporte volvieron a sufrir una auténtica conmoción.

Henie adquirió un glamour tal, y se hizo tan mundialmente famosa (en el curso de sus años de competición y también después, como estrella de cine primero y más tarde como patinadora con su propio espectáculo sobre hielo itinerante —la Hollywood Ice Revue—) que sin ayuda de nadie hizo del patinaje artístico sobre hielo un gran espectáculo. Además, llegó prácticamente a eclipsar a un par de generaciones de patinadores de élite. Algunos de esos hombres pasaron a la categoría profesional en cuanto concluyeron su carrera como amateurs y patinaron en el espectáculo de Henie… aunque siempre a su sombra. Esto llevó a los aficionados más misóginos del deporte a despreciar de forma cada vez más evidente el patinaje artístico, calificándolo de «deporte de chiquillas». Y, según su lógica, cualquier hombre que destacara en un deporte de mujeres tenía que ser homosexual.

A fin de contrarrestar la «afeminada imagen del ballet», el patinaje artístico empezó a imponer unos estrictos estereotipos para cada sexo. Patines blancos para las mujeres y negros para los hombres. Faldas y brillos para las mujeres y pantalones (nunca mallas) para los hombres. Las arabescas y los giros acostumbraban a aparecer más en los ejercicios de las mujeres, mientras que los grandes saltos solían estar monopolizados por los hombres. Los estereotipos en base al sexo de los participantes debían a su vez velar por el orden en el frente de la orientación sexual. Las patinadoras, sobre todo, se vieron víctimas de una presión mucho más sofocante que las practicantes de otros deportes: para ganar, tenían que estar «hermosas» y resultar «femeninas» y «elegantes» (es decir, «heterosexuales»).

Los patinadores no volvieron al candelero hasta después de la segunda Guerra Mundial, cuando el gran Dick Button ejecutó el primer doble axel en las Olimpiadas del año 1948. Button y sus contemporáneos patinaban con chaleco y corbata negra o con trajes imitando uniformes que les daban el curioso aspecto de botones. Al tiempo que Button inauguraba una nueva era de afán atlético en el patinaje

artístico masculino, a las mujeres se las seguía desanimando a que practicaran cualquier «indecorosa» muestra de esa suerte.

LLEGAN LOS RUSOS

La competición internacional de la posguerra se vio profundamente impactada por la Guerra Fría. El gobierno de los Estados Unidos empezó a considerar tan importante que los patinadores artísticos vencieran a los «comunachos» en la pista de hielo como que lo hicieran los atletas en la pista de atletismo. Resulta irónico que, cuando los competidores soviéticos aparecieron por primera vez en las olimpiadas de invierno a principios de los años cincuenta, llevaran consigo una nueva explosión de la magia del ballet de Jackson Haines.

Tras la revolución bolchevique, tanto el ballet como el patinaje artístico habían sobrevivido a la carnicería resultante del desmoronamiento de la Rusia imperial para convertirse en instituciones sagradas de la nueva URSS. Si bien es cierto que la sociedad comunista se mostraba oficialmente crítica con la homosexualidad (considerándola una muestra de «decadencia occidental»), la tradición de una tolerancia velada con los bailarines de ballet gays o bisexuales (Nijinsky, Nureyev y otros) también había sobrevivido.

Ya en la década de los cincuenta, los patinadores y entrenadores soviéticos llegaron a los juegos olímpicos con una importante formación de ballet (de hecho, algunos de ellos se habían formado en el Kirov). El ballet les daba una nota de resistencia en el programa largo, además de una mayor capacidad para clavar los saltos y otros elementos técnicos. Asombraron a los aficionados con el «salto ruso», el equivalente al grand jeté del ballet sobre patines (un espectacular salto en el aire hacia delante con las piernas totalmente separadas). Los rusos no se avergonzaban lo más mínimo a la hora de utilizar un vestuario llamativo en sus actuaciones. Los hombres llevaban el tipo de prendas rutinarias de las estrellas del ballet rusas que completaban con faldas de volantes, mallas y brillos que los patinadores norteamericanos nunca se habrían atrevido a ponerse. Los soviéticos eran además más teatrales en sus movimientos, sobre todo con los brazos. Y rehuían la clase de melodías populares que se remontaban a la época de Sonja Henie,

dependiendo básicamente de las partituras de ballet y de otros clásicos para sus programas de patinaje.

Muchos eran los norteamericanos que habían oído rumores sobre esos bailarines de ballet gays rusos. A ojos de los aficionados homófobos, la cuestión era muy simple: si un patinador artístico llevaba volantes y ejecutaba arabescas en la pista, o si gesticulaba líricamente con los brazos, tenía que ser gay. ¿Por qué no podían los rusos patinar como «los hombres de verdad»?

Durante la década de los cincuenta, los Estados Unidos lograron hacer frente a la invasión soviética gracias a las victorias olímpicas de Dick Button, Ronnie Robertson y David Jenkins. Sin embargo, los soviéticos eran tenaces competidores y, en 1964, el ballet se adjudicó su primera victoria soviética sobre el hielo. La pareja rusa compuesta por Lyudmila Belousova y Oleg Protopopov ganó el primer oro soviético de patinaje artístico de la historia con un programa de pareja que rezumaba Kirov por los cuatro costados. En 1990, la URSS se derrumbó y el apoyo al programa de patinaje soviético se desmoronó, llevando a un gran número de patinadores y de entrenadores de primer orden a huir a Norteamérica para poder seguir practicando. Fue en la década de los noventa cuando realmente despegaron. Desde entonces, y hasta hace poco, los patinadores influidos por la disciplina del ballet procedentes de la antigua Unión Soviética han dominado los puestos de honor del podio olímpico y mundial individual, con Viktor Petrenko, Aleksey Urmanov, Ilya Kulik, Aleksey Yagudin y Yevgeniy Plushenko barriendo a los patinadores norteamericanos a su paso.

Eso bastaba para hacer saltar las lágrimas a cualquier aficionado al hockey de la ciudad de Filadelfia.

Inevitablemente, el péndulo volvió a oscilar hacia el lado contrario. En 1988, el canadiense Kurt Browning clavó el primer salto cuádruple en una competición oficial. Browning siguió desde entonces labrándose un extenso e interminable historial de saltos, ayudando con ello a reestablecer el patinaje artístico masculino en la mente del público como una disciplina técnicamente «atlética». En cuanto al vestuario, Browning y otros patinadores recuperaron el atuendo típicamente masculino, es decir: pantalones de hombre y jerséis de cuello alto o camisas blancas y corbata. Si bailaban sobre hielo, lo hacían siempre al son de los acordes del jazz, el swing o el rock. El programa de Elvis Stojko vestido de cuero negro, junto con su estilo agresivo, que incorporaba

movimientos típicos del kárate, marcó un estándar heterosexual. Lo mismo ocurrió con los programas inspirados por la figura del héroe estilo Mel Gibson de Philippe Candelero, rutinas que completaba exhibiendo su torso desnudo. Por si eso fuera poco, Scott Hamilton, la estrella norteamericana, expresó algunas opiniones negativas sobre los patinadores gays.

Mientras tanto, la ironía seguía más que patente. De vez en cuando, la maquinaria pesada rusa, volantes incluidos (incluyera o no a algún gay no declarado) arrollaba en su camino a la cima a patinadores reconocidamente gays como John Curry y Brian Orser.

EL RELACIONES PÚBLICAS

Un pionero gay norteamericano fuera de lo común fue Ronnie Robertson. Uno de los primeros nombres de la lista de estrellas del Rainbow Ice de Kim, Robertson dejó su huella a mediados de la década de los cincuenta y disfrutó de una larga carrera.

La de los cincuenta fue una década sumamente represiva, calculada para obligar a los gays a ocultarse de tal modo que en realidad no debería hablarse de armarios sino de mazmorras. Los juicios del McCarthismo celebrados en el Senado de los Estados Unidos dejaron temblando al país con la sospecha de que la industria del espectáculo estaba plagada de «espías comunistas y maricones». Las cosas se pusieron tan mal que algunos escritores norteamericanos y algunos artistas decidieron seguir la trillada ruta que en su momento había tomado Jackson Haines en su huida a Europa para escapar de la persecución a la que se le había sometido. Todavía no existía ningún movimiento en defensa de los derechos civiles, ni para los negros, las mujeres, los gays ni nadie.

En mitad de toda esa paranoia, un adolescente de tan sólo 13 años llamado Ronnie Robertson se entrenaba tranquilamente para los juegos olímpicos. A Ronnie, que había iniciado su carrera en el patinaje en 1951, le entrenaba Michael Kirby, un famoso patinador y pareja en la pista de Sonja Henie. Kirby sabía que su guapo y joven protegido era gay. Como bien reconoce Kirby en su reciente autobiografía, tenía sentimientos encontrados al respecto. A pesar de que estaba profundamente impresionado por el talento del

muchacho, Kirby se debatía contra sus propios recuerdos más personales (había sido víctima de abusos sexuales por parte de un cura cuando era niño, de ahí que tuviera profundas objeciones religiosas en contra de la homosexualidad). El entrenador Kirby dice que sabía de la existencia de otros «chiquillos homosexuales» (como él los llamaba) en el mundo del patinaje. Intentó mantener a Ronnie lejos de ellos. Una noche pilló a Robertson en una fiesta gay que se había organizado en una habitación de hotel. Propinó un puñetazo a uno de los asistentes, dejándole sin los dos dientes delanteros, y luego se llevó de allí a rastras a su pupilo.

A pesar de los esfuerzos de Kirby, la orientación sexual de Ronnie era discretamente conocida por algunos de los miembros del establishment del patinaje, sobre todo después de que iniciara una relación sentimental con Tab Hunter, estrella de Hollywood, patinador y gran seguidor del deporte. Según cuenta en una entrevista concedida al Rainbow Ice, la estrella proporcionó en un principio ayuda financiera para la preparación de Robertson. La relación se prolongó durante varios años, hasta poco después de que Robertson ganara la medalla de plata en los campeonatos del mundo de 1955 (muchos años más tarde, Hunter daría más detalles de su relación en su propia autobiografía).

Una vez solo, Robertson continuó —a sus 18 años— hasta conseguir la plata en categoría individual en las Olimpiadas de 1956. Además, obtuvo cuatro platas más en los campeonatos nacionales de los Estados Unidos y en los mundiales en plena década de los cincuenta. Se le consideraba un brillante saltador. Fiel a la estela marcada por Dick Button, ejecutó el primer triple salchow y, según se cuenta, también algunos de los primeros saltos cuádruples durante los entrenamientos.

Por último, y aunque no por ello menos importante, Robertson elevó los giros a un nivel que, según opinión de los expertos, nadie había logrado alcanzar hasta entonces ni tampoco después. Sin duda fue una gran muestra de valor por su parte: gracias a Sonja Henie, los jueces y los aficionados asociaban los giros con el más puro concepto de «feminidad». Un patinador escribe lo siguiente: «Los grandes giros son la parte más difícil del patinaje artístico. También son la parte más hermosa y única del patinaje que no cuenta con ningún equivalente en el arte ni en el deporte». Los primeros giros de la historia habían sido obra de Jackson Haines. Las fotos antiguas muestran a Haines con traje de cosaco, y es posible

que se inspirara en las sentadillas características de las danzas de los cosacos para idear sus primeros giros sentado. Con el tiempo, otros patinadores crearon un variado repertorio de giros. Dick Button fue el primero en ejecutar un flying camel saltando en un giro. Fue Gus Lussi quien entrenó a Ronnie en la modalidad del giro y quien ayudó también a Button a crear el flying camel.

Técnicamente, la especialidad de Robertson se conocía como el «giro desdibujado». Evidentemente, se entrenó para mantener un foco de concentración fijo e ignorar cualquier sensación de mareo, de modo que sus cuchillas no «viajaran» apartándose de ese minúsculo centro sobre el hielo en el que giraba. Y lo cierto es que llegaba a desdibujarse literalmente a ojos del público, llegando casi a desaparecer. Nadie fue jamás capaz de averiguar cómo lo hacía. Su habilidad hizo de él una curiosidad de feria. El Show de Ed Sullivan le invitó a demostrar que era capaz de girar más deprisa que un ventilador de techo. La NASA estudió su giro para poder enseñar a los astronautas a ignorar la ingravidez.

Cuando Robertson por fin abandonó la competición amateur y empezó a trabajar en los espectáculos sobre hielo, se convirtió en una gran atracción para el espectáculo. Desafortunadamente, su celebridad en los giros llevó a muchos norteamericanos a olvidar al artista completo que era. Hasta 1979, Ronnie actuó en el Ice Capades, el Holiday on Ice y en el Knotts Berry Farm Ice Show antes de jubilarse y convertirse en un respetado profesor y entrenador de patinaje cuya orientación homosexual era discretamente conocida por algunos.

Cuando Ronnie abandonó la competición, ocurrió algo realmente curioso. El giro dejó de ser un elemento que recibía altas puntuaciones técnicas por parte de los jueces. Algunos comentaristas opinan que eso ocurrió porque nadie podía girar como Robertson. Sin embargo, yo sospecho que el establishment del patinaje veía los giros con cierto recelo porque los asociaban con un patinador que, como bien sabían, era gay. Con la pequeña ventaja a la hora de las puntuaciones que suponía este elemento, fueron muchos los patinadores que prefirieron renunciar a todos los giros salvo los estereotípicamente «machos» como el camel. En la década de los setenta y en la de los ochenta, las mujeres reafirmaron su dominio del giro cuando la patinadora suiza Denise Biellmann inventó el giro con pie agarrado sobre la cabeza. Tenía un cuerpo tan flexible que era capaz de llevarse un pie

tras la cabeza mientras no dejaba de girar sobre el otro. El Biellmann se convirtió en un giro de referencia para las mujeres.

En el 2000, Ronnie Robertson, que en aquel entonces tenía ya 62 años, seguía dando clases en el Ice Arena de Irvine, California, y viajando anualmente a Hong Kong para entrenar a patinadores chinos. Murió en febrero de ese mismo año.

Tras su muerte, la sexualidad de Robertson por fin vio la luz en un libro escrito por su primer entrenador. Kirby estaba tan empeñado en recalcar la cuestión gay que ni siquiera mencionó el surtido de medallas de plata obtenidas por Robertson. Afortunadamente, el resto del establish-ment del patinaje se mostró mucho más abierto a los logros obtenidos por Robertson. El Internacional Figure Skating le rindió tributo. El Salón de la Fama de los Estados Unidos y el Salón de la Fama Mundial grabaron su nombre en bronce. Scott Hamilton empezó a mostrarse más comprensivo en sus declaraciones sobre sus compañeros patinadores gays, cosa que le honra.

NUREYEV SOBRE HIELO

Mientras tanto, durante las décadas de los setenta, los ochenta y los noventa, a medida que el movimiento por la defensa de los derechos de los gays fue tomando fuerza en los Estados Unidos y en el extranjero, hubo toda una serie de patinadores gays de élite que salieron del armario. Entre ellos cabría mencionar al británico John Curry.

Nacido en 1949, Curry era como el niño de la película Billy Elliot. Su padre vetó con vehemencia sus clases de ballet, pero aprobó las lecciones de patinaje de pequeño. ¡Qué poco sospechaba papá que el patinaje llevaría a su hijo de regreso al ballet! Curry se convirtió en un patinador lírico y elegante, conocido como «el Nureyev del hielo» por su estilo tan próximo al ballet. A pesar de que podía ejecutar grandes saltos, algunos jueces desestimaron su estilo por considerarlo «demasiado femenino». Sin embargo, en 1976, Curry puso toda la carne en el asador y salió del armario en un evento mediático celebrado en Londres. Nadie se rasgó las vestiduras y Curry finalmente logró vender su estilo a los jueces. Primero ganó el campeonato británico y después se apresuró a llevarse el oro en los europeos, las olimpiadas y los

mundiales. Llegó incluso a ser nombrado personalidad deportiva del año en Inglaterra, y el gobierno británico lo nombró caballero. 1976 fue el año de John Curry.

Después de dejar la competición, Curry siguió ejerciendo una profunda y duradera influencia en el deporte gracias a su innovadora actividad como entrenador, coreógrafo y productor de eventos. En 1994, a la edad de 44 años, murió de un ataque al corazón relacionado con el sida.

A lo largo de todo este período se establecieron intensas relaciones sentimentales entre esa red en expansión de patinadores gays. Durante años, Robert Wagenhoffer, que ganó en el programa corto a Scott Hamilton en los campeonatos nacionales de los Estados Unidos de 1982, era la pareja de Billy Lawe, campeón junior norteamericano en 1984. Después de que Lawe muriera de sida, Wagenhoffer tuvo una relación con el patinador canadiense Sylvain Beauregard antes de que el primero finalmente muriera de sida. En su autobiografía titulada Zero Tollerance («Tolerancia cero»), el voluble canadiense Toller Cranston, medalla de bronce en las olimpiadas de 1976, relata un breve escarceo con Ondrej Nepala, medalla de oro olímpica en 1972.

También se dieron grandes amistades. Brian Orser mantuvo una amistad de por vida con Rob McCall, bailarín sobre hielo, medallista olímpico y coreógrafo. McCall murió de sida en 1991.

LOS CAMBIOS QUE TIENEN LUGAR ACTUALMENTE

Actualmente, gracias a la televisión, el patinaje artístico es más popular que nunca. Los índices de audiencia son siempre altos, sobre todo cuando se trata del programa libre en la categoría de damas, y especialmente durante los juegos olímpicos. En un artículo publicado en el Goblin Magazine, John Randall decia: «El patinaje artístico es en los Estados Unidos el segundo deporte en número de espectadores, sólo por detrás del fútbol americano de la NFL. Deporte antiquísimo y hasta cierto punto remilgado, se ha convertido en el rock, la ópera, el ballet y el vodevil del Pueblo, todo a la vez». Al mencionar a Rudy Galindo, Randall describía el patinaje artístico como «un más que evidente armario coronado de flechas de neón rosas en un constante parpadeo

con el mensaje: aquí está, nena. Deja de rasgarte las vestiduras».

El público norteamericano sigue viéndolo como un deporte en el que priman las mujeres, gracias a la labor «glamourizadora» de Michelle Kwan y de otras campeonas. Los medios todavía se muestran excesivamente entusiastas ante la «belleza y la elegancia» de las patinadoras como nunca se han atrevido a hacerlo con los hombres. La cubierta de la Encyclopedia of Figure Skating («Enciclopedia del patinaje artístico») muestra a Tara Lipinsky ejecutando —adivinen qué— un giro con inclinación posterior. Y el establishment del patinaje sigue mostrándose cauto sobre la cuestión gay. Por no hablar de que hasta la fecha ninguna patinadora ha salido todavía del armario. Cuando Christine Brennan, la reportera del Washington Post, publicó su libro Inside Edge y habló abiertamente de las muertes de sida en el ámbito del patinaje artístico, se granjeó numerosas enemistades en el deporte.

Sin embargo, existe cierta relajación no exenta de una cautela más que evidente. El ganador «Lago de los cisnes» de Rudy Galindo ha ayudado a consolidar la presencia de la influencia del ballet ruso como parte del paisaje norteamericano. Se está observando un fenómeno de fertilización cruzada: es decir, los hombres norteamericanos pueden elegir un vestuario extravagante y música clásica o «artística», mientras que los patinadores rusos pueden bailar al ritmo del jazz vistiendo camisa blanca y corbata y seguir dejando en paños menores a los norteamericanos. Se ha podido ver a Scott Hamilton patinando sobre el hielo con (exclamaciones de horror) mallas. Existe la polémica sobre si los giros deberían recibir puntuaciones más altas. Algunos nuevos talentos norteamericanos están abriendo fronteras claramente «artísticas» (todavía un eufemismo de «femeninas» y de «gays»). De vez en cuando, algún patinador típicamente macho reúne el valor suficiente para ejecutar una arabesca, un espiral o incluso un giro Biellmann. El famoso entrenador Jeffrey Nolt (que es además declaradamente gay) se burla abiertamente de la noción según la cual la masculinidad de un patinador queda automáticamente comprometida por esa clase de piruetas.

«Os gustan las chicas —dice Nolt—. Estirar las puntas de los pies no va a cambiar eso de repente.»

Dick Button, que en la actualidad se ha convertido en un influyente comentarista deportivo, ha puesto de su parte en

su afán por limar asperezas en el ambiente. La primera vez que Rudy Galindo ejecutó un programa en la pista con un tema abiertamente gay, Button no tuvo ningún problema a la hora de informar a millones de televidentes de que Rudy llevaba la bandera del arco iris, símbolo de la liberación gay. Mientras tanto, es importante apuntar la cantidad de hombres que aparecen en la lista del Rainbow Ice incluidos en el Salón de la Fama... cuántos han obtenido medallas olímpicas, campeonatos nacionales de los Estados Unidos y mundiales... y cuántos han incorporado innovaciones al deporte del patinaje.

Coincidiendo con la entrada a imprenta de este libro, la lista no incluye el nombre de Johnny Weir, doble campeón nacional de patinaje artístico sobre hielo de los Estados Unidos, quien llevó un poco más allá la elegancia en el estilo y la ruptura con los convencionalismos que cualquier otro patinador, heterosexual o gay, en la historia. En los juegos olímpicos celebrados en Turín en el año 2006, Weir se vio envuelto en una fuerte polémica centrada en la pregunta de si «lo es o no lo es». Él, sin embargo, puso fin a las especulaciones sobre su orientación sexual diciendo: «Con quien yo me acueste o deje de acostarme no influye para nada en lo que hago sobre el hielo o en mi comportamiento en una rueda de prensa».

Aunque el patinaje artístico puede no ser el «deporte marica» que algunos creen que es, es sin duda un deporte en el que los adversarios, entrenadores, aficionados, patrocinadores, medios, jueces y procedimientos se han beneficiado en gran medida de la creatividad y del espíritu innovador de los gays. Con suerte, algún día quizá no muy lejano la puerta de ese otro armario sólidamente congelado se derretirá para abrirse de una vez y podremos saber cuáles han sido las posibles aportaciones de las mujeres lesbianas y bisexuales a este maravilloso deporte.

LA CÚSPIDE DE STONEWALL

JIM BOUTON

Los jugadores de béisbol gays y «El libro»

Hay un buen número de deportes que cuentan con su propia autobiografía en la que se desvelan todos los secretos y se da rienda suelta a la confesión de la orientación sexual (homosexual) de su protagonista: en otras palabras, «el Libro», el primero en lograr un claro impacto en ese deporte en particular. En el caso del fútbol americano profesional, fue The David Kopay Story («La historia de David Kopay») (1976). En el del salto de trampolín olímpico, fue Breaking the Surface («Saliendo a la superficie») (1995), de Greg Louganis. En el del patinaje artístico fue Zero Tollerance («Tolerancia cero»), de Toller Cranston (1999).

Sin embargo, en el béisbol, cuando hablamos de «el Libro», estamos hablando de la madre de las autobiografías pioneras de todos los deportes. La obra situada por la Biblioteca Pública de Nueva York entre los 100 Libros del Siglo xx. La autobiografía que aún hoy incomoda y saca los colores a la vieja guardia del béisbol; la primera en abrir la puerta a la discusión de temas tabú (incluidos los no heterosexuales) no sólo en el ámbito del béisbol sino también en el resto de los deportes; la obra escrita por un heterosexual pro gay. Estamos hablando de Ball Four («La cuarta bola»), de Jim «Bulldog» Bouton, ex pitcher de los New York Yankees.

Como ocurre con la historia de la civilización occidental, la historia del béisbol está actualmente dividida en dos épocas claramente diferenciadas. La a.B. (antes de Bouton) y la d.B. (después de Bouton). Según la página de los admiradores del libro, «cuando se publicó Ball Four en 1970, sacudió al mundo del deporte como un rayo. Los comisarios, los ejecutivos, los jugadores y los reporteros deportivos fueron presas de una profunda conmoción. Perplejos. Escandalizados. La polémica alcanzó las portadas de los periódicos».

¿Qué dijo Bouton para aturdir y escandalizar de semejante modo a Norteamérica? Fue el primero en descorrer la cortina de las palomitas y desvelar a ojos de todos las realidades humanas que se ocultaban en el seno de su sagrado deporte nacional. Algunas de las cosas que contaba en el libro eran

realmente graciosas. Algunas realidades que movían los hilos de los jugadores y de la dirección del deporte nada tenían de gracioso: realidades negativas como el abuso de sustancias, escapadas sexuales, codicia. Otras realidades entre sus compañeros de equipos en los Yankees eran simplemente... humanas. Bouton llegó incluso a insinuar (horror de horrores) que podía incluso percibirse cierta atmósfera gay cerniéndose sobre el deporte... que incluso los jugadores heterosexuales de vez en cuando se dedicaban a tontear entre ellos en la sede del club.

A fin de castigar a Bouton por desvelar estas realidades, muchos son los que en el mundo del béisbol habrían deseado crucificarle en mitad del estadio. Pero no podían hacerlo. De modo que se limitaron a referirse a él empleando el peor de los calificativos que podía utilizarse en el lenguaje de la década de los setenta: un «soplón».

LOS HOMBRES DE LOS NIÑOS

En 1970, hablar de los escarceos homosexuales entre jugadores de béisbol (incluso susurrar que algunos jugadores heterosexuales engañaban a sus mujeres) era un acto político tan radical como quemar la bandera norteamericana.

Los Estados Unidos seguían tambaleándose tras una década de revolución (las sentadas por parte de los negros y de los estudiantes, las demostraciones de apoyo al amor y a la paz de los hippies, las «fumadas» de los devotos de la marihuana). Vietnam acababa de desvelarnos que nuestro gobierno podía embarcarse en una guerra alegando razones que poco tenían de honorables. Cuando el libro de Bouton llegó a las librerías, todavía estábamos retirando nuestras tropas de ese bombardeado país del sudeste asiático. El presidente John Kennedy había sido asesinado hacía apenas siete años. En el país todavía reverberaba el eco del disparo que había asesinado a Martin Luther King tan sólo dos años antes. El movimiento feminista y los movimientos en defensa de los derechos de los gays y del medio ambiente acababan de despegar de sus casillas de salida. Además, la Revuelta de Stonewall (durante la cual los clientes de un bar gay de Manhattan se habían enfrentado a una redada policial, inaugurando con ello una nueva etapa del activismo GLBT) había tenido lugar el año anterior, 1969. Nuestro país se

debatía por abrirse como una flor y disfrutar de mayor libertad y libertades civiles, en vez de cerrar sus marchitos pétalos como lo hace en la actualidad.

El mundo del deporte se vio contundentemente sacudido por el cambio provocado por los años sesenta. Siempre se había esperado de los atletas que fueran los incondicionales baluartes de la tradición. Sin embargo, de pronto los moldes de los baluartes se rompieron en el instante mismo en que John Carlos y Tommie Smith elevaron sus puños en defensa del Black Power al subir al podio de los juegos olímpicos de 1968, demostrando con ello la furia creciente que embargaba a los atletas contra el racismo en muchos deportes. Muhammad Ali desafió al gobierno al negarse a combatir en Vietnam y con sus vínculos con los grupos radicales Negros Musulmanes. Los viejos códigos de vestuario se desmoronaron: las atletas se quitaron por fin los sostenes, los hombres ostentaban sus melenas, barbas, patillas y cintas para el pelo. Los conservadores temblaban al ver que las jugadoras exigían idénticos sueldos e instalaciones que los hombres en el circuito de tenis profesional. Los más intransigentes, convencidos de que los atletas debían de dar muestra de una abstemia radical, se quedaron perplejos cuando los maratonianos confesaron que les gustaba tomarse unas cuantas cervezas después de una carrera especialmente dura. Y un corredor de la milla liberal y «rojo», como es el caso de Marty Liquori, era capaz de batir a Jim Ryun, su rival radicalmente conservador, cada vez que ambos se enfrentaban. ¿Adónde iba a ir a parar el mundo?

En 1970, el béisbol era uno de los pocos santuarios deportivos tradicionalistas que quedaban... un santuario en el que el hedor del gas lacrimógeno todavía no se había disipado del todo y donde la marihuana no había reemplazado al tabaco de mascar.

Los EE.UU. más tradicionalistas seguían aún bajo el hechizo de Mickey Mantle, el tímido y rubio chicarrón rural de Oklahoma que se había convertido en uno de los grandes bateadores de la historia (su lanzamiento de 200 metros, con el que logró sacar la bola del estadio en 1961, es una marca que sigue aún hoy imbatida). A pesar de que el gran Mick se había retirado un año antes, seguía presente en el ojo público con sus discursos, sus obras de caridad, su labor con los jóvenes y la venta de objetos personales de la gran celebridad en la que se había convertido. Incluso tras su confesión pública, en la que admitía su alcoholismo, los

norteamericanos consideraban a Mantle como el jugador de béisbol representativo de la vieja escuela. Según declaraciones de Billy Martin, antiguo compañero de equipo de Mantle, «ningún hombre en la historia del béisbol ha tenido tanto poder como Mickey Mantle. Es un hombre que separa a los hombres de los niños». Ese era un comentario sobre el poder absoluto de la masculinidad heterosexual norteamericana definida por ese deporte.

Cierto es que el béisbol estaba tan profundamente cimentado en la adoración prerrevolucionaria profesada a la figura del héroe que tanto los dioses como las diosas vieron llegado el momento de echar un poco de nitroglicerina en la hormigonera. Y ese explosivo llegó en la forma de un liberal lanzador diestro de Nueva Jersey.

EL PEQUEÑO «CALENTADOR»

Jim Bouton nació en Newark en 1939. Ya de muy niño le encantaba ejercitarse en el knucklebal[3]. Según reza una de sus biografías:

En el primer equipo de béisbol de penúltimo año en el instituto le apodaban «el calentador», porque lo único que hacía era calentar. Nunca llegó a saltar al campo durante un partido. Escribió su ensayo de presentación para el ingreso a la universidad sobre sus deseos de convertirse en guarda forestal.

Tras tres años participando en las ligas menores, Bouton llegó a la competición de primer nivel a los 23. Desde 1962 a 1968 estuvo lanzando para los New York Yankees. Convertido ya en un potentísimo lanzador, era capaz de lanzar la bola con tanta fuerza que perdía la gorra con el impulso. En 1963, ganó 21 partidos y llegó al equipo de las estrellas. En 1964 ganó 18 partidos y batió a los Cardinals en dos ocasiones en la Serie Mundial. Luego, en 1968, se reventó el brazo y resucitó su viejo lanzamiento del knuckleball, que como es sabido dificulta la labor del bateador y facilita el esfuerzo al que se ve sometido el brazo, en un afán por seguir jugando. Lo cierto es que empezó a pasar más tiempo en el banquillo que en el campo y terminó jugando con los Seattle Pilots en 1969. Y en su cabeza había empezado ya a dar vueltas la idea

de escribir un libro.

Durante nuestra reciente entrevista, le pregunté a Bouton cómo había empezado.

PNW: Volviendo la vista a los años sesenta, ¿hubo acaso algún incidente en particular que le llevara a decidirse a escribir Ball Four?

Jim Bouton: No, no hubo ningún incidente en particular. Recuerdo que, al volver de mi primera temporada en las ligas inferiores, le dije a mi familia y a mis amigos lo estrafalarios que son los jugadores de béisbol, y recuerdo también haberles contado lo que era viajar con esa panda de maníacos. Me aconsejaron que tomara notas. Más adelante, cuando me lesioné el brazo en 1968, pasé mucho tiempo en la zona de calentamiento y me dediqué a pensar con calma. Mi amigo Leonard Schechter, que en aquel momento era editor deportivo de Look Magazine y escribía para el New York Post (en la época en que el Post era una publicación liberal) me dijo que debía empezar a escribir un diario. Se ofreció a ser mi editor. Fue ahí donde germinó el libro.

PNW: ¿Cuánto le llevó encontrar editor?

JB: No mucho. Leonard Schechter tenía un agente, Theron Raines, que llevó mi libro a World Publishing.

PNW: ¿Tenía idea de la bomba que iba a ser el libro?

JB: No.

COMUNISTAS Y BOLCHEVIQUES

Siendo todavía editora del Reader's Digest, y todavía viviendo de forma totalmente oculta mi orientación sexual, formé parte de la primera hornada de norteamericanos que leyeron Ball Four. En 1970 yo tenía 34 años, competía como aficionada en carreras de larga distancia y estaba sumida en mi propia batalla personal con mi sexualidad.

Un día reparé por pura casualidad en las galeradas de un nuevo libro escrito por un jugador de béisbol que esperaba en la estantería repleta de manuscritos del Departamento literario del Reader's Digest. Allí estaba, junto a cientos de otros libros que esperaban ser considerados para su posible reseña por parte del Digest. El informe de lectura del Reader's Digest grapado al libro mencionaba que se trataba de una obra realmente sorprendente. Mmmm. ¿Qué podía haber de tan sorprendente en el béisbol, un deporte que siempre me

había parecido aburrido y retrógrado? Me puse en contacto con la lectora en cuestión, una anciana señora que había estado montones de veces en los rodeos. Arrugó los labios y reconoció que definitivamente el libro «había causado cierto revuelo».

Rindiéndome a la curiosidad, me llevé las galeradas a la oficina y empecé a leer. En cuestión de minutos, tenía de punta los pelos de mi larga melena años sesenta (a buen seguro os acordaréis de ella, muy por debajo de la cintura). No dudé ni un segundo de que, en el vasto mundo de los medios de Nueva York, otras cabezas notaban cómo se les electrificaba el cabello mientras sus dueños leían las mismas galeradas que yo tenía en las manos. Y, en mitad de los comentarios del autor sobre el uso de speed por parte de los jugadores, así como sus comentarios sobre otros puntos negros que salpicaban los oscuros sótanos del béisbol, mi gaydar se abrió camino de un modo infalible hasta el pasaje del libro ya tan famoso en el que describe el vaivén de besuqueos al que algunos de los Seattle Pilots jugaban entre sí. Se trataba de pillar a un compañero por sorpresa y besarle antes de que éste pudiera reaccionar. La idea era besar, pero no ser besado.

No podía creer lo que leían mis ojos. A partir de mis experiencias personales en la participación en las carreras de larga distancia y en la escritura para los medios periodísticos del atletismo, yo era ya consciente de cierta discreta y emergente no heterosexualidad en el seno de mi propio deporte. Estaban los estudiantes universitarios postStonewall, parejas de chicos y de chicas que se presentaban para participar en las grandes carreras urbanas y que cruzaban la meta de la mano. Estaba el emocionante rumor que apuntaba a que Steve Prefontaine era bi. Y así varios otros ejemplos. Sin embargo, todo lo que yo sabía, lo había sabido de forma extraoficial. Lo que tenía ante mis ojos eran las palabras de un deportista con información confidencial que planeaba hacer pública.

Durante los ruidosos años sesenta, los editores habían aprendido que, aunque la polémica pudiera resultar aterradora, sin duda vendía libros. Esa década vio el nacimiento de las memorias íntimas de las celebridades, escritas por ellas mismas o haciéndolo alguien por ellas. Los editores se embolsaron millones gracias al A sangre fría de Truman Capote, al Soul on Ice («El alma sobre hielo») del militante de color Eldridge Cleaver y a otros clásicos que

desnudaban los hechos en toda su crudeza. Sin embargo, durante el rojo estallido de la revolución, los libros sobre deporte se habían mantenido siempre tan dóciles como cualquier novela de misterio de Nancy Drew.

PNW: Los editores pueden verse políticamente presionados a retirar un libro de la circulación, incluso después de que haya sido publicado. ¿Fue ése el tipo de presión que tuvo que soportar World?

JB: No, que yo sepa.

PNW: ¿Su editor se limitaría entonces a llevarse una agradable sorpresa ante el enorme éxito del libro y a sonreír al ver los índices de ventas del mismo?

JB: Sí.

PNW: En Ball Four, no decía nada específico sobre los atletas gays… aunque sí se adentró en ese terreno al hablar del juego de los besos. ¿En algún momento se le acusó de ser gay?

JB: No, aunque sí se me calificó de rata, de comunista, de bolchevique, de judas, de Benedict Arnold[4] y de leproso social.

La lectora del Reader's Digest acertó en un 100% con su informe sobre las reacciones que aguardaban al libro de Bouton. El público se rindió a su tono divertido y a sus coloridas revelaciones. De inmediato ocupó los primeros puestos de las listas de ventas del New York Times. Pero en el mundo del béisbol nadie se reía. Los Yankees estaban furiosos ante la afirmación de que Mickey Mantle había llegado a protagonizar un home run con resaca. Bowie Kuhn, comisario de béisbol, llamó mentiroso a Bouton por afirmar que los jugadores utilizaban anfetaminas. Poco importó… Ball Four llegó al número 6 de la lista de libros más vendidos del año 1970.

Mientras tanto, yo tenía mi propio libro por escribir. Tres años después, en 1973, cuando por fin tuve las agallas de salir del armario y escribir una novela sobre los gays en el mundo del deporte, escogí el deporte que mejor conocía: las carreras de atletismo. Pero quería rendir tributo al libro de Bouton y al impacto que había provocado, cosa que hice en la página 43 de El corredor de fondo. En la vida real, mi personaje protagonista, un entrenador de atletismo llamado Harlan Brown, habría leído Ball Four. Y sin duda habría disfrutado de cada una de las palabras del libro.

En la vida real, el autor de Ball Four tuvo que retirarse del béisbol debido al alboroto que había provocado. Sin embargo, y afortunadamente para Bouton, sus poderes como inteligente e ingenioso comentarista le abrieron las puertas de otras carreras. Lejos de exiliarse del todo, inició una nueva y provechosa carrera como prominente figura en el mundo del deporte. Primero se convirtió en comentarista deportivo para las cadenas WABC-TV y WCBS-TV. Mientras tanto, escribió un par de continuaciones de Ball Four. Llegó incluso a dar sus primeros pasos en el mundo de la interpretación: tuvo un papel en un thriller titulado Un largo adiós, y otro en una serie de televisión basada en Ball Four, que él mismo había creado y escrito. (La serie no llegó a despertar el interés que había suscitado el libro y dejó de emitirse tras cuatro episodios.)

Varios años más tarde, en 1978, Bouton protagonizó una sorprendente reaparición con los Atlanta Braves. Todavía era capaz de lanzar uno de sus tremendos knuckleballs. A la avanzada edad de 39 años, logró su primera gran victoria en la liga en varios años, batiendo a los San Francisco Giants por 4 a 1. Eran muchos los que seguían sin perdonarle en el mundo del béisbol. Por ejemplo, los Yankees jamás le invitaron al Old Timers' Day celebrado en el Yankee Stadium todos los años. Sin embargo, el tiempo todo lo cura. En 1996, Bouton por fin fue blanco del reconocimiento popular: su nombre fue incluido en The Sports 100: The One Hundred Most Important People in American Sports History («Los 100 del deporte: las cien personas más importantes en la historia del deporte norteamericano»), publicado por Macmillan. Bouton figuraba entre los 21 personajes pertenecientes al mundo del béisbol que aparecían en la lista.

Y por fin, en 1998, con un nuevo Old Timers' Day a la vuelta de la esquina, su hijo Michael escribió una carta abierta al New York Times diciendo que era ya hora de que los Yankees enterraran el hacha de guerra. Así lo hicieron y, tras un destierro de veintiocho años, invitaron a la vieja gloria Bouton a regresar a la que había sido su casa.

Actualmente, Bouton vive en las montañas Berkshire de Massachusetts con su esposa Paula. Tienen cuatro nietos. A

sus 66 años, se mantiene en forma jugando al squash y construyendo muros de piedra estilo Nueva Inglaterra alrededor de la propiedad que posee en el campo. Su esposa y él son aficionados a los bailes de salón. Su mujer está más ocupada que nunca y son frecuentes sus apariciones en radio y en televisión. En el 2003, Bouton publicó su último libro: Four Ball: My Life and Hard Times Trying to Save an Old Ballpark («La cuarta bola: mi vida y los tiempos difíciles en un intento por salvar un viejo campo de béisbol»). Y sigue aún hablando abiertamente de los jugadores de béisbol gays.

NUEVAS CARAS, NUEVOS LIBROS

Con el tiempo, el cambio de clima que activó Ball Four ayudó a posibilitar que algunos gays de verdad salieran del armario y publicaran sus propias memorias... a pesar de que, hasta la fecha, se hayan sentido obligados a esperar a haber dejado la práctica del béisbol.

Los árbitros, por ejemplo. Entre toda la especulación que ha rodeado a los jugadores, probablemente muy pocos han sido los que se han preocupado de lo que podían estar haciendo los árbitros tras las puertas del armario. Y sin embargo fue un árbitro retirado quien provocó el siguiente temblor literario en el ámbito del béisbol. Dave Pallone se había convertido en un personaje infame debido a algunas reprimendas y disputas en el campo, sobre todo debido a un enfrentamiento épico con Pete Rose que tuvo lugar en 1988. También habían circulado ciertos rumores sobre su sexualidad. Por fin, en 1990, con su carrera hundida por la homofobia y con la colaboración de Alan Steinberg, Dave Pallone publicó su cándida autobiografía, titulada Behind the Mask, My Double Life in Baseball («Tras la máscara: mi doble vida en el béisbol»). Hoy Pallone se gana la vida como conferenciante.

Tuvo que pasar toda una década para que el siguiente árbitro gay decidiera hacerse visible. Me refiero a Tyler Hoffman, que dejó el deporte después de cinco años para salir del armario en el 2002. A pesar de que Hoffman todavía no ha escrito ningún libro, lo ha «contado todo» en el curso de numerosas entrevistas.

Mientras tanto, el primer jugador gay que se identificó públicamente como tal fue Glenn Burke, un poderoso

bateador de incomparable talento que jugó en Los Angeles Dodgers y en los Oakland Athletics. Cuando en el año 1982 Burke vio desvelada su orientación sexual en una publicación deportiva, admitió abiertamente su homosexualidad. «Ser gay y negro me ha hecho más fuerte», dijo entonces. No obstante, viendo destrozada su carrera, se convirtió en un jugador de béisbol entristecido y desolado que cayó en las drogas y terminó viviendo en la calle durante un tiempo. En 1995, poco antes de fallecer de sida, Burke publicó su propio libro, un testimonio aceradamente sincero titulado Out at Home.

Más reciente es el caso de Billy Bean, ex outfielder de los Detroit Tigers, Los Angeles Dodgers y los San Diego Padres. En su libro Going the Other Way («Contra corriente»), Bean reveló cómo decidió dejar el béisbol y salir del armario porque había conocido a un hombre cuyo amor bien valía la renuncia a su carrera en el béisbol. El libro obtuvo entusiastas críticas por todo el país… y una cita por parte de Jim Bouton que rezaba así:

> El libro de Billy Bean es cándido, generoso y valiente. Añade una nueva dimensión al mundo de la literatura del deporte. Un gran logro, Billy.

Mientras tanto, Bouton recibe frecuentes preguntas sobre la cuestión G. Tiene su propio sitio web, donde mantiene un vivo diálogo con los aficionados en el marco de una página en la que incluye «La pregunta de la semana». Stephen Tropiano de Los Ángeles preguntaba: «Estoy escribiendo un libro sobre la televisión de la década de los setenta y pienso incluir Ball Four, la serie de televisión (recuerdo haber visto todos los capítulos). Lo que quiero saber es: ¿era supuestamente gay el personaje de Bill Westlake, el rookie[5]? ¿O quizá iba a salir del armario en un capítulo posterior?».

La contundente respuesta de Bouton fue: «¿Dónde estabas cuando buscábamos guionistas?».

Patrick Brassell de Chula Vista, California, quería saber: «¿Qué opina sobre la posibilidad de que un hombre gay juegue en la categoría superior de la liga de béisbol?».

Bouton respondió: «Llegará el día en que eso ocurra, aunque no tan pronto como debería. A diferencia de lo que ocurre con la integración racial, la homosexualidad es una cuestión social en la que el béisbol va muy por detrás del resto de la sociedad. El primer jugador de béisbol abiertamente gay deberá demostrar mucho talento dentro del

campo y llevarlo con tanta dureza como el propio Jackie Robinson. Probablemente se trate de una estrella ya afianzada que decida salir del armario al término de su carrera».

En la entrevista que mantuvo conmigo, Bouton añadió: «O quizá sea un joven jugador dotado de un talento excepcional. Y cuando hablo de talento, me refiero al mismo tipo de talento que tenía Jackie Robinson… bateando 91 metros o sumando 400 home runs en una sola temporada. Sólo así deberían tenerle jugando sin descanso y no caer en la tentación de sentarle en el banquillo. Los jugadores negros que lograron el milagro para los negros en el béisbol tenían esa clase de talento. Lo mismo ocurrirá con ese jugador gay».

PNW: Recientemente se le ha oído hacer algunas declaraciones en las que manifestaba su empatía con ciertas cuestiones relativas a los gays… como en su nuevo libro, Foul Ball («Bola sucia»), donde cuenta cómo rechazó una invitación a dar una conferencia a los Boy Scouts debido a su política antigay. ¿Ha experimentado alguna reacción negativa como resultado de esas declaraciones?

JB: No. Quizá se deba a que hay mucha gente consciente de que ya es hora de que eso ocurra. O al menos eso espero. Recuerdo que, estando en Salt Lake City para una firma de ejemplares y una entrevista, me encontraba en un estudio con el anfitrión de un magacín a la espera de grabar la entrevista cuando me sentí totalmente abrumado al oír lo que se decía en el estudio contiguo por boca de alguien que odiaba la idea de los derechos de los gays. Le dije al anfitrión: «¿Qué le importará a esta gente? ¿Es que no tienen nada más que hacer con sus vidas?». Toda época tiene sus idiotas… lo que ocurre es que no sabemos quiénes son hasta mucho después. Estos homófobos no tienen la capacidad de protegerse de lo que el futuro les devolverá de sí mismos, no disponen de la menor perspectiva sobre sí mismos y tampoco se dan cuenta de que no son más que unos pobres idiotas.

Así que ahora la pregunta del millón es: ¿saldrá alguna vez del armario un jugador gay mientras esté todavía en activo? No hace mucho, la ESPN preguntó a Bouton: «¿Cree usted que los jugadores de béisbol están “preparados” para aceptar a los jugadores gays?».

La respuesta de Bouton: «Creo que sí lo están, tanto como lo estuvieron para Jackie Robinson. Creo que serán bastantes los jugadores que aceptarán al jugador gay de buenas a primeras, y los que no lo hagan serán los que tendrán que terminar por ceder. Es imposible pretender que la totalidad

de jugadores acepten a un jugador gay... Creo que sería muy saludable para el país que un buen jugador decidiera salir del armario».

EL TURNO DEL ESCÁNDALO

Actualmente, muchos aficionados al béisbol no ven con buenos ojos el halo de escándalo que sigue envolviendo a su deporte, y del que éste parece no saber desprenderse. Las opiniones de Bouton siguen alineándose en esta parte del campo que cubrió por primera vez en 1970: es decir, el abuso de sustancias por parte de los jugadores. Cuando un aficionado le preguntó: «¿No cree usted que la permisividad mostrada con el consumo de drogas blandas creó un clima que posibilitó la aparición de los esteroides?». Bouton respondió: «Sí. Y Bowie Kuhn, el comisario de béisbol, debería haber exigido la puesta en vigor de una estricta política contra ellos en vez de negar su existencia llamándome mentiroso cuando escribí sobre ello en Ball Four. La historia habría sido mucho más benigna con Bowie.

En una entrevista concedida al San José Mercury News, Bouton hizo alusión al escándalo que causó la implicación de Pete Rose con el juego al decir: «Los esteroides han afectado ilegal e injustamente el resultado de muchos más partidos de béisbol que el juego. Es una crisis de conciencia». Bouton apunta que el uso de esteroides provoca que en la actualidad muchos aficionados desconfíen de las marcas establecidas por los atletas.

PNW: Actualmente un gran nubarrón se cierne sobre el deporte. ¿Cree usted que en algún momento se producirá un gran cambio en positivo?

JB: No me parece que el deporte vaya a liderar nada en ese aspecto. Los jugadores no son muy conscientes de lo que ocurre. Lo único que les preocupa es ganar el próximo partido. Soy de la opinión de que el cambio debería fraguarse en el seno de la cultura más amplia. Y todavía no hemos caído lo bastante bajo como para que ese cambio se produzca. En este momento, el país cuenta con una población sólo marginalmente informada debido a nuestro degradado sistema educativo y a la concentración corporativa de los medios. Hemos llegado, pues, a un punto en el que somos incapaces de tener una sociedad honrada, civilizada y considerada. Actualmente, nos enfrentamos a una seria

carencia de democracia. Me temo que tendremos que caer aún más bajo antes de que se produzca el cambio.

EL LIBRO MÁS RECIENTE

En estos últimos años, Bouton y un grupo de aficionados han intentado salvar el histórico y viejo Wahconah Park de Pittsfield, en Massachusetts, donde se juega al béisbol desde 1892. Planeaban hacerlo atrayendo a la iniciativa privada y cediéndoselo a un equipo de una de las categorías menores. A pesar de que el 94% de los votantes de la ciudad apoyaban el plan de Bouton, los padres de la ciudad, mostrando una absoluta falta de respeto por la democracia, se pusieron del lado de unos cuantos personajes influyentes que deseaban demoler las instalaciones para construir un nuevo estadio con el dinero del contribuyente.

Foul Ball, el último libro de Bouton, junto con su Part II («Segunda parte»), aparecida en la edición de bolsillo actualizada, relata la historia de esa batalla librada por salvar al Wahconah. Foul Ball es otra mirada sin adornos al béisbol, en esta ocasión desde el ángulo de la corrupción y del dinero a gran escala, que son los que manejan ahora los designios de los deportes profesionales. Cuando Bouton se negó a recortar algunas afirmaciones sobre cierta corporación incluidas en el libro, su editor se resistió a publicarlo... de modo que Bouton decidió recuperar el manuscrito y publicarlo él mismo.

En la actualidad, su primer libro, Ball Four, se ha erigido no sólo en «el Libro» sobre el béisbol, y por tanto en referencia obligada, sino también en un importante hito de la conciencia del deporte sobre la orientación sexual. Su autor sigue marcando aún hoy una clara diferencia en su amado deporte. Dice así: «Soy un tipo anticuado. Creo en el trabajo duro y en el juego limpio, y en dejar que gane el mejor. Eso es precisamente lo que siempre me ha gustado del deporte. Uno no juega en un equipo porque conozca a alguien... el puesto hay que ganárselo en el campo».

Quién sabe... quizá el próximo jugador que decida hacer pública su orientación sexual (su homosexualidad) sea tan buen profesional que ayude con su gesto a recuperar alguna credibilidad, quizá incluso un poco de la adoración que sólo se manifiesta por los héroes, en ese campo tan mermado.

JOHN DAMIEN CABALGA POR ÚLTIMA VEZ

Actualmente, el/la atleta GLBT se ha convertido en un rutilante símbolo sexual para muchos/as de nosotros/as. Damos una gran importancia a los grandes nombres del deporte, a las medallas olímpicas, etc. Asumo mi parte de culpa en eso por haber escrito una novela sobre un corredor olímpico que ha resultado ser un gran éxito de ventas. Aun así, el primer furor internacional deportivo relacionado con los derechos de los gays estalló en 1975 con un árbitro canadiense de 40 años que era todo excepto mundialmente famoso y deslumbrante.

Puede que las carreras de caballos sean el «deporte de reyes», pero John Damien, natural de Ontario, no fue precisamente un hombre de noble cuna. Con un apasionado amor por los caballos, empezó desde abajo siendo apenas un adolescente, pasando de mozo de establos a ejercitador, y de ahí a aprendiz de yóquey. Finalmente, en 1950 se graduó como yóquey para las grandes cuadras de los Estados Unidos y del Canadá. El circuito en el que competía comprendía la costa este de Canadá y el noreste de los EE.UU. Competente jinete, montó a caballos ganadores durante varios años. Luego empezó a tener problemas para mantener el peso requerido (entre 50 y 52 kilogramos). Desolado, aunque negándose en redondo a renunciar al deporte que tanto amaba, decidió convertirse en entrenador de un gran establo y pasar por fin a ocupar el cargo de oficial en el Ontario Jockey Club, que administra directamente las carreras de caballos.

Por fin, en 1973, después de haberse granjeado una reputación por su integridad y gran conocimiento del deporte, Damien escaló al nivel siguiente y fue nombrado un cargo importante: árbitro de la Comisión de Carreras de Caballos de Ontario.

El deber de un árbitro es hacer cumplir las normas de la competición, en este caso las carreras de caballos, e investigar los problemas y las posibles quejas, tanto en las pistas como fuera de ellas (la colisión entre dos caballos, el uso indebido de la fusta, el posible dopaje, etc.). Un árbitro neoyorquino describía así las funciones de su cargo:

> Sin duda, el puesto más delicado en el mundo de las carreras de caballos es el de árbitro. Requiere atributos que un individuo no suele tener. Además de la integridad y del profundo conocimiento del deporte, que es fundamental, un cierto conocimiento de la ley, la capacidad de manejar determinadas situaciones y una comprensión de la psicología son ciertamente necesarios.

En otras palabras, Damien se había convertido en una de las personas clave que mantenían la imagen de clase y de limpieza de las carreras de caballos. Y además se ganaba estupendamente la vida.

Desde la edad de 13 años, Damien sabía que era gay, y más adelante diría que su homosexualidad era «de todos conocida en las pistas desde hacía años». ¿Cómo podía un hombre gay mostrarse tan «cuasi abierto» sobre su orientación sexual en los años cincuenta y sesenta y aun así ganarse la vida en el deporte?

Para encontrar las respuestas a esta pregunta, quizá deberíamos fijar nuestra atención en la excitante mezcla que dio nacimiento al deporte equino occidental. Los caballos son animales cuya cría y manutención es sin duda costosa. Fueron las grandes fortunas familiares las que hicieron de las famosas carreras de caballos lo que llegaron a ser (y siguen siendo). La nobleza y la realeza, incluidos los reyes británicos, toleraban al ocasional descendiente gay siempre que fuera discreto. En el mundo del deporte, se consideraba aceptable que los miembros de sangre azul traspasaran las rígidas barreras que preservaban otras áreas de sus vidas y así codearse abiertamente con lo que vulgarmente se conocía como el demimonde (el sombrío universo de la clase obrera formado por los corredores de apuestas, chivatos, jugadores, cortesanas, periodistas y otros tipos que resultaban vitales para la emoción de la «vida deportiva», sobre todo para los hombres acaudalados). Los yoqueis y los entrenadores solían ser de origen humilde, aunque indispensables para llevar los colores del dueño de una cuadra al círculo de vencedores. Los oficiales como Damien formaban una clase de élite de «funcionarios» de las carreras, encargados de mantener el deporte en orden y libre de escándalos... y el orden era muy valorado por la clase alta. Por último, estaba el ejército de mozos y otros trabajadores de las cuadras que formaban el estrato inferior de la dorada pirámide. En esos días, a los gays se les consideraba parte del demimonde: en él podían incluso ser visibles.

Pues bien, alrededor del provechoso deporte del caballo se desarrolló cierto nivel de tolerancia que se ha mantenido hasta el día de hoy. Heather Chamberlain, lesbiana canadiense que fue en su día dueña de caballos de carreras y que conoció a John Damien, me dijo: «Cuando estaba en el mundo de los caballos, recuerdo haber coincidido con un montón de gente gay en las pistas. Pero teníamos que ser discretos». Mis propios años en el mundo de los caballos me ofrecieron la confirmación a las observaciones de Heather.

En 1975, mientras Damien se disponía a conceder las licencias para la nueva temporada de carreras, se requirió repentinamente su presencia en el Ministerio de Consumo y de Relaciones Comerciales de Ontario. Esta es la administración gubernamental que se encarga de supervisar las carreras de caballos de la provincia. Damien se encontró cara a cara con dos ministros y recibió perplejo la noticia de que la Ontario Racing Comission y el Jockey Club se negaban a renovarle en el cargo de árbitro. Fue sin duda un golpe totalmente inesperado, aunque instintivamente Damien supo por qué.

—¿Es porque soy homosexual? —preguntó.

—Sí —fue la respuesta.

A continuación procedieron a aleccionarle arrogantemente sobre lo vulnerable que resultaba al chantaje un hombre de su condición... no podían permitirse tener a un árbitro mangoneado en aras del chantaje. Le ofrecieron una compensación por su despido de 1.700 dólares y una carta de recomendación para que consiguiera un puesto en cualquier otro sitio, siempre que aceptara renunciar discretamente a su empleo.

Como el yóquey que todavía era, Damien sabía reaccionar rápido y cambiar de estrategia en momentos de extrema urgencia, haciendo pasar a su caballo por una estrecha abertura en la barandilla de la pista. Y en ese momento, eso fue precisamente lo que hizo. Se negó a renunciar a su puesto y aseguró a los dos burócratas que presentaría una dura batalla por conservar su empleo.

«No fueron conscientes de que no se puede comprar a todo el mundo —diría Damien más adelante—. Toda persona tiene el derecho al trabajo. Cuando se les quita su medio de vida, hay personas que deciden luchar. Y eso es lo que voy a hacer yo, hasta el final. Quiero que se enfrenten a la realidad, que

me acepten como soy… y a cualquier otra persona que haga este trabajo.»

¿Por qué, dado el ambiente tolerante que reinaba en las pistas, se había convertido repentinamente en un blanco a batir?

Durante varios años, el mundo de las carreras de caballos canadiense se había visto sacudido por ciertos indecorosos escándalos relacionados con el crimen organizado y con las misteriosas muertes de un yóquey y un dueño de cuadras. Quizá, como sugiere un antiguo amigo de Damien, hubiera puesto nervioso a alguien poderoso, que a su vez había utilizado el ambiente crispado reinante para vengarse de él. O quizá la Comission, en una exagerada reacción ante las cuestiones sobre los derechos de los gays aireadas por la prensa tras el episodio de Stonewall, temía ser víctima de posibles riñas por parte de los conservadores canadienses si seguían manteniendo a un hombre declaradamente gay en un puesto clave.

En cualquier caso, y según el The Body Politic, un médico conocedor de la orientación sexual de Damien había violado su secreto profesional al mencionar ante las autoridades que regían las carreras de caballos de Ontario que su árbitro era gay.

Cuando Damien salió del Ministerio ese día, no tenía la menor idea de cómo iba a plantar batalla exactamente. No estaba relacionado con el mundo del activismo gay ni con el de los derechos civiles y acababa de quedarse en el paro. En casa de un amigo, hojeó una revista gay y vio que en ella se mencionaba a la GATE (la nueva Alianza Gay por la Igualdad que justamente estaba empezando a formarse en territorio canadiense). Una simple llamada telefónica a la GATE y el resto es historia.

El yóquey/entrenador/árbitro se convirtió en una causa célebre. Se puso una denuncia por la cantidad de un millón de dólares contra la Ontario Racing Comission y contra varios oficiales gubernamentales y del Jockey Club. Se constituyó la John Damien Defence Fund («Fundación para la Defensa de John Damien») a fin de cubrir las costas legales. Se organizaron actos benéficos, bailes y recogidas de fondos por todo el país.

En el curso de una entrevista concedida a la revista gay canadiense Esprit, Damien dijo: «Ha sido todo muy gratificante, a pesar de haber resultado también un poco desconcertante. Durante todos estos años he salido adelante,

simplemente siendo yo mismo. Me considero homosexual desde que tenía 13 años y nunca me ha parecido que fuera ni bueno ni malo. Algunos de mis amigos son gays, pero la mayoría no lo son. En cualquier caso, la cuestión de mi sexualidad en rara ocasión ha salido del entorno de mis relaciones más íntimas. Y creo que esas relaciones son cosa mía, ¿no? La mayoría de la gente que conozco habla de caballos y de poco más. Eso es lo que he hecho yo… hasta ahora».

Sin embargo, todo el apoyo recibido no sirvió de mucha ayuda a las finanzas personales de Damien. Tuvo que renunciar al ático que tenía en Toronto. Vendió la mayor parte de sus posesiones y se mudó a un pequeño apartamento de soltero. Mientras el caso se debatía en los tribunales, Damien intentó encontrar trabajo como entrenador, pero ninguna cuadra quiso contratarle. Al parecer, nadie deseaba provocar la ira del Jockey Club ni de la Racing Comission. En la desesperada carrera en la que ahora se encontraba inmerso, Damien tenía delante, figurativamente hablando, un muro. ¿Cómo iba a poder atravesarlo?

En 1976, cuando visité Toronto durante la promoción de mi libro, Heather Chamberlain y su amiga Mary Axten, editora de Esprit y también dueña de caballos de carreras, me presentaron a Damien. En aquel momento, mi novela El corredor de fondo estaba apareciendo por entregas en Esprit junto con boletines de noticias sobre el caso de John Damien.

Tuve varias conversaciones fascinantes con Damien durante la cena. Me recordó a varias de las personas del mundo de los caballos que yo había conocido durante mi vida. Era un hombre muy contenido (hay que ser muy cuidadoso con tus movimientos cuando te mueves entre caballos) y dotado de una discreta valentía (los caballos son también animales valientes y nos dan una gran lección de coraje cuando lo dan todo por colarse en primer lugar al llegar a la meta). Damien seguía arruinado, aunque se mostraba esperanzado y llevaba su situación con gran dignidad.

El caso se convirtió en un hito de referencia para los derechos laborales de los gays en Norteamérica. Aunque se alargó durante varios años. Damien intentó conseguir que la Comisión de los Derechos Humanos de Ontario fallara que en su política de prohibición de la discriminación por cuestión de «sexo» podía interpretarse la inclusión de la orientación

sexual. Sin embargo, la Comisión declaró que el «sexo» se refería únicamente al género. Según rezan los Archivos Gays y Lésbicos Canadienses:

> Las maniobras legales llevadas a término por parte de los oficiales de la comisión reguladora de las carreras de caballos... lograron posponer el juicio civil durante siete años. The Body Politic publicó numerosos artículos «aniversario» sobre el caso de Damien en sus ejemplares de febrero, el último completo en 1985... La demanda por despido improcedente contra cuatro oficiales se resolvió fuera de los tribunales... con un acuerdo de 50.000 dólares, aunque el acuerdo... le impedía recibir el dinero o revelar la historia hasta que existiera una resolución final en un juicio civil... un juicio que nunca llegó a celebrarse.

En otras palabras, Damien nunca recuperó su empleo.

Mientras tanto, según Heather Chamberlain, Damien fue desapareciendo lentamente de la vida gay de Toronto. El motivo: padecía un cáncer de páncreas. En 1986, a la edad de 53 años, John Damien falleció finalmente. Sin embargo, murió sabiendo que había ganado una significativa victoria legal para muchos otros. Esto es lo que decían los Archivos:

> Su muerte aconteció tan sólo veintidós días después de las enmiendas sufridas por el Código de Derechos Humanos de Ontario, enmiendas que, de haber estado vigentes en febrero de 1975, le habrían ahorrado su larga batalla legal... y le habrían permitido conservar su trabajo.

A mi entender, la historia de John Damien es un ejemplo inspirador y a la vez profundamente desolador de por qué nosotros/as, los gays, las lesbianas, los/as bisexuales y los/as transexuales no deberíamos olvidar jamás de dónde venimos y quiénes han sido nuestros pioneros.

DIANA NYAD

Diva de la natación de larga distancia

El 13 de agosto de 1978, una norteamericana llamada Diana Nyad se adentró en las aguas del Caribe en una playa cerca de La Habana, Cuba. A su alrededor, las cámaras de la prensa hacían estallar sus flashes. Su expresión era taciturna y sus ojos revelaban una personalidad caracterizada por una voluntad de hierro. No estaba a punto de darse una mera zambullida turística. Aquel era el comienzo de su intento de establecer un récord mundial de nado de larga distancia: 195 kilómetros desde Cuba a los cayos de Florida atravesando la poderosa corriente del Golfo. Repasó la capa de grasa especial que le cubría el cuerpo. Eso, y su gorro de natación, eran la única protección de que disponía: las normas de su deporte no permitían ni el traje de neopreno ni el uso de aletas.

Cuando se colocó las gafas submarinas, Nyad era consciente de una sola cosa: lograra o no lo que pretendía, su nombre aparecería en los titulares de los periódicos. Incluso aunque sólo llegara a la mitad del recorrido, habría conseguido un logro monstruoso. Hasta entonces, la mayor distancia recorrida a nado en mar abierto había sido de 90 kilómetros.

La disciplina de la maratón de nado en aguas abiertas es uno de los deportes más peligrosos y estimulantes, y Nyad la estaba llevando a nuevos límites. Había estado entrenándose e investigando durante un año, estudiando mapas, equipos y datos oceanográficos. Le había llevado meses lograr el permiso del gobierno cubano para partir de La Habana (las condiciones oceánicas imposibilitan nadar en los estrechos de Florida en dirección contraria). Ahora, asistida por el barco de su equipo y por varias embarcaciones llenas de miembros de la prensa, Nyad dio sus primeras brazadas en el interior de la nueva jaula antitiburones motorizada que ella misma había diseñado. Partió así rumbo a lo desconocido.

A menudo, la feroz batalla interna que libra un/a atleta sobre la orientación sexual puede conducir al deportista en cuestión a librar una batalla igualmente feroz contra los desafíos y las barreras externas existentes en el deporte y en la propia sociedad. Los pilotos hablan de «pisar a fondo», una

expresión con la que hacen explícita referencia a poner a un avión al límite de sus capacidades técnicas. En el ámbito del deporte, la «nave» suele ser el cuerpo humano. Nadie pisa tan a fondo como el dotado atleta que sigue dentro del armario o que se debate por salir de él. Y en ninguna parte vemos tan claro este fenómeno como en los deportes llamados por algunos «extremos», en los que los humanos ponen a prueba su propio valor, habilidad, entrenamiento y talento de un modo que para la mayoría está fuera de todo alcance.

La historia de Diana Nyad es un clásico de orientación sexual en un deporte extremo.

CAMBIO DE PLANES

Nacida en 1949, Nyad se crió en Fort Lauderdale, Florida, y nadaba ya a la edad de un año. La natación se convirtió en su pasión... como también el proyecto de convertirse en la más grande nadadora de la historia. Su madre apoyaba su objetivo al 100%.

Cuando cumplió los 11 años y entró por primera vez en el equipo de natación de su escuela, Diana mostró una fuerza de voluntad y una dedicación al trabajo duro que resultaban extraordinarias en una niña. Cuando llegó al instituto, trabajó tan duro que ganó tres campeonatos del Estado de Florida en 100 metros espalda. Contaba con todas las ventajas genéticas necesarias para ello: un cuerpo delgado, caderas estrechas y unos hombros anchos y fuertes. Y de algún modo sabía ya que era sexualmente distinta: «una pequeña tortillera triunfadora y cohibida», como la describiría más adelante Jim Provenzano, el superventas especialista en deporte gay.

El siguiente objetivo: llegar al equipo olímpico de 1968. Con su impresionante aspecto de chicarrón (nariz respingona y pelo cortado a lo duende, pómulos marcados y mirada franca), Diana podría perfectamente haberse convertido en una de las típicas atletas norteamericanas de póster con un par de medallas de natación al cuello, la clase de chica que los norteamericanos idolatran en cada olimpiada. Sin embargo, los dioses y las diosas tenían otros planes para ella. Inesperadamente se le diagnosticó una endocarditis (infección vírica de corazón), y tuvo que guardar cama durante tres meses. Cuando por fin se recuperó, ya no tenía la velocidad requerida para competir en las piscinas.

Diana buscó otra forma de conseguir su meta y por fin logró acceder en Canadá a la maratón de nado profesional, y fue allí donde entró en contacto con el entrenador Buck Dawson.

QUINIENTOS PAVOS

Se considera que la maratón de nado empieza en los 5 kilómetros. Bajo la tutela de Dawson, Nyad se encontró enseguida en su salsa. Las nadadoras veteranas, mayores que ella, enseguida se fijaron en la recién llegada, y quizá la encontraran chula, excesivamente segura de sí misma e incluso un poco arrogante sobre sus habilidades. Sin embargo, muy pronto Diana empezó a vencerlas. En su primera carrera, a la edad de 21 años, estableció en 1970 el récord del mundo femenino en la distancia de los 15 kilómetros en el lago Ontario.

Con vistas a ganarse la vida como nadadora de maratón profesional, emprendió la aventura en el circuito mundial del deporte: una serie de carreras en varios países que tenían lugar durante la mayor parte del año y que registraban una escasa inscripción de unas cuantas docenas de participantes por certamen. La mayoría de esas carreras no excedían los 30 kilómetros. Mientras estudiaba literatura en la universidad, Diana combinaba un entrenamiento intensivo y las competiciones como podía. En 1974, durante la carrera de la Bahía de Nápoles, estableció un nuevo récord femenino y ese año se convirtió en la campeona mundial de su deporte.

No obstante, en la década de los años setenta costaba demasiado ganarse la vida así. Los viajes y los entrenamientos resultaban costosos. A diferencia del circuito de tenis y de golf, en los que las profesionales de primer orden eran celebridades y ganaban buenas sumas, las ganadoras de las maratones de natación estaban muy mal pagadas y a menudo se veían estafadas por los patrocinadores. Nyad dijo en una ocasión: «Cuando me pagaron quinientos dólares por cruzar el lago St. Jean un día en que soplaba un viento de mil demonios, lo que se me pasaba por la cabeza fue más bien: “¿Quinientos cochinos pavos por este infierno?”».

Así, pues, Diana se unió al puñado de nadadores/as dedicados a distancias más vastas y más solitarias en busca de impresionantes récords mundiales. Para ganar dinero tenía

que convertirse en una celebridad, de modo que, como era habitual en ella, trazó un cuidadoso plan. Primer paso: contratar a un gestor empresarial. Segundo paso: decidir la clase de empresa maratoniana que mejor pudiera publicitar el gestor en cuestión. Tercer paso: entrenarse como una loca. Cuarto paso: tener éxito.

Diana y su gestor llegaron a la conclusión de que el mejor modo de atraer la atención de los medios era lograr una gran gesta precisamente en el terreno donde se congrega la mayor cantidad de medios de los Estados Unidos: nadar los 42 kilómetros que recorren el perímetro de la isla de Manhattan. Nadie lo había hecho nunca. Diana planeó su estrategia de nado al detalle, analizando cuidadosamente el movimiento de las fuertes mareas de las vías navegables que rodean la isla. En septiembre de 1975, fracasó en su primer intento.

Insistió, sin embargo, un par de semanas más tarde. Mientras una gran multitud la animaba, Diana se sumergió en el agua en Hell Gate, aprovechando la marea baja, con el cuerpo cubierto de lanolina. Acompañada de su equipo, que viajaba en un barco pesquero de langostas, se adentró en el río Harlem. A las 5 horas y 25 minutos pasaba entre la sombra de las torres del World Trade Centre, y después bajo el puente de Brooklyn. El tráfico se detuvo en el East River Drive al tiempo que los curiosos veían a la solitaria chica avanzar brazada a brazada a lo largo del East River. A las 7 horas y 57 minutos, mientras otra multitud aplaudía enfervorecida, Diana volvió a tocar tierra de nuevo en Hell Gate.

Después de eso cayó enferma, víctima de una misteriosa infección vírica (el efecto resultante de haber estado expuesta durante largo tiempo al agua de río contaminada). Daba igual. De la noche a la mañana, la nadadora de nariz respingona y sonrisa chulesca estaba en boca de todo Manhattan y era sin lugar a dudas la protagonista indiscutible de los titulares de los periódicos del mundo entero.

LAS VACAS SAGRADAS DE LA HISTORIA

Los deportes extremos llevan largo tiempo presentes en la civilización, sobre todo el concepto de maratón, ya sea como carrera de a pie o a nado. En la Antigüedad, la «maratón» era un acontecimiento específico: una carrera de 42 kilómetros

protagonizada por un mensajero enviado a Atenas con la noticia de una victoria del ejército griego en las cercanas llanuras de Maratón. Estuvo también el legendario recorrido a nado protagonizado por un griego de nombre Leandro, que atravesó un estrecho de 60 kilómetros llamado el Helesponto. En la otra punta del globo, la gente contaba con sus propias tradiciones de competiciones de resistencia: las carreras de largo recorrido a campo abierto de los indios Tarahumara de México o las gestas a nado en aguas abiertas de los nativos hawaianos.

Durante el siglo xix, la idea de recorrer una larga distancia a nado empezó a tomar forma en los libros de récords. Empezó a extenderse la impresión de que había que cruzar a nado una gran masa de agua simplemente porque dicha masa (como el Everest en el caso de los escaladores) estaba «ahí». Los británicos no pudieron resistirse al desafío que suponía intentar nadar los 46 kilómetros del Canal de la Mancha: el capitán Matthew Webb fue el primero en hacerlo en 1875. La primera mujer que conquistó el Canal lo hizo en 1926. Fue una norteamericana llamada Gertrude Ederle. Muy pronto fueron tantos los que empezaron a cruzar las aguas entre Inglaterra y Francia que se creó la Channel Crossing Association Ltd. a fin de establecer las normas de seguridad y los protocolos pertinentes. Mientras tanto, al otro lado del charco, canadienses y norteamericanos se empeñaron en ponerse a prueba cruzando a nado los Grandes Lagos, el estrecho de Juan de Fuca. Los australianos nadaban hasta su Gran Barrera de Coral. Los egipcios convirtieron los recorridos a nado a lo largo de su querido Nilo en un deporte nacional.

En resumen, una cantidad de humanos cada vez mayor estaban prestos a correr el riesgo de enfrentarse a agotamiento, falta de sueño, alucinaciones, hipotermia, náuseas debido a la ingesta de agua salada, infecciones víricas provocadas por el agua contaminada, la lucha contra olas de tres metros de altura, la agonía de los calambres y de las picaduras de medusa y las mutilaciones por ataque de tiburón —incluso perecer ahogados en el agua— a fin de nadar más rápido y más lejos que nadie.

En 1896, cuando un pequeño grupo de aristócratas europeos fundaron los juegos olímpicos de la era moderna, excluyeron ciertos deportes considerados poco caballerescos y/o demasiado peligrosos. La maratón en carrera fue la disciplina que marcó el corte: al fin y al cabo, era una vaca

sagrada de la historia antigua. De vez en cuando un corredor se derrumbaba durante la carrera y la maratón se volvió brevemente controvertida incluso para los hombres. El entrenamiento con base científica, tan necesario para un esfuerzo de largo recorrido, estaba todavía demasiado alejado en el futuro.

Sin embargo, las maratones a nado jamás se incluyeron en el programa olímpico, de modo que el deporte tuvo que abrirse su propio hueco en el ámbito deportivo profesional. Por todo el mundo, los promotores ofrecían premios en metálico a los ganadores de sus carreras a nado. Los solistas siguieron su propio camino: cruzando el mortífero mar de Irlanda, rodeando el tormentoso cabo de Hornos, adentrándose en el helado Atlántico, acompañados de barcos en los que viajaban sus entrenadores y los equipos de apoyo. Algunos visionarios llegaron incluso a afirmar que podían cruzar el Atlántico (naturalmente, con el apoyo adecuado y deteniéndose a dar alguna cabezadita en el barco del equipo de apoyo, puesto que ningún ser humano puede mantenerse despierto durante tanto tiempo).

De hecho, la primera mujer que intentó cruzar a nado el Atlántico se ahogó durante su primera noche en alta mar, junto a la costa de Long Island.

Para el común de los mortales, la maratón a nado no era un auténtico deporte. Era una hazaña de riesgo, como puede serlo cruzar las cataratas del Niágara sobre una cuerda. La maratón en carrera producía la misma impresión: los atletas que se dedicaban a ello eran considerados «pirados» por muchos norteamericanos. Sin embargo, cuando por fin llegó la televisión, ocurrió algo asombroso. Las grandes maratones en carrera —la de Boston, la de Nueva York, la maratón olímpica— fueron poco a poco abriéndose camino aunque a paso magnífico hasta la pequeña pantalla, donde por fin se convirtieron en eventos deportivos retransmitidos completamente en directo durante horas. Los inteligentes productores y realizadores habían dado con diversas formas de dar seguimiento a los dramas humanos que iban desarrollándose a lo largo de la carrera. Ninguno de los espectadores que vio la maratón femenina de los juegos olímpicos del 2004 olvidará jamás los altibajos de esa carrera: la victoria de la diminuta japonesa Mizuki Noguchi, que se puso a la cabeza desde el principio de la carrera, y la agonizante derrota de la británica Paula Radcliffe, que se derrumbó a los 33 kilómetros con una herida en la pierna y

que sollozaba de puro agotamiento.

Pero los dramas humanos de la maratón a nado ocurren en un inestable entorno natural que es más hostil a las cámaras y a los bytes de sonido. Como ya admitiera la propia Nyad, «la maratón a nado es el deporte más aburrido del mundo. Nadie quiere ver a un nadador avanzando a 60 brazadas por minuto, 600 veces por hora, durante 10, 20, 30, 40, 50 horas». Como mucho, miles de curiosos espectadores esperarán en la orilla para ver al sucio y mojado vencedor salir arrastrándose hasta la playa.

Después de que Diana diera la vuelta a nado a la isla de Manhattan, no ganó tanto dinero como esperaba. Aun así, logró un beneficio adicional para su celebridad: el contrato para escribir un Libro. Aprovechando los largos años que había dedicado al estudio de la buena literatura, Diana descubrió que también podía escribir bien. Publicado por Random House en 1978, Other Shores («Otras orillas») se convirtió en un clásico de la literatura autobiográfica deportiva. Muy pocas obras de atletas de primer orden se han mostrado tan honradas o profundizan de igual manera en la lucha física, emocional y mental que supone enfrentarse al desafío del deporte.

Sin embargo, la palabra «lesbiana» no aparecía en el libro. Desde su adolescencia, Nyad había batallado contra su orientación sexual en secreto. Tras la proeza que protagonizó en Manhattan tuvo oportunidad de conocer a otras lesbianas, entre ellas a Martina Navratilova y Billie Jean King, aunque esas mujeres tampoco habían salido todavía del armario. Por el momento, Nyad se mantuvo en la sombra, cultivando una imagen pública que ella misma describía como «un poco masculina». Hablaba de la natación como si hablara del gran amor de su vida. Más adelante diría: «El deporte me hacía sentir fuerte e independiente y me proporcionaba una inquebrantable autoestima».

MUJERES «FRÁGILES»

En las primeras décadas del siglo xx, el viejo adagio «Fragilidad, tu nombre es mujer» era el tema que regía el deporte femenino. Para las féminas, las primeras olimpiadas ofrecían solamente tenis, golf, tiro con arco, patinaje artístico, vela, natación, salto de trampolín y esgrima. Durante los años

veinte, década de una breve emancipación femenina, las carreras de distancias cortas se abrieron también a las mujeres. Pero en 1928, después de que varias mujeres se derrumbaran en los 800 metros, hubo algunos oficiales que, aterrados, quisieron impedir la participación femenina en los juegos. Se llegó a un compromiso y la distancia límite para las mujeres quedó establecida en 200 metros.

Las actitudes sobre el entrenamiento femenino estaban basadas en anticuadas creencias sobre la fragilidad femenina. Como dice la ex entrenadora y atleta Pat Griffin en su Strong Women, Deep Closets («Mujeres fuertes, armarios hondos»), las autoridades estaban obsesionadas con lo que, según imaginaban, era un daño irreparable para el aparato reproductor femenino, provocado por el estrés deportivo. Tras el escándalo de 1928, pasarían otros 32 años hasta que a las mujeres olímpicas se les permitiera correr una distancia superior a la de los 200 metros. Incluso entonces, las maratones para mujeres estaban totalmente fuera de toda posibilidad.

La oscura sombra de los prejuicios antilésbicos también se cernía con todo su peso sobre el ámbito del deporte. Se intentaba desanimar a las mujeres, apartándolas de cualquier actividad que resultara «impropia de una dama» o «poco femenina». Los oficiales tenían la sensación de que sólo una lesbiana que disfrutara de su «indecorosa» fuerza desearía intentar los saltos en el patinaje artístico o el lanzamiento de martillo.

Sin embargo, en la década de los sesenta, mientras la sociedad occidental sufría una profunda agitación social, estas viejas actitudes se abrieron a los cambios. Junto con los alborotos en respuesta al sexismo, el racismo y el autoritarismo, el mundo atlético se vio crispado por nuevos deportes que de pronto aparecieron de la nada. Esto no fue más que una contundente reacción contra la tradición que acogotaba a la mayoría de los deportes. Algunas localidades prohibieron los nuevos deportes, calificándolos de «demasiado peligrosos». Aun así, ya no hubo forma de poner freno a la moda. Paracaidismo, escalada, espeleología, motocross, acrobacias con moto, surf sobre olas de doce metros y medio de altura, parapente, saltos con cuerda elástica, agresivo patinaje en línea... los jóvenes querían siempre ir más deprisa, subir más alto y enfrentarse a un riesgo mayor, buscando siempre formas nuevas y creativas. Algunos deportes extremos de creación reciente, como el

snowboard, lograron su inclusión en el programa olímpico después de que el COI y las productoras televisivas percibieran que el interés de los jóvenes por los Juegos se desvanecía por momentos.

No es sorprendente, pues, que los jóvenes rebeldes redescubrieran también viejos deportes extremos, como las carreras de larga distancia. Los estudiantes universitarios inundaron las carreras de carretera, con lo que la venerable maratón de Boston (celebrada por primera vez en 1897) pasó de registrar unos cientos de participantes en 1965 a decenas de miles en 1980. Los rebeldes también redescubrieron la maratón a nado. En 1974, los deseosos de pisar a fondo habían llegado incluso a combinar tres deportes altamente estresantes (a saber, el ciclismo, la natación y la carrera de larga distancia) en un nuevo deporte llamado triatlón. El Hombre de Hierro (más comúnmente conocido como «Ironman»), evento cumbre de este deporte, exige una prueba de natación de 4 kilómetros de distancia, una de ciclismo de 120 km y una carrera de 30.

A medida que el nuevo movimiento feminista tomaba cuerpo, las atletas por fin se revelaban tan resistentes como los hombres. Una nueva y sofisticada comprensión del entrenamiento, de la nutrición, de la medicina deportiva y de la bioquímica humana posibilitó que las mujeres se sometieran con absoluta seguridad a un esfuerzo máximo. En 1972, el Amateur Athletic Union («Sindicato de Atletas Aficionados») se vio obligado a permitir que las corredoras norteamericanas contaran con su propia división reguladora de las distancias, pudiendo así competir en distancias de hasta 42 kilómetros, como los hombres. En 1984, la vieja barrera también se había derrumbado en el frente internacional, y Joan Benoit ganó la primera maratón olímpica femenina.

Mientras tanto, en las carreras de distancias superiores a los 42 kilómetros que escapaban a la jurisdicción del AAU, los hombres competían directamente con las mujeres. Los científicos empezaron a aprender algo nuevo e interesante. Al parecer, el porcentaje adicional de grasa corporal de las mujeres les daba cierta ventaja atlética sobre los hombres. Durante la actividad aeróbica sostenida de una carrera de 150 kilómetros, el cuerpo de una mujer cuenta con un margen adicional de grasa que puede descomponerse directamente y utilizarse como fuente de energía en cuanto el glicógeno almacenado en el cuerpo se agota. Esto hace posible que

algunas mujeres consigan en la distancia de los 150 kilómetros lo que no pueden lograr en distancias más cortas, a saber, derrotar a corredores masculinos en enfrentamientos directos.

En las maratones a nado en aguas abiertas se estaba dando un fenómeno similar. Mujeres como Diana Nyad estaban logrando hazañas en distancias que rivalizaban con las conseguidas por cualquier hombre. La misma Diana afirmó: «Completé a nado la mayor distancia de la historia jamás nadada por un hombre o una mujer, poniendo así el punto y final a una cuestión de sexos».

Y no quedó ahí la cosa. Diana había descubierto por sí misma el factor de la grasa corporal. Se dio cuenta de que las nadadoras que recorrían grandes distancias a solas estaban (según sus propias palabras) «obesas», de modo que aprendió a añadir algunos kilos a su esbelto cuerpo, volviendo deliberadamente a enfrentarse al agua con un peso de 70 kilos, dándose una capa de grasa protectora como la de una foca del Ártico. De este modo podía perder sin riesgo alguno 15 kilos durante docenas de horas en agua fría. Su cuerpo podía quemar la grasa sobrante directamente como si se tratara de energía, y mientras tanto la capa de grasa la ayudaba a prevenir la hipotermia la mayor cantidad de tiempo posible.

Diana también descubrió las ventajas del entrenamiento combinado. En esa época era toda una novedad, desarrollada en la década de los sesenta por pioneros corredores de largas distancias que se dieron cuenta de que no podían mejorar lo suficiente si limitaban su entrenamiento a la carrera. Añadieron sesiones de entrenamiento en gimnasio y con bicicleta para ampliar su capacidad aeróbica y su fuerza. Los atletas empezaron, pues, a adaptar el entrenamiento combinado al baloncesto y al ciclismo. Navratilova acababa de adaptarlo al tenis y poco tardó en llevarla a lo más alto del deporte de la raqueta. Pues bien, mientras Diana se preparaba para su aventura cubana, no se limitó a nadar innumerables kilómetros. Corría 15 kilómetros diarios, trabajaba con máquinas de musculación Nautilus, jugaba al squash, saltaba a la comba y se entrenaba con una speedbag para obtener mayor velocidad de brazada.

Nyad manifestó a la prensa: «Ni el dolor temporal ni la incomodidad significan nada para mí mientras pueda ver que la experiencia me llevará a un nivel de rendimiento más alto. Estoy interesada en lo desconocido, y el único camino hacia

lo desconocido es romper barreras, un proceso a menudo doloroso».

CUBA O EL DESENCANTO

Recaudar los fondos para la travesía a nado desde Cuba resultó una labor mucho más dificultosa de lo que Diana había supuesto. La aventura terminó por costarle más de 175.000 dólares. Por fin, varias sociedades, en especial Colgate, donaron la mayor parte del capital.

Sin embargo, durante la travesía, el factor desconocido resultó ser un factor demasiado determinante para Diana. Tras 42 horas de dura lucha, Diana y su séquito seguían lejos de la costa de Florida. De hecho, había nadado casi 145 kilómetros, batiendo el anterior récord de 90 kilómetros en casi 55 kilómetros. Pero el clima empeoraba por minutos. Los vientos y las olas picadas de más de dos metros habían obligado a retroceder a la jaula antitiburones y al barco de su equipo, de modo que se encontraban todavía a tan sólo 90 kilómetros de Cuba. La Guardia de Costas merodeaba nerviosa en las inmediaciones, intentando convencerla para que cejara en su empeño. Diana ya había perdido todo el peso del que podía permitirse prescindir (14 kilos). Alucinaba y tenía los labios tan inflamados que apenas podía comer o beber. Los motores de la jaula antitiburones funcionaban mal.

Finalmente, era evidente que Diana tenía que renunciar a la empresa. Margie Carroll, su entrenadora, la sacó del agua.

No mucho tiempo después, la puerta política que daba acceso a Cuba se cerró y estalló una nueva oleada de hostilidades entre los gobiernos de Cuba y de los Estados Unidos. Un segundo intento no resultaba posible. Diana seguía económicamente endeudada tras la primera aventura. Sin embargo, se calmó, sacó sus mapas y planeó otra ruta. En 1979, por fin recorrió el equivalente a la distancia que habría recorrido en su aventura cubana (154 kilómetros), pero esta vez desde la isla británica de Bimini, en las Bahamas, hasta Florida. Este hito mundial (la mayor distancia recorrida a nado en aguas abiertas por un hombre o una mujer) se mantendría intacto durante los siguientes veinte años.

A sus 30 años, Diana se vio entonces obligada a volver la vista al mapa de su propia vida. ¿Qué mayores distancias eran todavía viables? ¿Cruzar a nado el Atlántico? ¿Aguantaría su

cuerpo semejante empresa? No había encontrado todavía el modo de conseguir las donaciones en metálico ni en patrocinio que en aquel momento llovían sobre los grandes nombres de otros deportes como, por ejemplo, el circuito tenístico. Ya había vuelto a la facultad para completar un doctorado en literatura y estaba interesada en la enseñanza, así como en la labor de entrenadora deportiva. Había llegado la hora de labrarse una carrera que pudiera mantenerla económicamente durante el resto de sus días.

Nyad decidió retirarse de la natación. También decidió salir del armario.

Su nueva visibilidad como lesbiana no supuso ningún impedimento para que en 1986 el Salón Nacional de la Fama del Deporte Femenino decidiera incluir a Nyad entre sus laureadas.

«PUDE CON TODO»

La decana de la natación de largas distancias ha demostrado ser igualmente resistente en tierra. Y la compensación económica por ello ha sido probablemente mejor de lo que fue en sus días en el agua.

En la actualidad, ha pasado de entrenar a un equipo de natación universitario femenino a ejercer de comentarista deportiva y para la cadena Fox News. En calidad de veterana viajera, fue invitada a dirigir un programa de radio público, La avezada viajera, hasta que el programa desapareció de parrilla en el 2004. Durante los últimos años, sus talleres de fitness femenino se han erigido en un gran foco de atracción para mujeres lesbianas y bisexuales en los Cruceros «Olivia Cruises». Valiéndose de sus dotes para la escritura, es autora de varios artículos periodísticos publicados en revistas de renombre nacional.

Por otro lado, Diana ha ido logrando ser objeto de cierta demanda como conferenciante, maestra de ceremonias y presentadora de televisión. La popularidad que le supuso el recorrido a nado alrededor de Manhattan por fin había dado sus frutos. Popular en su faceta de oradora y con una capacidad más que evidente para motivar a su público, a menudo le gustaba hablar de «el valor de fracasar», un leitmotiv inspirado en lo que aprendió de su fallida aventura cubana. En el 2003, me encontré con ella en la cena de

entrega de los premios del Arizona Human Rights Fund, en Phoenix, donde ejercía de maestra de ceremonias, y durante toda la noche fui testigo directo de su capacidad para provocar reacciones en una enorme sala llena de gente.

Nyad puede resultar tan divertida como para hacerse un sitio en Comedy Central[6]. Pero también puede ser tremendamente seria. En 1999, durante una ponencia sobre los gays en el deporte profesional celebrada por el New York Times, se pronunció en contra del acoso sexual al que se enfrentan muchos jóvenes atletas, y el público asistente terminó bañado en lágrimas cuando confesó haber sido violada por su entrenador en el instituto.

Hoy Diana Nyad ha franqueado ya la barrera de los 50 años y sigue tan fuerte como entonces: tan en forma como siempre, con esos elegantes trajes de pantalón con los que se deja ver. Su pelo castaño es ahora rubio cenizo con destellos plateados, pero sigue llevándolo corto y respingón.

En el último año, la hemos podido ver hablando en casi cualquier punto del mapa, tanto en una reunión del Texas Credit Union como en la conferencia de la National Correctional Industries Association, donde dio a las autoridades carcelarias una inspiradora charla sobre los jóvenes con infancias difíciles.

En una reciente Conferencia de Autoridades de la NCAA (National Collegiate Athletic Association), les dijo a los asistentes: «Hoy me he sentido muy alentada. En un par de ocasiones he estado tentada de daros un abrazo, y un par de veces a punto he estado de echarme a llorar. Habéis conseguido mucho... vais a cambiar el mundo». Como norteamericana a la que le preocupa hacia dónde va nuestro país, tiene cosas inteligentes que decir sobre una gran variedad de asuntos, desde la guerra de Irak y el medio ambiente a la investigación sobre el alzhéimer, que impactó de pleno su conciencia cuando su querida madre empezó a batallar contra la enfermedad.

Mientras escribía este artículo, a principios de julio del 2005, la ubicua Diana estaba en el aire en la KCRW de Los Ángeles, la emisora en la que ejerce actualmente como presentadora. Al tiempo que ese mismo día la NASA intentaba interceptar un cometa, Nyad tenía cosas que decir sobre la política espacial de los Estados Unidos. Casi al mismo tiempo, unos días más tarde, volvía a aparecer en su programa The Score levantando ampollas con ciertos comentarios sobre el comportamiento de Lance Armstrong en el Tour de Francia.

Nyad dijo a sus oyentes: «Quizá sospechen que Armstrong ha tomado sustancias prohibidas. Lo único que yo sé es que ayer mismo olvidé cualquier otra opinión que haya podido albergar sobre Lance Armstrong. Verle dominar con absoluta claridad tanto el talentoso pelotón como el formidable L'Alpe d'Huez me sumió en un nuevo arranque de admiración. Este hombre no es sólo el rey de la escalada. Es el rey y punto».

Hoy en día, la maratón a nado está logrando poco a poco cierta popularidad entre las masas. Los que apoyan esta disciplina están intentando incluir la celebración de una carrera de 10 kilómetros en los juegos olímpicos de Pequín. El panorama internacional de competición está más activo que nunca. De hecho, la FINA (Federación Internacional de Natación) ha aprobado la celebración de la Copa del Mundo de maratón a nado. En el 2005, la carrera final de 30 kilómetros de la Copa del Mundo registró 18 inscripciones procedentes de 9 países: 11 hombres y 7 mujeres que compitieron juntos. Mientras tanto, docenas de intrépidos/as aventureros/as en solitario siguen sin poder resistirse a intentar cruzar a nado el canal de la Mancha. Han rebajado el tiempo de travesía a 7 horas y 17 minutos y ahora lo cruzan en ambas direcciones. Hace unos años, una australiana llamada Susie Maroney nadó 193 kilómetros desde México a Cuba, por fin batiendo el viejo récord de aguas abiertas que ostentaba Nyad.

Como otros atletas, los grandes de la maratón actual nadan tras la estela de aquellos que les precedieron. No hay duda de que una lesbiana llamada Diana Nyad es una figura clave en la historia de su deporte. En su época, no sólo conquistó distancias inauditas, sino que ayudó a construir una nueva sofisticación de entrenamientos. Y lo que es más importante, la capacidad de penetración y la resistencia que de forma tan dolorosa aprendió en el agua han seguido acompañándola en tierra firme durante muchos años.

En una entrevista reciente, Nyad lo resumió así: «Cuando me llegue la hora de dejar este mundo y me mire al espejo, quiero poder decir que pude con todo».

MARTINA NAVRATILOVA

Revolucionaria con una raqueta

En los juegos olímpicos de Atenas del 2004, una magnífica carrera en el mundo del tenis entró en una nueva fase. Tras casi treinta como profesional, Martina Navratilova, de 48 años de edad, había sido elegida para formar parte del equipo olímpico norteamericano. La esperanza era que su legendario aguante en el juego, su legendaria capacidad para borrar a las jugadoras jóvenes de la pista, se tradujera en otros 6 gramos de oro para el equipo estadounidense. El tenis es uno de los deportes olímpicos tradicionalmente tildados de «sólo apto para aficionados». Junto con otras dos figuras del tenis (la francesa Amélie Mauresmo y la española Conchita Martínez), Navratilova era una de los once atletas participantes en los juegos olímpicos que habían hecho pública su homosexualidad.

De hecho, Navratilova revolucionó el tenis femenino en cinco frentes distintos. Revolución nº 1: el juego de potencia que aportó al tenis femenino… la capacidad de bombardear a sus adversarias con la clase de saques y de voleas infernales que ya utilizara Bill Tilden por primera vez cincuenta años antes que ella. Revolución nº 2: ganó más dinero que nadie en un momento en que el circuito profesional femenino estaba dando sus primeros pasos. Revolución nº 3: fue la primera tenista de élite que utilizó varias disciplinas de entrenamiento. Revolución nº 4: negó la noción de que hay que ser joven para dominar tu deporte.

Y, por fin, la revolución nº 5: Navratilova no sólo hizo público su lesbianismo, sino que se convirtió en una estrella popular declaradamente lesbiana, granjeándose el respeto por igual de gays y heterosexuales con su juego. Demostró que es posible para los/as atletas GLBT ocupar un visible puesto de honor en los deportes mayoritarios.

Antes de 1968, muchos deportes seguían rigiéndose por el principio amateur. Los/as tenistas tenían que competir por «amor al juego». Si recibían algún ingreso del deporte, perdían su estatus de amateur. El circuito profesional masculino todavía era reducido y el femenino, inexistente. Pocas eran las rivalidades. Resultado: en líneas generales, el interés público estaba mermando.

En esa época, para muchos norteamericanos el tenis femenino era un espectáculo de escaso atractivo, siempre, claro está, comparado con el tenis masculino, en el que el juego agresivo y las personalidades polémicas habían estado en boga desde los años de Bill Tilden. El juego femenino estaba encorsetado por la «mística femenina» (término utilizado por primera vez por la feminista Betty Friedan en 1963 y que hacía referencia a una actitud que siempre actuaba como eterno factor represivo en las vidas de las mujeres norteamericanas, sobre todo en el ámbito del deporte). Las tenistas se sentían obligadas a vestir recatadas faldas blancas en la pista y a practicar un juego recatadamente femenino desde el fondo de la pista. Para ellas, nada de servicios explosivos como los de Bill Tilden. Nada de voleas de rompe y rasga tan propias de Valhalla. También evitaban la polémica en la medida de lo posible. Y, como ocurría con el resto de los participantes en el mundo laboral femenino, se esperaba de las tenistas que se conformaran con una magra compensación económica: si ganaban, la cuantía de los premios eran ínfima.

En 1968, respondiendo a un desesperado afán por despertar un nuevo entusiasmo internacional por el tenis, los cuatro campeonatos que conforman el Grand Slam (Abierto de EE.UU., Wimbledon, Roland Garros y Australia) abrieron sus puertas a los profesionales.

Ese mismo año, en los Estados Unidos, con la liberación de la mujer en pleno apogeo, la introducción del Título ix en la Ley de Derechos Civiles se tradujo en la obligación por parte de la educación pública de ofrecer igualdad de oportunidades a las niñas en el ámbito de la actividad deportiva. Aunque la Enmienda ix no afectó directamente a los deportes profesionales, sí llevó a muchas atletas profesionales a quejarse abiertamente sobre las condiciones a las que se enfrentaban en sus respectivos deportes: desde una menor visibilidad en los medios, pasando por instalaciones mucho más precarias y premios y bonificaciones menos cuantiosos que los de los hombres. Sin embargo, la U.S. Lawn Tennis

Association parecía sorda a las reivindicaciones femeninas.

En 1970, el tenis femenino por fin echó abajo la barrera económica. Billie Jean King y otras jugadoras de primera línea se manifestaron ultrajadas ante las manifiestas desigualdades en la dotación económica de un torneo de próxima celebración: 12.500 dólares para el ganador masculino y unos escasos 1.500 dólares para la ganadora. El grupo decidió correr un enorme riesgo y rompió filas con el establishment del tenis con la esperanza de constituir un circuito profesional femenino de máxima garantía.

La ayuda llegó de manos de Gladis Heldman, editora de la revista World Tennis Magazine, que puso a las rebeldes en contacto con Joseph Cullman, presidente de Phillip Morris. El gigante del tabaco acababa de introducir en el mercado una marca de cigarrillos llamada Virginia Slims, con la esperanza de hacerse con el creciente mercado de las mujeres jóvenes y emancipadas. La publicidad de Phillip Morris mostraba a modelos delgadas y de aspecto saludable, que respondían al logo: «You've come a long way» (que podría traducirse por «Has llegado muy lejos»).

Cullman, amante del tenis, ya era patrocinador del Abierto de los Estados Unidos. No costó demasiado convencerle para que patrocinara un circuito femenino de alto nivel que pudiera servir de escaparate a su producto. En otoño de 1970, se celebró el primer torneo del Virginia Slims en Houston, con una dotación de 7.500 dólares en premios.

En un principio, la USLTA reaccionó suspendiendo a las renegadas, pero el circuito fue un éxito tal, resultó ser una idea tan acertada, que la USLTA finalmente dio su brazo a torcer. En 1971, el circuito del Virginia Slims estaba en plena efervescencia, celebrándose en 19 ciudades y con una dotación total de 309.100 dólares. King se convirtió en la primera atleta en ganar una cifra de seis dígitos en una sola temporada. En 1972, la Women's International Tennis Association (la WTA en la actualidad) fijó el Virginia Slims Championship como el evento final de la temporada.

Hace su entrada Martina Navratilova, también ella una mujer de envidiable trayectoria. Sin ir más lejos, Martina había aprendido a jugar al tenis en un mundo definido por la revolución bolchevique de 1917.

Nacida en Praga, Checoslovaquia, en 1956, la menuda chiquilla de pelo rebelde se crió en el seno de una familia amante del tenis, poseedora de una pista de tierra roja situada en el jardín de su casa. La pista era una reliquia del «pasado burgués y capitalista» de la familia. Todas sus propiedades habían sido confiscadas por el gobierno cuando el Partido Comunista Checo se había hecho con el poder en el año 1948… aunque, gracias a un capricho de la burocracia, la familia de Martina pudo conservar la pista de tenis. A los cuatro años, la niña encontró una vieja raqueta de madera olvidada en algún rincón de la casa. La raqueta había pertenecido a su abuela, que había participado en los campeonatos nacionales. Martina diría más adelante en su autobiografía: «En cuando salté a aquella crujiente pista de tierra y sentí la arena bajo mis zapatillas y la felicidad que me produjo golpear una bola por encima de la red, supe que estaba en el lugar adecuado». La pequeña empezó a golpear bolas con todas sus fuerzas.

Su padre, también ex jugador, se convirtió en su entrenador. En vez de contener su fuerza y su agresividad de chicarrón, la fomentó, convencido de que Martina tenía madera de campeona. La pequeña aprendió a aprovecharse de su condición de zurda. A la edad de nueve años, su padre se la presentó a George Parma, el campeón checo, con la esperanza de que éste aceptara tutelar a su hija. Parma miró a aquella chiquilla alta y feúcha de pelo corto y preguntó: «¿Cuántos años tiene el chaval?».

A pesar de que el tenis había sido un invento de la «civilización burguesa occidental», el deporte gozaba de un gran seguimiento en Checoslovaquia. Navratilova se convirtió en un producto del sistema de granja propio del bloque comunista, cuyo objetivo era producir atletas en masa que dominaran la competición internacional. Normalmente, las atletas resultantes de ese sistema no temían mostrarse fuertes ni agresivas, comparadas con las deportistas de las naciones democráticas, que se veían obligadas a dar muestra de su «mística femenina» en todo momento. La imagen del género era una cuestión tan peliaguda que muchos occidentales hicieron circular el feo rumor de que algunas de las fuertes y corpulentas atletas del bloque del este eran en realidad hombres disfrazados. Eso llevó al COI a poner en práctica su política de verificación de sexo.

Más adelante, Navratilova dio el mérito de su éxito

temprano al apoyo de su familia, en vez de otorgárselo al apoyo recibido por parte del sistema comunista. Sin embargo, lo cierto es que el gobierno checo cubrió los gastos de su entrenamiento y también se encargó de cubrir sus viajes a los distintos torneos. En 1972, a la edad de 16 años, Navratilova ganó el título de campeona nacional checa de tenis.

Poco después, captó por primera vez la atención internacional al liderar al equipo checo en su victoria en la Copa Federación, la competición por equipos más importante del mundo en el ámbito del tenis femenino, patrocinada por la Federación Internacional de Tenis. Navratilova electrizó a los espectadores con sus potentes servicios y feroces voleas, su velocidad y su fuerza física... y su aspecto de chiquillo adolescente.

A esas alturas, la joven checa ya era consciente de ser poseedora de una sexualidad distinta, aunque nunca lo hizo público. En la Unión Soviética, el comunismo había ejercido una violenta disuasión de la homosexualidad por considerarla un «vicio decadente y capitalista», y calificándolo de crimen. Los países satélites de la Unión Soviética eran un poco más liberales (Checoslovaquia había dejado de considerar la homosexualidad como un crimen en 1961), aunque todavía existía en el aire parte de la vieja homofobia. (Por irónico que parezca, en los EE.UU. eran muchos los conservadores que mantenían una visión opuesta, partiendo de que todos los comunistas y los liberales eran ipso facto homosexuales. De ahí la expresión preñada de odio «rojo y maricón».)

El año siguiente, 1973, el gobierno de Navratilova la mandó al Abierto de los Estados Unidos, que se celebraba en Florida. El viaje la llevó a las orillas del país apenas cuatro años después de la Revuelta de Stonewall de 1969, cuando los embriagadores vientos de la liberación gay soplaban ya con fuerza.

La muchacha de 17 años se enamoró de los Estados Unidos... de forma tan visible que los oficiales checos la acusaron de haberse «americanizado». En su autobiografía, Navratilova describía así la sensación:

> Por primera vez en mi vida pude ver Norteamérica sin el filtro de una educación comunista ni de la propaganda comunista. Y me sentí bien... creo sinceramente que nací para ser norteamericana. Con el debido respeto a mi país de origen, nunca sentí que mi vida rodara bien del todo hasta el día en que bajé de ese avión en Florida.

Navratilova enloqueció mientras estaba aquí, y se dedicó a comer tantas hamburguesas que ganó mucho peso.

Sin embargo, más importante que todo eso era el sueño del inmigrante de encontrar las calles asfaltadas con oro. Navratilova estudió con atención el circuito del Virginia Slims y se dio cuenta de que podía ganarse la vida con el tenis en los EE.UU. Posiblemente también podría mostrarse más abierta sobre su sexualidad en este país. Por el momento, no obstante, temerosa aún de revelar su verdad personal y preocupada por lo que pudiera ocurrirle a su familia si desertaba, volvió a Checoslovaquia.

Pero finalmente, en 1975, Martina estaba preparada. Tras lograr acallar los nervios que provocaba en los oficiales checos su posible deslealtad al comunismo, consiguió que le expidieran otro visado para participar en el Abierto de los Estados Unidos. Ese año, el evento se celebró en Queens, Nueva York. Después de perder contra Chris Evert en semifinales, se fue directamente a Manhattan, se puso en contacto con las autoridades de inmigración norteamericanas y pidió asilo político. Les dijo sin ambages que era bisexual, corriendo el riesgo de que le negaran la solicitud. No fue así. Un mes después obtuvo su tarjeta verde.

A pesar de que no se tomaron represalias contra su familia en Checoslovaquia, Martina tardaría muchos años en volver a ver a los suyos.

RUMORES Y RIVALIDADES

En cuanto se adaptó a la vida norteamericana, Navratilova se hizo profesional, perdió peso y exploró métodos de entrenamiento nuevos y revolucionarios en el tenis.

El entrenamiento multidisciplinar ya se había empezado a utilizar en otros deportes, sobre todo en el atletismo. Desde los años sesenta, cada vez eran más los corredores que trabajaban con pesas, combinando el ciclismo y otros deportes para aumentar fuerza y capacidad aeróbica. Según la American Running Association, «la mejora de la fuerza muscular permite a los atletas desarrollar mayor potencia y está empezando a demostrarse que reduce el riesgo de lesiones».

Los tenistas de toda la vida seguían fieles a la idea de que los deportistas debían entrenarse y practicar exclusivamente

el deporte específico de cada uno. Sin embargo, Navratilova no tardó en incorporar las pesas y el baloncesto a sus sesiones de entrenamiento. Su entrenadora era Nancy Lieberman, pionera del baloncesto femenino. En seguida circularon los rumores de que entre ambas había un romance. Martina hizo caso omiso de ellos y siguió a lo suyo. «A principios de los años ochenta —dice Hickok Sports—, se había convertido ya en la mejor jugadora de mundo.»

Su juego agresivo basado en el servicio y la volea mejoró cada vez más, destrozando a sus rivales, que seguían acostumbradas a ganar apoyándose en los golpes estratégicos desde el fondo de la pista. Además estaba su imagen: esa actitud franca y descarada, el aspecto de chicarrón ya adulto, el corte de pelo a lo rufián y los pantalones cortos en nada femeninos. Su aspecto contrastaba crudamente con la imagen tipo Miss América de sus adversarias. Sin ir más lejos, Chris Evert, su más férrea rival, personificaba todo lo que representaba el viejo estilo de juego norteamericano y la mística tradicional.

El Sports Illustrated escribía:

> Del mismo modo que la NBA tenía a Bird y a Magic, el boxeo tenía a Ali y a Frazier y el golf a Nicklaus y a Palmer, el tenis femenino presumió en su momento de una rivalidad épica. Durante más de quince años, Chris Evert y Martina Navratilova se equipararon golpe tras golpe, luchando por los títulos más codiciados del tenis y protagonizando un constante tira y afloja por ocupar el número uno en el ranking. Evert era la imagen de la consistencia, manteniendo a raya a sus enemigas con golpes clásicos e impecablemente colocados y una voluntad de hierro. Navratilova era una atleta implacablemente agresiva que atacaba a la menor ocasión y que forzaba la acción.

Los partidarios de Evert veían a Martina como a un mal tipo, y la insultaban en todos los torneos. Aunque Navratilova ignoraba los insultos y seguía su camino, la rivalidad entre ambas encendió el tenis femenino como nunca. Las gradas estaban abarrotadas. Los índices de audiencia televisivos alcanzaban cotas hasta entonces desconocidas. Evert y Navratilova alimentaron la polémica mostrándose siempre respeto mutuo y finalmente haciéndose amigas fuera de las pistas.

Para entonces, cientos de mujeres participaban en el circuito Virginia Slims, que comprendía ya 47 eventos y diez millones de dólares en premios. En 1982, Navratilova llevó su revolución al ámbito financiero: se convirtió en la primera

mujer que ganaba más de un millón de dólares en una sola temporada. Luego, en 1984, recibió un bono de un millón de dólares de la Federación Internacional de Tenis por haber ganado los cuatro Grand Slams en el mismo año. A esas alturas, las mujeres amasaban mayores fortunas que los hombres. Cuando Navratilova sobrepasó la barrera de los dos millones de dólares en una temporada, superó en ganancias a John McEnroe, jugador número uno del tenis mundial. En 1986, Navratilova (que ya había cumplido 30 años y que al parecer era imparable, batiendo a jugadoras más jóvenes sin demasiado esfuerzo) había superado los diez millones de dólares en ganancias por su juego. Para esa inmigrante checa, las calles de Norteamérica estaban asfaltadas con oro.

Los tiempos estaban cambiando. A medida que el movimiento antitabaco ganaba fuerza, eran más las mujeres que rechazaban la idea de que fumar las hiciera más atractivas, atléticas y conscientes. En 1990, Kraft General Foods, otra empresa de Phillip Morris, se hizo discretamente con el patrocinio permanente del circuito, aunque el nombre de Virginia Slims siguiera asociado al evento hasta 1994. El monto en premios de la temporada ascendió a 23 millones de dólares.

Las actitudes hacia Navratilova también estaban cambiando. Su valor y su juego por fin le habían granjeado un cuerpo de admiradoras absolutamente incondicionales… y no sólo de miles de mujeres lesbianas y bisexuales, sino también de miles de heterosexuales. Cuando se le preguntó sobre el aplauso apasionadamente partidista que recibía en las pistas, Martina declaró: «Durante años me he sentido muy poco o nada querida y ahora siento un cariño exagerado. Logro un punto de lo más común y recibo una inmensa ovación. Logro un punto fantástico y responden, bueno… bien. Es un poco como si… jugara en casa allí donde voy».

Inevitablemente, la revuelta de Stonewall de 1969 había provocado las primeras salidas del armario en el ámbito del deporte: el jugador de fútbol profesional David Kopay en 1975, seguido de Billie Jean King, del decatleta Tom Waddell, el árbitro de béisbol Dave Pallone, el patinador John Curry y otros. Pero los viejos prejuicios seguían conservando una dolorosa influencia en la vida de los atletas. A pesar de que cada vez era mayor el número de mujeres bisexuales y lesbianas que decidían hacer visible su homosexualidad en algunos deportes individuales (el tenis, el golf, la esgrima, el boxeo, la equitación, etc.), la palabra «L» seguía siendo un

término aterrador en el mundo del deporte femenino de equipo.

Los conocedores del tenis estaban al corriente desde hacía ya tiempo de la orientación sexual de Martina. En 1981, después de convertirse en ciudadana norteamericana, Navratilova hizo unas declaraciones ante el mundo entero en las que reconocía su bisexualidad. Con una amplia sonrisa, le dijo a Barbara Walters que disfrutaba acostándose tanto con hombres como con mujeres, aunque prefería despertarse junto a otra mujer. En 1991, el litigio por la pensión contra su ex novia Judy Nelson llevó su nombre a la prensa sensacionalista. Más adelante, Navratilova se identificaría como lesbiana, pero en esos primeros años después de la declaración pública de su sexualidad, se limitaba a decir: «En mi vida he amado a hombres y mujeres. Se me ha etiquetado como la "tránsfuga bisexual". ¿Quieren saber otro secreto? Soy incluso ambidextra. No me gustan las etiquetas. Llámenme simplemente Martina».

Sea cual fuera la etiqueta, su salida del armario le costó la pérdida de varios contratos comerciales. Otras polémicas atletas, incluso las que eran menos competentes que Martina, disfrutaban de contratos comerciales sin problema alguno. No fue hasta el año 2000 cuando una gran multinacional como Subaru contrató a Navratilova para el anuncio de un coche. Apareció con un imponente sedán en compañía de otras tres atletas: Juli Inkster, Meg Mallon y Diann Roffe-Steinrotter. El guión del anunció se atrevía a tener a Navratilova mirando directamente a cámara con su sonrisa de chicarrón, al tiempo que decía: «¿Qué sabemos nosotras? Sólo somos chicas».

Con el tiempo, Navratilova protagonizó anuncios para Apple Computers y para el The New York Times.

¿LA RETIRADA?

A medida que nos adentramos en la década de los noventa, Navratilova seguía ganando un torneo tras otro, aparentemente indestructible. Sin embargo, su estilo agresivo había ido creándole paulatinamente un nuevo desafío. Las jugadoras más jóvenes estaban decididas a utilizar su juego para batirla. Ahora atacaban empleando esos servicios y voleas como cañonazos tan propios de ella. Además, la veterana de 38 años estaba aflojando un poco su juego.

En la primera ronda del Virginia Slims de 1994, tras una gran derrota contra Gabriela Sabatini, de 24 años, Navratilova decidió anunciar su retirada de la competición individual, aunque declaró que seguiría en dobles y participando en partidos de exhibición. Para celebrar sus logros, los organizadores del torneo colgaron una enorme pancarta con su nombre en la arena del Madison Square Garden. Fue la primera tenista, y la primera atleta declaradamente homosexual, en recibir tal honor.

Al tiempo que colocaban la histórica pancarta, Martina declaraba a un reportero: «Emocionalmente no me ha ido mal. Estaba preparada para esto».

Ese mismo año, 1994, fue también el último en que se celebró un campeonato del circuito Virginia Slims. Tras la conclusión de la temporada, el evento pasó a denominarse Campeonato del Circuito de la WTA.

La idea de «retirada» que tenía Navratilova le dejaba tiempo y energía para dedicarse a un mayor activismo político, como cuando apareció en la Marcha del Milenio (2000) celebrada en la ciudad de Washington. Sin embargo, el momento de su retirada no había llegado aún. Con el nuevo milenio, Navratilova volvió a participar con ciertos límites en la competición de dobles. Más que nunca, el entrenamiento interdisciplinario fue la base de su fuerza y éxito prolongados.

En el 2003, la publicación Tennis Magazine informaba de su riguroso régimen de entrenamiento, empleando para ello un tono de sobrecogimiento después de hablar con Giselle Tirado, la entrenadora de Martina:

«Tenía un buen régimen de bajo impacto planeado cuando empecé a trabajar con ella, pero después de una semana tuve que tirarlo a la basura —decía Tirado—. Resultaba demasiado fácil.» La Navratilova de 46 años, que volvió al circuito a tiempo parcial el año pasado, convirtiéndose en la mujer de más edad en ganar un partido individual en la WTA, es, según palabras de la propia Tirado, que también ha trabajado con Arantxa Sánchez-Vicario y con Jennifer Capriati, un «monstruo físico». «Martina puede hacer cualquier cosa.» El entrenamiento de Navratilova comprende toda la gama de la actividad atlética (fútbol, baloncesto, hockey sobre hielo, boxeo, pesas, spinning y un buen número de entrenamientos en pista diseñados para mantener su velocidad y agilidad). Pero, según cuenta Tirado, la preocupación fundamental para

Navratilova, como debería ser para cualquiera que juegue de forma regular a los 40 años, era la flexibilidad.

Tirado lo resumía así en unas declaraciones al Tennis Magazine: «Sus ejercicios podrían desafiar a cualquier jugadora de 25 años».

En el 2001, cuando Navratilova jugaba el torneo Open Day de España celebrado en Madrid, Kathleen Wilkinson escribió en el Lesbian News:

> Navratilova se convirtió en la mujer de mayor edad capaz de ganar un certamen del circuito (en la competición individual o en dobles)... Dobla en edad a la mayoría de las jugadoras que participan actualmente en el circuito tenístico. Iroda Tulyaganova, su actual pareja de dobles en el Grand Slam, sólo tiene 20 años.

A Navratilova le gustaba bromear diciendo que en el vestuario femenino la llamaban «abuela» a sus espaldas. Aun así, ha establecido una marca difícilmente igualable con 9 victorias en Wimbledon, 167 títulos en individuales, 173 títulos en dobles, 18 victorias individuales y 40 en dobles en torneos del Grand Slam y más de 21 millones de dólares en beneficios simplemente en premios. Cuando el Sports Illustrated confeccionó la lista de las 100 Mejores Atletas, le dieron una ligera ventaja sobre su antigua rival, colocándola en quinto lugar y a Chris Evert en el sexto.

Un emotivo tributo llegó de labios de la mismísima Evert, que, en sus declaraciones a la revista Women's Sport and Fitness Magazine, afirmaba:

> Martina revolucionó el deporte del tenis con su soberbia capacidad atlética y con su agresividad, por no hablar de su franqueza y su candor. Elevó la condición atlética a un nivel completamente nuevo hasta entonces gracias a sus innovadoras técnicas de entrenamiento, sobre todo a la interdisciplinariedad, es decir, a la noción de que los deportistas podemos entrenar en el gimnasio o jugar al baloncesto para ponernos en forma para el tenis. Redujo todo a una labor cuasi científica, incluida su dieta, y para mí fue una gran fuente de inspiración. Estoy convencida de que me ayudó a ser mejor atleta. Y, además, siempre he admirado su madurez, su sabiduría y su capacidad para trascender el deporte. Podías preguntarle por su golpe de derecha o por la paz mundial y siempre tenía una respuesta. Sin duda es una figura mundial, no sólo una figura del deporte.

Para una figura mundial de su calidad, el viaje a los juegos

olímpicos de Atenas del 2004 era inevitable… aunque constituyó otro estadio de su polifacética carrera. Ser una de las jugadoras de mayor edad de unos juegos dominados por las adolescentes, ser una profesional que volvía al mundo de los atletas aficionados… era definitivamente revolucionario. Martina confesó a los periodistas que la oportunidad de jugar el dobles femenino en las olimpiadas era un «caramelo al que no pude resistirme. Es una experiencia totalmente nueva para mí, y será única».

Martina y su compañera de dobles, Lisa Raymond, empezaron con buen pie la competición y batieron a Ucrania en primera ronda y a Francia en la segunda (Martina se enfrentó en esa ocasión con la también lesbiana declarada Amélie Mauresmo). Desgraciadamente para ella, las calles de Atenas no estaban asfaltadas de oro. Sus esperanzas de medalla se vieron truncadas en un duro partido que el equipo norteamericano terminó perdiendo contra Japón. Raymond y ella perdieron por 6-4, 4-6 y 6-4.

China se llevó el oro, España la plata y Argentina el bronce. El equipo de dobles español incluía a otra reconocida lesbiana: Conchita Martínez.

En el 2006, la imparable Navratilova seguía pisando fuerte: celebraba sus dieciocho años en activo sobre las pistas de la World Team Tennis Pro League. La WTT había iniciado su andadura a principios de la década de los setenta, cuando Billie Jean King y Larry King decidieron promover la idea de la celebración de partidos que fomentaran la igualdad de sexos en el tenis profesional. ¿Por qué sigue jugando? Martina responde: «Supongo que la respuesta es: porque todavía puedo hacerlo».

La sociedad actual vive un momento de obsesión global con la juventud, con los quince minutos de fama. La «comunidad gay» en particular lleva al límite esa obsesión por la juventud y por el capricho del mes. Pero Martina Navratilova es una rara avis en el deporte… el icono que se mantiene. Al tiempo que esta gran tenista celebra su 50 cumpleaños, quizá no hayamos visto aún la última de las revoluciones lideradas por Navratilova.

DAVID KOPAY

Un pionero del fútbol americano que mira adelante

Cuando lleva ya treinta años fuera del armario, David Kopay sigue siendo probablemente el atleta gay del que más se haya escrito hasta la fecha. Running back retirado de la NFL, Dave seguía siendo el clásico macho deportista rubio típicamente norteamericano en 1975, cuando concedió la entrevista al Washington Star y «largó la verdad», como él mismo lo calificó, sobre los hombres gays y bisexuales en el fútbol profesional. Era el primer atleta profesional de la historia en salir del armario.

Recientemente, cuando Kopay accedió a concederme una entrevista para mi serie de Outsports, le dije que mi deseo era hablar del futuro tanto como del pasado. Por él no había problema. Me dijo durante nuestra conversación telefónica que estaba sufriendo un grave episodio de depresión poselectoral. «Tengo un montón de cosas en la cabeza —dijo con su voz clara y profunda; su tono invoca la nítida imagen de un hombre de metro noventa que sabe cómo manejar cada gramo de sus más de 90 kilos de peso—. Hay más homofobia que nunca. Quiero hacer lo que esté en mi mano para cambiar la situación política.»

Pues bien, unas semanas más tarde, estábamos sentados en el salón de medios de su casa de Los Ángeles. Los grandes ventanales se abrían a su hermoso jardín, que acababa de replantar con árboles tropicales poco comunes y una piscina de competición. Dave parecía pensativo mientras decía: «Estos dos últimos años han sido una época muy dolorosa para mí. El dolor empezó antes del 11 de septiembre y siguió durante el proceso de espera con las mutuas médicas, las visitas a especialistas, segundas opiniones, etc., y finalmente con las operaciones y con la elección presidencial. El dolor me recuerda constantemente lo vulnerable y frágil que puede llegar a ser un hombre».

¿Vulnerable? ¿Frágil?

Oír a un jugador de fútbol profesional que no es sólo homosexual sino también vulnerable y… bueno, humano, impactaría a los de la vieja guardia como al linebacker Chuck

Bednarik, cuyo tributo al SportsCentury[7] se emitió recientemente en la ESPN. Apodado «Charlie Hormigón», Bednarik jugó con los Philadelphia Eagles hasta 1962. Era muy temido debido básicamente a su ferocidad animal en el campo: cuando atajaba a un quarterback, su víctima sin duda se tomaba su tiempo en volver a ponerse en pie. Convertido ahora en un miembro del Salón de la Fama y en icono del heteromachismo, «Charlie Hormigón» disfruta contando a los medios que hoy en día los jugadores de la NFL son unas «nenazas» y unos «blandengues».

Kopay replica a eso: «Los hombres se niegan a reconocer su parte femenina o sensible. Para compensarlo, los jugadores de fútbol no dejan de fanfarronear de su sexualidad masculina».

EL HOMBRE BIÓNICO

Para Kopay, «el dolor» es la suma del daño político y del daño físico.

A sus 62 años, Dave es víctima de los enconados achaques que podrían dar a un viejo deportista la excusa perfecta para tumbarse a la bartola. Nadie juega en la NFL durante nueve temporadas (1964-72) sin llevarse un buen saco de huesos rotos, desgarros musculares, y articulaciones y ligamentos lesionados que te atormentan cada vez más, década tras década. Durante los últimos veinte meses, Dave ha necesitado tres operaciones importantes —la primera para sustituirle el hombro, la segunda, la cadera y la tercera, la rodilla—, de ahí su batalla contra su seguro médico por el monto de sus facturas médicas.

«Tenemos la gran fortuna de que a estas alturas puedan sustituirse los órganos dañados —dice—. Soy el Hombre Biónico.»

Mientras recorre el territorio de los Estados Unidos, Dave vive sus peripecias con los agentes de seguridad de los aeropuertos. Todo el metal y los materiales ajenos que ahora alberga su cuerpo les llevan a preguntarse si no será un terrorista. «Me pasan los detectores de metales una y otra vez —dice—, hasta que por fin recupero la postura que durante tantos años adopté en el campo (postura que ejemplifica delante de mí) y les demuestro que soy un viejo y apaleado running back. Terminan creyéndome y dejándome marchar.»

Según dice, se está recuperando bien de la operación de

rodilla, nadando regularmente en la piscina y reforzando la musculatura con el LifeCycle en el gimnasio que tiene montado en casa. Las rutinas de musculación dotan de un nuevo halo su cuerpo majestuoso y su cabeza de cabellos entrecanos.

«Estoy en muy buena forma —sonrió—, pero quiero perder cinco kilos. Estoy convencido de que existe relación entre una mente sana y un cuerpo sano. Las emociones que esas endorfinas me dan me ayudan con la tristeza que me embarga desde los resultados de las últimas elecciones.»

A medida que Dave se acerca a la edad de la jubilación, reflexiona sobre el hecho de que, incluso aunque la administración Bush dé al traste con su Seguridad Social (y con la del resto de los ciudadanos norteamericanos), puede seguir viviendo cómodamente. Cuenta con la pensión de la NFL y con una segunda pensión que recibe de Linoleum City, la empresa de construcción de suelos propiedad de su familia en la que trabajó desde finales de los años setenta. Dave tiene todo el derecho del mundo a relajarse al sol junto a su pequeña piscina reglamentaria y dejar que sean los jóvenes activistas quienes lleven adelante la lucha.

Sin embargo, Kopay nada tiene que ver con el típico atleta dispuesto a retirarse del todo. Se declara emocional, espiritual e intelectualmente enfadado al ver hacia dónde está yendo nuestro país, y políticamente decidido a poner de su parte para cambiar en lo posible las cosas. Dave está volviendo a ponerse en forma para enfrentarse a los movidos partidos del activismo político.

«Quizá me jubile económicamente, es decir, de mi trabajo de oficina —dice—, pero no tengo ninguna intención de retirarme. Queda mucho por hacer.»

HACIENDO HISTORIA

En algún momento de principios del siglo xx, el afamado periodista estadounidense Richard Harding Davis fue el autor de unas reveladoras palabras sobre el fútbol americano. Dijo: «Algunos jugadores de fútbol pueden marcar tantos en el campo, pero son muy pocos los que pueden hacer historia en el fútbol». Harding tenía en mente un touchdown ganador, obra del capitán del equipo de Yale, Samuel Thomas, contra Princeton, en el año 1895. Sin embargo, su comentario sobre

los jugadores que hacen historia bien podría aplicarse a David Kopay.

No, no encontraremos a Kopay en las listas de «los mejores jugadores» de la NFL. Las numerosas páginas de la historia de la NFL ignoran el mayor logro de Dave, aunque se extienden en muchas otras cosas, como las batallas sobre si deberían aceptarse las transmisiones por radio conectadas a los cascos de los jugadores. Pueden verse fugaces apariciones de Dave en la serie de la ESPN titulada Los tesoros perdidos de las filmaciones de la NFL... aquellos buenos tiempos en que los equipos jugaban sobre hierba auténtica y el replay instantáneo era todavía cosa del futuro.

Los escritores deportivos calificaban a Kopay de «impresionante». Era cocapitán del equipo que conquistó el trofeo de la Rose Bowl de la Universidad de Washington en sus años de universidad y más tarde fue un devoto profesional que amaba con pasión el deporte del fútbol y que se mantuvo en él durante una década (cuando la carrera media de cualquier jugador en la NFL es aproximadamente de cinco años). El tipo conocido como «Psyche» por sus compañeros de equipo no era ningún pelele. A juzgar por las reseñas de la prensa de la época, era un jugador fiable y respetado por su experiencia. «Podían contar conmigo para los blocajes y los pases —dice—, incluso cuando mi rodilla empeoró tanto que me costaba sobremanera dar lo mejor de mí.» Jugó en un buen número de equipos, entre los que cabría destacar los Washington Redskins durante el reinado de Vince Lombardi, así como en los San Francisco 49ers, los Green Bay Packers, los Detroit Lions, los New Orleans Saints y los Oakland Raiders.

Pero algo más distinguió la carrera de Kopay. A menudo jugó en «equipos especiales» encargados de salir al campo durante los kickoffs y los punts, en los que los jugadores registran un nivel de lesiones mayor que el de sus compañeros de equipo. A su manera, también Kopay era una especie de Charlie Hormigón: cuando te golpeaba, tardabas lo tuyo en volver a ponerte en pie. El New York Times le calificó de «feroz». Su colección privada de lesiones encaja con el perfil del batallón suicida. «Se esperaba mucho de mí —dice—, y me sacaban al campo incluso con la rodilla tocada. Me la drenaban justo antes de un partido y volvían a drenármela al terminar.»

No obstante, Kopay logró algo que ningún otro jugador en la historia del fútbol consiguió jamás. En un deporte que gira

alrededor de la estrategia, Dave optó por la estrategia más devastadora de todas. Dijo la verdad.

Cuando las lesiones forzaron su retirada y decidió salir del armario, su homosexualidad era ya conocida, aunque silenciada, entre algunos de sus amigos, compañeros de equipo y socios profesionales. En 1975, no contento con hablar con el Washington Star, provocó un desgarrón en la Pigskin Curtain lo suficientemente grande como para que por él se colara el Houston Astrodome entero. Detrás de esa sagrada cortina, durante más de un siglo, el fútbol americano había ocultado su altamente institucionalizada homofobia, su homoerotismo y sí, también su vulnerabilidad masculina. Gracias a las expectativas de los entrenadores, los aficionados, los propietarios, los patrocinadores y otros jugadores, la presión ejercida para que el jugador se manifieste como un macho heterosexual masculino e icónico es tan aplastante en el marco del fútbol como en cualquier otro deporte.

En resumen, Kopay sacó todo el material vulnerable y oculto a la luz. De hecho, no llegó en ningún momento a revelar la homosexualidad de ningún otro jugador, aunque sí contó historias, citó comentarios y describió cosas que la gran mayoría de la gente instintivamente supo que eran ciertas. Sus revelaciones dejaron atónitos a los norteamericanos, cuya masiva reacción no se hizo esperar. Llegaron las cartas, algunas de apoyo, otras henchidas de un odio feroz. Además, Kopay fue rechazado allí donde solicitó un puesto de entrenador... aunque sus cuantiosos años de experiencia a buen seguro habrían hecho de él un buen profesional. Como un balón que cae en zona prohibida, Kopay estaba ahora «muerto» para su propio deporte.

Profundamente decepcionado, empezó a trabajar en Linoleum City y con el tiempo no tardó en convertirse en ejecutivo de ventas encargado de vender kilómetros de solería para producciones cinematográficas. Con el paso de los años, todo aquel que intentara dar con Kopay podía encontrarle en el inmenso «showroom» de Santa Monica Boulevard, rodeado de gigantescos rollos de solería moviéndose por doquier sobre un ejército de carretillas elevadoras. La pared de su pequeño despacho estaba abarrotada de viejos recortes de prensa, fotos y placas de galardones recibidos.

La empresa que dejó a sus espaldas se vio relegada a una aplastante negación. Sin embargo, las cosas nunca volverían a ser igual.

Treinta años después, el fútbol americano —junto con otros tres deportes dominantes: el baloncesto, el béisbol y el hockey — se mantiene firme a la cabeza del rechazo colectivo a lidiar con la homofobia. Por ejemplo, en los deportes ecuestres, el ambiente de aceptación es mucho mayor. Los jinetes y las amazonas compiten directamente entre sí, de modo que no hay nada que ganar recurriendo al empleo de una demostración de masculinidad. Consecuentemente, la lista de jinetes y amazonas norteamericanos que han salido del armario no hace más que aumentar. Incluso en la práctica del atletismo, tan conservador en otros tiempos, cada vez es mayor el número de atletas universitarios que deciden vivir abiertamente su homosexualidad ante sus compañeros de equipo y ante sus entrenadores.

Sin embargo, en el fútbol americano universitario, conozco a un solo jugador que salió del armario mientras estaba en la universidad. Me refiero a Dwight Slater, y la historia de cómo se vio obligado a abandonar el equipo de Stanford resulta una lectura profundamente deprimente.

En la NFL, sólo otros dos jugadores además de Dave han salido formalmente de armario: Esera Tuaolo, el lineman defensor de los Minnesota Vikings, y Roy Simmons, lineman delantero de los New York Giants y de los Washington Redskins.

Lo cierto es que muchos jugadores se pronunciaron ante los medios sobre la salida del armario de Esera, pero sólo unos pocos mostraron el valor suficiente para decir que contar con un compañero de equipo gay no tenía mayor importancia.

Los rumores son utilizados como arma de destrucción masiva y se apunta con ellos tanto a los jugadores gays como a los que no lo son. Por ejemplo, el asunto en el que se vieron implicados Terrell Owens y Jeff García, que saltó cuando ambos jugaban con los 49ers. Kopay dice: «Terrell Owens estaba evidentemente molesto al ver que García no le pasaba la pelota tanto como a él le habría gustado, así que, después de dejar a los 49ers, Owens empezó a insinuar que García era gay simplemente para vengarse de él». Dave conoce tan bien el poder negativo de los rumores que en una ocasión se excusó ante Troy Aikman simplemente por haberle

comentado a un reportero que Aikman era su «fantasía». Éste aceptó sus disculpas de buen talante, diciendo: «No veo la hora de leer esa declaración». Ha habido muchos rumores sobre la orientación de Aikman, pero su relajada respuesta a las disculpas de Dave bastó para convencer a Kopay de que Aikman no era gay.

Más adelante, Dave comentaría: «Los rumores siempre se refieren a los hombres dinámicos y atractivos que circulan por ahí. Nunca se oye el menor rumor sobre los feos».

Para los jugadores cuya homosexualidad o bisexualidad pueda levantar sospechas entre sus compañeros de equipo, las torturas que tienen lugar en el vestuario pueden llegar a ser espantosas, y sin duda eso es algo que no ha hecho más que empeorar desde que Kopay hizo pública su orientación. Tampoco todas las víctimas son jugadores. Kopay cuenta la historia de Lindsy McLean, entrenador de la NFL, que trabajó con los 49ers desde el año 1979 y que en ningún momento ocultó su orientación (de hecho, llegó acompañado de su compañero a la fiesta de Navidad del equipo). Kopay dijo: «Lindsy se vio seriamente insultado por algunos jugadores. Tuvo que soportar la burla y el sarcasmo constantes. Incluso algunos llegaron a montarlo en el vestuario». Lindsy optó por no manifestar sus quejas a la dirección del equipo, manteniendo una silenciosa postura con la que demostró sus agallas… y los insultos terminaron por remitir.

Desde entonces McLean se ha jubilado ya, tras lo cual hizo pública su homosexualidad y decidió contar su historia.

CITANDO A KOPAY

Al hablar del futuro, de su activismo, Dave aportó afilados comentarios sobre una gran variedad de temas:

Sobre la competición: «No podemos hablar de una auténtica competición sin la presencia de un gran oponente. De otro modo la victoria apenas es tal. Odio que un atleta se dedique a lanzarle pullas y bajezas a otro en plena cara durante el juego. Es una práctica totalmente incontrolada».

Sobre la evolución del juego: «Hoy en día es más un juego de individualidades que un juego de equipo. Todavía disfruto con el deporte del fútbol y lo sigo por televisión, sobre todo el fútbol universitario… aunque no disfrute especialmente viendo a los comentaristas de la ESPN hacer especial hincapié

en los planos de mayor virulencia. El fútbol es un deporte violento, pero tengo la impresión de que los medios propician la violencia. Los jugadores son cada vez más corpulentos y más rápidos y golpean con más fuerza. Me sorprende que no se den más casos de parálisis».

Sobre la amistad con antiguos jugadores: «En el curso de estos últimos años he vuelto a recuperar la relación con Alex Karras, un compañero heterosexual con el que compartí equipo en los Detroit Lions. Era un jugador de 120 kilos de peso, puro músculo, con una rápida capacidad de maniobra en defensa y unos pies muy veloces. Me tenía aprecio por cómo era. Es un tipo estupendo, un hombre muy seguro de sí mismo, muy listo. Siempre sentí por él un cariño muy especial». Después de su retirada de la NFL, Karras ejerció de comentarista deportivo para la Monday Night Football y pasó después al mundo de la actuación (de hecho, apareció encarnando a un hombre gay en ¿Víctor o Victoria?)».

Sobre la religión: «Soy un hombre que está en constante búsqueda, no creyente. Me crié en la fe católica, pero terminé rechazando el catolicismo per se. Echo de menos la comunión y el consuelo que proporciona rezar con más gente, así que he estado frecuentando la Iglesia Episcopal de Todos los Santos. Allí me siento muy bienvenido, aunque lo cierto es que no estoy seguro de ser un auténtico episcopaliano».

Sobre las elecciones: «Toda mi familia, incluida mi madre, que me ha apoyado siempre al cien por cien... todos ellos han votado a Bush. Eso es casi como si me atravesaran el corazón con una daga. ¿Cómo pueden ni siquiera imaginar que no me afectará... que no afectará a los chavales de la generación siguiente? Mi familia insiste en que la administración Bush no retirará los derechos civiles a los gays, aunque yo sé que lo hará».

Sobre el outing: «Esos cabrones del Congreso que están en el armario necesitan que alguien les saque de ahí y demuestre la pandilla de hipócritas que son».

Sobre el voto gay: «El 21% de gays que votaron a Bush... deberían abrir los ojos y dejar de comer mierda de una vez».

BOB DYLAN EN LA NFL

El fútbol se utiliza a menudo como metáfora fácil para hacer referencia a la cultura norteamericana conservadora.

Como ya dijo un comentarista deportivo: «No hay ningún Bob Dylan en la NFL».

Cuando el activismo deportivo libertario apareció por primera vez a mediados de los revolucionarios años sesenta, uno de los primeros atletas activistas fue un jugador de fútbol. Durante la guerra del Vietnam, Dave Meggyesy, de los St. Louis Cardinals, manifestó su repulsa ante el modo en que los conservadores intentaban utilizar el fútbol para espolear el ambiente favorable a la guerra. Pete Rozelle, comisionado de la NFL, ordenó a los jugadores saludar a la bandera durante el himno en vez de limitarse a ponerse la mano sobre el corazón. Meggyesy desobedeció abiertamente el edicto. Luego, cuando intentó hacer circular una petición en contra de la guerra entre otros jugadores, fue expulsado de la NFL. (Meggyesy obtuvo su venganza ayudando a sindicar a los jugadores de la NFL y formando la NFLPA.)

Otra cuestión de vital importancia era el racismo en el deporte. Cuando se permitió la entrada de Sudáfrica en la competición olímpica, el ultraje general ante el apartheid sudafricano activó una cadena de protestas y de boicots entre muchos atletas. Los corredores norteamericanos John Carlos y Tommie Smith hicieron historia al levantar sus puños en celebración del black-power en el podio de los juegos olímpicos de 1968. Entre los demás notables deportistas norteamericanos que arriesgaron sus carreras a fin de hablar a favor de la paz y de la igualdad racial, cabría mencionar a Muhammad Ali, Arthur Ashe, Steve Prefontaine y Tom Waddell. Aunque este último todavía no había salido del armario, más adelante lanzaría otra idea radicalmente libertaria, más concretamente en 1980: a saber, los Gay Games.

Cuando el movimiento feminista se hizo extensivo al deporte en la década de los sesenta, las mujeres activistas dominaron la noticia: desde Billy Jean King, la campeona de tenis, que luchó por los derechos de la mujer para lograr una equidad con los hombres en cuanto a retribuciones y visibilidad, a la corredora Sara Berman y otras mujeres incluidas en ese conjunto de corredoras de maratón (entre las que me incluía yo) que luchábamos por ampliar los límites de las pruebas atléticas de larga distancia, que seguían siendo ilegales bajo la Cláusula vii.

En 1977, poco después de la publicación de The David Kopay Story («La historia de David Kopay»), Dave emprendió su propia carrera como activista. El activismo no fue una

decisión fácil para Dave, sobre todo teniendo en cuenta que es un hombre muy celoso de su intimidad. Una de sus primeras apariciones fue una charla a estudiantes gays, lesbianas, bisexuales y transexuales en la Universidad del Estado de Iowa. Uno de los asistentes recuerda que la charla le pareció absolutamente anodina: según dijo, hubo demasiados hechos y poco fuego. Con el paso de los años, algunos activistas gays criticaron a Dave por no mostrarse todo lo «activo» que, según su parecer, debía mostrarse.

«Nunca he sido demasiado partidario de formar parte de distintos grupos —admite Dave—. A menudo me he sentido incómodo hablando en público. Pero si lo hice fue precisamente porque tuve la oportunidad de poder hablar claro.»

Dave siguió recorriendo el país, haciendo especial hincapié en una serie de puntos. Y aprendió a convertirse en el centro de atención ante su público con fuerza, y a ser contundente en su discurso. En 1978 se dirigió a la American Bar Association (asociación que tiene como fin el asesoramiento, el apoyo y la asistencia voluntaria en cuestiones relativas al ámbito legal norteamericano), insistiendo en la necesidad de una mayor protección legal para los gays. Se las vio y se las deseó con la NFLPA sobre los subsidios de las parejas de hecho («Creí que quizá fuera a tener pareja.») y sobre el subsidio de discapacidad para los antiguos jugadores («La NFL apenas ha hecho nada por los ex jugadores. Hasta al propio Johnny Unitas [considerado uno de las grandes jugadores de la historia de la NFL] se le negó una pensión por discapacidad.»). Recientemente, Kopay remachó a los/as estudiantes gays y lesbianas de su antigua alma máter, la Universidad de Washington, con un conmovedor discurso sobre el activismo entre los jóvenes. A finales de los años noventa, después de que diera comienzo el asunto Reggie White, Dave seguía en la carretera, hablando por doquier, desde las universidades de Harvard y Rice hasta el Foothill College de California, cerca de su casa.

Durante el proceso, Dave dice que descubrió su propia fuerza para adoptar la «vulnerabilidad gay» que él menciona, que tan dolorosa resulta experimentar, y transformarla en algo positivo. La vulnerabilidad puede convertirse en un tipo universal de apertura de mente, de sensibilidad y de humanidad... que abra el camino a la reconciliación de los distintos derechos civiles de la que tan necesitado anda nuestro país.

No obstante, el conservadurismo actual sigue hoy en día gobernando un gran espectro del mundo del deporte... lo cual no hace sino ayudar a explicar por qué el número de atletas que han confesado abiertamente su inclinación sexual sigue siendo tan pobre... sobre todo en los deportes de equipo. Muchas de las figuras del deporte se identifican con causas propias de la derecha, como es el caso de Jim Ryun (que ostentó el récord mundial de los 1.500 metros en la década de los sesenta) cuando se convirtió en congresista republicano. Lo cierto es que la mayoría de los ex atletas que forman parte del Congreso son republicanos. Eso por no mencionar al antiguo dueño de un equipo llamado George W. Bush. Algunos atletas de primer orden muestran una manifiesta apatía ante ciertas cuestiones... o simplemente mantienen su silencio ante cuestiones que les afectan directamente, ya sea ante el racismo o ante las empresas de calzado deportivo que explotan a sus trabajadores obligándoles a trabajar en condiciones infrahumanas.

En la actualidad, existen indicios de que los halcones de Norteamérica intentarán de nuevo utilizar el deporte para lo que Dave Meggyesy tuvo a bien llamar «el teatro político», a fin de avivar el debilitado apoyo público a la guerra de Irak. El cambio, en octubre, setenta prominentes atletas, entre los que se incluían un buen número de medallas de oro y de grandes nombres de la NFL, firmaron una carta de apoyo al presidente Bush, especialmente a su política sobre el terrorismo y la guerra de Irak, que, según creen muchos liberales, se están utilizando como excusa para acotar las libertades civiles en los Estados Unidos.

La Asociación de Atletas Cristianos tiene como objeto combatir la homosexualidad declarada tanto en el deporte universitario como profesional. La FCA es una organización de base bíblica aliada con organizaciones de la ultraderecha como Focus on the Family y Exodus. Fundada en 1954, la FCA afirma en la actualidad ser la «mayor organización cristiana interconfesional de los Estados Unidos». Su hostilidad hacia los gays se expresa sin el menor tapujo en su solicitud de ingreso, que obliga a cualquier miembro que aspire a un puesto de liderazgo a firmar un manifiesto de

asentimiento sobre el principio de que «la Biblia es clara en sus enseñanzas sobre el pecado sexual, incluido... el sexo homosexual». Un buen ejemplo del producto antigay que abanderaba la Asociación de Atletas Cristianos fue White, defensa punta de los Philadelphia Eagles y los Green Bay Packers. Sin duda un gran jugador donde los hubiera y merecidamente laureado, White no tardó en entrar en política cuando se convirtió en miembro del ministerio de la FCA y empezó a pontificar en contra del «pecado homosexual».

En 1998, cuando White se refirió por primera vez a los gays y lesbianas en términos de «mentirosos, tramposos, malévolos y traidores», el New York Times le pidió a Kopay que escribiera una columna de opinión en respuesta a la intervención de White. La contundente carta abierta de Dave, titulada «Querido Reggie», provocó una gran reacción en todo el país. Dave recibió muchas invitaciones por parte de programas de televisión y fue objeto de numerosas entrevistas.

El New York Sports Express preguntó a Kopay: «¿Qué noticias has tenido por parte de Reggie?».

Kopay respondió: «Ni una sola palabra. Lo cierto es que me encantaría vérmelas cara a cara en algún programa con él. Tengo toda la impresión de que es un poco bobo. A decir verdad, casi podría decir que siento lástima por Reggie y por su estrechez de miras. Ese es el principal problema del fundamentalismo... creo que en la vida uno tiene que tener algo de razón e ir adaptándose a los cambios que experimenta la sociedad. Eso es un poco lo que ha hecho la Iglesia Episcopal al consagrar al obispo gay de New Hampshire».

Ahora que White está muerto, cada vez es más común el rumor que apunta a que más adelante se arrepintió de sus comentarios antigays, especialmente desde que se alejó de la cristiandad y empezó a estudiar el judaísmo. Sin embargo, la Asociación de Atletas Cristianos no ha confirmado en ningún momento ese cambio de postura, al menos que yo sepa. Resulta no obstante interesante constatar que el nuevo presidente de la FCA sea Les Steckel, antiguo entrenador de la NFL.

Recientemente, hemos sido testigos de un comentario revelador sobre hasta qué punto se ha vuelto reaccionario el ambiente que envuelve al fútbol americano profesional por boca de Jay Riemersma, el tight end de los Pittsburg Steelers. En el curso de su intervención en una conferencia de la FCA, dijo: «Es mucho más fácil ser cristiano en la NFL que serlo en

la universidad».

CAMPEONES EN TODOS LOS SENTIDOS

A fin de combatir esta aterradora tendencia, los/las gays, lesbianas, bisexuales y transexuales del mundo se están reorganizando en un frente cada vez más amplio, desde las alianzas entre gays y heterosexuales en las escuelas de K-12 hasta las ligas profesionales. Su activismo va más allá de la simple necesidad de crear nuestros propios campos de juego, cosa que ya tuvimos que hacer en los primeros años de la década de los setenta... lo cual derivó en la fundación de los Gay Games y los Outgames, así como también de los encuentros de atletismo del llamado Frontrunner, las Copas del Mundo de rugby y muchos otros eventos demasiado numerosos como para ser enumerados. Especialmente, muchos atletas son conscientes de que necesitan ser campeones en todos los sentidos... no sólo en la competición sino también en el feroz debate político que concierne a esta cuestión.

Entre las organizaciones implicadas cabe mencionar a la Gay & Lesbian Athletic Foundation. La GLAF está trabajando para crear una conferencia nacional de activistas deportivos. En ella, atletas de todos los niveles, desde campeones olímpicos a corredores aficionados, pueden reunirse con entrenadores, directores deportivos, estudiantes, aficionados, gente de los medios, académicos, asesores legales, promotores y demás, tanto heterosexuales como gays. El objetivo: crear nuevas vías de lucha contra la homofobia en el deporte escolar y en el ámbito profesional. Dave Kopay forma parte del comité consejero de la GLAF.

Fuera de los Estados Unidos, sobre todo en la Unión Europea, sí existe un clima de creciente libertad que proporciona a nuestros atletas de allí cierta esperanza de conseguir mayor aceptación, como se ha visto ya en eventos como los Eurogames. Pero aquí, en nuestro país, la mayoría de nosotros vemos claramente que el creciente toque de tambor de victorias del conservadurismo de la derecha volverá (si nada lo detiene) a obligarnos a vivir en la sombra, tanto en el campo de juego como fuera de él.

Mientras tanto, Dave Kopay está expandiendo su propio ataque personal contra la tendencia antigay en el deporte.

Dice: «Creo que es una cuestión de que cada persona haga algo, sea lo que sea. La gente tiene que contar sus historias y presentar sus ideales».

Además de seguir dedicado a hablar en público, Kopay espera establecer cierta colaboración con otros igualmente comprometidos con la defensa de los derechos de los gays, las lesbianas, los bisexuales y los transexuales en el deporte. Un objetivo primordial: trabajar en programas de sensibilización con aquellos equipos profesionales y departamentos de atletismo universitarios que tomen conciencia de que los necesitan desesperadamente. Como parte de su labor, asumirá el papel de caja de resonancia y estará disponible para sesiones Q y A (preguntas y respuestas). De este modo podrá ofrecer información útil y quizá incluso hasta mediar y ayudar a estas instituciones a fin de provocar cambios de política evidentemente necesarios, así como cambios de conciencia. Para ello, cuenta con un proyecto que ya está en desarrollo en colaboración con su antigua alma máter, la universidad de Washington, que, según espera, facilitará un punto de arranque a su labor.

¡Es de esperar que los Dallas Cowboys pidan ayuda a Kopay! Recientemente, algunos Cowboys pusieron el grito en el cielo al leer la crítica feroz a su espantoso juego publicada en el Dallas Morning News, que contestaron con una carta anónima y atestada de faltas de ortografía, llena de agravios homófobos dirigidos al periodista en cuestión.

Sí, el fútbol americano ha sido sobradamente utilizado como metáfora de la cultura conservadora, aunque también nos presenta un símbolo fresco, colorido y nuevo de la lucha por los derechos de los gays en el deporte. Personalmente, me encanta la idea de quitarles el fútbol a los fundamentalistas. Me apetece la idea de tener equipos específicos de gays, lesbianas, bisexuales y transexuales que aplasten al enemigo. Y me alegra saber que contamos con nuestros propios Charlies Hormigón que, como David Kopay, están ahí dispuestos a arrollar a los quarterbacks del equipo contrario.

Título original: The Lavender Locker Room
3000 years of great athletes whose
sexual orientation was different

Cervantes, 2. 08002 Barcelona. Tel.: 93 412 52 61
Hortaleza, 64. 28004 Madrid. Tel.: 91 522 55 99
www.editorialegales.com

ISBN: 978-84-15574-32-3

Diseño gráfico y maquetación: Cristihan González

Diseño de cubierta: Nieves Guerra

Realización de ePub: Safekat
www.safekat.com

Notas

[1]. Nota del Traductor: ESPN: Entertainment and Sports Programming Netwok.

[2]. N. del T.: Goddam: en español, «Maldita sea».

[3]. N. del T.: fórmula de lanzamiento en el béisbol que consiste en lanzar la bola impulsándola con la punta de los dedos en un juego de muñeca muy particular.

[4]. N. del T.: general traidor en la Revolución Norteamericana.

[5]. N. del T.: jugador de primer año, especialmente en un deporte profesional.

[6]. N. del T.: popular canal de televisión por cable especializado en telecomedias.

[7]. N. del T.: programa televisivo de biografías de los más grandes deportistas norteamericanos de la historia.